

The background of the cover is a detailed illustration of a woman in profile, facing right. She has dark, wavy hair and is wearing a dark, heavy, fur-lined cloak. She is seated at a wooden desk, holding a quill pen over an open book. To her right, a single lit candle in a decorative brass holder provides the primary light source, casting a warm, golden glow. The wall behind her is made of rough-hewn stone blocks. The overall atmosphere is quiet and scholarly.

SABRINA CAPITANI

LA
ESCRIBANA
DE PARÍS

Una novela sobre Cristina de Pizán, precursora
de las mujeres escritoras, en el París medieval



Lectulandia

La vida de Cristina de Pizán (1364-1430), una de las primeras escritoras europeas, se convierte, gracias al talento de Sabrina Capitani, en un apasionante relato histórico lleno de intrigas.

Como hija de un prestigioso astrólogo, Cristina de Pizán, una de las primeras mujeres escritoras, pudo disfrutar de una excelente educación, algo poco habitual en su época; pero tras el fallecimiento de su padre y la muerte de su esposo, toda su vida se desmorona. Ahora no solo debe mantener a sus tres hijos, sino también a su madre, y se ve obligada a trabajar como escribana en los mercados parisinos y como copista para la Biblioteca Real. La vida es difícil en el París del siglo XIV, sobre todo para una viuda decidida a no casarse de nuevo y cuyo talento se centra en la escritura.

Cristina debe superar múltiples dificultades económicas. Entonces, su madre, empeñada en buscarle marido, le presenta a un nuevo pretendiente, que la orgullosa viuda no duda en rechazar inmediatamente. Resentido, su admirador la secuestra, pero ella al final consigue huir gracias a la ayuda de un joven monje, el hermano Tomás.

Este encuentro cambiará la vida de Cristina: el joven monje hará zozobrar la fortaleza de su juramento y la enfrentará al misterio de una extraña muerte en el vecindario que sacará a la luz el verdadero pasado del franciscano y el importante papel de un valioso libro.

Sabrina Capitani logra sumergirnos de lleno en la apasionante vida de Cristina de Pizán, una mujer valiente, escritora, poeta y luchadora incansable a favor de los derechos de la mujer en plena Edad Media.

Lectulandia

Sabrina Capitani

La escribana de París

ePub r1.0

Titivillus 22.03.18

Título original: *Das Buch der Gifte*
Sabrina Capitani, 2006
Traducción: Cristina Marés
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

París, 1393

I

Y de repente el verano estaba allí. Como muchas veces, había llegado antes que la primavera. El nuevo calor cayó sobre nosotros, se precipitó de improviso desde un cielo de invierno aún glacial, como un gato que se abalanza sobre un ratón desprevenido.

Uno debería haber prestado atención al aviso de los pájaros, que antes del alba ya iniciaban su estruendo. Una de las pasadas noches se quedaron ante mi ventana: trinaron y silbaron de tal modo, que ningún cristiano podía dormir tranquilo. Pero luego, cuando llegó la hora de ponerse en pie y salir de mala gana al miserable mundo, los barulleros ya habían callado. En todo caso yo estaba demasiado ensimismada en mis propios problemas, así que no supe identificar estas señales.

El Sena, que ayer aún era de plomo fundido, echaba chispas blancas. Y allá, en la hierba, brillaban cientos de manchas amarillas dentadas. ¿De dónde habían salido?

Por lo menos los arbustos y los árboles conocían su deber y se mostraban sin hojas. Los huertos de los jardines estaban pelados. Los expectantes regueros tendían hacia el río. En las yemas nudosas y plateadas de nuestras higueras se habían aposentado diminutos clavos verdes. Tampoco los higos habían tenido tiempo suficiente para vestirse de manera adecuada.

El raído y pequeño abrigo con el volante de piel de ardilla que me había puesto para la audiencia con el notario me daba demasiado calor. Aun así no me atreví a quitármelo porque el vestido que llevaba debajo se encontraba en un estado aún más lamentable: tan desgastado que en la espalda y los codos asomaban las enaguas.

¿El verano llegaba siempre tan de repente? Hacía tiempo que ya no prestaba atención a los cambios de las estaciones. Un par de días atrás la tierra aún estaba helada; la única bendición que, según mi parecer, trae el invierno. El súbito deshielo había convertido las calles laterales en un lodazal y despertado olores que nadie echaba de menos. Todos los componentes del arroyo callejero —los excrementos, la orina y los restos de comida mohosos— apestaban cada cual más que el anterior: a agrio, a podrido, a amargo, a un dulce nauseabundo. Mientras caminaba, apretaba contra mi nariz una bolsita de lavanda. A lo largo de la primavera uno se acostumbra al hedor.

¿Cómo se diferencia la basura generada en París de la de otras ciudades? ¿Acaso

producimos menos? Falso. ¿Producimos más? También falso. Os lo diré: en otras ciudades, sobre todo del sur, la gente amontona la basura junto a sus casas, al pie de los muros, y arroja cebollas encima. Aquí se lanza todo con una amplia parábola en medio de la calle. Una solución elegante al problema. Por este motivo los pobres viandantes como yo nos vemos obligados a transitar por los lados levemente elevados de la calzada. Además, los caballos y los vehículos aplastan y dispersan las inmundicias. Tras su paso nadie sabe decir de quién es cada cosa.

Existe un decreto real según el cual cada súbdito es responsable de dejar su basura a una distancia adecuada de su puerta. Como es natural, casi nadie hace caso de este decreto. A veces la situación es tan terrible, que el misericordioso monarca, si es que en ese momento es consciente de ello, proclama uno nuevo, que merece la misma atención que los anteriores.

Miraba con cautela dónde pisaba. No se trataba de echar a perder mi último par de buenos zapatos. Un caballero de posición acomodada venía a mi encuentro y ya desde lejos agitaba su bastón de plata. Sí, sí, ya lo sé. Rápidamente salté dentro de un portal, para dejarle libre el paso.

—*Gare! Gare! Gare!* —una llamada desastrosa, a la que siempre sigue el contenido de una jofaina de noche.

Eso es algo más que distingue a Francia del resto de los pueblos: solo los bárbaros disponen para sus necesidades nocturnas de «botes» o «cubos», mientras que nosotros utilizamos el *vase de nuit*. Su contenido es en todos los casos desagradable y gracias a mi cortesía el gran señor recibió su parte y no yo. De mejor ánimo me largué de allí.

Mi camino me llevó, paralelo a la orilla del Sena, por la Place de Grève, un lugar de mala reputación que, no obstante, se hallaba hoy tan reluciente y recogido como cualquier mercado de paños, y la torre de la iglesia de St-Jacques, que domina todo el barrio con su alto e imponente campanario, compuesto de tubos de flauta de piedra y tan cargado de adornos que recuerda a un juguete grotesco. Las torcidas casas, con sus arcos y tejados angulosos, se aprietan la una contra la otra como la multitud en una ejecución. Las mujeres charlaban en las entradas, como siempre, lanzaban las inmundicias afuera y caminaban hasta el mercado, con el cesto al brazo y los niños agarrados de sus faldones. Uno de ellos me hizo una mueca y yo le saqué la lengua y biqueé.

La Grande Rue St-Martin es una de las calles adoquinadas. Incluso cuenta con acanaladuras para los desechos, pero cada vez que llueve se embozan. Aquí se encuentran las casas de los nobles y ricos, los *Hôtels* y *Palais*. Entré en la casa del notario Armand de Béraude perdiendo poco a poco mi valentía. Una ancha escalera de piedra arenisca amarilla conducía a la escribanía. La puerta del secretariado estaba entornada y accedí al interior.

Ante mí se abrió una habitación amplia y revestida de madera de cerezo rojiza, con alfombras en el suelo. Los tapices que colgaban de las paredes eran con toda

seguridad de Flandes. Conocía sus motivos de memoria: bucólicas escenas que mostraban a pastores con coronas florales y ovejas felices, gráciles doncellas al cuidado de los gansos, un carretero (vestido como un noble con un jubón y mangas blancas) y su rocín bien alimentado. Una Justicia, severa y digna de confianza al mismo tiempo, extendía sus brazos. ¿Realmente estoy ciega o veo que allí el paño se ha deslizado un poco, y el dinero desequilibra una de sus manos? No, debe de tratarse de mi terrible fantasía.

A menudo, mientras monsieur Béraude gustaba hacerme esperar, me había hecho preguntas y tomado notas frente a estos tapices. Mi caso no era especialmente interesante para él: la mujer y la hija de alguien que ya no estaba allí, de un colega muerto, se habían reducido a la miseria en el momento del óbito de este. El valioso sello de procedencia, la firma, carece ya de valor. La mujer de un muerto muerta está. Así es.

Creedme, no siempre he sido tan cínica. Me llamo Cristina de Pizán, hija de Tomás de Pizán, astrólogo de la Corte del rey Carlos V al que llamaban el Sabio. Tuve la suerte de disfrutar de una infancia feliz y libre de preocupaciones en la Corte y en las fincas de mi padre. Y mayor suerte aún al ser criada junto con mis dos hermanos. En lugar de dedicarme a tejer y bordar —y muy a disgusto de mi madre, que hubiera preferido «que me ocupara de la hilaza», como ella gustaba de decir—, aprendí latín, griego y hebreo, italiano, algo de alemán y un par de palabras de inglés, que en todo caso he olvidado por la falta de práctica. Además de esto, mi padre me enseñó álgebra y filosofía. Comparado con su enorme saber, seguramente lo que yo recibí fueron migajas, pero algo es algo.

Y entonces sucedió la desgracia. Primero murió el buen rey y en su lugar pusieron a un niño en el trono. Regían sus cuatro tíos: Burgund, Anjou, Bourbon y el duque de Berry. Se enriquecieron sin miramientos. Se produjeron revueltas y se derramó mucha sangre. Aún recuerdo el miedo que pasé de pequeña, cuando la chusma enfurecida se agolpaba en la calle agitando todas las armas de las que se había apoderado: hachas, cuchillos, guadañas, espetones y algunos arcos, que habían mantenido ocultos bajo las camas. Nos hallábamos asomados a la ventana de la torre, las puertas habían sido cuidadosamente cerradas con cerrojo y atrancadas con muebles. Yo lloraba desconsolada; uno de mis hermanos realizó desde la ventana un gesto provocador. Mi padre lo cogió del cuello y le dio la primera bofetada de su vida.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Quieres que descarguen su rabia contra nosotros? ¡En la disposición en que se encuentran te destrozarían en mil pedazos!

—¡Pero si se trata de nuestros vecinos! ¡Nos conocen!

—¡Estúpido jovencito! Escúchame. Una muchedumbre como esta es como un animal rabioso: echa espuma por la boca y muerde y no conoce a nadie en el mundo, ni a un rey ni a los amigos o vecinos. ¡Quién atisba una chusma así debe esconderse en el primer agujero que encuentre y no atraer las miradas hacia él! ¿Lo has

entendido?

Mi hermano asintió atónito y yo dejé de lloriquear.

Cargaron contra las autoridades y los judíos. Se bajaron los impuestos temporalmente, para después subirlos el doble, cuando el pueblo ya se había desfogado y perdido la fuerza del momento. Como es lógico, en medio de todo ese revuelo nadie volvió a acordarse del doctor Tomás de Pizán, aunque sus rivales afirmaban que el rey había muerto por su dejadez. Solo cuando ya era demasiado tarde, el joven monarca se dignó agasajarlo con doscientos francos de oro. Entonces mi padre murió.

Mientras tanto, yo me casé. Étienne Castel era secretario real. Todos nosotros vivíamos de sus ingresos en la torre Barbeau, junto al Sena, una torre que el viejo rey le había regalado a mi padre.

Étienne era... ¿simpático?, ¿amable?, ¿agradable? Palabras intrascendentes, dejémoslo estar. Nos presentaron y me preguntaron si quería desposarme con él, no se me obligó a ello. ¡Sí quería! Étienne era inteligente y de naturaleza tierna, y me gustó su mirada. No quiero añadir más. Me lo arrebataron. Murió en un viaje, lejos de mí, y he jurado no volver a casarme nunca. Deseo permanecer viuda, porque permanecerá vivo siempre que no aleje de él mis pensamientos y porque no creo que una tenga tanta suerte dos veces en la vida. Le seré fiel.

Y ahora la razón de que esté aquí. Me veo al frente de una casa de mujeres y mantengo a mi madre, a mi tía Marie y a mi hija de trece años, Céline, así como a mi hijo Jean, de once años, que todavía no es un hombre. Además de a la doncella Héloïse y de tanto en tanto a su marido Elías, que no cuenta, ya que, como mercenario, para más fuera que dentro de casa. Mis dos hermanos han regresado a Italia para vivir de las propiedades de nuestro padre. No diré nada contra ellos. Les echo mucho de menos. A nosotros no nos quedó nada para vivir, pues al enviudar las relaciones se vuelven contra uno. Tenemos bastantes propiedades, pero no les sacamos provecho. Somos propietarios de tres fincas fuera de París, así está escrito, pero los gobernantes que allí han puesto malversan el dinero, estoy convencida de ello. Sus informes están repletos de plagas, cosechas echadas a perder, campesinos indolentes, brotes de peste y bandas de saqueadores. Desde que murió mi marido, nuestras antes ricas fincas ya no producen nada. Curioso, ¿no es cierto? Hay gente que le debe dinero a Étienne, incluso a mi padre, pero no pagan. Y además...

—¡Viuda de Castel! —me saludó cuando ya llevaba un buen rato allí uno de los seis pasantes del notario. Se hallaba sentado en su pupitre, su pluma estaba en movimiento y el rasgueado fue interrumpido. Alzó la cabeza—. Un momento todavía. El señor notario os recibirá enseguida.

Otro de los pasantes ahogó su risa nasal. Cada uno de ellos sabía que el señor notario me haría esperar hasta que los tobillos se me hincharan como melones, confiando en que me fuera por voluntad propia. Pero no se lo pondría tan fácil. Soy la hija de Tomás de Pizán y la viuda de Étienne Castel, secretario del rey. Pero además

soy más que la hija o la mujer de alguien: soy Cristina de Pizán, una persona valerosa e inteligente. Estoy absolutamente viva y no permitiré que me dejen sin lo que me pertenece.

«No, no me iré y no cederé». Así me hablaba a mí misma. Y proseguí con el estudio de los tapices de la pared. Se me hace difícil no quejarme, cuando todo, mire uno hacia donde mire, empeora. Por ejemplo el rey: nada más liberarse él mismo y a su país de las garras de sus codiciosos tíos, a quienes puso a buen recaudo, y nada más poner de nuevo en su lugar a los viejos consejeros de su padre, sufrió un repentino ataque de locura, el primero de los muchos que seguirían. En un bosquecillo de Le Mans se le apareció un carbonero vestido con pieles y le gritó algo, y el soberano se asustó de tal forma, que inició el ataque espada en ristre. Y como está claro que los caballeros no querían librarse de su señor con las armas, mató a cuatro de ellos e hirió a muchos más antes de que pudiera ser neutralizado. Tras un par de semanas parecía de nuevo sano, pero me preocupa que haya salido a su madre, en cuyo caso dentro de poco sus tíos volverán a tomar las riendas.

Las bonitas y artísticas escenas de las paredes de la escribanía ejercieron su efecto. Aunque sé que no reflejan de ninguna manera la realidad, siempre me tranquilizan. Aparecieron otros dos clientes. Primero un prelado con unas vestimentas muy a la moda, colgantes de oro y zapatos de puntas muy acentuadas bajo la sotana. Después, una señora con un vestido de seda de color rosa, a través de cuyo corte central se tenía una buena vista de su ropa blanca y ricamente bordada. Su cabello estaba trenzado y recogido sobre las orejas. Llevaba un moño tan alto que solo pudo acceder a la habitación inclinando el torso. Ambos arrugaron la nariz al contemplar mi lamentable estado. Para ellos la pobreza era como un mal olor, de alguna manera penoso. Me observaron un momento y rápidamente desviaron la mirada.

A ella le trajeron un taburete. Ya se conocían, pues se sentaron uno junto al otro y cuchichearon sin mirarme. El escribano más próximo a ellos hizo una observación a media voz. «Viuda de Castel», cogí al vuelo, y de nuevo oí la odiada risa nasal.

Muy pronto se hizo entrar a la dama y justo después de ella al clerizonte. Transcurrió el tiempo pertinente. El notario apareció en la puerta y se despidió de una y de otro con muchas reverencias y rimbombantes cortesías. Ambos pasaron murmurando junto a mí. De nuevo era la única que esperaba la atención del magistrado. En la escribanía reinaba el silencio y solo se escuchaba el rasgar de seis plumas y el agitado raspar de la cuchilla cuando alguno se había equivocado. Se oía el respirar de los escribanos concentrados y el lento correr de la arena en el reloj.

Me dirigí hacia la ventana y me recreé contando los botes en el Sena. El sol progresaba en su ruta alrededor de la Tierra. Me fui adormeciendo y dejé caer el ajado abrigo, que llevaba como una estola sobre mis espaldas. Qué amable por mi parte: así le proporcionaba un nuevo motivo de hilaridad al pasante que reía por la nariz. Finalmente, el notario hizo que me avisaran.

—Buenos días, monsieur Béraude. Espero que la vida y todos los santos os traten

bien. Estoy segura de que sois merecedor de ello —le dije al entrar.

El notario no se puso en pie para saludarme, sino que tan solo señaló rápidamente un sillón que se encontraba frente a su escritorio. Tampoco me ofrecieron ningún refrigerio, pese a que me había hecho esperar unas tres horas.

—¡Vaya saludo más fantasioso, madame Castel! Os agradezco vuestros buenos deseos. ¿Y vos?, espero que no tengáis quejas. —«Dejadme en paz, no deseo oír nada», quería decir con esas palabras.

—Qué va, mis hijos se visten con brocados de oro y juegan con perlas; nos alimentamos de nata y miel. Lo que ocurre, querido señor notario, es que tengo la odiosa característica de una cierta tendencia hacia el egoísmo. Quiero lo que me pertenece por derecho.

El rostro carnoso del notario se sonrojó levemente.

—La herencia restante de mi marido. ¿No me dijisteis vos hace... tres años, que se resolvería con facilidad?

—Mirad, viuda Castel, sois una mujer informada y leída. Sabéis muy bien cómo ha cambiado la situación política. ¿Qué puedo hacer si el rey no está en condiciones de firmar un documento? Habéis de tener paciencia.

El viejo zorro no había hecho prácticamente nada desde mi última embestida; al contrario, solo había cobrado un montón de impuestos por supuestas escrituras y tiempo dedicado. Así y todo, no me hacía propuestas deshonestas como el anterior representante de su gremio. «Si fueseis un poco más amable estoy seguro de que entonces podría ayudaros...».

—Monsieur, la condición de mi marido y sus derechos, vos mismo me lo habéis dicho, son incuestionables. Y los documentos de pago no tiene que firmarlos el monarca en persona. Todo estaría en suspenso si una bagatela como esta dependiera de él. Tened la bondad e intentadlo a través del tesorero. E informadle, os lo ruego, de lo precario de mi situación. No es razonable que los hijos y la viuda de un hombre de tanto mérito acaben en la miseria.

El notario manoseó su cadena de oro sobre el pecho y después empezó a toquetear los papeles que tenía sobre la mesa frente a él.

—Sí, por supuesto, madame, con mucho gusto probaré todos los caminos. Pero ¿qué pasa con mis honorarios?

Ah, ese es el motivo: quiere sacar más provecho de la situación.

—¡Monsieur, ya os he enriquecido suficientemente y como contraprestación hasta la fecha no he visto el más mínimo resultado!

De forma poco inteligente salté y le mostré mi enfado. «¡Vaya, cómo es que no me puedo controlar!».

—¡Madame, tranquilizaos! —dijo el viejo miserable con semblante severo—. Hago por vos todo cuanto está en mi mano, pero tengo desembolsos que cubrir en el juzgado. Debo... mmm... remunerar a las personas con las que colaboro. Tuve que conseguir papeles, ya que desgraciadamente vos no pudisteis presentar ninguno...

Me dejé caer de nuevo sobre el taburete. Ahora debía tragarme los sapos.

—Disculpad, monsieur Béraude. Mis excesivas preocupaciones me han llevado a perder por un momento mis buenos modales.

Sonrió e hizo un ademán desdeñoso con la mano enjoyada. Una familia podría comer y vestirse durante un año entero con la venta de cada uno de esos anillos. Deseaba estrangularlo. En lugar de ello me mostré toda simpática y, pensando en mis hijos, le dije con zalamería:

—Distinguido magistrado Béraude. Este caso no puede suponer para un grande de las ciencias del Derecho, que ha cursado estudios en Bolonia, dificultad alguna. Se trata solo de una menudencia; con vuestros contactos, una simple formalidad. El caso está muy claro. ¡Y yo necesito el dinero! He acudido a vos por vuestra fama como abogado de los oprimidos.

No se inmutó.

—¡Oro, madame!

No tenía nada.

—De acuerdo, Béraude, haremos que vuestro sueldo dependa de vuestra destreza —dije con los dientes apretados—. No necesitáis presionarme más. No tengo dinero y tampoco dispongo de nada que vender. Os ofrezco en lugar de ello el sueldo de un mes de mi marido en el caso de que me consigáis el dinero pendiente. Además de la suma que ya habéis recibido.

En su rostro apareció una sonrisa de satisfacción. Los ingresos mensuales de un secretario del rey no son una bagatela, en el caso de que se paguen. Con una agilidad inesperada, el notario se puso en pie, abrió violentamente la puerta de la sala de espera y gritó:

—¡Robert, ven aquí!

Se oyó el estrépito de una silla, el crujido de las hojas que se recogen de forma precipitada y pasos rápidos sobre el suelo de madera. Apareció uno de los escribanos, un muchacho delgado y alto con una nuez prominente. Daba la impresión de que su cabeza pendía únicamente de un cordón, como un pajarito desplumado.

—Robert, escribe...

El escribano se sentó en un pequeño pupitre a la derecha del notario y cumplimentó al dictado un pagaré.

—Si sois tan amable, madame, firmad por favor aquí.

Lo firmé, qué podía hacer. Pura extorsión. Pero si con ello ayudaba a acelerar la solución del asunto, bienvenido fuera. Me dirigí hacia la puerta y luché por aparentar que no había sido apaleada. Al fin y al cabo la dignidad era todo lo que me quedaba.

—¡Madame Castel! —me llamó el viejo zorro por detrás—. Os ruego que os abstengáis de visitarme aquí. En cuanto tenga novedades os enviaré un mensajero.

Reí. ¿Tan desagradables eran mis visitas? En tal caso las repetiría a menudo. Quizá debería llevar conmigo a los niños o, mejor aún, pedir prestado un bebé bien gritón.

En las escaleras me desperecé y estiré, aunque con mucha cautela. Oí cómo crujían los dobladillos. En mi bolsa llevaba un par de monedas. Mi madre me había puesto un pequeño cesto de mimbre en la mano y me había encargado que fuera al mercado de aves de Notre-Dame. El Pont Notre-Dame era, junto con el Pont aux Changeurs río abajo (puente de los Cambistas y usureros) y más abajo todavía el Pont aux Meuniers (puente de los Molineros), el último de los tres viejos pasos, cerrado al público, bajo el que se mueven, una pegada a la otra, las ruedas de molino. Para las barcas solo hay disponibles dos pasos laterales. Se aprovecha cada vara del río. Algunas hileras de casas río abajo enfrente de la Île de la Cité conforman el barrio de los matarifes. Allí el Sena está teñido por la sangre de los animales. Bancos de sinuosas anguilas negras se arriman a los cadáveres destripados que arrastra la corriente perezosa y comen hasta hartarse. Los huesos relucen blancos hasta el tuétano.

Me recliné sobre la balaustrada entre dos casas del puente. Sí, debía de tratarse de la primavera. Pequeños y nerviosos grupos de espléndidos ánades perseguían a supuestas féminas. Blancas gaviotas marinas cortaban el aire con sus gritos afilados. Una pareja de cisnes nadaba sosegadamente a la sombra del Pont Notre-Dame. ¿Era posible que durante las pocas horas que había estado aguardando al notario los árboles se hubieran tornado aún más verdes? Sí, realmente, esa impresión tenía. El sol parecía festivo, los transeúntes amables, los vestidos más bonitos y de mayor colorido, y con seguridad había logrado que el viejo zorro se pusiera manos a la obra ante la idea de más ganancias a la vista. Todo iría bien.

Île de la Cité, la parte más antigua de París. Luis el Santo se hizo construir aquí un bonito castillo, pero como tal ya cumplió su cometido. Lo conocía bien por dentro, por así decir, fui una asidua. Entretanto se había convertido en el Palacio de Justicia y en la Conserjería. Los reyes se privaron de él tras comprobar que cuando se producía algún alzamiento popular estaban allí demasiado expuestos. Aparecí entre el gentío frente a la catedral. Después de la espera en el enmohecido despacho, me parecía como un baño de vida. Notaba cómo los cuerpos tendían hacia mí y me rozaban con su calor, cómo olían de diferente manera, algunos a aceites perfumados, otros a sudor e incluso a ajo. Si la vestimenta delataba otros cargos en la jerarquía de la suerte material, los rostros que desfilaban frente a mí mostraban sin embargo toda una paleta de los sentimientos y estados personales de cada uno. Todas esas miradas, roces y olores me decían que no estaba sola; que era parte de un todo de amor, lágrimas y alegría. El hecho de que los demás tuvieran preocupaciones similares a las mías hacía que las propias no me parecieran tan importantes.

Con placer me dejé llevar. En sus buhonerías, los tenderos tenían a la venta bolsas de cuero coloreadas, pañuelos de color, cintas, lazos, y lo necesario para la casa: cuchillos, cucharas de madera de todas las medidas, soperas relucientes, delicados mondadientes (supuestamente de plata). Se cruzaban a la gente en el camino y a grito pelado les ofrecían su mercancía. Me detuve frente a una mesa. Ofrecían adornos

baratos de lana coloreada y restos de metal pulidos, perlas de caolín esmaltadas y vidrio, elaboradas con mucho gusto. Especialmente una pieza llamó mi atención: una gargantilla de color esmeralda, dividida en seis y con un trozo de vidrio rojo en el centro. A Céline, con su bonito cabello oscuro, le quedaría muy bien.

Pero no, ni esto me podía permitir ahora. Con energía negué con la cabeza y proseguí mi camino, sin ni siquiera mirar al vendedor a la cara. Solo lograría que me enredara y no nos podíamos permitir esa baratija. No, estaba decidido... No, pero... Me imaginé el rostro delgado de Céline y cómo resplandecería. Ya tenía trece años, y a esta edad una quiere gustar a los chicos. Giré sobre los talones y me enfrenté resuelta con el hombre de antes:

—¡Disculpad, señor!

—¡Id con cuidado!

Me abrí paso hacia atrás y luché contra la corriente humana hasta que alcancé el lugar donde había estado el vendedor de joyas. ¡Se había ido! Su sitio lo habían ocupado ya otros dos: uno vendía cepillos y el otro pieles de conejo.

—¿Adónde ha ido el hombre que vendía joyas baratas, joyas de lana y vidrio? ¿Dónde está?

Ambos sacudieron la cabeza. Lo llamé y busqué, de repente parecía tan desesperada que daba la impresión de que mi suerte dependiera de esa maldita gargantilla, hasta que al fin alguien me llamó por encima de las cabezas de los transeúntes:

—¡Todo recto por allí, madame! ¡Hacia la Misère!

Le hice un gesto de agradecimiento y me abrí paso entre el gentío con renovadas energías, lo que me supuso no pocos empujones y pisotones. Al final la callejuela se abrió a la plaza frente al Palacio de Justicia y allí pude respirar. Miré a mi alrededor. ¡Y entonces vi cómo la mesa con los objetos resplandecientes desaparecía bajo las arcadas!

—Alto —le grité, y salí corriendo—. ¡Alto, el de las joyas!

Gracias a Dios me había oído. Se giró y se detuvo. No se trataba de un tendero, sino de una joven no mayor que mi Céline. Una chica con espesa melena oscura y ojos como dos aceitunas negras, una gitana errante.

—Zabía que volverías —me saludó con una sonrisa en cuanto la alcancé resoplando.

—¿Y entonces por qué no te has quedado allí? No empieces conmigo esa locura de la buenaventura —le advertí—. No tengo dinero para que me sonsaques. Solo quiero una joya para mi hija, que es algo más joven que tú. Pero no puede ser cara.

La pequeña alzó con agilidad varias piezas a la luz y dejó que el vidrio brillara.

—¡No é mú caro y é mú bonito! Si no, no hubieras corrió tras de mí —dijo altiva.

Conseguí la «presiosa piesa» por una blanca y dejé que desapareciera en mi bolsa. Mi madre me regañaría, pero yo estaba contenta.

Después volví a abrirme paso por segunda vez por la Rue de Triperies, el callejón

de las Casquerías, pasando por las cocinas abiertas donde se cocía la carne, cuyo interior se podía ver y, por desgracia, también oler. El olor de la vieja grasa reutilizada y del vino agrio me vino de frente e intenté proseguir mi camino.

En el mercado me asomé a los puestos. Los gansos alargaban sus largos cuellos a través de las anchas aberturas de las jaulas de caña y trompeteaban destemplados. Las gallinas vivas, colgadas de las patas en haces, protestaban agotadas por el trato recibido; los polluelos piaban bajito y solo se les oía porque eran multitud; los patos cebados se acurrucaban indolentes con la membrana cubriendo medio ojo. Se ofrecían huevos de todas las medidas y colores; había pirámides de huevos de gallina blancos y de pato marrones, cestas de hierba repletas de huevos de codorniz, recién robados del nido, junto a asados preparados y tarrinas de pájaros cantores. Toda esta oferta sobrepasaba el contenido de mi bolsa. Mi estómago gruñó con estruendo y abochornada puse la mano sobre mi vientre.

Mi madre me había encargado comprarle algún resto de carne para la sopa. Para mi ofensiva, busqué el puesto más escondido, más pequeño y menos concurrido. Una vieja gruñona se encontraba acurrucada sobre un banquillo y únicamente contaba con una mercancía escasa y nada atractiva para ofrecer en una cesta. Un par de gallinas sucias, severamente afectadas por la muda de las aves, dejaban colgar sus cuellos por el borde como flores marchitas.

—¡Ya lo ves! Esto es todo lo que esos bribones me han dejado.

—¿Bribones? —le pregunté decepcionada—. ¿Es que las compañías vuelven a las andadas?

Hacía cuarenta años que el país se encontraba entre la disyuntiva de entrar en guerra, que solo debían sufrir determinados territorios, o la paz, durante la cual las compañías sin trabajo se dedicaban a saquear todo el país de igual manera.

—¡Tonterías! ¡Mis hijos! Tragan como príncipes, cada día carne, mientras dejan que yo vaya a trabajar. Pero paciencia, pronto tendré una nuera a la que podré dar órdenes y que trabajará para mí, ¿me entendéis? —me guiñó el ojo con ademán astuto.

—Lo tenéis bien planeado, madrecita —le contesté—. Pero ¿no sería mejor ser amable con vuestra nuera y que fueran vuestros hijos los que trabajaran?

—¿Y por qué?

—Me refiero a que las mujeres debemos apoyarnos mutuamente. ¿Por qué habríamos de maltratar a las jóvenes para que después se conviertan en viejas malvadas?

Apretó los labios, que en todo caso ya tenían forma de línea.

—¿Desde cuándo las mujeres se apoyan las unas a las otras? ¿Qué nueva moda es esta? ¡Vaya locura! Las jóvenes deben obedecer a sus maridos y a sus suegras. Así ha sido siempre. Solo cuando una mujer es vieja tiene derecho a abrir la boca, ¿si no, qué nos resta en la vejez?

Me quedé con ganas de decirle alguna cosa más, pero lo dejé pasar. «Cristina —

me dije—, este es el lugar equivocado para intentar convertir a alguien. Lo mejor es que compres algo para comer».

—Abuela —le dije—, vendedme algo bueno para la sopa. Pero no una gallina entera, eso no me lo puedo permitir.

—¡Acaso pensáis que voy a destripar una gallina para vos!

—Venderíais mejor un pollo destripado y despiezado, así no se vería que están mudando el plumaje —le dije, y me agaché y alcé el ala de un ejemplar especialmente roñoso, para a continuación dejarla caer de nuevo. El animal no presentó defensa alguna. Acto seguido, me limpié asqueada la mano en la falda—. La verdad es que vuestras gallinas no tienen buena pinta. Es lo mismo que si compraras un pájaro desnudo.

Al principio la mujer soltó algún impropio, pero después empezamos a negociar. Era dura de pelar, pero yo estaba necesitada, pues ya había adquirido la gargantilla de Céline. El hambre fomentaba mi elocuencia. Al final destripó sus cinco gallinas y por cuatro centavos me añadió los muslos, las cabezas, los cuellos y las alas. Mi madre podía estar orgullosa de mí, ya que al fin y al cabo negociar me disgusta. Lo coloqué todo en mi cesta de mimbre. La vieja me lanzó una última mirada de desprecio y se dedicó a arrancar las poco vistosas plumas de las aves. Desplumadas tenían realmente un aspecto mucho más atractivo.

—Mejor sería que fueseis amable con vuestra nuera —le aconsejé al final—, en el caso de que lleguéis a tener una. Será ella quien esté a vuestro lado y se ocupe de vos cuando seáis anciana.

—Si no lo hace, mi hijo le romperá los dientes —me contestó la vieja, tan encantadora.

¡No tenía remedio!

«Vaya vieja antipática —pensé—. ¡Su *belle-fille* debería mearse en su sopa!». A la vuelta adquirí un manojo de zanahorias tiernas y un par de cebollas del año anterior, achaparradas y de olor dulce. Pensando en la sopa se me hizo la boca agua. Tenía ganas de una comida festiva. Y, además, junto al puente tenía su puesto un vendedor de miel. Debía tratarse de los primeros panales de la temporada, ¿o quizá venía del sur?

—Del sur, del sur, señora —me aseguró—. Allí todo está floreciendo. Esto es miel de tomillo del Languedoc, miel de la montaña, fortalece y es aromática, la mejor que podéis encontrar.

Aventaba con un abanico de paja. Las primeras moscas ya estaban allí. Ávida, miré los trozos de panal de un amarillo resplandeciente, un augurio de la dicha, y pegajosos. Olí el néctar de los dioses, lo saboreé, exquisitamente áspero, un verdadero festín primaveral. Ya notaba su consistencia en el paladar, su fragancia, su aroma a prados de montaña floridos, la leve amargura de la cera...

—¿Cuánto? —le pregunté. De alguna manera sonó como si le hubiera puesto un cuchillo en la garganta.

—¿Cuánto lleváis en la bolsa? —me contestó sonriendo seguro de la victoria.

—Un penique y ni una pieza de cobre más.

—Bueno, ¡normalmente un panal cuesta dos piezas de plata!

—¡Entonces deberíais servirla en una copa de oro! ¡Ladrón callejero! ¡Miserable!

¡Alimaña!

Río.

—Está bien, está bien. Ya veo que el apetito os vuelve furiosa y muy atractiva. Me rindo. Os daré tres panales por un centavo.

—¡Cinco!

—¡Cuatro!

—¡A la bolsa!

¿Cómo iba a transportarlos? No podía llevar la miel junto a los despojos de gallina.

—Aquí tenéis, preciosa, además os regalo el bote de cuero endurecido. ¡Recomendad mi puesto y pensad en mí cuando os deleitéis con mi miel! ¡De dónde viene hay aún más!

El hombre me sonrió con descaro, me dio un buen repaso con la mirada y me guiñó el ojo. ¿Es que no había visto mi mantilla de viuda? ¡Y a mi edad! ¡Tengo ya veintinueve años, soy una mujer decrepita!

Algo perpleja le entregué el centavo y me fui de allí como una sonámbula. En realidad no sabía si debía sentirme más bien furiosa o halagada. ¿De verdad era aún atractiva?

II

Podría haber sido una buena noche, una de aquellas silenciosas y discretas, como un cortés anciano, que no se molesta y que no llena el ambiente de quejas y reprimendas, una vieja y amistosa noche, que no aporta alegrías especiales, más que la ausencia de nuevas preocupaciones y sufrimientos añadidos, una noche en la que el corazón puede respirar y el mundo guarda silencio.

Cuando llegué a casa mi madre me cogió la cesta de la mano.

—¡Dulces! —dijo severa en cuanto atisbó el pote de miel—. ¡Cristina, en ocasiones te comportas como una niña!

Sacudió la cabeza, por lo que supe que destruiría la mayor parte de lo que había comprado.

—No nos queda sal. Aún te deberían haber sobrado dos centavos —me dijo al tiempo que inspeccionaba la cesta—. Ve a la tienda de Berthe y compra sal.

—Envía a Héloise —repliqué.

—Héloise ya tiene trabajo de sobra. ¡Nos hemos pasado toda la tarde haciendo pan!

—Pues podría ir Jean.

—Jean está estudiando.

—¡Pues Céline!

—Céline con coser ya tiene más que suficiente.

Incluso aunque hubiera dispuesto del dinero, no me gustaba nada ir hasta la tienda de Berthe.

—Bueno. Ahora mismo voy.

Nuestra torre formaba parte de las viejas murallas de la ciudad de Felipe Augusto. En caso de emergencia se podía unir mediante una pesada cadena de hierro a la Île St-Louis, para de esta forma controlar el río. A la sombra de las murallas se apelotonaban las casas, los talleres y las tiendas. Justo enfrente de nosotros un comerciante genovés tenía en los altos su vivienda y en los bajos la oficina. Comerció con especias, telas y todo tipo de cosas bonitas para la casa y la ostentación, dependiendo de lo que sus barcos le trajeran a la vuelta de sus viajes.

La puerta estaba abierta. Respiré hondo, enderecé la espalda, erguí la cabeza y entré. Berthe estaba vendiéndole una pieza de tela amarilla a una ciudadana acomodada. Había sacado la tela del fardo a sacudidas y se la mostraba a la compradora.

—Os quedaría extraordinariamente bien. El color amarillo permite que vuestra tez brille, hace que vuestra fina piel destaque más. Y además, si me permite que le aconseje —sacó un fardo de la estantería a sus espaldas—, ¡una pechera verde de tafetán de Lyon, tan suave como una telaraña, no tapa nada! ¡Y vos tenéis un busto

tan bonito!

La combinación era terrible, y con el color amarillo la dama mostraba un aspecto desastroso. En mis labios surgió sin querer una sonrisa bien grande. «¡Vamos! —me reproché a mí misma—. ¿Es que eres una envidiosa?». Crucé la tienda murmurando una breve oración para ser perdonada, toqué una alfombra y alcé un bonito plato de pared mientras Berthe me observaba por el rabillo del ojo.

—Deja eso ahí —me dijo—. ¡No puedes pagarlo! —y a su clienta—: ¡No entiendo por qué la gente ha de tocarlo todo, cuando no tiene dinero para pagarlo! ¡Después se le cae el suelo y no puede ni reemplazarlo!

No oí la respuesta de la clienta. De la rabia, la sangre se me había subido a las orejas. ¡Cómo podía ponerme en ridículo de esa forma! ¿Era yo una pordiosera? ¿Una ladrona? ¡Berthe y yo nos conocíamos desde hacía veinte años! Dejé el plato en su sitio como si estuviera ardiendo.

—¡Cuidado! ¡Ese plato es muy delicado! —tuvo que añadir. Berthe era pequeña, seca y tan amable como siete años de mala suerte. Sobre la cabeza tenía una indomable fregona de color negro, de la que continuamente surgían mechones de la cofia, por lo que tras una hora peinándose parecía una medusa con su ejército de serpientes.

La comisura de los labios tendía hacia abajo, y a pesar de la buena vida, a derecha e izquierda de la nariz se le habían marcado unos profundos surcos por tomárselo todo a mal. La única alegría de su existencia era su hijo Aldo, en el que nadie encontraba algo agradable: era un joven gordo con un trasero como una caja y con la cara de una vieja vaca. Tenía dieciséis o diecisiete años; ya estaba crecido. A pesar de ello, apenas ponía los pies en el comercio.

La elegante dama ya había elegido: amarillo y verde. «No hagas caso a Berthe, parecerás una pústula sobre una espinaca», me hubiera gustado advertirle, pero ¿me hubiera hecho caso?

—¡Aldo! Llévale a la señora la tela a casa, tesoro mío.

Su tesoro se levantó del taburete en la parte trasera de la tienda, donde estaba comiendo dátiles y leyendo un libro profusamente ilustrado. En silencio dejó que le cargaran con los fardos. En silencio, mientras saludaba con la cabeza y me dedicaba una mirada amistosa con sus ojos húmedos y marrones, pasó arrastrando los pies junto a mí.

La medusa se dirigió a mí.

—¡Ya no fío más!

—¿Acaso te lo he pedido?

—Estabas a punto de hacerlo.

¡Qué incómodo es cuando personas de esta ralea tienen razón! Me había gastado los dos centavos en miel y en la gargantilla. Así que pasé al ataque.

—Dame un saquito de sal, Berthe, sé buena.

—Ajá —dijo manteniendo la mano en alto.

—No te pongas en contra mía. Si estuviera tu marido aquí me la daría sin ningún problema. ¡Por algo he invertido nuestras últimas quinientas piezas de oro en su barco! ¡Así que tengo mucho crédito con vosotros!

Berthe me dio la espalda y se dedicó a escoger cintas de colores.

—Si no hay dinero, no hay sal. ¡Chusma pordiosera! Cada vez os comportáis con más desvergüenza. Vivís en una torre señorial. Pues vendedla e iros a vivir al campo, adonde pertenece la gente como vosotros. Por lo menos ganaos el dinero en lugar de seguid viviendo sin más, como si aún fueran tiempos prósperos. ¡Vaya vergüenza! ¡La nariz alta, pero el culo al aire!

Iba soltando esos improperios para sí misma, sin mirarme.

Con gran alegría le habría roto alguna de sus piezas expuestas en el cráneo, pero entonces tendría que habérselo pagado.

Por suerte entró Massimo, el genovés. Sus miembros eran tan increíblemente gordos que cuando andaba debía mover las piernas de forma tal que sus andares tenían algo de balanceo. Pero era generoso y siempre amable, ya estuviera vendiendo pimienta y canela o habas secas.

—Señor que estás en los cielos, gracias —murmuré—. Nunca más seré envidiosa.

—¡Oh, buenos días, Cristina! ¿Todo bien? —sus ojos resplandecían al mirarme. Sé que sentía debilidad por mí.

—Gracias, todo en orden, monsieur Massimo. ¿Cómo van los negocios?

—Mejor no podían ir... —dijo inclinándose un poco hacia mí, tanto como su peso lo permitía. Sudaba y su rostro brillaba como la grasa—. ¡He recibido noticias de «nuestro» barco! Desde Catania, donde está atracado. Allí ha cargado vino y trigo, que venderá con beneficio en el Levante. Quieren viajar a Chipre para conseguir cobre y a Beirut por las especias, el incienso, la púrpura y el lapislázuli. El capitán de un barco que volvía a Génova me ha traído una carta. ¡La acabo de recibir!

—¡Entonces «nuestro» barco —me alegraba que él lo denominara «nuestro» barco, aunque mi aportación de quinientos táleros fuera relativamente pequeña— ya debe de estar volviendo a casa! ¿Quizá ya esté surcando el Adriático?

—¡Nuestro barco! «Nuestro» barco —resolló Berthe—. A ella le pertenecen solo un tonel de carne en salmuera y un puñado de tachuelas.

Massimo me miró de nuevo.

—¡No se lo tomes a mal! Mi Berthe siempre tiene que refunfuñar. En caso contrario, no está contenta.

La acarició con cariño.

—¿Y mi sal, por favor? —le recordé.

Berthe me lanzó una mirada envenenada, mientras rellenaba una bolsa con sal bajo la mirada benévola del obeso Massimo. Cuando Berthe dejó caer con violencia la pala de madera en el tonel, hizo un ruido húmedo y rasposo. Con su marido presente no se atrevía a tratarme como lo hacía normalmente cuando estábamos a solas. Su pequeña venganza consistió en servirme sal de salina gris y apelmazada en

lugar de sal fina blanca, la flor de las salinas bretonas.

Le cogí la bolsa de la mano.

—¡Gracias, vecina! Apúntamelo a cuenta de mi parte en el barco —no pude renunciar al placer de decirle—. Adiós, Berthe. ¡*Bonne journée*, Massimo!

«Quizá no le falta razón», pensé para mis adentros cuando volvía a nuestra torre. De una patada aparté a un cerdo que se revolcaba frente a la entrada. Gruñó y apenas se inmutó, mientras movía un poco la panza a un lado. ¡Si mi alma estuviera tan blindada como esa piel de cerdo!

Alguno de nosotros debía trabajar, ganar dinero. No podemos seguir así eternamente: gastar lo que nos han dejado y evitar las desgracias en todos los frentes. Jean es demasiado joven. Y es preferible que funde su propia familia a tener que alimentar a su madre, hermana, abuela y tía. Sería una carga demasiado pesada para él. Pero ¿cómo podría ganar dinero? No soy artesana, y administro de forma catastrófica los fondos. No he aprendido ningún oficio. Bueno, algo sí que he aprendido, y además lo hago bien: escribir.

Mi madre me recibió con quejas.

—¡Qué! —miró dentro del saco y extrajo un grumo blanco rosáceo igual de grande que la uña del pulgar—. ¿Sal gruesa? Ya te has dejado enredar. ¡Esto es para el ganado!

—Se puede moler en el mortero, y es mucho más barata que la sal fina. ¡Siempre me dices que debo ser más ahorradora, madre!

Dejó caer el saco y puso los brazos en jarras.

—¡Tonterías! ¡Ahorradora! Si no fueras tan egoísta y te casaras de nuevo, entonces podríamos vivir todos sin preocupaciones. ¡Y si no lo haces por mí, por lo menos hazlo por los niños! Eres joven. ¡Tu marido hace cuatro años que está enterrado! ¡En algún momento habrá que acabar con la fidelidad!

Recogí el saco del suelo y me lo llevé sin pronunciar palabra a la cocina. A la luz del crepúsculo, que entraba por las altas ventanas, vi a Héloïse sentada ante el hogar limpiando verdura. La olla que había sobre el fuego ya despedía un aroma a gallina, papilla de cereales y cebolla. Jean estaba repantigado sobre la mesa. Había un vaso de estaño junto a él. Era un muchacho guapo, clavado a Étienne. Había cogido la pluma de ganso más bonita de mi pupitre y atormentaba y torturaba a un escarabajo volador en un estado lamentable, al que con la punta de la pluma obligaba a errar por la mesa en círculo. Cuando Jean me vio, cubrió el juguete con el vaso. Casi partió al animal en dos. De forma involuntaria tuve que mirar el vaso. ¡Qué desagradable sensación debía experimentar ese insecto, obligado a dar vueltas sin parar en la oscuridad!

—¿Qué decías, tesoro?

—*Maman*, es imposible que siga llevando esta túnica.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? Te va bien. No está muy gastada, ¡está casi nueva!

De forma colérica golpeó con la palma de la mano sobre la mesa. Por desgracia,

ha heredado mi temperamento. El vaso saltó y se volcó, y el escarabajo se alejó a toda velocidad. Se detuvo en el borde de la mesa y tanteó con sus patas sobre el vacío. ¿Se pensaba algo así un insecto? ¿Tenía la elección de saltar o seguir siendo prisionero? Con un ademán terriblemente casual, Jean lo introdujo de nuevo bajo el vaso.

—¡Las túnicas son para los pequeños! ¡Hoy mismo no me han dejado jugar, porque me han dicho que todavía soy un niño!

—Supongo que estaban jugando a las cartas, y es algo que así y todo te he prohibido.

El rubor cubrió su pálido rostro.

—¡Ya no lo aguanto más! Me estás convirtiendo en el hazmerreír de la escuela. ¡Pronto iré a la universidad! ¡Pero no iré de ninguna manera con esta ridícula blusa!

Se sacó la túnica por la cabeza y la tiró al suelo. Así se quedó en la cocina, con su pecho delgado y blanco. Me agaché, cogí la camisa y se la lancé.

—¡Jean! ¡No te comportes como un campesino, cuando quieres convertirte en un maestro! ¡Cúbrete! —mostró su enojo—. Hago lo que puedo, pero sabes perfectamente cuán difícil es nuestra situación. Espera. ¡Ven aquí!

Se volvió a poner la túnica de mala gana y se acercó a mí a la luz de la ventana alta. Entonces vi su ojo morado y rasguños sanguinolentos en su mandíbula.

—¿Qué es esto? ¿Qué has hecho? —le cogí firmemente de la mandíbula con la mano e inspeccioné bien las heridas.

—Me he peleado —me informó orgulloso.

Así que se había visto involucrado con otros chicos en una riña. Vaya, vaya. Era la primera vez. Estaba claro que se hacía mayor. Le solté el mentón.

—Decían que mi padre era un don nadie y que el abuelo asesinó al rey.

—¡Vaya tontería infantil y malintencionada! Hubiera sido suficiente con contestarles con estas palabras.

—¡Nadie ultraja a mi familia! —contestó furioso.

Pobre hijo mío. No sabía que a mí me ultrajaban diariamente y que me lo tomaba con benevolencia... Bueno, no quisiera mentir, por lo menos con serenidad. Jean ya me sobrepasaba en estatura; debía alzar un poco la vista para mirarlo.

—Sí, deberíamos solucionarlo. Ya eres casi tan alto como lo era tu padre. Arreglaremos para ti sus ropas. Así tendrás un verdadero y exquisito jubón.

Fue de nuevo presa de la cólera:

—¡La ropa de papá es anticuada!

Se sentó sobre el banquillo, nos dio a todos la espalda y se cruzó de brazos. ¡Estaba rumiando! Tuve que reír. ¡Vaya teatro! Debía de haberlo heredado de su abuelo, en todo caso no de Étienne. Él siempre se había mantenido frío, siempre tranquilo, en el peor de los casos no decía nada durante horas, entonces era muy difícil de soportar y suponía el castigo más doloroso para mí. Por el contrario, en mi familia todos se comportaban como grandes trágicos. Se aprovechaba la menor

oportunidad para buscar pelea, cada sentimiento era examinado en sus más inmensas profundidades y exhibido a la luz. ¡Grandes gestos, grandes palabras! No se desperdiciaba ninguna oportunidad para adoptar una pose, al igual que los jugadores ocupan su lugar en el campo de juego. Cualquier discrepancia era alimentada y cebada hasta que se hinchaba hasta la fatalidad, y después, cuando todos estaban fatigados de reproches, gritos y lágrimas, seguían las reconciliaciones más hermosas.

—¡Jean, si supieras lo que me recuerdas al abuelo Pizán!

Se giró, inseguro, pero luego decidió tomárselo a bien. También en ello se parecía a mi padre. Siempre buscaba la mejor cara de las cosas, mientras que mi madre era por principio pesimista. Decía que de esa forma uno nunca sufría un desengaño y en ocasiones incluso era sorprendido gratamente. Como ejemplo, para mayor seguridad y de forma natural se tomaba cada observación con malos pensamientos. Uno siempre puede corregir su posición más adelante.

—Jean, sé razonable. No puedo comprarte ropa nueva. Eso es imposible. Le daremos la vuelta al jubón de Étienne y lo acortaremos. Sus pantalones deberían irte bien.

—Quiero mangas en pico y medias de colores. Y un birrete como el que llevan los estudiantes.

—Entonces debes ser amable con tu hermana. Es la que mejor sabe coser de todos nosotros.

—¡Céline! ¿Lo harías? ¡Tienes que hacerlo! No me puedo poner en ridículo de esta forma.

Céline estaba de pie, ella misma con un vestido apañado, y solo observaba.

Mi madre me miraba llena de reproche. Sí, sí, era todo culpa mía, porque no me quería vender. A los ojos de mi familia era un capital sin utilizar.

—Si te casaras...

—¡No empieces de nuevo, madre! —me di a la fuga—: Voy al jardín a ver si encuentro un poco de diente de león para que tengamos algo fresco para comer —dije y cogí al pasar junto al vaso de latón al pobre escarabajo. Por suerte se agarró a mí. Lo dejé libre en el jardín. Rápidamente saltó y desapareció en un agujero del muro.

En lugar de recoger hierbas para la ensalada, tal como había dicho, me dejé caer sobre el banco con un pequeño suspiro, de espaldas a la casa. Tía Marie y Héloïse habían pasado la azada por la tierra. Los surcos se alineaban perpendicularmente desde la casa hasta la orilla del río, solo interrumpidos por algunas líneas de perales y manzanos. Tendríamos col y nabos, cebollas, guisantes, habas, hierbas aromáticas y medicinales, aunque, muy a mi pesar, ninguna flor. A mi madre no le gustaban las flores.

De forma aislada ya se veían puntas verdes en los surcos de la tierra. Sin el huerto no podríamos haber sobrevivido. *Blanka* y *Yolanthe*, nuestras dos gatas, se acomodaron para restregarse contra mis piernas. Eran medio salvajes, y hacían lo que querían y cuando querían. Pero si, como un gesto de condescendencia hacia mí,

mostraban ternura, entonces me sentía consolada y de alguna extraña forma tranquilizada por su presencia. Céline salió fuera y se sentó junto a mí.

—*Maman?*

—¿Sí, querida?

—Me fastidia que Jean vaya a la escuela episcopal y que además yo tenga que coser sus cosas. ¡Lo haré, pero me fastidia!

Suspiré.

—Lo sé, Céline. Y está muy bien de tu parte que lo hagas.

—¿Me darás clase esta noche? —me preguntó.

La gata romana *Yolanthe* dio de pronto un respingo y rápidamente avistó un ratón. Acto seguido *Blanka* lo cazaría y ambas jugarían con el pobre animal hasta que estuviera muerto. Era terrible, pero así era su naturaleza.

—Si así lo deseas. ¿Has practicado el vocabulario de latín que te puse de deberes?

—Sí —dijo mi aplicada hija.

Céline era tan dócil y al mismo tiempo tan sensible que me preocupaba. Tiene trece años y desde hacía tiempo debía llamar la atención de los jóvenes. ¿Alguien ha visto a una chica de trece años que anteponga la filosofía al posar afectadamente? Y además, no sé cómo casarla. Apenas tiene dote, aparte de unas desastrosas fincas, que en realidad ignoro si han ardidado o no. El ajuar está compuesto de mis cosas y de las de la abuela.

Me acordé del pequeño regalo y saqué la gargantilla de la bolsa de mi cinturón.

—¡Aquí tienes! He encontrado algo para ti en el mercado.

La cogió y la sostuvo frente a sí. Los rayos sesgados del sol crepuscular hacían de ese trozo de vidrio un objeto de fuego y misterio.

—¡Una gargantilla, qué bonita! ¡Oh, gracias, *maman!* Se la puso y posó frente a mí, con algo menos de aliento y con un poco de miedo. Entonces llegó la cuestión decisiva:

—¿Soy guapa?

Reí y recité la balada de Deschamps^[1]:

¿Soy, soy, soy guapa?

Yo diría que sí:

tengo buen parecer, un rostro dulce

y una boca como una rosa roja.

¡Dime, dime, dime si soy guapa!

—¡Oh, *maman!*

Céline ahogó la risa y me palmeó el brazo.

—¡Eres muy guapa! Tienes un cabello moreno precioso, resplandeciente como el pelaje de una marta. Tienes un rostro delicado, casi ninguna peca y ojos de corzo...

—*Maman!* ¡Te estás burlando de mí!

—En absoluto. Realmente te has vuelto muy guapa, pero procura que en esa

bonita cabecita haya entendimiento. Ya conoces el poema de monsieur Deschamps.

Era muy popular en esos tiempos y siempre se cantaba en las callejuelas donde se mostraba una joven.

—Analicemos un poco la poesía. Dime, ¿qué quería decir con ello monsieur Deschamps?

Durante horas seguía de esta forma, un verso tras otro, en el cual una mujer describe sus cualidades y proclama él lamento por los siglos de los siglos de todas las muchachas de la edad de Céline: ¿Soy, soy, soy guapa?

—El poema se burla de los rituales de la petición de mano —afirmó mi hija inteligente y seria—. Una muchacha no puede pedir la mano, así que solo puede utilizar su belleza para conseguir lo que quiere, y para ello debe ser espabilada o, por lo menos, lucir. Debe conseguir que un joven la adule con cumplidos, para que le quede claro que de hecho ella es deseable. *Maman*, ¿qué hacen las muchachas que no son bonitas?

—Bueno, en esos casos ayuda ser rica o tener un título. Qué suerte la tuya que seas guapa.

Rio con timidez.

—*Maman*, ¿es verdad lo que dice Jean, que las mujeres solo tej...? ¿Cómo lo ha dicho exactamente? «Dios solo le ha concedido a las mujeres lo siguiente: lloriquear, hablar por los codos y tejer».

—¿Eso te ha dicho? ¡Vaya pequeño demonio! ¡Me haría mucha ilusión dejar que siguiera vistiendo esa túnica de la época escolar! Escúchame —le dije a mi hija—. Te voy a regalar algunos argumentos. Así podrás contrarrestar sus propias grandes sentencias. Lo que te ha dicho no es de su propia cosecha. Es de un romano, se trata de un refrán latino que ha cogido al vuelo en clase y que ahora te restriega en la cara; ya está bien. Tomémoslo en serio y veamos qué se puede decir sobre él. ¿Quién es el creador de todas nuestras propiedades?

—Dios.

—Exactamente. Así que debemos ver cómo Dios se maneja con ello y qué es lo que pensaba al respecto. En primer lugar las lágrimas, supuestamente una prueba despectiva de la debilidad femenina y su candor. ¿Por qué el mismo Dios se conmovió hasta sollozar cuando María Magdalena y su hermana Marta lloraron por su hermano leproso? Se conmovió y así salvó la vida del moribundo. Y acerca de ello hay innumerables ejemplos de muchos ruegos y cosas buenas que se han concedido concretamente gracias a la ayuda de las lágrimas de las mujeres. ¿Lo has entendido?

Céline asintió convencida.

—Nunca lo había visto de esta manera. Siempre he pensado que solo los débiles lloran. ¡Ser débil es una estupidez! Además, el llorar te agranda la nariz.

—Que las mujeres seamos físicamente más débiles lo ha querido Dios así. Lo que ha hecho Dios no puede ser malo. Él ha dispuesto que desarrollemos propiedades distintas a las del hombre, que es capaz de defenderse. Y la capacidad de verter

lágrimas es una noble cualidad. Ahora, en lo que se refiere a parlotear. Yo prefiero llamarlo el don del discurso, y este también nos lo ha concedido Dios. Si el discurso femenino fuera tan reprochable como se sostiene hoy en día, ¿por qué permitió Jesús que fuese una mujer, Magdalena, la primera en anunciar un secreto tan sagrado como su resurrección, para que fuera ella la que lo propagara?

Mi inteligente Céline se dio cuenta enseguida de cómo funcionaría todo entonces. Sus ojos brillaban de placer.

—Se podría decir que eso fue un honor, pero ya puedo oír cómo Jean me argumentará de la siguiente forma: Jesús se aprovechó de la debilidad femenina para que la nueva fuera propagada más rápidamente, ya que su boca nunca está callada.

—Entonces pregúntale si quiere denostar la figura de Jesús, si le imputa haber sacado a la luz algo tan pleno, el mayor milagro de la cristiandad, con ayuda de la debilidad humana. Si Dios hubiera querido que cada uno se hubiera enterado de la buena nueva, ¿no crees que lo hubiera hecho de otra forma? Pero se lo encargó a Magdalena, que después fue denostada por un Pablo envidioso.

Céline sonrió satisfecha; pero todavía quedaba un punto pendiente:

—¿Y el tejer? ¿El tercer punto?

—Bueno, ¿qué puede haber de malo en tejer? A todo el mundo le gusta un buen tejido. ¿Y si todos estos hombres valientes y pagados de sí mismos cubrieran aún sus espaldas con pieles de animales? Cuando vuelva a salirte con lo de tejer, pregúntale sin más si prefiere seguir llevando sus viejos trapos, en lugar de dejarse ver con esa menospreciable muestra de la debilidad femenina.

—¡O simplemente le regalo mi antecama!

—¡A comer! —gritó desde el umbral de la puerta tía Marie por encargo de mi madre.

—Oh, qué hambre tengo —dije. Nos pusimos en pie, alisamos nuestras faldas, nos cogimos riendo de la mano y entramos en casa.

Tras la cena mi madre se acercó a la despensa y buscó un buen rato entre los botes y jarrones, entre las judías en conserva y la col en salmuera, las botellas de vinagre y las hierbas en conserva.

—Dónde lo he puesto... ¡aquí!

De la estantería extrajo un rollo de pergamino con un lacre bien conocido por mí.

—Quería habértelo dado en cuanto llegaste antes, pero por una cosa u otra me olvidé.

Rápidamente la comida se me hizo pesada como el plomo en el estómago.

Se lo cogí de la mano y me fui al estudio, donde había más luz para leer. Sin embargo, la luz no era sino un pretexto para poder leer la misiva sin ser vista. ¡Sin duda alguna se trataba de una nueva contrariedad!

Rompí el lacre de la Contaduría.

«Lugar, fecha, etcétera, etcétera, cuatro años sin pagar el alquiler... Si en un plazo de... nos veremos obligados... devolver a las propiedades de Su Majestad la

torre Barbeau». En otras palabras: debíamos abandonar nuestra casa.

Por un momento me quedé completamente sorda, además del repentino dolor cerca del estómago. Una nueva dificultad. ¿Y cómo debía resolver ahora esa adversidad? Arrugué el pergamino y lo tiré al suelo. Y mi boca gritó:

—¿Qué? ¿Cómo se atreven? ¿Qué nuevo plan infernal es este? *Maman!*

—No es necesario que grites así.

Ya se encontraba detrás de mí. Hice un gran esfuerzo por mantener la compostura. Después de haber gritado siempre me es penoso.

—*Maman*, ¿sostienen que les debemos el alquiler por la torre y los intereses de los terrenos adyacentes! ¿Desde cuándo habíamos de pagar un alquiler? Fue un regalo del rey a papá, ¿verdad?

Encogió resignada los hombros.

—Eso es lo que decía siempre.

—Sí, lo recuerdo perfectamente: la torre es de nuestra propiedad, decía, y algún día te la dejaré en herencia, Cristina, porque tus hermanos recibirán las tierras cerca de Bolonia. ¡Me decía que tenía el futuro asegurado! A quien tiene una casa y además un pequeño trozo de terreno para cultivar sus remolachas no le puede pasar mucho en la vida, siempre lo decía, ¿no es verdad?

—Sí, es verdad —murmuró mi madre.

—¿Y dónde están los papeles?

—No lo sé. Aunque todavía no he mirado el arca de arriba con los rollos de pergamino. Tu padre mantenía su propio orden.

—Pues ahora mismo vamos a ver qué hay. Necesitamos el documento que acredite la cesión. ¡Entonces se aclarará todo! Faltaría más.

Me puse en pie y arrastré a mi madre tras de mí. Tía Marie y los niños se apelotonaron en la escalera para averiguar la razón de mis gritos.

—¡Volved a la cocina o por mí iros a dormir! No pasa nada, una equivocación. Todo se aclarará.

Fuimos arriba al estudio de mi padre, donde durante ocho años no se había tocado apenas nada. Mi madre limpiaba de vez en cuando el polvo. Sendos lienzos cubrían su sillón y la cama donde en ocasiones había dormido, cuando había terminado de observar las estrellas, ya de mañana. Los libros me los había bajado todos conmigo. Pero aquí se encontraba el corazón de su trabajo, los astrolabios y las cartas astrales, el laboratorio alquímico con su atanor, el horno de alquimista para trabajar los metales, y sus envases de extrañas formas, botellas y polvos, cristales del tamaño de la cabeza de un niño y otros objetos esotéricos, que a pesar de los esfuerzos de mi madre estaban recubiertos de una fina capa de polvo. En una esquina de la habitación, apartado de la ventana, se hallaba un arca con adornos de plata. La abrí. Estaba repleta de documentos.

—Ahora no puedes leer todo esto —dijo mi madre, cansada.

—Acércame, por favor, una lámpara de aceite; no, mejor dos.

—Es preferible que los leas a la luz del día. El aceite es demasiado valioso, ¡no lo malgastes!

—No puedo dormir. ¡Tengo que saberlo! ¡Dios, vaya desorden!

Mi madre conocía mi terquedad. Moviendo la cabeza de un lado a otro buscó dos pequeñas lámparas de aceite de pescado, que colocó en las aberturas de la pared previstas para ello. Bajo su penumbra humeante y maloliente fui sacando los rollos de pergamino y los fui seleccionando. Tratados científicos, poemas, más cartas astrales, el intercambio epistolar con un colega italiano y finalmente una carta del joven rey. Se trataba sin duda del escrito que acompañaba la última asignación de dinero, con la cual Carlos VI se había acordado de «su querido físico». De esa forma se le rehabilitó oficialmente. Pero ahora sus enemigos lanzaban su maldad contra su desvalida familia.

—¿Qué? ¿No queda vino? —oí gritar al genovés de al lado—. ¿Por qué no lo has comprado? ¡Eres tú la encargada de llevar la casa! ¿Qué es lo que haces durante todo el día?

Berthe refunfuñó algo, luego oí el golpear de la puerta de entrada. El genovés se dirigía de nuevo a la taberna.

¿Dónde estaba ese documento? Paciencia, se trataba de una donación y debía existir una prueba escrita de ello. Debía estar en alguna parte.

Oh, cómo maldigo la desgraciada costumbre de que los hombres no inicien a sus mujeres en sus negocios. Eso es lo que le echo en cara a mi padre, y eso es también lo único que le puedo reprochar a Étienne. Si no nos hubieran dejado en tal estado de desconocimiento, ahora mismo no pasaríamos por tantas dificultades.

Por lo menos disponíamos de los documentos de las tres fincas en el Marne. No es que nos hubieran dispensado mucho servicio, pero algún día demandaré a los infieles administradores y los echaré. Un proceso tras otro. Si logro sobrevivir a todo ello indemne, entonces podré llamarme una jurista experimentada.

¡Vaya, mira esto, un pagaré de más de 185 libras de oro, y otro de una suma inferior! Los puse a un lado para examinarlos mejor a la luz del día. A mi alrededor en el suelo iban creciendo pilas y montones de papeles: cartas, poemas y misivas por un lado, documentos relacionados con dinero por el otro, una pila de recetas de alquimia (era evidente que había comprado gran cantidad de recetas muy antiguas, una estaba en hebreo, muchas en griego, ¿quizá se podían vender?).

Yo leía, las lámparas flameaban y proyectaban mi sombra en la pared de enfrente. Hacía rato que en la casa reinaba el silencio. Encontré tablas y cálculos sobre temas desconocidos para mí, los libros hebreos que el rey Carlos V había legado a mi padre cuando aún estaba en gracia, y una gran cantidad de pergamino de calidad, páginas cortadas para su uso. Llevé este tesoro hasta la mesa y lo dejé allí. ¡Páginas en blanco! Tuve la impresión de que mi padre me quería decir algo con el hecho de que las hubiera encontrado precisamente ese día.

Hallé documentos de todo tipo, pero ninguno que acreditara la cesión. Quizá lo

había escondido. Pero ¿dónde? Tenía que existir. Mi padre había sido descuidado con las cosas del día a día, pero no cuando se trataba de la seguridad y el bienestar de su familia. Por desgracia había sido desordenado. ¡Papá! ¿Dónde has puesto el tres veces maldito papel?

Miré tras cada carta colgada de la pared, tras los tapices, incluso en el atañor, palpé sillas y banquillos, miré bajo la mesa, busqué cajones secretos. Una de las lámparas lanzó un último hilo de hollín antes de que la llama se apagara.

Los ojos me escocían y me dolía la espalda. Me senté agotada sobre la camilla y me quedé mirando la habitación. En un momento dado también se apagó la segunda lámpara y supongo que finalmente caí dormida a un lado del catre.

Mi madre me despertó.

—Oh, no —murmuré, y me puse la almohada sobre la cabeza—. ¡Vete!

—¿Qué forma de hablarme es esa? ¡Cristina! ¡Despierta!

Me había arrancado del más bonito de los sueños: había encontrado un tesoro tras un ladrillo suelto del muro de la torre. Primero vi un escarabajo que me hacía señas para que lo siguiera (creo que con la pata delantera derecha) y entonces golpeó sus cuernos contra el ladrillo. El ladrillo llevaba las palabras «Tirar de aquí», lo que era estúpido, pero no dejaba de tratarse de un sueño. Y cuando saqué el ladrillo cayeron sobre mí riadas de joyas, que sonaban como millares de campanillas de plata: zafiros, rubíes, amatistas y carbuncos. Me alivió y alegró tanto, y las piedras eran de un color tan brillante...

—¡Estaba soñando, ahora mismo voy! —dije en voz alta y hasta cierto punto clara. Mi madre desapareció refunfuñando y yo me enderecé.

Mi mirada cayó sobre una torre de marfil amarillento, parecida a una pieza sobredimensionada de ajedrez, prácticamente de una vara de alto. A mi padre le gustaba comprar objetos como ese. Cuando era pequeña, recuerdo que nuestra casa estaba repleta de obras de arte, cuadros, alfombras, lámparas de plata y bonitos juguetes mecánicos. Esta debía de ser una de las últimas piezas que no habían llamado la atención de los alguaciles, ya que era poco vistosa. Me froté los ojos. Me puse en pie lentamente, alcé la torre, la palpé y la agité, hasta que finalmente encontré un pequeño mecanismo al pie. ¡Y en su interior se encontraba el documento que acreditaba la cesión de la torre! Había sido tan sencillo que tuve que reír de alivio. Con el dedo índice extraje el pergamino doblado del agujero. Lo desdoblé y alisé con una mano temblorosa. ¡Sí, se trataba del documento de donación real! Hoy mismo iría a la Contaduría y lo aclararía todo.

—Lo tengo —dije triunfante cuando entré en la cocina. Tres rostros dirigieron sus miradas hacia mí. En la mano llevaba el preciado pergamino que avalaba nuestro derecho. Nadie podía echarnos de allí.

—¡Gracias María y José!

Tía Marie se persignó.

Le alcancé el pergamino a mi madre, pero ella rechazó mi mano.

—Yo... Mi vista está cada vez peor. Si tú dices que es así, pues así será.

La verdad es que a mi madre no le gusta leer, ya que nunca aprendió a hacerlo bien.

—Quiero refrescarme y ponerme otro vestido. Luego iré a arreglarlo todo.

—Eres una buena niña —me dijo—. ¡Tan valiente y luchadora como un hombre! ¿Qué haría sin ti?

Así que encontré un vestido presentable para mí, de color azul oscuro, el color de la fidelidad, como casi todas mis cosas, y el casquete blanco, muy moderado, y la mantilla, que me había jurado no quitarme nunca. El vestido estaba remendado en los codos y los dobladillos franjeados. No había nada que hacer.

Jean ya había salido. Céline estaba sentada junto a la ventana y cosía el jubón de su hermano. Tenía mala conciencia frente a ella.

—Ayer no tuvimos tiempo para tu lección de latín. Pero esta noche repasaremos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Me pregunto qué necesidad hay de que tu hija sepa tres lenguas —tronó mi madre—. Así y todo deberá ingresar en el convento.

Asustada, miré en dirección a Céline, pero parecía no haber oído nada.

—Cállate, *maman*, no seas tan cruel con la niña. Quizá encontremos otra salida para ella.

—¡Ilusiones, sueños diurnos! Quizá encontremos... Eso lo decía muy a menudo tu padre.

—¿Y no tuviste una buena vida con él?

—¡Sí! Durante un cierto tiempo, pero entonces... Fue como la cigarra, que baila en verano. Nunca pensaba en el día siguiente. Y ahora estamos solas aquí.

Me había acompañado hasta la puerta. De repente oímos desde el comercio de al lado gritos y una sonora bofetada.

Aldo lloraba sin consuelo y su padre gritaba:

—¡Eres un imbécil redomado!

Aldo contestó algo, que no llegamos a entender.

—¡No! ¡Ni hablar, no dejaré que metas tus torpes manos en mis negocios! Lo echarías todo a perder.

De nuevo una pausa, en la que el *filius* volvía a objetar, y acto seguido:

—¡No viajarás a Lyon!

Y Berthe refunfuñaba:

—¡Deja a mi Aldo en paz, grosero palurdo! —y luego—: ¡Ven aquí, querido corazón mío, ven, ven con *maman*!

Mi madre y yo nos miramos.

—El genovés podría ser más amable con su hijo. Algún día se hará cargo de la tienda.

—Pero no tan rápido —dijo mi madre—. Yo tampoco le dejaría entrar. Es tan

estúpido que lleva el agua a casa en un cedazo.
Sacudiendo la cabeza me puse en camino.

III

—¡Ni hablar! ¿Qué os habéis pensado, muchacha? —me dijo de hecho el tipo. Como ya he dicho, tengo veintinueve años y mi mantilla de viuda apenas se puede pasar por alto.

—«Madame», os ruego —repliqué firmemente y, como me pareció, llena de dignidad.

Once rostros me estaban mirando. Me hallaba en una escribanía de la Place Maubert, en el barrio universitario, donde se encontraban muchas escribanías y aún más librerías, debido al gran consumo de libros de estudio por parte de los estudiantes.

La verdad es que no habría solicitado trabajo allí si nuestra necesidad no fuera tan acuciante. La habitación resultaba pequeña y oscura: ocho pupitres estaban colocados el uno pegado al otro; al tratarse de atriles, no había posibilidad de sentarse. Y el aire era tan espeso como una sopa de cebada. Solo había una hilera de diminutas claraboyas, insuficientes tiempo ha para renovar de forma eficaz el aire respirado por nueve adultos y dos aprendices. Había ocho hombres en los atriles, y estarían copiando con toda rapidez si no hubieran sucumbido a la curiosidad y las ganas de bromear. Un aprendiz al que habían enviado a rellenar el tintero que llevaba consigo se rio de mí malicioso y puso su mano sobre sus acolchadas partes pudendas. Dos de los escribanos rieron.

—Entonces, «madame» —el propietario de la escribanía lo pronunció como una ofensa exquisita—. Dispongo de suficientes escribanos, y en el caso de que necesitara de los servicios de uno o si uno de los señores tuviera la insolencia de caerse muerto, ¡puedo asegurarle que no contrataría a ninguna mujer!

—¿Y por qué no? —le pregunté, al menos, por centésima vez—. ¡Explicadme, por Dios, qué hay de malo en ello! Escribo igual de bien, de limpio y de ágil que cualquiera de ellos. ¡Dejad que os lo demuestre!

Dio un paso en dirección de los atriles.

—¡No permitiré que una mujer me eche a perder un pergamino tan bueno! ¡Y ahora, por favor, marchaos! ¡Las mujeres solo traen disgustos!

El aprendiz reía y no paraba de hacerme gestos obscenos a espaldas de su patrón.

—Quizá vuestra mujer, y la pobre seguramente tenga toda la razón al hacerlo —le contesté y me marché de allí.

Al salir aún tuve la oportunidad de ponerle la zancadilla al grosero y descarado muchacho, que de esta forma se cayó de narices con el tintero. Fue odioso por mi parte.

En la siguiente escribanía la escena pintó parecida: entré, y el propietario se me acercó rápido como una comadreja. Con sano instinto había reconocido los rollos de

pergamino bajo mi brazo.

—Madame, ¿qué podemos hacer por vos? Copias certificadas, redacción de cartas, poemas, iluminaciones... ¡Podemos hacerlo todo!

—Todo eso puedo hacerlo yo misma, y quería poner mis conocimientos a vuestro servicio, querido maese —dije tan amablemente como pude después de toda esa mendicidad—. Escribo de forma limpia, bonita y ágil. ¿Deseáis que os lo demuestre? —por lo menos le había tentado—. También escribo por menos dinero que ellos —le susurré dándome media vuelta y haciendo un gesto con la cabeza hacia los señores.

¡Así de mezquina me había vuelto! Pero deseaba tanto ocupar un sitio en ese espacio de ambiente enrarecido y oscuro... No anhelaba más en el mundo que estar de pie frente a ese atril y llenar con tinta página tras página, con trazos rítmicos, redondeles y puntos; colocar bien los palitroques elegidos ejerciendo más presión sobre la pluma; línea a línea, copiar exactamente del original con la misma letra, la misma longitud y la misma acentuación, una palabra salvada, la tinta convertida en seguridad. Estaba dispuesta a convertirme en una esclava de las letras.

Se hizo el silencio en la habitación. Los escribanos murmuraban sobre mí. ¿Una mujer? ¿Competencia? Apenas ninguna.

—Bien. Allí en ese atril vacío hay pergamino, tinta y una pluma de ganso. Veremos.

Me puso un libro delante, del que debía copiar, pensando que ya solo el idioma supondría para mí un problema. Reí para mis adentros. Como si no lo conociera: el Galeno, el *Medicus* romano, un tratado especialmente aburrido sobre gases intestinales. Mi mandante me miró con ojos de lince.

—¿Entendéis latín?

—Claro, en caso contrario apenas podría pretender ejercer este oficio. Además de italiano, griego, hebreo y un poco de inglés.

El patrón me miraba incrédulo. Movía la mano derecha en señal de rechazo.

—¡Escribid! ¡Escribid!

Agité la tinta: espesa, pero aún se podía utilizar. La punta de la pluma de ganso estaba desgastada. Siguiendo la rutina, cogí mi navaja, corté la pluma y afilé la punta. A continuación comprobé el pergamino a la búsqueda de agujeros y fallas que eventualmente debiera evitar.

—Aquí la tinta se correrá —le dije. Se trataba de una hoja vieja, utilizada más de una vez y raspada de nuevo, así que era delgada y áspera.

El patrón me estaba observando de brazos cruzados. Movié la cabeza de un lado al otro impaciente.

—¿Creíais que le iba a dar un pergamino nuevo a una mujer? ¡En primer lugar demostradme que sois capaz de cumplir aquello de lo que os jactáis!

Coloqué como hacía siempre los cordeles reforzados con plomo sobre las páginas abiertas para mantenerlas en su sitio y empecé a escribir. Cuando escribo, todas las inseguridades desaparecen como por arte de magia. Es algo que hago con gusto, y

para ello no me debo esforzar mucho. Solo aquello que no nos gusta nos resulta penoso. Así escribía yo, mi pluma resbalaba ligera sobre la página, a pesar de que, debido al estado del pergamino, no podía poner en ella demasiada tinta.

Si la pluma muy cargada de tinta topa con una parte más delicada de la superficie, entonces esta la escupe automáticamente y en el revés de la página aparece una gruesa y horrible mancha. Pergaminos como este solo se pueden escribir por una cara y, si deben presentar una buena apariencia, con mucho cuidado. Pero mi padre me había enseñado todos estos pequeños trucos. Cuando terminé con la página, estaba completamente segura de haber hecho un buen trabajo. Así que esparcí un poco de arena por encima y me retiré del atril.

El resto de los escribanos interrumpieron de nuevo su trabajo, y si hubieran podido se habrían acercado para ver lo que esa moza tan jactanciosa había pergeñado. Así que alargaron sus cuellos como garzas. Uno incluso me guiñó el ojo. Por supuesto, le contesté con una sonrisa.

El amo del establecimiento se aproximó al atril y alzó la página por las esquinas. Devolvió la arena a su recipiente con la mano y sopló la superficie.

—¡Mmm!

Dio la impresión de dirigirse hacia la puerta para ver mi trabajo a la luz del día.

—¡Mmm, mmm! No está mal cómo habéis evitado estos pequeños agujeros sin que por ello la línea parezca torcida. ¡Mmm! No me habéis mentado.

—¿Y? ¿Cuándo puedo empezar?

—¡Espacio! Primero tengo que preguntarle a mi socio. Por mí, ¿por qué no? ¿Qué hacéis con la boca abierta? ¿Os pago para que miréis atontados las musarañas? —gritó a sus escribanos, que veloces hundieron sus narices en los libros—. ¿Por qué no? —prosiguió el maese—. No es algo habitual, pero tampoco inaudito. Regresad mañana a primera hora...

—¡Muchas gracias! —dije feliz y con el corazón palpitando.

De vuelta a casa aún me dio tiempo de vender un par de viejos manuscritos y una carta astral de mi padre. Nunca nos dijo qué valor tenían, y estoy prácticamente segura de que el prestamista me engañó. Era demasiado simpático, y eso me hizo desconfiar.

Sin embargo, nadie quería quedarse con mi libro de poemas.

No solo me dedico a copiar, también he empezado a escribir, en primer lugar para descargarme de mis propias preocupaciones, pero también por gusto. Hace dos años tomé parte en un concurso de poesía, hacía dos más que Étienne había muerto, y no confiaba en tener éxito. Mis poemas, que he reunido en el tomo *Libro de las cien baladas*, son todos tristes. Tratan de cosas bonitas que ya no existen, de la soledad y la nostalgia, de mi amado que tanto me falta.

*Estoy sola y sola quiero estar,
sola me ha dejado mi dulce amigo,
estoy sola, sin compañero, sin acompañante,
estoy sola, me han robado a mi querido.*

Se trataba únicamente de los primeros pinitos, pero al jurado le gustaron. Como premio recibí un diploma y una cadena de plata.

—Oh, muchas gracias. Estoy seguro de que es encantador, pero invendible —me decían los libreros licenciados—. Y además sin ilustraciones.

Ya lo había intentado con las iniciales de colores, pero no sé dibujar bien, y antes de pintar ovejas que parecen cerdos lanudos o pastores bizcos y barrigudos, prefiero dejar las iluminaciones de lado. En todo caso, hago las iniciales de colores.

—¿Por qué no se pueden vender? —preguntaba yo (¿por qué, por qué, por qué? ¡La pregunta de mi vida!)—. Veo que ofrecéis otros poemarios.

—Se trata de poemarios de personas conocidas.

—Vaya. ¿Y cómo se hubieran hecho famosas si nadie hubiera leído sus poemas? No por nada he ganado el concurso de poesía de París. ¡Aquí podéis ver la cadena de ganadora!

El comerciante solo miró de reojo esa joya.

—Sí, sí, muy bonito. Os felicito, madame de Pizán, pero ¿sabéis vos cuántos concursos de estos hay y de cuán pocos premios sale gente conocida? No, esto no tiene ningún valor. Volved cuando vuestro nombre sea más conocido.

Otro me dijo, todo encanto y amabilidad tras haber leído unos cuantos versos:

—Muy bonitos, en efecto. Tenéis talento. Sin embargo, en mi establecimiento el librito solo cogería polvo.

—No está ilustrado.

—Exactamente. Solo tiene que hacerse una vez. Contratad a un ilustrador.

—No dispongo de dinero para ello.

Alzó las manos.

—En eso sí que no os puedo ayudar.

Junté todo mi valor y me fui a ver a un editor. De aquellos que mediaban entre ricos coleccionistas y los talleres de escritura y dibujo. Alguien así debía de tener los mejores contactos con compradores potenciales, pensé yo. El hombre tenía su tienda en la Grande Rue St-Germain. Tres escalones de ladrillo conducían a un pequeño y recogido sótano. En las tres paredes opuestas a la puerta había libros colocados sobre largas mesas en sus diferentes estadios de producción. Vi pliegos de pergamino en cuadernos, bloques de libros, tapas de madera tallada, otros cubiertos del más exquisito terciopelo, con lomos de estaño, con cierres de diferentes calidades, desde sencillos tomos de cuero hasta los que llevan candado y decoración en plata, incluso había candados decorados con joyas. Se exponían una junto a otra multitud de hojas sueltas con pruebas de escritura, gruesa y redondeada, inclinada y bien apretada con

avaricia, de palo o en cursiva, letras escritas con una punta de pluma gruesa, de manera que destacaban en la superficie pesadas y conscientes de sí mismas, como si quisieran gritar, ¡mira, tengo algo importante que decir! Otras hormigueaban sobre el pergamino como si hubieran sido escritas por las patas de un insecto, realmente como si solo de mala gana y mediante rodeos desvelaran sus secretos. Junto a las pruebas de escritura había muchas muestras de iniciales, ilustraciones para los bordes e iluminaciones.

El editor atendía a un cliente en su atril, donde resultaba evidente que ambos contemplaban una obra terminada. El cliente palpaba las páginas y hacía algunas críticas para intentar rebajar el precio. Contemplé las muestras expuestas y aguardé con paciencia hasta que ambos alcanzaron un acuerdo. Al fin, el cliente se marchó con el libro envuelto en tela bajo el brazo. El editor se dirigió a mí.

—¿Madame? ¡Disculpad que os haya hecho esperar!

Vestía un traje largo de fino terciopelo de color amarillo tostado y un casquete de la misma tela sobre una melena gris plata que le llegaba hasta los hombros.

—Pero ¿no os conozco? —me preguntó, y parpadeó brevemente mientras me miraba.

Mi padre había sido un buen cliente suyo, muchas veces para disgusto de mi madre, que hubiera invertido mejor el dinero que él se dejaba aquí en la economía doméstica.

—¡Por supuesto! ¡La hija del buen maese Tommaso! ¡Sois la pequeña Cristina! Os habéis convertido en una guapa mujer. ¿Habéis escrito un libro de poemas? ¡Muy bonito, seguid así! Y con mucho gusto os ayudaría, con mucho gusto, creedme, ya solo por la memoria de vuestro padre, pero...

—Ya sé: desconocida y sin ilustrar.

En todo caso me permitió que le dejara un ejemplar y me prometió mostrárselo a clientes escogidos. Pero después ya no oí más de él. Así que ceñí mis sueños a copiar a autores con más suerte que yo misma. Que sea así: mejor un copista satisfecho, que una poetisa muerta de hambre.

Al día siguiente volví a la Rive Gauche pasando por el Petit Pont, la Grande Rue St-Jacques, que rebosaba de estudiantes de coloridos ropajes, así como St-Germain. La mayoría de los jóvenes presumían, empujaban a los burgueses, robaban de los escaparates y miraban boquiabiertos a las mujeres. Me daba la impresión de que algunos ya estaban borrachos, o seguían, desde primera hora de la mañana. ¡A Jean no le permitiría de ninguna manera un comportamiento tan grosero como ese!

Cuando llegué a la escribanía en la que el día anterior había realizado mi pequeña actuación, el propietario me recibió con cara larga.

—Buenos días, querida. Qué triste, qué triste que tenga que daros una noticia tan

mala. Mi socio no está de acuerdo.

Sentí que a mis pies se abría un hondo agujero negro. Tenía la certeza de haberlo hecho bien.

—Pero ayer... —tartamudeé.

—Sí, y sigo manteniendo lo que dije. No obstante, también os advertí que la decisión no dependía solo de mí.

—Pero ¿por qué?

—Mi socio no quiere una mujer en la tienda; opina que ello distraería a los demás trabajadores.

Todo cuanto dijera estaba condenado al fracaso.

Sin embargo, aún me dio un consejo:

—Id a la Rue de Bordelle. No es tan mal sitio como podría parecer por el nombre. Hay allí una escribanía en la que trabaja una mujer. Tendréis más posibilidades.

—Gracias, monsieur.

Me despedí rápidamente con el fin de esconder las lágrimas por la decepción.

En la dirección que me dio me hubieran contratado, si no fuera porque todos los puestos estaban ya cubiertos. Debía volver a pasar en un par de semanas. La escribana pelirroja de la esquina me saludó amistosamente. «No cejes en tu empeño». Debía conocer las dificultades que atravesaba.

En ocasiones es preferible no obstinarse en perseguir un objetivo. Así que abandoné mi búsqueda y me dirigí de nuevo a la torre.

—¡Marie, Céline! ¡Nos vamos a comprar vestidos!

El júbilo fue interrumpido por mi madre.

—¡Cristina! ¿Estás borracha? ¿Cómo quieres pagarlos?

—He logrado colocar un par de escritos del arca de papá. Tratados griegos y latinos, que no nos son de utilidad, madre. Y una de sus cartas astrales.

—¡Sus cartas astrales! ¿Cómo has podido?

—Madre, nunca les has prestado atención. Hace más de ocho años que están allí. En todo caso, he procurado no vender nada realmente valioso. Y míranos. ¡Parecemos una bonita colección de espantajos, remendados, desgarrados, desnutridos, desmadejados, acortados y recompuestos! ¡Todas nosotras recibiremos algún par de cosas mejores para ponernos, incluida Héloise!

La doncella, que me había dado el consejo, me sonrió desde el fogón.

—¿Y llegará para todas ese poco que has podido conseguir? ¡No olvides que tenemos deudas!

—Así y todo, las deudas no las puedo pagar. ¡Si de cada sol que me llega a las manos pagara primero las deudas, entonces pronto iríamos todas descalzas! Vamos al mercadillo.

—¡Al mercadillo! —mi madre estaba escandalizada—. ¡Nunca, mientras vivía tu padre, llevé un hilo sobre el cuerpo que no fuera nuevo y confeccionado expresamente para mí! ¿Y ahora debo vestir cosas de segunda mano?

—Mejor de segunda mano que gastadas. Madre, ya sé que no puedo ocuparme de vosotros como lo hacían papá y Étienne. Pero una cosa sí que te puedo asegurar: ¡no es culpa mía!

Abandoné rápidamente la casa.

—Si te casaras, entonces nos iría mejor a todos nosotros. Pero prefieres dejar a tu familia en la calle y... y escribir desgarradores poemas sobre tu marido desaparecido, tú... —dijo a nuestra espalda.

—Muerto, no desaparecido —repliqué yo entre dientes.

—¡Deja que se explaye! ¡Ya *encontraremos una solución!* —afirmó tía Marie, que había ido en mi búsqueda. Por su filosofía de la vida uno podía reconocer que era la hermana de mi padre.

—¡Esperadme! —dijo Céline, corriendo tras nosotras contenta de poder abandonar la casa durante un par de horas.

—Tía Marie, debo contarte algo. ¡Y tú, Céline, mantén el secreto!

Pasamos por debajo del letrero de una taberna, que colgaba muy bajo.

—¡Si no hablo con nadie sobre ello acabaré tirándome al Sena!

—¡Bah, no digas esas cosas! Antes lanzarías al Sena a otro. ¿Qué es lo que ha pasado?

Tía Marie, pequeña y robusta, es la hermana soltera de mi padre. A mi madre siempre le molestó que no hubiera ingresado en un convento. Toda mi vida ha estado allí. Antes era simplemente «tía Marie», una presencia divertida y equilibradora en nuestro tormentoso hogar. A ella acudía con mis preocupaciones infantiles. Mediaba cuando había cometido una pequeña fechoría o se convertía en mi cómplice. Cuando fui mayor, mi madre me insinuó un escándalo. Marie se había enamorado de forma improcedente de un pariente cercano y él también de ella. Querían huir juntos, pero consiguieron impedirselo. Después de ello Marie no quiso casarse con nadie y se resistió con éxito a todo intento de la familia de desposarla, hasta que finalmente ya era demasiado mayor.

«¿Y el hombre al que amaba también le fue fiel?», le pregunté a mi madre. «Qué tonterías dices. Poco después se casó con otra. Los hombres son incapaces de quedarse solos», me respondió.

Después de ello vi a Marie con otros ojos y busqué en su rostro marchito a la joven que había sido. Había levantado ante sí un escudo de groserías y de indiferencia, pero continuaba siendo mi aliada. Con ella podía hablar con franqueza, aunque no fuera de mucha ayuda en contra de mi madre.

Giramos hacia la calle principal adoquinada, en la que una puede caminar mejor porque hay canales para los desechos y dos carriles para los vehículos. Por allí circulaban en caravana carros tirados por bueyes, jinetes y mulas de carga. Los vendedores ambulantes ofrecían carbón de leña, empanadas y agua. Un pregonero real gritaba:

—¡Vino! ¡Vino! ¡Ha llegado el nuevo vino del rey! ¡Vino! ¡Vino!

Tía Marie resolló enfadada:

—Ajá. Para nosotros eso significa de nuevo estar sin un cuarto.

Cuando el vino del rey llegaba al mercado, las tabernas debían cerrar hasta que se vendiera todo. Nadie podía hacerle la competencia al monarca. Para más inri, el vino del rey resultaba especialmente caro, por lo que Marie atisbaba tiempos de vacas flacas. Con qué gusto le hubiera comprado todo un tonel del mejor vino.

—Tía Marie, lo he intentado todo. Quería trabajar, hacer aquello que realmente sé hacer bien: escribir, copiar. ¡Quiero hacerlo, pero simplemente no me dejan!

Céline me tomó del brazo después de dar un pequeño salto para evitar a un perro muerto.

—¿Quieres trabajar a cambio de dinero? ¿Y eso es posible?

—¿Y por qué no? —dije con energía—. Hay tantas escribanías en la otra orilla del Sena. La Universidad necesita toneladas de libros y los estudiantes que no sirven para nada los consumen más rápidamente de lo que se pueden producir. ¡Hay trabajo más que suficiente! Pero ¿me dejan hacerlo? ¡No! Estuve en cada una de las malditas escribanías de la orilla izquierda. ¡No hubo manera! En uno de los talleres no necesitaban a nadie y en la mayoría es impensable contratar a una mujer. Uno incluso me permitió hacerle una demostración, y seguro que no lo hice peor que sus operarios, pero a pesar de ello no conseguí el empleo. ¡Prefieren que el puesto quede vacante antes de dárselo a una mujer!

—Sí, seguro que todo eso resultó muy decepcionante para ti, mi niña —dijo tía Marie—. ¡Mira, la taberna aún está abierta! ¿Quizá no ha oído al pregonero?

Me miró llena de expectación, aunque no tenía ni un céntimo en el bolsillo.

A mí también me apetecía un estimulante.

—¿Aún os queda vino? —pregunté en cuanto entramos en la taberna—. ¡Dos con y una sin!

Rápidamente el tabernero nos trajo dos jarras de vino aguado y una de vino puro para Marie.

—¡Bebedlo rápido! No he oído nada —dijo, y se guardó las piezas de cobre.

Tía Marie cogió la jarra y se bebió la mitad de un trago. Durante la operación cerró los ojos. Las pestañas le aletearon ligeras, las ojeras azuladas en el rostro blanco, la piel tan finamente arrugada como la hoja de una amapola. Soltó un largo suspiro de satisfacción.

—¡No necesito mucho, solo mi vino! Te lo agradezco, Cristina, mi salvadora. Tu madre me lo ha vuelto a racionar esta mañana. Lo que quería decir es que quizá aspiras a demasiado.

—¿A qué te refieres?

—No pretendo afirmar que no domines el trabajo de la escribanía. Sin embargo, los tiempos que corren son difíciles, y quizá sería mejor si te propusieras desde el principio ser empleada. Si no esperaras con tanto empeño copiar libros enteros...

La miré con toda atención. Tía Marie es una maestra en las alternativas. Pero

¿qué alternativas podía tener yo? Ya lo había intentado todo.

—Si pudieras disponerlo todo —Marie se bebió con placer su segunda porción— para instalarte en el mercado con... mmm... quizá una caja colocada en alto, tal vez podrías ofrecer allí tus servicios como escribana. Muchos lo hacen.

—¡Escribir cartas para aquellos que no pueden hacerlo por su cuenta!

No había pensado en esa posibilidad, a pesar de que los veía cada día en las plazas y bajo las arcadas: escribanos «ambulantes» que no disponían de un taller propio. Se instalaban allí con sus atriles portátiles de madera ligera o escribían sobre cajas o tablones que colocaban encima de un caballete, y la mayoría de las veces parecían ocupados.

—¡Tía Marie, eres un ángel!

Me dio un codazo de forma grosera.

—¡No digas tonterías!

Proseguimos nuestro camino y nos figuramos cómo iría todo.

—¡Eres una maestra escribiendo poemas de amor, *maman*! ¡Se echarán encima de ti cuando corra la voz de lo buena que eres! —opinó Céline.

—Es posible —dijo tía Marie—, ¡pero de ellos no sacarás mucho! Son toda gente pobre. ¡Los acaudalados encargan sus escritos en otra parte!

—¡Se trata de empezar! El resto...

—... llegaré por sí solo —terminó la frase, impasible, mi tía.

El mercadillo se abrió ante nosotros, a tan solo un par de pasos del hospital, por lo que se podía suponer de dónde procedía una parte de la mercancía. Las mesas y los puestos se apiñaban, y solo habían quedado libres unas cuantas callejuelas. La multitud era tal, que uno se veía obligado a ir siempre en la misma dirección en la que iban los demás, como si de una bandada de brecas se tratara.

—Si una de nosotras se pierde —les dije a las demás—, nos vemos aquí, en la fuente.

El despiadado sol de principios de verano arrancaba a los bribones todo tipo de emanaciones de cuerpos sin lavar y aceites olorosos: la mezcla de sudor, polvo y violetas conformaba el perfume propio de la Plaza de los Gatos.

¡Oh, cambio de rumbo del destino! Hacía pocos años vestía las prendas más finas, era la mujer de un secretario real, y ahora me encontraba en un mercadillo de trapos viejos, con la esperanza de pescar algo. ¡Quizá encontraré mis propios vestidos, de los que en su momento tuve que deshacerme! Quien quiera hacer negocios con la dama Fortuna, debería saber que su rueda no solo va hacia delante. Pero me había propuesto no lamentarme. Es de lo más normal que las cosas vayan una vez bien y otra vez mal. Le pasa a cualquiera, bueno, por lo menos, a la mayoría.

Extrañamente consolada, me sumé a la corriente humana. Céline y Marie me seguían como podían.

—Mira, *maman*, qué bonito vestido cuelga de ese poste.

Era de seda violeta, con el pecho y el talle entallados según los dictados de la

moda, las mangas anchas y en pico, y sin huellas de haber sido usado. Solo en el escote y en los dobladillos se veían bandas más claras. Las habían retirado para venderlas por separado.

—Oh, sí. ¡Por desgracia es demasiado bonito para nosotras! Héloise ya me lo ha advertido, Céline: donde los vestidos cuelgan expuestos, limpios y planchados, es que son caros. Más atrás, en las mesas, también encontraremos cosas bonitas. Simplemente, es más barato porque los vendedores son demasiado perezosos para seleccionar las cosas y almacenarlas de forma apropiada.

La corriente nos seguía arrastrando, los montones de colores parecían contener cada vez una mercancía menos atractiva. Quien quisiera algo, debía pelear con denuedo para alcanzar el puesto que le interesaba mientras los otros continuaban empujando. Marie alzó una pieza, yo negué con la cabeza, y la dejó caer.

—No compraremos nada gastado o remendado. ¡De eso ya tenemos suficiente!

También parecía haber bastante gente que no venía a cambiar sus cosas, sino que encargaban por ilusión y capricho algo nuevo cuando la moda en la Corte cambiaba o cuando estaban hartos de llevar una prenda.

—¡Disculpad! —dije, al tiempo que clavaba mi dedo índice en la espalda del hombre que tenía delante, de forma que dio un salto a un lado, y arrastré a Céline tras de mí. Había visto en la llamativa confusión de prendas algo verde, pero cuando lo alcé se trataba solo de unas finas enaguas. En todo caso, a Céline le encantaba el color verde.

—Mira, ¿te gustan? Déjame ver si te van bien.

Se las mostré.

Tía Marie chasqueó la lengua admirada y dijo:

—Qué bonitas.

Se volvió hacia la vendedora y empezó a negociar. Están rotas. ¿Dónde? ¡Aquí! Pero se trata solo de unas enaguas, ¡y las costuras están muy bien! Oían terriblemente y no estaba claro que ese olor pudiera eliminarse.

Céline, a la que no le complacían, puso reparos:

—¡Yo quería algo azul!

Buscamos sin éxito por toda la mesa. Así encontré un cubrevestido apropiado de satén florentino, que nuevo hubiera costado cien soles la vara. En las bandas claras, donde faltaban las cintas, se podía poner un bordado. No se trataba de ninguna manera de una prenda de ir por casa. Mi madre pondría el grito en el cielo. Y ahora el asunto realmente me divertía.

Con falta de experiencia a la hora de negociar y en general demasiado bien educadas, las tres juntas formábamos un buen equipo. Conseguimos ambas piezas y una capa para mí por un buen precio. Y así proseguimos. Desplegábamos las prendas de vestir arrugadas sacándolas de montones de piezas de lana, fieltro, seda, fustán, terciopelo y lino, las sacudíamos, las alzábamos y las volvíamos a dejar caer. Marie y yo desarrollamos un juego, que se llamaba «la tía mala»: tía Marie se enfadaba, hacía

un amago de irse cuando el trato ya parecía cerrado y ello provocaba casi con toda seguridad que el vendedor rebajara su precio.

—Mira, este vestido es demasiado corto. Demasiada poca tela es demasiada poca tela. ¡Vamos, hija mía! Aquí no hay nada que hacer.

—Podemos coser una pieza de otro color y una banda sobre la costura.

—No, mira. Lo han coloreado de manera chapucera. Toda la tonalidad es desigual.

—De acuerdo, de acuerdo, señoras. ¡No voy a ganar nada con este trato, pero os lo dejo por veinte soles!

—¡Trato hecho!

—Mira, el vestido es bonito, pero tiene una mancha terrible en la espalda.

—Pues haremos un chaleco para el vestido que *maman* no podrá quitarse.

—Mira, una falda marrón para Héloise y una capa de lana. Siempre se hiela por las noches.

—¡Un vestido para mi madre!

—¡Un abrigo!

—¡Una cofia!

—Una pieza completamente nueva de fustán sería suficiente para una camisa.

—¡Piensa en la labor de coser, Céline! ¡Tendrás que hacerlo todo prácticamente tú sola!

—No te preocupes, *maman*.

—Yo te ayudaré —dijo Marie con los ojos brillantes—. ¡Nos divertiremos! Tú déjame a mí el trabajo más pesado, descoser y cortar. El trabajo fino de costura lo dominas tú mejor.

También encontrábamos piezas muy poco atractivas, demasiado sucias para ser salvadas de los montones. ¿Quién era capaz de ponerse algo así? Y entonces extraje un jubón de terciopelo azul claro, de mangas anchas, decorado incluso con bordados de plata. Algo demasiado grande para Jean. Me quedé mirándolo. En la espalda el abrigo tenía un corte indisimulable y una gran mancha de sangre coagulada.

—¡Cómo tenéis la vergüenza de ofrecer algo así! —le reproché al comerciante. El hombre se encogió de hombros, cogió la pieza y me la mostró por delante.

—¿Qué queréis? Aún sigue siendo un excelente jubón para un joven. Se lava en frío, se plancha y ya tenéis una buena pieza de vestir, que de otra manera no os podríais permitir. Al anterior propietario ya le da igual —dijo riendo.

Me volví para mirar a Céline. Negó con la cabeza.

Marie era menos sensible:

—Realmente no tiene ninguna importancia. ¡La sangre se lava muy bien! Y seguro que Jean lo encontrará muy aventurero.

Pero finalmente no pude decidirme a comprarlo. Me hubiera supuesto algo así como un mal presagio.

Justo cuando corríamos el riesgo de sucumbir bajo la carga, noté en mi cinturón

un movimiento sinuoso. Me di la vuelta y logré agarrar una mano, una mano pequeña, nervuda y huesuda que colgaba de un brazo igualmente delgado. El nacimiento de ese brazo, tal como había calculado mientras procuraba evitar que se me escurriera entre las manos, debía de encontrarse a la altura de mi cadera. Mantuve bien agarrada la articulación de la mano, me giré y miré hacia abajo. Marie se había colocado detrás del pequeño ladrón y le había puesto las manos sobre los hombros. Se trataba de un joven sucio y pequeño, quizá de la edad de mi Jean, pero más hambriento. Bajo una frondosa cabellera oscura me miraba con rabia y miedo.

—¡Mierda! —dijo en voz alta—. Me has pillao.

No quiso ocultar que había intentado cortar mi bolsa. Era muy evidente: su cuchillo se encontraba frente a nosotros sobre el más que trotado suelo.

—¡Seguid adelante! ¡No os quedéis en medio del paso si no queréis comprar nada! ¡Avanzad! —gritaban aquellos que habían tenido que pararse por nuestra causa.

—¿Me vas a cortar la mano por ello? —preguntó serio el chico. Era una posibilidad que consideraba realmente.

—No. A pesar de que te lo has merecido, según dictan las leyes. ¡Podrías haberme herido!

—¡Tonterías! Yo no, no te preocupes. Solo los principiantes pinchan a la gente.

—Me tranquiliza que no seas un principiante.

—¡Tú también eres bastante buena!

No pude evitar reírme.

—Como una excepción, ¿quieres «ganarte» algo de dinero?

Su rostro se iluminó notablemente.

—¡Claro! ¡Haré lo que mandéis, «madame»!

—Un centavo si nos llevas todo esto hasta casa.

—Claro, hecho.

—¡Entonces vamos!

Fuimos en dirección a la fuente. El joven cogió el cuchillo, se lo guardó impasible en el cinturón y trotó detrás de nosotras.

En la fuente repartimos nuestras compras y las pusimos en hatillos.

—¿Cómo haremos para que los vecinos no vean que llevamos harapos a casa? —preguntó tía Marie—. ¡A tu madre le dará un ataque si llegamos así!

El pequeño ladrón escuchó atentamente nuestra conversación.

—Dadme una pieza de cobre y os consigo algo para llevarlo.

Marie lo miró desconfiada, pero se lo di. Se fue corriendo.

—Bueno, ya te puedes ir olvidando de tu dinero, ingenua —dijo tía Marie.

Pero el pilluelo volvió con dos cajas medianas de madera, de las que los alfareros usan para transportar su mercancía.

—Muy bien —lo felicité—. Las cajas tienen el aspecto apropiado y se pueden cerrar. Los vecinos ya pueden quedarse mirando boquiabiertos, que no entenderán nada.

Pierre, así se llamaba el ladrón, se puso un pañuelo en la cabeza, con lo que parecía un pequeño moro, se colocó ambas cajas sobre la cabeza y esperó a recibir la orden de marcha.

—¿En qué dirección, patrona?

Cuando nuestra pequeña caravana enfiló la Rue du Rompecul, noté de nuevo en mi estómago repentinamente el peso de una piedra. Frente a nuestra casa se había reunido una pequeña multitud, se oían risas y la voz enfadada de mi madre. Bien. Por lo menos no se había muerto nadie.

El pequeño ladrón se giró hacia mí, y yo le indiqué sin pronunciar palabra y con los labios apretados el centro de la excitación. Héloise amenazaba con la escoba a los vecinos para que se fueran.

Mi madre gritaba:

—¡Seguid vuestro camino! ¡Fuera de aquí! Ocuparos de vuestros propios asuntos. ¿No tenéis nada que hacer?

Berthe, la cabeza de serpientes, comandaba naturalmente el grupo de los mirones.

—¡Tal como parece, vecina, nuestros asuntos están en orden, lo que no se puede decir de los vuestros! —y en cuanto me vio a mí añadió—: ¡Ah! ¡Madame la viudita del secretario real! ¿Cómo queréis pagar vuestras deudas, si los alguaciles os quitan las sillas de debajo de vuestros mismos traseros?

Mi madre rompió a llorar y entró en la casa.

—¿No os da vergüenza cebaros en nuestra desgracia? Queridos vecinos, esto no es una fiesta popular. Dejados en paz, si ya no queréis ayudar.

La mayoría de ellos se dispusieron a marcharse avergonzados, solo Berthe no había tenido suficiente. Con agilidad le había cogido al pequeño ladrón una de las cajas de la cabeza. Esta cayó a tierra y se abrió. Berthe miró dentro y empezó a vocear. Sacó una de las piezas arrugadas y sucias y la alzó en el aire para que todo el mundo la viera:

—¡Lo sabía! ¡Han comprado harapos! ¡Harapos! ¡Mirad! —se puso por encima la falda marrón, mientras bailaba con ella de un vecino a otro—: Con vuestro permiso, ¡nacida de buena cuna! Con vuestro permiso, ¡demasiado-fina-para-este-mundo!

Todos reían. La hubiera envenenado allí mismo. ¡Jesús, perdóname!

Berthe le devolvió a Céline la prenda.

—Es una vergüenza que a gente como tú le esté permitido vivir aquí —dijo dirigiéndose a mí—. ¡Pero esto no durará mucho, y uno no está seguro junto a vosotros! Yo ya no te fío más. ¡Ni un solo grano de sal! ¡Ya puedes ir lanzándole miradas a mi marido!

No me digné contestarle y me abrí paso entre el gentío para entrar en casa. Pierre colocó las cajas en silencio y pareció haberse fundido con las sombras.

—Nos han robado —dijo mi madre compadeciéndose—. Si hubieras estado en casa, como corresponde a una mujer, esto no hubiera pasado.

Me abstuve de hacerle saber que me había ocupado de comprar ropa para la

familia. En todo caso, parecía que la visita al mercadillo no había sido oportuna.

—¿Quién, madre? ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Los alguaciles! Se lo han llevado todo: la cubertería de estaño, ¡el ajuar de Céline!, ¡los once libros en hebreo que el rey le regaló a tu padre! ¡Todo eso se han llevado!

—Y a mí me llaman ladrón —murmuró Pierre junto a mí.

—Me dijeron que a partir de ahora embargarían el alquiler por la torre. ¿No les enseñaste el documento?

—Claro que sí, madre, así lo hice. El mismo presidente de la Contaduría recibió en persona el certificado de cesión.

—Y entonces, ¿por qué nos embargan?

—Bueno, debe tratarse de un error. Un funcionario subalterno que no sabía nada de mi solicitud. ¡Ahora mismo voy a arreglar todo este asunto!

Miré hacia el cielo: no era demasiado tarde para encontrar a alguien.

—Madre, ¿has exigido un recibo por todo lo que se han llevado?

—¿Un recibo? No. ¡Tenía otras cosas que hacer! Tuve que defender la casa yo sola. ¡Oh, si por lo menos hubiera estado aquí Elías!

En ese momento se encontraba con su compañía en la turbulenta Flandes.

—Madre, ¡cuándo pase algo así debes exigir un recibo! ¡Están obligados a ello! Bueno, no te preocupes, ahora mismo voy allí a ver lo que puedo salvar.

Sin recibos ni justificantes uno no tenía ningún derecho, eso ya lo había experimentado, repasando una y otra vez los papeles de mi padre y de mi marido para salvarnos de los estafadores.

—¿Cómo quieres que sepa todo esto? ¡Nunca me lo habías dicho!

—¡Está bien! ¡No era ningún reproche!

Mi madre tenía un aspecto miserable y parecía bastante perturbada. Mostraba la cofia torcida sobre la cabeza y de ella sobresalían finos mechones de cabello gris.

—Siéntate en esta silla, madre. En primer lugar, tranquilízate. Verás como todo se aclara.

Se volvió a sentar un momento, para saltar de nuevo y salir de la cocina.

—Madre, para ya. Héloise y yo nos ocuparemos más tarde de recoger —le dije.

—Déjala —gruñó Marie—. No se tranquilizará hasta que todo esté en orden.

Entre suspiros se puso en pie y fue tras los pasos de mi madre con el fin de ayudarla.

—¡Joven! ¡Pierre, ven aquí!

Le entregué un centavo de plata y cogí un trozo de pan de la mesa.

—Aquí tienes. ¿Quieres leche?

—¡Leche!

Arrugó su pecosa nariz, pero se bebió un tazón de leche bajo la mirada desaprobatoria de la doncella Héloise.

Salimos juntos a la calle hasta la vía principal, donde nuestros caminos se

separaban.

—Madame, creo que podrías hacer uso de mis servicios en otras ocasiones —me dijo.

—¿A qué te refieres?

—En el caso de que no te devuelvan tus cosas, mis compañeros y yo simplemente podemos robarlas para ti.

Lo miré sorprendida.

—Gracias por la oferta, Pierre. Pero ¿qué pasa si os descubren? ¡Entonces te cortarían de verdad la mano, y yo seré la culpable! No, gracias, no me parece bien.

—Como tú quieras, condesa —se sonó los mocos de forma sonora—. Pero en el caso de que requieras mis servicios, me encontrarás todas las tardes en el mercadillo. Si no estuviera allí, pregunta en la taberna El Tonel.

—Así lo haré. ¡Mucha suerte, Pierre!

—A ti también, condesa. ¡La necesitas más que yo!

Y desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Un joven sorprendente: por la apariencia que tenía, uno diría que mi situación era comparada con la suya la de una princesa. Más tarde me lo explicó: como él no tenía nada, solo podía irle mejor. En mi caso era lo contrario. ¡Solo se trataba del punto de vista!

En la Contaduría tuve que esperar un buen rato hasta que fui atendida por un funcionario subalterno.

—¿No lleváis recibo? —me preguntó repetidamente incrédulo—. Bueno, entonces dictadle al escribano de allá fuera el listado de los objetos que han embargado. Veré lo que puedo hacer por vos.

Extendió la mano y dejé que cayera una de las piezas de oro que siempre guardaba para estas ocasiones. La miró con el ceño fruncido. Dejé caer otra pieza de mi cinturón.

—Nos encontramos en un gran apuro. ¡Siento no poder satisfacer mejor vuestras bienintencionadas gestiones! En cuanto me devuelvan mis cosas, tened por seguro que no me olvidaré de vuestra merced —murmuré—. ¡Muchas gracias por las molestias que os tomáis!

—Está bien —dijo al tiempo que hacía un gesto de rechazo—. ¿El presidente se halla en posesión del certificado de cesión?

—Sí —dije yo.

—Entonces no temáis nada. Seguro que...

—... todo se arregla —terminé yo la frase con una risa histérica—. ¡Disculpad! Con toda esta agitación y preocupación estoy algo desquiciada.

Me despedí del funcionario con la esperanza de que su conciencia del deber fuera superior a su codicia.

Fuera le dicté al pasante mi denuncia. Lo podría haber hecho perfectamente yo, pero de esta manera era oficial. También al escribano le estaba destinado un óbolo. Revolví entre las últimas piezas de plata de la bolsa y se las entregué sumisa. Me

esperaba una mirada condescendiente, una observación ofensiva. Nada de eso ocurrió. Lo miré y me encontré con una simpática sonrisa.

—No, no, quedaros con vuestro dinero —me dijo, y me obligó a coger de nuevo las piezas de plata—. Aquí me pagan bien y puedo ver que os hace más falta a vos.

Lo miraba perpleja.

—¡Gracias, sois extraordinariamente amable! —murmuré, y hui de allí.

Cuando me encuentro con la bondad allí donde me esperaba un mal trato, me desconcierta mucho más que las palabras desagradables.

—¡Mucha suerte! —dijo tras de mí.

Ya estaba oscureciendo cuando abandoné la Contaduría. En el mercado de gansos las tiendas y los puestos hacía tiempo que habían cerrado. En los locales de comida había mucha afluencia, y noté un discreto quejido de los intestinos. Me di prisa al pasar por el puente junto a las casas de Notre-Dame. Aquí vivían algunas de las prostitutas más conocidas de la ciudad. De las ventanas surgían risas. Se encendieron las primeras lámparas de aceite. Está regulado por ley que cada propietario debe encender una luz en las ventanas de la planta baja en cuanto irrumpen la noche. Por eso en provincias nos llaman con admiración «la ciudad de las luces».

En todo caso, tenía que mirar al suelo, pues las lámparas de aceite y las bujías no proporcionaban suficiente luz para que uno pudiera evitar las inmundicias de la calle. Por ello mismo no supe ver el peligro que me acechaba.

De repente surgió un hombre frente a mí, grande y pesado. Apenas le pude reconocer el rostro.

—¡Unas palabras, viuda Castel! —me dijo, y me cogió con dureza por el brazo.

Me sacudí e intenté soltarme.

—¿Quién sois? ¡Dejadme ahora mismo o empezaré a gritar con todas mis fuerzas!.

Soltó mi brazo.

—No hay motivo para que empecéis a chillar. No os haré ningún daño.

Se mantuvo sin embargo pegado a mí y prácticamente me tenía arrinconada contra la fachada.

—¡Solo quería pedir os un favor, una tontería!

—¿Qué es lo que queréis?

—Habéis presentado un pagaré que le firmé a vuestro marido hace unos cinco años. No es de mucho y además hace tiempo que lo pagué. Como estaba enfermo, simplemente olvidó devolvérmelo.

Ahora me acordaba.

—¡Entonces vos sois monsieur Fèves y el pagaré es de un importe de más de ciento ochenta y cinco piezas de oro! ¡Lo cierto es que no se trata de una nadería! No obstante, la calle no es el lugar para hablar sobre ello. ¡Pasad de día por mi casa!

Intenté zafarme de él, pero con un brazo me cerró el paso. Lo intenté hacia el otro lado, pero el resultado fue el mismo.

—¡Monsieur, dejadme ir! ¡Esto no es justo! Rio con maldad.

—Tampoco es justo que tenga que pagar una misma suma dos veces. No lo toleraré.

¡Quería evitar el pago! Mi marido era secretario, el orden era su profesión, y siempre se había comportado correctamente. Además, poco antes de su muerte no se encontraba en la ciudad. El pescado apestaba desde su misma cabeza.

—Monsieur, da la impresión de que deseáis engañar a una pobre viuda y además amedrentarla. ¿Acaso pensáis que me voy a creer vuestro cuento? Estáis muy equivocado. Me debéis dinero. ¡Dejadme marchar ahora mismo o mandaré ejecutar el embargo!

¡Eso mejor hubiera sido que no lo hubiera dicho en la calle y de noche! Su rostro pastoso se oscureció de rabia. Me agarró de los hombros con ambas manos y me zarandeó de tal forma que los dientes me rebotaban en la cabeza como las semillas secas en una calabaza.

—¡Maldita pequeña guarra! ¡No te saldrás con la tuya, te mataré si no me devuelves ese papel! ¡Y cuidado con acudir al juez! ¡Eso te costaría realmente muy caro!

Vi a dos transeúntes, dos caballeros, pasar por el otro lado de la calle y grité:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdenme, señores! ¡Me están asaltando!

—¡Vaya, vaya! —dijo uno de ellos—. ¡Y yo pensaba que se trataba de unas caricias salvajes!

El segundo de ellos rio, pero luego ambos sacaron sus dagas y se dirigieron hacia nosotros.

El miserable miró hacia sus nuevos adversarios y yo conseguí zafarme. ¡Zas! Corriendo me agarré el hombro: una manga estaba medio rota. Ya era demasiado. Sollozando, corrí al tiempo que sujetaba la manga por el hombro, corrí durante todo el camino, sin prestar atención a los desperdicios, pisé objetos blandos, a cuyo contacto grité de miedo y asco, y charcos de origen dudoso. Llegué a la torre Barbeau entre jadeos.

Entré corriendo y atranqué la puerta a mi espalda.

—¡Jesús, María y José! ¡Vaya aspecto tienes! —gritó tía Marie—. ¡Has perdido la cofia y traes el vestido roto! ¿Quién te ha maltratado de esta forma?

—Un acreedor que no quiere pagar. ¡No me conoce bien! ¿Qué mundo es este en el que cada uno mira por su provecho y las leyes no sirven para nada? ¡En el que los débiles son tratados a patadas!

Así estaba yo en medio de la cocina, y a base de echar pestes me saqué el susto del alma, mientras mis hijos rae miraban con la boca abierta.

Mi madre se puso en pie sin decir palabra y me acompañó a la *salle d'eau*. Héloise trajo agua y las dos me ayudaron a recuperar la serenidad y una buena presencia. Contaba con que mi madre saldría una vez más con el discurso de siempre.

No mencionó ni una palabra sobre el tema del matrimonio.

El asunto quedó además en tablas: presenté el expediente a un juez, pero el embargo apenas aportó algo de utilidad: un poco de dinero, dos lámparas de plata y un tapiz de pared por valor de veintinueve francos, de los que tuve que pagar doce de costas al juzgado por «gastos especialmente altos».

IV

El aroma de las plumas calentadas al sol sobresalía por encima de los demás olores: un poco harinoso y picante como el alforfón, algo grasiento como una buena manteca clara, con un toque de nuez moscada y un tono delicado de hierbas verdes. Aspiré con ansia esa sinfonía de aromas que flotaba sobre todo el mercado de aves e incluso era capaz de vencer el olor extremadamente acre de los excrementos. Siempre procuraba colocarme junto a un vendedor de aves vivas. En cuanto están muertas toda esta magia desaparece.

A mi izquierda, un cisne esperaba con paciencia el desenlace de su destino. Se había colocado tranquilamente en su jaula sobre un nido de virutas de madera. Ahora tenía enrollado su largo y grácil cuello, lo giraba como si se tratara tan solo de una maroma y se limpiaba las plumas de la cola. Lo compraría un empleado de una de las grandes casas; no estaba destinado a la gente humilde.

Giró su cabeza hacia mí y me observó como haría un filósofo. «De qué te quejas, mujer, de tener una vida difícil —parecía decirme—. Yo preferiría tener una vida difícil a terminar desplumado y cubierto con un pan de oro en la mesa de banquetes del rey».

—Tienes razón, amigo mío, pero no olvides qué alegrías les vas a deparar a otros —le murmuré, y le di un trozo de pan blanco a través del enrejado de la jaula—. ¡Incluso existe una canción muy conocida sobre ti!

—¿De verdad? —sus ojos de azabache brillaban interesados.

Le canté *Carmina Burana*, pero solo la melodía, no la letra que dice: «¡Pobre de mí, quemado hasta la ceniza!».

La melodía le gustó.

—¿Esto lo canta un cisne?

—Sí —dije—. Y además es el centro de atención de todo el mundo. Todos lo admiran y lo escuchan.

—¿De verdad? Bueno, quizá no sea tan desagradable como pensaba.

—Te deseo lo mejor —le dije amablemente y añadí—: Si me lo permites, me gustaría quedarme con una de tus remeras como recuerdo. Con ella escribiré un poema.

—Lo tendré presente.

Volvió a mirarme y, como ya no le di más trozos de pan, enterró la cabeza bajo un ala dispuesto a dormir.

Sobre su jaula descansaba un palomar, pero no quería sincerarme con las palomas: no tienen mucho entendimiento, y en el poco que tienen solo caben palabras de amor insensatas. Con estas cosas ya he terminado de una vez por todas.

Del otro lado del Cour Notre-Dame llegó un agudo trompeteo: acababan de

vender un ganso y este protestaba por el cambio. Los gansos apenas se vendían en verano. Normalmente se ceban hasta San Martín.

En el mercado de aves de París hay de todo: palomos, gallinas, capones (esos pollos cebados y castrados que tanto gustan en la Corte), patos desorientados fuera de su medio. Se encuentran codornices, faisanes, incluso a veces un urogallo y pequeños pájaros cantores, de los que se necesitan dos docenas para preparar un pastel.

El arrullo, el croar, el quiquiriquí, el chirrido, el piar y los silbidos se solapaban con los elogios de los pregoneros y comerciantes de sus productos:

—¡Capones bien gordos, dos por una pieza de plata! ¡Por aquí, por aquí, señoras, nunca obtendréis un hombre tan simpático e inofensivo!

—¡Pastel de mirlo, mirlos rellenos de colmenillas!

—¡Crema de hígado! ¡Crema de hígado de ganso con bayas rojas! ¡Elaborada esta misma mañana!

—¡Manteca, manteca, grasa de la mejor, suave y amarilla, muy digestiva y sana! ¡El mejor reconstituyente para embarazadas y enfermos!

—¡Faisanes vivos, codornices, pintadas, aquí, señoras!

—¡Pollo, pollo barato! ¡Sabroso y tierno! ¡Alimentado solo con grano!

—Entonces seguro que no son baratos —dijo una vendedora junto a mí envidiosa—. ¡Los míos se han hartado de comer gusanos e insectos! ¡Más barato y mucho más natural!

—¡Seguro!

—¿Ya habéis terminado con mi solicitud? —me preguntó.

—Ahora la termino. Así no estará por ahí rodando y se ensuciará. No os preocupéis: estará lista a tiempo.

Había seguido el consejo de tía Marie y me había instalado como escribana ambulante. El primer día lo intenté frente al Palacio de Justicia, donde ya habían cogido su puesto algunos de ellos.

—No os está permitido instalaros aquí —me dijo uno, cuando estaba dispuesta a colocar mi taburete y una de las cajas de madera. Tuve que alzar la mirada para verlo: era un hombre alto y delgado, descarnado, con rostro avinagrado y nariz larga, y profundas arrugas derecha e izquierda que le llegaban hasta la barbilla.

—¿Qué queréis decir? —le pregunté, mientras iba colocando tranquilamente el tintero, un pequeño montón de pergamino alineado y plumas.

—A las mujeres no les está permitido ofrecer los servicios de escribanía en público —sostenía, aunque yo ya me había informado al respecto.

—¡No me digáis! Está más que permitido. Puedo y lo voy a hacer.

Ofendido, se colocó tras su ligero y bonito atril, hecho especialmente para ese trabajo, y observó con la mirada envenenada cómo un joven se acercaba sin vacilar a mi puesto.

¡Mi primer cliente! Le sonreí tan animadamente como me fue posible.

—¿Qué puedo hacer por vos, estimado caballero?

No podía tener más de quince años, iba vestido de forma excéntrica, con una chaqueta corta a la moda con mangas anchas, medias de seda de varios colores, sucias en las rodillas, manchas de vino en la parte delantera del jubón y, sí, una cojonera muy llamativa, a rayas amarillas y violetas y con cintas de seda (de repente tuve que hojear detenidamente mis papeles), cabello largo, recogido con una cinta roja y una espada corta al cinto: un estudiante.

—Yo... eh... mmm.

Se sonrojó.

¡Ajá! Un asunto de amores. Y acerté, miró a los lados, se inclinó hacia mí y susurró:

—¡Se trata de un asunto de vida o muerte!

—Amor.

—¡Eso mismo! ¿Cómo lo sabéis?

—Joven, yo también me he topado con ella, la dama *Amour*, y de ninguna manera he olvidado qué increíblemente urgentes se vuelven estos asuntos. Y qué dolorosos. Confiad en mí: soy absolutamente discreta.

Se relajó un poco.

—¿Y?

—Yo... mmm.

¡Realmente necesitaba ayuda!

—Estáis enamorado y ella no os corresponde. Debo escribiros una carta de amor que conmueva su corazón y la arroje en vuestros brazos.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Podrías hacerlo? —lanzó una mirada al resto de los escribanos—. Esos de allí seguro que no saben. Solo saben redactar secos documentos jurídicos. ¡De sentimientos no saben ni un ápice, son demasiado viejos!

Puse una cara tan seria como la de un médico.

—Seguro. ¡Habéis acudido al sitio correcto, joven! Además escribo baladas. Seguro que juntos encontraremos el tono adecuado para vuestra dama.

Me miró de forma penetrante.

—Escribir puedo hacerlo yo mismo, ¡pero no algo así! Estudio aritmética y construcción mecánica. Sin embargo, y por desgracia, una mujer no es una construcción mecánica. ¿Cómo puedo acercarme a ella? ¡Bah, habré emborronado unas cien páginas y todas las he tirado! Debéis ayudarme. ¡Os lo suplico, debéis ayudarme! ¡Si ella no atiende mis ruegos, entonces me quitaré la vida!

—¡Bueno, bueno!

Ahora era el momento de la mirada maternal.

—Si con atender vuestros ruegos os referís a lo que pienso que vos pensáis, entonces mejor no contéis con mi ayuda. Para algo así no presto mi arte.

—¡Oh, oh-oh, no! —agitaba ambas manos en su esfuerzo por convencerme—. ¡No! Es una manera de expresarlo. ¡No! Yo nunca haría algo por... eh... mmm...,

dañarla o enfermarla de alguna manera, ¿no!

—¿Cómo es ella?

—Es la más bella, dulce y delicada...

Y de esta guisa prosiguió. Y aunque hubiera tenido la nariz como un pepino, fuera bizca, tuviera las piernas curvas como un tonel y para la mayor de las desgracias fuese tonta como una lombriz, a sus ojos seguiría siendo la mejor de todas. Se trataba sin duda de amor. Qué cínica soy. Ha de ser cosa de la edad.

—Bien. Ahora hablemos de negocios: cobro lo mismo que cualquiera de ellos. La composición de versos va aparte. Y cobro por adelantado.

¡Una nunca sabe lo que se puede esperar de un estudiante! Pero él estaba de acuerdo con el trato y me pagó tres soles.

Comentamos el asunto. Me contó todo cuanto necesitaba saber: cómo se habían conocido, cuáles eran sus encantos (aparte de que era la más bella, la más dulce, etcétera), en qué ocupaba su tiempo, cuáles eran sus preferencias, si era orgullosa y fría, si era apasionada, de naturaleza complicada o por el contrario sencilla y amable.

Y después de saberlo todo, le compuse una carta con palabras bien escogidas y muchos cumplidos e insinuaciones, que seguro que le despertarían la curiosidad. A mí, por lo menos, me la hubiera despertado. Y, sobre todo, se trataba de sus pensamientos, en la medida en que se los había podido sonsacar. Los glosé dándoles una forma inteligible.

—¡Suena, sí... eh... mmm!

Estaba satisfecho.

—Permitidme un consejo: si llegáis a concertar una cita, procurad ser lo más natural posible. Podéis admitir con total tranquilidad que los versos no los habéis escrito vos mismo, pero habladle de vuestros esfuerzos por conseguirlos. Hacedla reír.

—Pero no debe reírse de mí.

—No de vos, sino «con» vos. ¡Creedme, si ella no hace honores a esa sinceridad, entonces es que no es la indicada!

Me miró indeciso, mientras plegaba la misiva hasta que pudiera pasarse sin llamar la atención de una mano a otra. Lacramos la carta con cera roja, en la que el muchacho estampó su sello.

—Mucha suerte, joven.

Me sentía como la abuela de Matusalén.

No hacía mucho que se había ido, cuando aparecieron dos alguaciles, seguidos del escribano de rostro avinagrado.

—¡Aquí, esta es la puta!

Uno de ellos, claramente el de mayor rango, se dispuso a cogerme del brazo y arrancarme de mi taburete.

—¿Qué deseáis, caballero? ¿He hecho algo malo? —pregunté amable y tranquila.

El resto de los escribanos de la plaza cuchicheaban; algunos reían y me señalaban

con el dedo.

—Afirman que ejercéis de alcahueta, bajo el pretexto de redactar cartas de amor.

—Eso es mentira. Me dedico aquí a escribir, con el propósito de redactar todo tipo de misivas. Puedo escribir igual de bien que cualquiera de ellos. Y eso es todo lo que vendo: mi pluma. Eso no está prohibido.

El alguacil me contempló con detenimiento y le dijo al escribano:

—Va vestida con decencia e incluso lleva una mantilla de viuda.

—Es todo una artimaña. ¡Además, todo el mundo sabe cuán depravadas son las viudas!

Entonces salté yo:

—¡Vaya infamia! ¿Por qué razón merezco esa ofensa? ¡No es culpa mía que mi marido muriera y que ahora deba mantener a toda mi familia con mis únicas fuerzas!

El alguacil colocó una mano tranquilizadora sobre mi hombro.

—Haced el favor de sentaros de nuevo y redactadme una prueba de vuestra escritura. ¡Y vos, monsieur, moderad vuestras palabras! ¡Las falsas acusaciones también son punibles!

El hombre avinagrado empalideció aún más, si ello era posible con su color de piel descolorido.

—Escribid lo siguiente: yo, aquí vuestro nombre, aseguro por la presente que me gano el sustento tan solo con la escritura y de ninguna otra manera no permitida.

Lo escribí limpio y de forma ligera en francés y, justo debajo, simple chulería, también en griego y en latín.

El alguacil cogió la hoja antes de que se hubiera secado la tinta, se la mostró a su compañero y al horrible escribano, y dijo:

—Con ello queda todo aclarado.

—También hay con toda seguridad putas refinadas que saben escribir. Eso no quiere decir nada.

El alguacil se enfadó y agarró al escribano por las solapas de su abrigo.

—¡Ya es suficiente!

Hablaba tan alto que se le oía en toda la plaza.

—Pretendéis desembarazaros de la competencia y para ello involucráis a las autoridades con ayuda de embustes. ¡Con mucho gusto os pondría una multa de una pieza de oro! ¡Tranquilizaos y, si no, ya podéis ir buscando un nuevo sitio donde colocaros!

Soltó al hombre avinagrado, que rápida e inteligentemente volvió en silencio a su atril.

—Muchas gracias. Me alegra que todavía exista la decencia. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Grégoire, a vuestro servicio. Por ahora la dejarán en paz. En el caso de que ocurra algo, no dudéis en llamarme. Encuentro que hay mucha valentía en el modo en que os las arregláis. *Bonne chance!*

Había ganado, pero no quería concederle a la envidiosa competencia ni una oportunidad para volver a atacar. Me di por vencida, se podría decir, aunque me protegía la ley. En ocasiones es preferible evitar las dificultades, sobre todo cuando una ya las tiene hasta el cuello.

Bajo las maliciosas risas de los señores, cogí mi cajita y el taburete y me fui al mercado de aves. Y allí llevaba desde hacía una semana y me ganaba cada día un dinero. Fue muy emocionante.

Mientras tanto, tenía mi lugar fijo entre el propietario del cisne triste y una pastelera. Cada noche ayudaba con las cuentas al primero; a la segunda le escribí una declaración de impuestos. Por ese motivo ambos me mantenían libre el sitio por la mañana y la pastelera me regaló al mediodía un paté que se le había estropeado. Por la noche podía dejar sin miedo mi mobiliario encadenado a uno de los puestos.

Cada mañana, al iniciar el trabajo, colocaba un trozo de terciopelo de color azul oscuro sobre la caja y lo adornaba con mi tintero, un surtido de plumas bien afiladas, mi navajita y un cordón de seda de color rojo reforzado con plomo. Como no podía ser de otra manera, tuvo que ser mi amable vecina Berthe la que me descubriera el segundo día; la seguía Aldo con las compras a cuestas: evidentemente, lo máximo de lo que era capaz el joven.

—¡Vaya, aquí es donde pasas el día!

Miró con gesto despectivo mis utensilios y cogió uno de los pergaminos. Le propiné una palmada en la mano.

—¿Les ofreces tus servicios a campesinos y criados?

¡Qué mal sonaban sus palabras!

—Soy una mujer de negocios independiente y me gano el pan, Berthe. No sé qué tiene ello de despreciable.

—Ganar dinero, ¡bah! ¿Qué es lo que puedes ganar aquí? ¡Seguramente te pagan en especias, y de las malas! En caso de que tengas más de dos piezas de cobre en la bolsa, podrías saldar tu cuenta con nosotros.

Y partió de allí con su nuevo vestido, totalmente a la moda, con un Aldo intimidado y cargado hasta las cejas siguiéndole los talones. El joven se giró hacia mí y sonrió a modo de disculpa.

—¿Qué horrible mujer era esa? —me preguntó la pastelera.

Suspiré.

—Mi vecina. Supongo que Dios me la ha enviado para que practiqué la indulgencia.

—Pobre hombre el que esté casado con ella —dijo el vendedor de aves a mi derecha—. ¡Vaya dragón!

Berthe les contó a todos los vecinos que me sentaba en el mercado para ganar dinero. A mi madre esto le sentó fatal. Sin embargo, los vecinos no mostraron un cambio en su actitud hacia mí. Uno de ellos incluso me hizo un encargo. Berthe continuó siendo el único encuentro desagradable. No me podía quejar de falta de

trabajo.

Y de nuevo alguien se dirigió a mí, una comerciante de la otra esquina, una de las campesinas que traían sus productos a la ciudad para venderlos: era pequeña y redonda, morena y de rostro sonrojado, vestía una falda larga de lana de color marrón grisáceo, una blusa clara con un cinturón del que colgaba una bolsa de cuero y un pañuelo descolorido en la cabeza. Si vendía aquí los excedentes y además calzaba zapatos de cuero —según mis rápidos cálculos—, entonces pertenecía al grupo de los pocos campesinos acomodados. Seguramente su marido poseía su propio arado, lo que diferenciaba a los campesinos que contaban con lo suficiente de los hambrientos.

Me observaba desde hacía horas.

—¿Es verdad que sabéis redactar cosas legales?

Alcé la vista para mirarla.

—Sí, puedo redactar documentos jurídicos. No soy abogado o notario, pero puedo redactar peticiones, denuncias o defensas.

—Bien, bien. No os podré pagar en metálico. Os ofrezco una gallina por una carta y un ganso para San Martín en el caso de que tengáis éxito.

La propuesta sonaba interesante.

—¿De qué se trata?

Arrugó el dobladillo de su falda, en el que no dejaba de limpiarse los dedos. Sus ojos brillaban húmedos. Tragó saliva.

—¿Me escribiréis una denuncia? ¡Mi marido y yo estamos en un apuro!

Acercó hasta mi mesita la segunda caja, que tenía allí para que sirviera de asiento a los clientes. Mi lugar de trabajo era cada día más lujoso.

—Cultivamos cereales y verduras no lejos de la ciudad, y yo además crío aves que después vendo. Pienso que nos va muy bien. Lo hemos pagado todo: el impuesto de la propiedad, el diezmo para los señores, el diezmo para la Iglesia, el arriendo, hemos hecho frente con valentía a todas las prestaciones, no nos hemos amilanado ante nada, pero por el mismo hecho de conseguirlo, por haber llegado a conseguir algo, el gobernador de nuestro señor se ha vuelto codicioso y nos reclama más dinero. A él no estamos obligados a pagarle nada, así que mi marido se ha negado.

—Estáis en vuestro derecho.

—Sí. En efecto. ¡Pero ahora el gobernador ha confiscado nuestro arado, y justo en primavera! ¿Cómo vamos a arar la gran superficie de tierra que tenemos arrendada si no disponemos del arado? ¡Y si no sembramos y cosechamos nos lo quitarán todo!

Lloraba abiertamente.

—¿Qué podemos hacer? ¿Es que no hay justicia?

De este tipo de gobernadores ya se oía hablar a menudo. Eran el azote de nuestro país. Y con todos los impuestos y las prestaciones a los que tenía que hacer frente, un campesino debía ser muy trabajador para salir adelante.

Por desgracia, los terratenientes a menudo no entendían la diferencia entre un campesino pobre y un campesino exitoso.

—No os servirá de nada poner una denuncia en el juzgado. El procedimiento es demasiado largo. Mientras tanto, os habréis quedado sin tierras. Además, según la ley pertenecéis a vuestro señor.

—Lo sé —suspiró—. Entonces una carta de ruego. ¿Podrías escribir una carta dirigida a nuestro señor?

—Lo haré con mucho gusto. Pero podría ser que no estuviera interesado y que lo delegue todo en su gobernador. Quizá deberíamos redactar una copia y hacérsela llegar al señor feudal de vuestro amo. No tiene ningún sentido que por la codicia y la terquedad se eche a perder una buena utilización de las tierras. Vuestro amo y su señor pierden ambos dinero si ponen limitaciones a vuestro trabajo.

—Sí, sí, e incluid sin falta en el escrito qué repugnante miserable es este gobernador, se llama Rupert, el tipo más chantajista y embustero. ¡Le deseo toda clase de ventosidades y descomposiciones! Y escribid bien claro qué es lo que pensamos de él...

—Mejor que no seamos tan claras, comadre —le dije—. A nosotros los débiles solo nos queda ser sumisos y silenciosos para poder conseguir algo. Solo funciona cuando les hacemos ver a los poderosos qué ventaja les supone el tratarnos bien.

Se sonó las narices en la falda.

—¡Maldito sea! Preferiría despachar al tipo con una horquilla allí donde pertenece, directamente al infierno. Pero si vos pensáis que así es mejor, no por nada tenéis estudios.

Le escribí las dos cartas al precio de una gallina bien pequeña, lo que no era un mal trueque. Y me esforcé de la forma más sincera en redactarlas con palabras sumisas y razonables.

A continuación instruí a la campesina en diplomacia.

—En el caso de que recibáis una contestación y quizá una citación, pensad en lo siguiente: vuestra felicidad depende de que habléis tranquila y respetuosamente. Respirad hondo una y otra vez en cuanto notéis que os estáis enfureciendo. ¡Y entonces hablad! He escrito que rogáis de la forma más humilde por que se haga justicia y que vosotros no deseáis ardientemente sino servir a Dios y a vuestro señor.

—Yo le cortaré el gaznate.

—Sí, sí, pero eso os lo guardáis para vos, ¿entendido? Y no haría ningún mal si la carta a vuestro amo fuera acompañada de media docena de capones en un cesto decorado con flores y hojas verdes frescas.

—¿Y eso por qué?

—Porque él preferirá mirar una bonita cesta con capones que una carta seca. Y enviad lo mismo al señor feudal de vuestro amo.

—¿Qué? ¡Además!

La miré con gesto afectuoso.

—¡Sin falta! Quizá sería mejor que fuera vuestro marido, en el caso de que sea menos colérico que vos.

—Es aún peor.

Ella misma se echó a reír, cogió las cartas, las enrolló y las colocó en el corpiño. Más tarde me trajo la gallina que habíamos pactado y una bolsa de cebollas.

—Gracias por todo. Tomaré en consideración vuestro consejo lo mejor que pueda. ¡Y que Dios me ayude!

—¡Mantenedme al corriente de cómo os ha ido!

Ese mismo día aún escribí tres peticiones a diferentes juzgados de París, que conocía mejor de lo que hubiera preferido, y cuatro cartas de amor. Una de ellas, dirigida a un alguacil de nombre Grégoire.

«Mira —pensé—, a este lo conozco». Y le pregunté a la muchacha si tenía tal o cual aspecto. —Sí, ¿cómo lo sabéis?

—Lo conocí por un pleito, parece un hombre bueno y justo.

Esta observación le alegró. Y como ambos me caían simpáticos y parecía que encajaban bien el uno con el otro, hice mi trabajo con especial diligencia. Hacía un tiempo que ella no lo veía y temía que hubiera otra mujer en juego, ya que él había olvidado los planes que tenía para con ella. En lugar de una carta extensa, le propuse enviarle un breve poema:

*Me parece que han pasado ya cien años,
desde de que mi querido se fue de mí,
y solo han pasado catorce días,
me parece que han pasado ya cien años,
tanto tiempo me parece.*

Pinté las iniciales de color rojo y les añadí un par de artísticos arabescos, un par de pájaros en un cielo imaginario y debajo una rama con hojas, para tapar un horrible pliegue en el pergamino. Un pequeño grupo de curiosos nos rodeaba y hacía propuestas para que quedara más bonito.

Finalmente, quise firmar en su nombre.

—¿Cómo os llamáis?

—Jeanne —observaba las pocas líneas en mi mejor caligrafía—. ¿Y esto será suficiente?

—Creo que sí —le dije—. Una mujer no debería alardear demasiado. Debe mostrar sus sentimientos de una manera sutil, sin obligar a nada ni exigir.

Por una pieza de cobre le vendí una cinta de color verde claro para atar el pergamino: el color del amor joven. Del resultado debía enterarme pronto.

Los negocios marchaban bien. Prácticamente solo acudían a mí mujeres. Estaban contentas de no tener que recurrir a un hombre para contarle sus preocupaciones: a la menor ocasión las hubiera tratado con altivez. Ellas me confiaban gustosas sus secretos de amor, aunque siempre se presentaban problemas jurídicos, en lo que yo ya contaba con una triste experiencia: asuntos de herencia, pleitos por la dote, deudas. Pronto se acabaría el pergamino que había encontrado en el arca de mi padre. Tenía

que ocuparme de conseguir más reservas.

Ya era hora de irme a casa. Le puse el corcho al tintero limpiamente y guardé mis plumas en una tela fina. Lo metí todo en una cartera, junto con el pergamino en blanco. Ayudé a mi vecino con las cuentas de los ingresos y otras aparte a la hora de liquidar los aranceles del mercado. La pastelera me dio dos trozos de pastel de carne.

—Para tus hijos. Creo que desde que estás aquí vendo más que antes. Atraes a los curiosos.

—Buenas noches —le murmuré al cisne, que seguía sin venderse.

—Cántame de nuevo la canción —me pidió—. ¿Cuándo me presentarán por fin ante la gran sociedad? ¿Por qué nadie me compra?

—No te preocupes, un ave tan bonita y orgullosa como tú siempre la querrá alguien. Lo único que pasa es que la mayoría de la gente no se lo puede permitir.

—¿Soy muy valioso? —me preguntó.

—Inmensamente —le aseguré, tras lo cual empezó a alisarse las plumas por centésima vez.

DAQUÍ e vuelta a casa me encontré con tres espléndidos caballos atados junto a la torre. El gordo Massimo ya estaba metiendo sus mercancías. Me saludó muy amablemente y me preguntó guiñándome un ojo:

—¿Ya os puedo felicitar?

Me temía lo peor. Mi madre, con sus mejores joyas y el rostro arbolado por la agitación, apareció por la puerta disparada como una bala y me arrastró hacia el interior.

—No hables con la gente. ¡No deben saber nada!

—Yo no he...

—Tienes el vestido sucio y el cabello despeinado bajo la cofia. Eso te pasa por ganarte el dinero en la calle como una vulgar ramera. ¡Ve enseguida arriba, ponte algo bonito y arréglate un poco! ¡Tenemos un invitado!

—¿Qué invitado? ¿De qué me estás hablando?

Desde la cocina llegaban unas voces masculinas desconocidas.

—¡Rápido! ¡No le vas a hacer esperar más! ¡Espera, muéstrame las manos! No aparezcas en la mesa con los dedos llenos de tinta. Te supone una mujer extremadamente educada.

—«Soy» una mujer educada.

—Me temo que se dará cuenta de ello antes de lo debido. ¡Marie, échale una mano!

Tía Marie llegó desde la cocina. Le puse a mi madre la gallina y los pasteles en las manos y subí las escaleras confundida.

—¿De qué invitado se trata?, ¿por qué mi madre está tan excitada? —le pregunté.

—Cristina, por favor, no te enfades, creo que tu madre ha descubierto un candidato a marido.

—¿Para Céline?

—¡No! ¡Para ti, tonta!

Quise precipitarme escaleras abajo.

—¡Cuántas veces le he dicho a mi madre que es algo que ni me planteo! ¡No me casaré nunca! ¡Mira, hoy he ganado ocho soles y dieciséis piezas de plata!

—Muy bien. De verdad, estás ganando una fortuna. Pero ahora, por favor, sé buena y durante la velada mantén la compostura y muestra buena voluntad. En lo que se refiere a la boda, puedes decir tranquilamente que no. Ahora que está aquí ya no puede remediarlo. Por lo menos esta noche sé amable con este hombre.

Ya había extendido un vestido sobre la gran cama en la que dormíamos Marie, Céline y yo misma: uno de los que habíamos encontrado en el mercadillo y que habíamos lavado, remendado y planchado. Un vestido de satén azul claro con las enaguas de color amarillo. Tenía un aspecto muy distinguido. Me daba todo igual. Me lavé rápidamente la cara y las manos con el agua de lavanda que ya había preparada y dejé que tía Marie me peinara el cabello.

Mientras me hallaba junto a la ventana llegaron hasta arriba desde enfrente unos gritos.

—¡Idiota! ¡Qué has hecho otra vez!

Se oyó una bofetada. Berthe gritó:

—¡Deja al pobre joven en paz, gordo monstruoso! ¡Mi Aldolino!

—Anoche le dije que pusiera el grano arriba, donde los ratones no llegan. ¡Pues mira lo que ha hecho!

—Bueno, ¿y qué? ¡Haberlo subido tú mismo! ¡Un poco de movimiento te sentaría bien!

Marie y yo nos retiramos perplejas de la ventana. A menudo deseaba que no viviésemos tan pegados a otros y evitar de ese modo el compartir obligatoriamente todas sus conmociones vitales.

Tía Marie lo veía de otro modo. Mientras me hacía dos trenzas escuchaba atentamente:

—¡Calla! Creo que no dejará que se le acerque más —murmuró entre risas—. Ayer por la noche él estaba muy zalamero y ella le apartó y le dijo: «Estás muy gordo». En ello no le falta razón. ¡Uh! ¡Solo pensarlo...!

Tía Marie enrolló mis trenzas y las fijó. No podía llevar una cofia. Todo me parecía bien, pero cuando vi el colorete para las mejillas mi paciencia llegó a su límite.

—¡No! Deja eso en su sitio, Marie. No aguanto que se me pinte. ¡No estoy en venta! Rio un poco.

—No te falta razón, pero la honorable así lo ha mandado. —De ninguna de las maneras.

Marie me llevó hasta el comedor del primer piso. Era una habitación sombría y semicircular, en su tiempo engalanada con bonitos tapices, ahora demasiado desnuda. Contenía una enorme mesa de nogal y unas sillas bellamente talladas. Ya que habían robado los tapices de las paredes, Céline había trenzado unas guirlandas de flores y había decorado con ellas la mampostería.

Sobre la mesa había servido vino, un asado de conejo de verdad, una trenza de pan, conservas de frutas, pescado en gelatina, nueces saladas y olivas en aceite. ¿Qué debía haber vendido mi madre para conseguir todo eso?

De nuestro visitante solo vi en primer lugar las botas. Se encontraban sobre la mesa decorada y puesta, ni más ni menos. Las piernas a las que pertenecían empezaban en el sillón de mi padre. Cuando entré en la habitación, reulé de inmediato.

—¡Marie, por Dios! ¡Es un maldito inglés!

Era un hombre pelirrojo y llevaba barba.

—¡Sssh! No, es francés como tú y como yo. Entra de una vez.

Arremetí de nuevo.

—Monsieur.

Hice una reverencia.

Aunque retiró los pies de la mesa, no se molestó en incorporarse, aunque pude intuir cuán grande era. Su cuerpo era enorme. La forma en la que se movía dejaba entrever que podía confiar en sus fuerzas. Eso puede suponer una ventaja cuando arriba en la sesera no se mueve nada.

—¡Bueno! Así que es ella. Muy guapa, y parece sana —dijo en lugar de saludarme. No pude evitar sonrojarme; no llevaba colorete, pero tenía poco que ver con la timidez. («¿Queréis ver también mis dientes?»).

—Me hace feliz el saber que os gusta lo que veis.

Mi ironía cayó en saco roto.

—Estad tranquila, doncella. Estoy contento. Es todo tal como me había prometido vuestra madre.

Mis ojos encontraron los de mi madre: te mataré, era mi mensaje. Mi madre rio, sin ser consciente de su culpa. Solo quiero lo mejor para ti, mi niña...

—Hija mía, el chevalier de Grossetête —nos presentó mi madre.

El visitante afirmó, y prosiguió con la evaluación de la mercancía:

—Vuestra madre me ha jurado que tenéis veintidós años.

¡Madre!

—Seguro que ella lo sabe mejor que yo. Si me permite...

Me senté frente a él en una silla destinada a mí. Uno no lo diría, pero el pensar produce tanta hambre como el trabajo físico.

—Todo tiene una pinta estupenda, madre. ¡Estoy hambrienta!

Y empecé sin ningún tipo de recato. Mi madre me siseó por lo bajo.

—Aprecio cuando las mujeres comen con ganas —retumbaron las palabras de

nuestro invitado, que igualmente soltó anclas y amontonó en su plato sin distinción alguna el pescado, la fruta, el pan, el pastel y el asado—. Las mujeres están hechas para parir. ¡Para ello se necesita fuerza, como puedo apreciar siempre en mis caballos! ¿Son estos vuestros únicos hijos, doncella Cristina?

—No, tuve otros dos. Murieron.

—¡Bueno, los débiles son desechados; por la naturaleza!, ¿no es cierto?

—Los idiotas por desgracia no —se me escapó. A Marie se le debió de caer algo, pues su cabeza desapareció bajo la mesa. Mi capacidad de procrear estaba fuera de toda duda.

—¿Qué te gustaría ser de mayor, hijito? —le preguntó a Jean.

Jean se irguió como una vela y no pudo evitar parecer un niño frente a ese gigante:

—Seré notario —en ese preciso momento su voz cambió—. Pronto entraré en la Sorbona y más adelante cursaré Leyes en la facultad de Bolonia.

—¡Qué me dices! Eso no sirve para nada —opinó nuestro invitado, mientras le salía de la boca un pequeño trozo de anguila—. ¡Trabajo de chupatintas! ¡Tornear las palabras! Eso es para los débiles. Te daré lecciones de esgrima.

¿Vi nacer en los ojos de Jean algo así como interés? ¡Hombres!

A Céline no le dirigió la palabra, solo le pellizcaba amistosamente la mejilla, ya que tuvo la mala suerte de sentarse a su lado. Ella me miró y formó con sus labios una palabra que no quisiera tener que reflejar aquí. Apenas la podía reprender por ello.

—Habladnos, *je vous en prie*, de vuestras victoriosas batallas —le rogué afectada. Estaba comenzando a divertirme.

Y así empezamos a saber acerca de las expediciones militares a Normandía, las victorias de Bayeux, Cherbourg, Évreux, lugares en Flandes y en la Bretaña donde los «caballeros del rey» habían triunfado, le oímos parlamentar sobre sangrientas batallas y cómo se había castigado a los habitantes de las ciudades que habían osado entregarse a los (antes victoriosos) ingleses. Solo sabía hablar de quema y asesinato, de asesinato y quema. Cabalgar, sudar y sangrar en compañía masculina parecían constituir su única felicidad. Había corrido mucho mundo, este chevalier Grossetête. Ahora andaba por el Languedoc, donde habían humillado a los habitantes de Montpellier, Artois y Picardía. Mientras tanto, había tenido tiempo de pasar largas temporadas en su castillo, para procrear niños y despachar a dos mujeres. Y una y otra vez las luchas contra Inglaterra, contra las —tal como él lo denominaba— heroicas invasiones de este oscuro país del Anticristo.

—Monsieur —intervine solo por jugar, para que los párpados no se me cerraran, ya que su discurso me había cansado—, explicadme si es verdad que en las batallas en Güeldres la mayoría de los hombres se ahogan en el barro y se obtiene tan poco botín que los grandes señores finalmente se ven obligados a subir los impuestos, con el fin de cubrir sus pérdidas.

—¿Y por qué no? —contestó.

Mi madre me hacía señales inquietas: ¡cierra la boca, no le hagas enfadar!

Marie comía con ahínco y no miraba a nadie.

—¿Por qué los ciudadanos no deben pagar por la protección?

—Por lo que sé, siempre han pagado, pero nadie detuvo a Buckingham cuando arrasó el corazón de Francia saqueando y quemándolo todo. ¿Y dónde fue a parar la cara flota francesa de Brujas?

Gruñó.

—¡También los más valientes pueden perder alguna vez frente a la superioridad manifiesta! ¡Sin embargo, hay actos heroicos que sobrepasan lo humano! Y yo no estuve con la flota. Me hallaba luchando en tierra. Vos deberíais haberlo vivido: los caballos espumeaban y desfallecían bajo nuestro peso, pero nosotros seguíamos acosando al enemigo con nuestras espadas...

—Disculpad, monsieur, vuestro relato me fascina, por eso deseo haceros una pregunta: solo soy una mujer ignorante, pero he leído que desde la ignominiosa captura de Juan el Bueno los caballeros franceses han perdido en la mayoría de las ocasiones en que se han enfrentado con la armada inglesa, porque nuestra forma de lucha es anticuada.

—¿Qué queréis decir con ello? —interrumpió irritado su perorata.

—Los caballeros franceses luchan con armaduras muy pesadas sobre caballos de combate igual de pesados y armados, tal como lo han hecho desde hace siglos, mientras que los ingleses se limitan a disparar desde los caballos con ballesta y arco. Del resto se ocupan sus tropas de a pie más ligeras y ágiles.

—Cobardes —dijo furioso.

—Pero evidentemente unos cobardes que sobreviven.

Dio un trago a la copa de vino, desde luego no el primero, y me observó con sus ojos bañados en sangre.

—¿Cómo es que tenéis conocimiento de estos temas, doncella Cristina?

—He leído informes. Tratados sobre el arte de la guerra.

Se produjo una tranquila pausa en la conversación, mientras el cerebro o lo que utilizara el chevalier preparaba sus contundentes ruedas de molino.

—También he leído un poema de monsieur Eustache Deschamps...

—¿Quién?

—Uno de nuestros más grandes poetas y sabios, el poeta de la Corte del rey.

—Ah, ese.

Continuaba bloqueado por el acto de pensar, así que aproveché la oportunidad para, por así decirlo, asestarle la estocada de gracia:

*Vais engalanados como jóvenes gallos,
si estáis en Francia, vanagloriaos
de vuestras hazañas...
Si queréis luchar por la gloria en la batalla,
entonces llevaos un corazón y no nuevos vestidos...*

—Esto lo escribió Deschamps tras la última batalla. Según su teoría, perdemos las guerras porque se derrochan demasiados medios y fuerzas para transportar alhajas, finos vestidos, camas cómodas y alfombras. ¡Cuatro carros por caballero! ¿No es verdad que incluso el conde de Cavour arrastraba con él un horno para elaborar pequeños pasteles? ¿Así es como forjaron los romanos su imperio?

Oh, algo encajó en su cerebro. Ahora había llegado a una conclusión:

—¿Vos leéis tratados, doncella Cristina? ¿Sobre la guerra?

—Sobre la guerra, el arte de gobernar, matemáticas y filosofía...

Mi madre se quedó helada, qué catástrofe: acababa de mostrarme como poco adecuada para las intenciones de mi madre.

—Aquí se puede ver qué inconveniente es dejar que una casa llena de mujeres la gobiernen ellas mismas. Las mujeres deben estar ocupadas, si no les asaltan pensamientos tontos y pecadores. ¡Deben parir y criar a los niños y ocuparse de las múltiples obligaciones de la casa, administrar las provisiones, coser, bordar y cualquier función menor que corresponda a una mujer! Doncella Cristina, se lo digo abiertamente: para mí la lectura no significa nada. ¡En mi casa no se lee! A los hombres no les hace falta y las mujeres no deben. Perturba la moral y debilita el entendimiento.

—¿Debilita...? No entiendo cómo.

—Os lo explicaré con mucho gusto. Por ejemplo, mi entendimiento se refuerza si me veo obligado a recordar las cosas en lugar de apuntármelas. En lo que se refiere al contenido de lo escrito, normalmente es innecesario y frívolo. A mis esposas no les permito que lean. ¡La educación de las mujeres es totalmente contraria a la naturaleza! Las convierte en rebeldes y entonces uno se ve obligado a castigarlas, aunque no lo quiera en absoluto. Pero, como ya he dicho, también para los hombres es malo. Nosotros los...

Había elevado la voz hasta convertirla en una salmodia puesta en práctica a menudo como un sermón. Céline lo observaba como se observa a un escorpión en la pared. Jean había apartado la mirada y se hurgaba descaradamente la nariz. Marie se atiborraba impasible con los inusuales y exquisitos manjares, y mi madre permanecía de piedra.

—¿Nosotros los humanos no fuimos expulsados del paraíso por comer contra el decreto de Dios los frutos del árbol del conocimiento? Os lo aseguro: ¡esos frutos eran los libros!

«Los libros se deberían leer y no comer», pensé yo.

—¡Los libros son la obra de Satán! ¡Un cristiano debería aspirar únicamente a la completa ignorancia!

—Entonces, monsieur, vos sin duda sois un santo.

Con el resultado de sus esfuerzos, Jean hizo una pelotita con el pulgar y el dedo índice.

El chevalier me dedicó un gesto amistoso por el rendido halago.

—Sabed que Dios me ha encomendado borrar este pecado de la faz de la tierra. Es una tarea titánica para un hombre, pero en cada ciudad, en cada monasterio, en cada castillo que he conquistado he levantado una pira con los libros diabólicos. He quemado bibliotecas, si era necesario con sus guardianes dentro, miles de rollos y he destruido có... có... cómo sellamos y escribanías. ¡Esa es, mesdames, mi tarea en este mundo!

—Se llaman códices. Sois un loco —es lo único que pude decir.

Mi madre se despertó de su rigidez y dijo mientras daba palmadas:

—¡Héloise, el pudín!

Esbocé una sonrisa:

—Distinguido caballero, os lo digo también con toda franqueza, es impensable una unión entre nosotros dos, incluso si no le hubiera jurado a mi querido esposo fallecido fidelidad hasta la muerte. Os ruego que no os sintáis mal por ello: somos completamente diferentes. Vos necesitáis un tipo de mujer distinto. En todo caso, os suplico que continuéis disfrutando de la hospitalidad de nuestra mesa. Quedaos para el postre.

Me miró fijamente con rabia, se puso en pie de un salto, tirando al suelo la buena silla de mi padre, y salió de la sala.

—¡Vámonos! ¡No nos quedamos más! —dijo, arrastrando consigo a sus hombres de la confortable cocina de Héloise.

Oímos cómo toda esa chusma montaba a los caballos fuera y partía de allí. Los cerdos del callejón chillaron enfadados.

Miré a mi madre. Se encogió de hombros como disculpándose.

—Está bien, me he equivocado.

Céline y Marie rompieron a reír, después también yo lo hice y con gran apetito atacamos el pudín de pan.

V

Esa mañana el río estaba gris y tenía una apariencia tan pesada como el plomo fundido. La superficie opaca se arrastraba perezosa. El viento, aunque fuerte, solo era capaz de levantar minúsculos rizos en el agua. Durante mi infancia, en una ocasión, el Sena se desbordó y su corriente arrastró ganado y carros, tirando abajo puertas y destrozando casas y molinos.

—¿Viven gigantes en el agua? —le había preguntado a mi padre.

—¿Gigantes? No, ¿cómo se te ocurre?

—Y entonces, ¿quién ha destrozado todo esto?

—El agua.

Contemplé el inofensivo líquido de mi vaso.

—¿Y cómo puede el agua hacer algo así?

—¡Ah! ¡Una buena pregunta, Cristina! ¡Ven conmigo!

Me cogió de la mano y me llevó hasta el río, un río que entre tanto fluía de nuevo sereno y pacífico, como si no hubiera pasado nada.

Atravesamos el prado y llegamos hasta la orilla, donde ambos nos agachamos en el talud.

—Mete la mano en el agua y agítala —y entonces añadió—: ¿Qué es más denso, el aire o el agua?

—El agua: es densa como una sopa.

—Como una sopa ligera. Si ahora soplara el viento, ¿entonces...?

—... entonces me caería —dije, ya que aún recordaba perfectamente un caso similar.

—Exacto. Te empuja, aunque solo está formado por aire. Pero si el viento sopla a una velocidad suficiente, entonces tiene mucha fuerza. Aquí puedes ver que también el agua se mueve, ¿no es verdad? Pues pasa lo mismo que con el viento: el movimiento y la masa actúan juntos y producen una determinada fuerza. Y como por su naturaleza el agua es más densa que el aire, puede producir, cuando se pone en movimiento, muchos más daños que el viento. El agua es muy peligrosa. Te lo voy a mostrar.

Dejó que construyera al borde de la orilla una casa con maderitas. Veloz como una comadreja, recogí ramitas y cortezas, clavé los palitos en la arena húmeda, construí paredes con las cortezas, hice un entramado para el tejado y lo rellené con hierba.

—Tu casa no tiene ni entrada ni salida —dijo mi padre—. Pero no pasa nada. ¡Ahora haremos que sople el viento! Sopla contra la casa todo lo fuerte que puedas.

Soplé y resoplé hasta que me puse roja, pero solo voló la hierba del tejado.

Entonces mi padre se quitó la gorra (mi madre le reprendió por ello más tarde), la

llenó de agua y lanzó con fuerza el líquido contra la casa. Se hizo pedazos y yo empecé a llorar.

—¡No llores! ¡Dime qué es lo que has visto!

La profesión de mi padre era la medicina, no solo las antiguas hierbas medicinales y la alquimia, sino también el estudio de las estrellas y su influencia sobre el destino y la salud humanos. Como todos los astrólogos, buscaba los significados tras las cosas, las grandes conexiones y las manifestaciones de las cosas en el mundo del más allá. Esto no le impedía seguir en la vida práctica las opiniones del pensador inglés Ockham. «No todo se puede comprender sentándose simplemente y pensando». «Ve allí y observa si quieres saber algo». Al contrario que sus colegas, no perdía su tiempo buscando en la sala de estudio peregrinas conexiones simbólicas o jugueteando con las alegorías. Así, no veía en las estrellas caracteres divinos, sino que se pasaba muchas noches en el tejado para estudiar las galaxias a las que pertenecían y después anotarlos en sus cartas sobre hechos comprobados.

«No todo lo que está escrito es correcto, Cristina. Observa atentamente. Utiliza tu entendimiento». En ello tuve que pensar cuando esta mañana miré por la ventana. Estábamos a principios de julio, pero el día era inhabitualmente fresco. ¿Llovería? Si así fuera, perdería un día de trabajo, y eso no me convenía. Decidí correr el riesgo y metí las hojas de pergamino en una carpeta de cuero engrasado. Mi madre aún no se había levantado, pues se encontraba un poco débil.

En la cocina encontré a Héloïse. Había ocupado toda la mesa y batanaba la masa sobre el sobre enharinado.

—¿Qué estás preparando de bueno, Héloïse?

—Empanadillas rellenas de queso y hierbas.

—¡Ojalá fuera ya de noche!

Como siempre, seguimos comiendo más platos italianos que franceses, aunque yo haya nacido aquí. La cocina francesa nos es demasiado pesada: demasiada carne y demasiado pan.

Para desayunar bebí un vaso de mosto y me guardé unas ciruelas secas y un par de nueces que quería comer por el camino. Estaba a punto de irme cuando entró corriendo Céline seguida de Jean.

—¡Jean me ha quitado el libro de latín! —se quejó Céline.

—¡Lo necesito para la escuela!

—¡Pero si no te lo llevas! ¡Por la noche te lo devuelvo! ¡Mientras tanto, lo puedo utilizar yo!

—¡Sí, y por las noches no lo sueltas!

—¡Es mío!

—¡No es tuyo!

—¡Sí que lo es!

Céline le había arrancado el objeto de la riña de las manos y él la perseguía por toda la cocina. Héloïse cogió una cuchara de cocinar e iba repartiendo palos sin

miramientos.

—¡Fuera de mi cocina!

Mis hijos reían y cada vez se lo pasaban mejor.

—¡Alto! —chillé—. ¡Los dos! ¡Venid aquí!

Ambos se acercaron. Céline escondió triunfante el libro tras su espalda.

—Solo quiere hacerme enfadar —gritó Jean soltando un gallo—. ¿Para qué necesita ella libros? ¡Es una chica!

—Jean —le dije severa—, ¡no quiero oír esas cosas en tu boca! ¡Sabes perfectamente lo que pienso sobre ello!

Céline sonrió.

—¡Y tú le darás el libro tan pronto como vuelva de la escuela! Dispones de toda la mañana para estudiar.

—Sí, si es que la abuela me deja. Siempre encuentra algo diferente que encargarme.

—Hablaré con ella. ¡No quiero que os peleéis por un libro! ¡Encontrad la manera de compartirlo! En caso contrario, os lo quitaré, pues además no es de ninguno de los dos, sino mío.

Eso era suficiente. Pero aún oí cómo Jean le decía por lo bajo a su hermana al salir:

—En todo caso estás destinada al convento.

—¡Jean!

Se volvió obstinado hacia mí.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la abuela.

—Céline es libre de hacer lo que quiera. Se puede casar, si así lo desea, o puede ingresar en un convento si lo prefiere. ¡A ti debería ingresarte en un monasterio, te sentaría muy bien!

¡Niños!

Jean salió conmigo de casa, pues íbamos por el mismo camino, siguiendo la orilla del Sena, en cuyas aguas turbias y violentas navegaba todo tipo de objetos naufragados. Hoy nos encontramos con una vaca muerta, sobre la que viajaba una corneja mientras picoteaba su panza hinchada (picnic sobre una barca), un caldero abollado, madejas de plantas arrancadas como islas verdes en la corriente, tablones partidos y desflecados, una silla trenzada, un trozo de red de pescar enganchada en la vejiga de un cerdo. El viento se nos colaba incómodo por entre la ropa.

—Hoy hace demasiado frío en el Cour Notre-Dame, madre —opinó Jean caballerosamente—. ¡No te vayas a constipar! ¡Seguro que después te dolerá la espalda! ¿No prefieres quedarte en casa? En cuanto yo acabe con los estudios, tú deberías únicamente sentarte en el sillón, leer y comer dulces.

Le pasé la mano por el cabello. Era evidente el esfuerzo que le costaba soportarlo sin retirar la cabeza. Reí. En público no podía besarle desde hacía tiempo.

—Cuando quieres no dejas de ser un buen muchacho. Si fueras igual de amable con tu hermana. ¡Esfuézate un poco, aunque sea por mí! Lo tiene más difícil que tú, todo el día bajo la batuta de la abuela...

Emitió un largo gruñido:

—¡Mmm, sí, lo intentaré!

—¡Gracias! ¡Eres mi pequeño maese! Todo se soluciona con lógica.

Cuando llegamos al puente de Notre-Dame vimos que había un tumulto de gente más abajo, junto al puente de los Molineros. Curiosos, nos dirigimos hacia allí y nos mezclamos con la gente para ver qué es lo que había causado esa expectación. ¡Y enseguida me arrepentí de haberlo hecho!

Bajo el puente se movían los molinos de agua altos como dos veces la altura de un hombre hasta tocar las estrechas aperturas para las barcas. Las grandes paletas gemían y los ejes crujían. Por todas partes el agua caía en tromba. Solo la rueda del centro se movía extrañamente, con más lentitud, como si tropezara con una resistencia.

—Un ahogado —me murmuró Jean.

Y así era. Del agua negra salió a flote un cadáver que se había quedado atrapado en la rueda. Una de las piernas estaba encajada entre las palas de madera. El rostro descansaba sobre la rueda. Era irreconocible. Debía de haber sido un hombre corpulento y resultaba sorprendente que la rueda aún pudiera desplazarse. Llevaron el cuerpo hasta arriba: el agua chorreaba de su cabello negro. Tenía la vestimenta hecha jirones y por la posición antinatural de brazos y piernas uno podía reconocer que tenía roto más de un hueso. Seguramente había estado colgando de allí toda la noche, hasta que fue descubierto por la mañana.

Nuestras miradas aterradas se hallaban posadas en el cuerpo destrozado, contemplando cómo alcanzaba el cénit de la rueda arrastrado hasta el punto más alto. Un brazo se elevaba y después volvía a caer pesado y flácido, como si el cadáver saludara a los mirones antes de sumergirse de nuevo en el agua, un carrusel macabro, una imagen llegada directamente desde el infierno: la rueda del destino, cómo gira y gira y no nos permite saltar, bajarnos del eterno y desgraciado ciclo, ni siquiera para abrazar la muerte. ¡Nada más nacer somos arrojados de vuelta al oscuro abismo! Cerré los ojos.

—Por la gracia de Dios, parad de una vez la rueda del molino —dijo alguien de entre la multitud.

Las barcas rodeaban el lugar de la desgracia como una manada de perros. Los boyeros hurgaban con largas varas e intentaban liberar el cuerpo de las palas, mientras que el molinero se reclinaba desde la casa del molino y refunfuñaba:

—¡Prestad atención! ¡Cuidado! ¡No me rompáis ninguna rueda!

Una de las varas se rompió y el hombre que la sostenía cayó al agua. La multitud gritó, pero él logró agarrarse a un remo y se subió sano y salvo a la barca.

Finalmente dos hombres consiguieron liberar el cadáver. No se preocuparon de

subirlo a bordo. Uno de ellos remó hasta la orilla contraria, mientras que el otro aferraba al muerto por el cuello, y de esta forma lo arrastraron con el bote. Al otro lado estaban esperando los sargentos.

Ya había visto suficiente, más de lo que hubiera preferido.

—Vamos.

Arrastré conmigo a mi hijo, que se fue de mala gana.

—¿Habéis visto de quién se trata?

—Ni idea, por el rostro no se le podía reconocer.

—Seguramente cayó borracho desde el puente —comentaba a nuestras espaldas la gente.

—¡Brrr! ¡Vaya visión! Pobre hombre —dije yo.

—Quizá ya estaba muerto cuando cayó. Alguien le clavó una daga en la espalda y, ¡plas! —observó Jean, compasivo.

—¡Jean!

—Bueno, qué quieres, madre. Estas cosas ocurren a diario. Seguramente lo robaron y asesinaron. Iba bien vestido.

No le faltaba razón, pero no quería pensar en ello y me avergonzaba por haberme quedado allí tanto tiempo y haber mirado como una tonta.

Fuimos por el macizo puente de los Cambistas, desde donde, lo que era muy de agradecer, ya no se veía nada de cuanto había pasado, y después por la calle de las Palomas. Nos separamos frente a la catedral de Notre-Dame.

—¡Aprende mucho! Y no chismorreos sobre lo que has visto —le advertí a Jean, sabedora de que ese día sería el héroe entre sus compañeros.

Me dirigí rápidamente a la catedral, para recuperarme del susto y el horror de esa mañana. Al entrar en la enorme iglesia dejé el mundo fuera, detrás de mí. Estaba rodeada por la doble fila de las altas columnas que atraían mi mirada hacia arriba, donde se encontraban las resplandecientes vidrieras, lo más bonito que sabe hacer la humanidad. El cielo plomizo coloreaba la luz de los ventanales de un violeta oscuro, cuando normalmente lo hacía con un suave azul celestial y un rojo real. Dejé que mis ojos vagaran por todo el cosmos: los signos del zodiaco, y por las representaciones de los trabajos en el campo durante el transcurso del año, los jueces, reyes y patriarcas, las alegorías de los vicios... No, ningún vicio hoy. Y no busqué al Anticristo, pues ya lo había visto.

Olía a piedra tallada y resina dulce, a humo y cera de las velas. Voces sin cuerpo cuchicheaban. ¿Por qué las personas buscamos con tanto ahínco la visión del horror? Cuando ocurre algo bueno, simplemente reímos y seguimos adelante. Pero si frente a nuestros ojos se produce un acto violento, una ejecución, algo demoníaco, entonces nos quedamos y miramos con la boca abierta. ¿Es para recordarnos a nosotros mismos el peligro, comprobamos una ilusión secreta en la muerte? Así como se supone que los soldados, aún bañados en sangre, se tornan más cariñosos tras la batalla, porque celebran la vida recién ganada, ¿se vuelve para nosotros la vida más

preciada ante la visión de la muerte? Compré una pequeña vela por los desgraciados, también con la idea de alejar la desgracia de mi alma. Pero no se dejaba expulsar tan rápidamente. Existía una relación íntima con ella.

Cuando salí al mercado para ocupar mi puesto, el agua bendita se secó fría sobre mi frente.

—Parece ser que ha ocurrido una desgracia en el puente de los Molineros. ¿Te has enterado de algo? Tú vienes de allí —me preguntó la pastelera.

—Supuestamente han atizado a uno y después lo han ahogado. Además, los peces ya se han comido la mitad de él —aportó el vendedor de aves—. Oh, cómo odio las anguilas. ¡Nunca verás en mi mesa una de esas bestias negras necrófagas!

—No sé nada. Solo he visto cómo sacaban a un ahogado —dije yo, y como me vieron claramente enojada al tener que hablar sobre ello, mis vecinos me dejaron en paz.

Mi amigo el cisne ya no estaba. En el cielo avanzaban rápidos jirones de grises nubes y desde el norte iban llegando cada vez más. Acababa de escribir dos cartas cuando empezó a gotear. La primera era la misiva de un joven noble a su padre, en la que le rogaba que le enviara más dinero y contaba los pretextos más peregrinos para justificar el dispendio de una suma ya muy elevada para sus gastos. Le habían robado unos ladrones, había pagado una factura cuantiosa a un médico por atender a su fiel siervo y además un sacerdote lo había engañado para aportar una suma importante encaminada a la salvación del alma de su venerado padre.

Me aguanté la risa y lo escribí todo fielmente. Contemplé sus medias con borlas de seda y su chaleco con ovejas cosidas, cada una de las cuales llevaba una campanilla de plata. Si a ese padre aún le quedaba un resto de entendimiento debía quemar la carta y negarse a efectuar cualquier pago adicional. A él le cobré el doble. Los locos solo aprenden con las penas, me dije a mí misma. Y yo le ayudé en el aprendizaje.

La segunda carta era para una mujer con una pinta simpática, limpia e íntegra, vestida en una sarga de color azul grisáceo (a veinte soles la vara), con una cruz de plata al cuello, la única joya que llevaba. Debía de ser algo más joven que yo. Había perdido un poco la forma del talle y del vientre por haber parido, pero su rostro era sumamente agradable. Le acompañaban tres jóvenes de diferentes edades y una niña pequeña de rizos rubios se escondía de mí tras su capa.

—Mi marido es vendedor ambulante...

«Dios mío», pensé para mis adentros; nunca había oído hablar de un vendedor ambulante que no volviera locas a las muchachas con sus imanes, las bandas de color y los broches brillantes. Y así es como pinta la otra parte de la historia, la de los que se quedan en casa.

—Siempre fue bueno con nosotras, pero ahora me temo que tiene una aventura por ahí. Cada vez pasa más tiempo fuera y trae menos dinero a casa. Quería escribirle algo que le induzca a regresar al hogar y a mi lado.

¿Qué podía obligar a un hombre que se ha enamorado a abandonar este nuevo amor y reconocer su responsabilidad para con su familia?

—¡Por favor! Todos dicen que sois inteligente. ¿No conocéis palabras que lo puedan convencer? No quiero hacerle ningún reproche. Solo deseo que vuelva.

Hice mi trabajo lo mejor que pude; juntas buscamos las palabras que debían ablandar una piedra y le aconsejé que adjuntara algo de sus hijos: un pañuelo bordado por su hija pequeña o algo de madera tallado por su hijo.

Quizá ello le ayudó, quizá no. Cuando un hombre quiere algo, entonces encuentra cualquier argumento posible y mentiras para justificar su manera de actuar frente a sí mismo.

Estaba negociando con un tercer cliente cuando empezaron a caer las primeras gotas de las nubes bajas. A toda velocidad recogí las valiosas hojas de pergamino y las plumas de escribir y tapé cuidadosamente el tintero.

—Este no es clima para mí. Mañana volveré —les dije a mis vecinos a derecha e izquierda, que con rostros furiosos perseveraban frente al viento y la llovizna que caía en tromba.

Para aprovechar el tiempo me dirigí al Palacio de Justicia, donde pretendía buscar a un determinado funcionario. Aún coleaba el tema de la torre Barbeau.

—Buenos días, Grégoire —saludé a uno de los alguaciles que haraganeaban por la entrada.

—Ah, buenos días, escribana —dijo Grégoire—. Vuestra carta estaba muy bien redactada.

—Nada que vuestra chica no me hubiera dicho ella misma. Nunca añadido nada. Solo ayudo a encontrar las palabras adecuadas.

—Pues lo habéis conseguido. En todo caso, no debía preocuparse por mí. Solo fue el servicio lo que me había alejado de ella. Así y todo, tras esa breve misiva, qué otra cosa podía hacer, fui a pedirle la mano a su padre. Estáis invitada a la boda, pues, a fin de cuentas, sois culpable de ella.

—¡Con mucho gusto! Mantenedme al corriente acerca de cuándo se celebrará —le contesté, y entré a toda prisa, ya que entre los arcos de la entrada corría con fuerza el viento.

El funcionario me hizo esperar un buen rato. Estuve sentada en la antesala unas dos horas sobre un banco de piedra. Una y otra vez se me aparecía la imagen de la rueda infernal y el cadáver encima. ¿Quién podía haber sido el causante? ¿Qué es lo que había matado a ese desgraciado? Contemplé las imágenes de los tapices de las paredes. Se podían ver representaciones del pecado original, el Cielo y el Infierno, muy indicados para el Palacio de Justicia. ¡Qué pasaría si tras la muerte no fuéramos al Cielo, qué pasaría si el martirio prosiguiera! Una representación terrible. Sacudí la cabeza y miré por la ventana para deshacerme de esa imagen. Finalmente, el funcionario me hizo llamar.

—La torre de Barbeau, vaya, vaya.

Era un funcionario bastante joven de la administración de Hacienda. Tenía un rostro agradable y parecía comprensivo.

—¿Disponéis de testigos?

Me exigían que presentara testigos de la donación.

—No, distinguido señor. Desgraciadamente, es muy difícil después de tanto tiempo: el funcionario real que en su día redactó el documento ha fallecido. Uno de los testigos también, así como el mismo rey. Otro, un amigo de mi padre, vive en Italia. Mis hermanos están intentando localizarlo para que atestigüe en mi favor, pero eso puede ir para largo... Tampoco entiendo por qué ha de ser este el procedimiento. Ya aporté personalmente el documento que acredita la donación.

—¿Ah sí? —preguntó de veras sorprendido—. ¡Qué extraño! Mi superior no me ha dicho nada al respecto. ¿Disponéis de una copia?

Me asusté.

—¿Una copia? ¿Por qué debía hacer una copia del documento si se lo entregué en mano al mismo presidente del Tribunal de Cuentas?

Frunció las cejas.

—Pero madame, ¡uno nunca entrega un documento tan importante sin antes hacer una copia!

—Pero el presidente del Tribunal de Cuentas...

«¿Cómo podía saber yo algo así? ¡Nadie me ha instruido en administración y temas jurídicos! —me quejé para mis adentros—, ¡papá, menos sobre las masas y la velocidad, menos poesía y más conocimiento práctico me hubieran sido de más utilidad!».

El joven funcionario me miró compasivo.

—No os intranquiliéis mucho por ello. Si realmente le habéis entregado ese documento a Su Excelencia, entonces ya aparecerá. Tiene tanto trabajo, tantos documentos sobre la mesa. Me ocuparé del tema en persona. Mientras tanto, confío en que vuestros hermanos localicen al testigo. Eso sería muy importante.

Se puso en pie, dio la vuelta a su mesa y me tendió la mano. Pensaba que quería ayudarme, así que se la cogí. Me levanté, pero la mano tendida permaneció abierta.

Ajá, así que no era tan simpático. Cogí mi bolsa, saqué una pieza de oro y le calenté la palma de la mano con ella. La mano se cerró. Como un rayo. Rio. Salí de allí sin haber conseguido nada concreto.

Mi padre me había enseñado que la cólera es muy mala consejera. A pesar de todo, me encontraba indescriptiblemente furiosa. Había puesto denuncias o me defendía de ellas yo misma en cuatro tribunales de Justicia de París al mismo tiempo. A la vez, me veía obligada a buscar sin cesar documentos y testigos para cosas que claramente me pertenecían. Me veía obligada a malgastar mi tiempo estudiando las contradicciones y los requerimientos de mis oponentes y de sus funcionarios comerciales, pues todos me mentían o me daban largas. ¡Detestaba todo ese papeleo!

¿Hubieran hecho ese mismo juego con un hombre? Alguien ha sostenido que la

inteligencia femenina no es suficiente para el estudio de las Leyes. Quizá así sea: el celo con el que intentan engañarme así lo demuestra. Aunque puedo nombrar una docena de ejemplos de grandes y antiguas soberanas que reaccionaron con más perspicacia e inteligencia que cualquier varón. Y mi inteligencia debe ser suficiente hasta que Jean se haga mayor, si no, esta familia se hundirá.

Con una mirada oscura y murmurando para mí llegué a toda prisa hasta nuestra casa después de cruzar el puente e ir por la orilla.

Los vecinos estaban agrupados en la calle con las cabezas gachas. Mi estómago se contrajo. ¿Qué había ocurrido ahora? Pero la mayoría de ellos, lo reconocí al acercarme, no se hallaba frente a nuestra puerta, sino frente a la de Berthe.

En nuestra casa reinaba un completo silencio. De la de Berthe provenía un clamor de lamentos.

Tía Marie me recibió en el umbral.

—El genovés se ha ahogado —me dijo—. Se lo han dicho hace media hora.

Pálida del susto entré en casa.

—Cómo es posible que esta mañana le viera y no lo reconociera. Quiero decir, colgaba de la rueda del molino, pero uno no podía reconocer... Jean también estaba allí... ¡Dios mío!

—Solo me pregunto cómo es que aún no han traído el cadáver —pensó en voz alta tía Marie—. Siempre lo hacen así.

—Quizá por deferencia para con los familiares. Seguramente no tenía... no tenía... un aspecto muy presentable.

Marie resopló.

—¿Deferencia? ¿Desde cuándo «ellos» tienen deferencia?

Con «ellos» se refería a la administración real, a los alguaciles, a los nobles, a todos aquellos que estaban por encima de nosotros. Bueno, todo seguiría su curso. Naturalmente que lo sentía mucho por el gordo Massimo y su familia, pero yo misma tenía unas preocupaciones abrumadoras.

En el camino a casa había llegado a una determinación. Por muy penosa que me resultara esa decisión, sabía que como mujer no podía solucionarlo todo sola. Necesitábamos portavoces lo más rápido posible. Me había llevado un chasco con todos aquellos nobles señores que en el pasado hubieran aceptado con mucho gusto los servicios de mi padre, sí, les habría supuesto un privilegio ser vistos con él. La hija de un muerto. ¡Qué poco interesante! A raíz de ello intenté orgullosa llevar todos los asuntos yo misma, aunque con poco éxito. Así que ahora me dirigiría al más alto estamento: al propio rey. Se decía que ya se había recuperado del baile de San Vito. Sus ataques eran cada vez más cortos. Mientras tanto, había tomado suficientes decisiones para hacer enfadar a sus tíos y frustrar sus planes más terribles.

—No quiero que nadie me moleste —les dije a Marie y a mi madre en un tono tan decidido que por una vez me dejaron en paz.

—*Oh, là là* —chasqueó Marie.

Me fui al estudio y escribí una carta de ruego bien redactada al rey. No, debo admitir sinceramente que escribí cuatro o cinco versiones, todas las cuales sonaban o demasiado irritadas o demasiado amargas. Los grandes señores solo quieren saber de desgracias cuando están en verso y suenan graciosas. Redacté el borrador en un viejo pergamino y borré lo que me había salido mal con el cuchillo y la piedra pómez. Finalmente, la quinta versión fue la correcta. Enrollé el pergamino y lo lacré.

Por la noche fui a ver a Berthe. Se encontraba en la tienda, sentada sobre un saco de lana coloreada. El cabello negro le colgaba sin brillo y revuelto. Las manos yacían inmóviles sobre su regazo. Tenía la apariencia de una mujer rota. Aldo se hallaba pegado a la pared de atrás como un fantasma.

—¡No sabes cuánto lo siento, Berthe! ¿Puedo hacer algo por ti?

Apenas había pronunciado esas palabras cuando la vieja Berthe ya estaba sobre sus fueros. Toda veneno, se lanzó sobre mí y, cogiéndome de los hombros, quería echarme de su casa.

—¡Tú! ¿Qué es lo que quieres aquí? ¿Quieres regodearte en mi desgracia? ¿Te crees que no me doy cuenta? ¡Te humillé y ahora te vengas por ello! ¡No eres ninguna santa, tú precisamente no! ¡Ahora desaparece y déjame en paz! ¡Fuera! ¡Puedes quedarte con tu compasión!

Todo el tiempo me había estado empujando y había apagado a gritos mis leves protestas. El antipático sigue siendo antipático, aunque las cosas le vayan mal.

—Como tú quieras, Berthe.

Me giré con la intención de irme a casa, cuando Aldo fue tras de mí. Me cogió del brazo, un contacto extrañamente laxo, como la mano muerta de su padre. Me estremecí. Retiró la mano deprisa.

—Disculpa, vecina. Mi madre no sabe muy bien lo que dice. Te agradezco tus muestras de pésame y las valoro. Ninguno de los demás —dijo señalando a los vecinos que chismorreaban— estuvo aquí.

Y si hubiera sabido cómo me iban a recibir, tampoco yo hubiera ido. Asentí con la cabeza.

—Está bien, Aldo. Lo siento mucho por tu padre. Era una buena persona. Después enviaré a Héloise con algo de sopa. Procura que coma algo.

—Gracias.

VI

El «plan St-Pôl», como lo había bautizado, fue de principio a fin una desgracia, sí, algo grotesco. Con toda mi resolución, me encaminaba cada día al palacio real entre los dos muros e intentaba interceptar al rey o a su mayordomo para entregarles mi escrito de ruego.

St-Pôl era un bonito palacio de piedra caliza gris clara; debido a sus muchos arcos sobre los portales y las ventanas, la tracería y las pequeñas y gráciles torres que coronaban cada uno de los pilares, tenía la apariencia de un elegante jardín de piedra. Un trabajo de picapedrero de gran perfección había dejado crecer centaureas, cangrejos de mar y ornamentos circulares bajo los arcos, de forma tan tierna y con un dinamismo tan vivo que una podía creerse que se trataba de una maraña de plantas y no piedra dura.

En su interior el palacio era todo un laberinto y albergaba con mucho más habitaciones y cámaras de lo que uno podría pensar visto desde fuera. En alguna ocasión había estado allí con mis padres, cuando aún nos invitaban a las fiestas de la Corte, y más adelante con Étienne.

Las primeras piezas de plata de mi tesoro guardado con celo tuve que dejarlas a los soldados que hacían guardia en el portal principal; las siguientes a un mayordomo, que me llevó a alguien que conocía a alguien que sabía qué camino cogería hoy el rey. Fui en su búsqueda por la gran casa como en uno de esos sueños opresivos en los que uno busca a alguien y solo ve desde lejos cómo desaparece por una esquina.

—Te daré un tálero entero —le prometí a una criada—. Te lo daré en cuanto me hayas llevado hasta el rey.

Me pasé de lista. Sonrió picara y me hizo una señal. Volvimos a subir y bajar escaleras, pasamos por pasillos con bellísimos tapices en las paredes, puertas doradas tras las que estallaban carcajadas. El pasillo desembocaba en una sala, cuyas paredes se hallaban recubiertas de seda verde y el techo decorado con un fresco magnífico. En la ventana, dándome la espalda, se encontraba un hombre delgado vestido con medias doradas y un jubón de brocado de oro rojo. La criada se volvió a mí y extendió la mano. Dejé en su palma mi último tálero. Sin embargo, mientras me acercaba al hombre y me aclaraba la voz con el fin de llamar su atención sobre mí, este se giró y de ninguna manera resultó ser el rey, sino un hidalgo cualquiera, un solicitante como yo. La criada ahogó la risa y desapareció.

En ese mismo momento oímos caballos frente a la casa y vimos desde la ventana del tercer piso cómo el rey montaba y marchaba de allí con su séquito.

Con su mayordomo me ocurrió más o menos lo mismo.

Una vez conseguí dar con el duque de Orléans, pero no estaba interesado. Con un

gesto de la cabeza me ordenó entregarle el escrito a su escribano en la Corte. Obedecí, pese a que tenía pocas esperanzas de que mi epístola le llegara al rey algún día. Ya no me quedaba dinero, nada con lo que pudiera allanarme el camino, y no albergaba ninguna esperanza.

Estaba tan indignada, defraudada y amargada que me situé en los peldaños del palacio y, me daba igual quién escuchara, declamé un discurso:

—¡Ah! ¿Dónde pueden encontrar consuelo las viudas a las que han despojado de sus bienes? ¡En Francia, donde en otro tiempo se acogía amistosamente a los expulsados y los que buscaban consejo, ahora ya no se les presta asistencia alguna! Los nobles ya no muestran la más mínima piedad. ¡Lo mismo es aplicable a los sabios de idéntico linaje! ¡Cada cual se ocupa de sí, de su fama y de sus propiedades, y no piensa que todos procedemos de lo mismo y que la cabeza muere cuando descuida el cuerpo! Mirad cómo los condes se enriquecen a base de fuerza, cómo utilizan sus cargos para defender sus propios intereses. Las personas de rango social inferior siguen su ejemplo: cada uno engaña y miente al otro. ¿Adónde nos llevará esto? ¡Ayudad a los débiles! ¡Prestadme vuestra confianza! ¡No veo a nadie que pueda tener piedad! ¡Los oídos de los condes son sordos ante nuestras quejas!

Así estuve declamando como protesta durante un rato, con el fin de desahogarme. Las personas mayores del palacio pasaban a mi lado y al tiempo sacudían la cabeza y procuraban no mirarme. Un par de nobles jóvenes y sus amigas se pararon y se rieron de mí. Un señor de cabellos plateados, envuelto en unos ropajes caros pero no lujosos, me aplaudió sin burla. Se acercó a mí y me habló:

—¿No es esta la pequeña Cristina, la hija de mi amigo Tomás de Pizzano?

—Sí, soy Cristina de Pizán —le contesté sorprendida—. ¿Y vos sois...?

—No es extraño que no me reconozcas. Eras aún muy pequeña cuando te dejaban bajo mi custodia si tu padre tenía que hacer en el Louvre. Lo llamabas «el país dorado».

Entonces recordé.

—¡Gilles Malet!

En aquellos tiempos, el país dorado era para mí la Biblioteca Real. A menudo me dejaban bajo la custodia del bibliotecario. Gilles Malet estaba entonces soltero y debía ocuparse de mí. No era difícil, pues solo debía dejarme uno o dos de los libros ilustrados en color y yo me quedaba durante horas acurrucada silenciosa como un ratón sin brío e inventaba mis propias historias a partir de las iluminaciones, ya que aún no sabía leer. Los libros de la Biblioteca Real contenían especialmente muchas ilustraciones y letras doradas, por ello mi denominación del «país dorado».

—Gilles Malet —dije otra vez llena de alegría y nostalgia, ya que el nombre había despertado mis recuerdos de unos tiempos felices.

—Me agrada sobremanera que alguien me llame por mi nombre con ese tono. Hoy en día, por desgracia, ya no es tan frecuente. ¿Quieres acompañarme? Voy a la biblioteca —me propuso el anciano—. Estaría bien que por un tiempo no aparecieras

por aquí. Alguien podría pensar que has ofendido a Su Majestad.

Había parado junto a nosotros un carruaje abierto de dos ruedas tirado por un pequeño y panzudo caballo. Con algo de esfuerzo, conseguimos colocarnos los dos en el pescante.

—Por desgracia mis piernas se han vuelto demasiado débiles. Estos días ya no son capaces de llevarme muy lejos —dijo Gilles, mientras cogía las riendas, chasqueaba la lengua y el gordo caballo se ponía en marcha.

Condujimos por las calles del Quartier St-Pôl, por la Porte St-Martin hacia el Louvre, la vieja ciudadela junto al río. Íbamos despacio. A esa hora del día había muchos vehículos y jinetes de camino. Para mí suponía una perspectiva curiosa ver el movimiento desde el asiento de un bonito carruaje. Era un poco como si uno no perteneciera a ello, como si asistiera a una representación: mujeres que andaban por los bordes un poco elevados de la calzada con cestos en el brazo y fardos sobre la cabeza, niños que jugaban a perseguirse entre los viandantes. Allí un carpintero cargaba un arcón, el cristalero tomaba las medidas para un pequeño vidrio redondo. Un vendedor de agua balanceaba dos cubos de madera sobre una barra.

—¡Agua! ¡Agua dulce y fresca! ¡Agua fría!

La mayoría de las veces cogían el agua directamente del Sena, y el agua del Sena era todo menos dulce y fresca.

Cada vez que veía el Louvre me sorprendía de nuevo la profunda impresión que transmitía, aun admitiendo que en comparación con St-Pôl parecía más recio, menos elegante. Pero el castillo de Felipe II Augusto tenía algo de extraordinariamente mayestático. El rey Carlos V, el padre del actual, no quiso seguir viviendo allí después de que asesinaran ante sus ojos a dos de sus mariscales. Se entendía.

Nos bajamos del pequeño carruaje. Todos saludaron con respeto a monsieur Malet. También a mí. Hacía tiempo que no me pasaba. Una sola debía estar bien acompañada. Durante todo el viaje habíamos charlado de cosas superfluas y habíamos intercambiado recuerdos de los felices tiempos bajo Carlos V. Yo me había esforzado amablemente en mostrar una buena cara. Pero cuando Gilles Malet me sirvió una copa de vino especiado y solicitó que nos sirvieran pan de miel, me preguntó:

—Cristina, ¿no quieres decirme cómo te van las cosas realmente? Puedo ver que arrastras un gran peso.

Y entonces rompí a llorar. Le conté todo: qué difícil había sido todo para nosotros tras la muerte de Étienne, cómo la Corte nos acechaba y nos complicaba la vida con procesos y obstáculos de todo tipo.

—¡Si yo fuera un hombre no se atreverían a manejar me de esa forma! ¡En ocasiones pienso que las mujeres somos una equivocación de la naturaleza! Somos débiles y no conseguimos llevar a cabo nada. En ocasiones me menosprecio a mí misma y conmigo a todo el género femenino.

—Eso sería fatal, Cristina; al contrario: hay que admirar a las mujeres por todo

cuanto logran hacer a pesar de su debilidad. Y si además uno se encuentra con una mujer como tú, que sabe utilizar muy bien su cabecita, entonces solo puede sentir el máximo respeto.

Esas palabras me hicieron llorar aún más, ya que el bueno de Gilles era un hombre chapado a la antigua y de lo que él decía yo podía apreciar ya muy poco en nuestros días.

Con algo de esfuerzo conseguí recuperar la compostura. Me soné la nariz, bebí un sorbo de vino y dije:

—Monsieur Malet...

—... hace nada aún era Gilles, tu viejo amigo. Que siga siendo así.

—Bien. Gilles, lo siento mucho, no pretendía colmar tus oídos con mis lamentos. Estoy trabajando para conseguir otros ingresos para mi familia. ¿Sabes?, trabajo como escribana.

—¿Dónde?

—En el mercado de aves. Me va muy bien, tengo faena y llevo algo de dinero a casa.

Hizo un gesto despectivo.

—¡Sí, pero no será mucho! En el mercado de aves seguro que solo te ganas unos centavos.

—Desgraciadamente es la única posibilidad que tengo. En todas las escribanías me han rechazado. O bien no necesitaban a nadie o bien no querían a una mujer.

—Mmm.

Pensó un rato y me llevó a su propio atril, donde estaba todo preparado.

—¡Aquí tienes! Copia media página de este libro.

Quería cogerlo para buscar el pasaje que copiar, mis manos ya se encontraban sobre él, cuando Gilles soltó una pequeña exclamación como advertencia:

—¡Ah!

Tuve que reír.

—Disculpa, Cristina. Una vieja costumbre. Por desgracia no puedo actuar así con los pilluelos del rey. Ah, es terrible ver cómo tratan a veces mis libros. ¡Para volverse loco! Gracias a Dios, el soberano me concede una bolsa de dinero muy generosa para encargar copias y reparaciones. ¡Bueno, empieza entonces!

Colocó un reloj de arena sobre el atril y lo giró, de forma que la arena empezó a caer. Me puse a trabajar en silencio y presté especial atención a escribir tanto con buena caligrafía como rápidamente. Es una cuestión de equilibrio. Algunos clientes quieren sobre todo una letra grácil y esmerada, y otros prefieren que sea lo más rápido y barato posible.

Gilles Malet miraba de vez en cuando por encima de mis hombros y murmuraba afirmativamente. Cuando dejé la pluma y repartí la arena por la hoja había pasado cerca de un tercio de la hora. Gilles alzó la página y la observó satisfecho.

—¡Escribes bien! Sí, creo que puedo hacerme responsable de encargarte trabajos,

si es que te interesa.

—¿Tengo que trabajar aquí?

—Aquí, si lo deseas, o también en casa. Te entregaré libros, libros cuya caligrafía se ha ido perdiendo o cuyas páginas están usadas o dañadas. Libros de los cuales el rey desea disponer de copias para regalar.

—Me gustaría trabajar en casa —le dije—, así puedo estar también para los niños en el caso de que me necesiten. Estos últimos tiempos no he parado mucho por allí.

Gilles cogió un códice especialmente estropeado de su mesa.

—Bien, entonces... Bueno, toma primero este. ¿Con qué rapidez escribes? Presumo que treinta líneas por hora. ¿Unas doscientas líneas al día?

Hice los cálculos rápidamente. En casa, en un ambiente conocido, podía incluso escribir más rápido sin por ello perder en calidad.

—Sí, más o menos. Podría terminar este libro en una semana.

—Bien, pero debes dejar espacio para las iniciales pintadas y también allí donde haya ilustraciones. No necesitas coser las páginas. Eso se hará cuando hayan terminado los ilustradores. En cuanto termines esta parte del trabajo me la devuelves o me la envías con un mensajero. Y en el caso de que me guste te haré nuevos encargos —me acarició la mano—. Pero de ello no tengo ninguna duda.

—¿Qué recibiré por este trabajo? —me atreví a preguntarle.

—Te puedo pagar entre diez y treinta táleros de oro, dependiendo de la extensión y dificultad del libro. ¿Te parece bien?

Oh, claro que me parecía bien. ¡Eran unas sumas increíblemente altas para mí, pues hasta entonces me había pasado todo el día en el mercado por un puñado de soles!

—Me parece estupendo, gracias, Gilles. No sabes bien lo que me ayudas.

—¡Qué dices! —dijo rechazando el agradecimiento, aunque se alegraba claramente por ello—. ¡Ahora debemos hablar sobre el material, Cristina! Escucha: no quiero que utilices ninguna tinta con sulfato de cobre, tal como se ha hecho hasta ahora. Hemos podido constatar que estropean el pergamino. Se trata de un ácido cáustico que también actúa diluido. Aquí lo puedes ver muy claramente...

Me enseñó partes del libro que debía copiar donde el pergamino parecía como carcomido y algunas oes y aes incluso habían desaparecido.

—Y debes prestar especial atención en ver qué tipo y calidad de pergamino utilizas, si el original es de piel de ternera, cabra u oveja o de cualquier otro tipo. Para los libros de esta biblioteca solo quiero, la mejor calidad, un buen color y sin agujeros o picaduras. El material lo cobrarás por separado.

Me apuntó la dirección de un curtidor en la orilla derecha del Sena.

—Ve a ver a maese Bernard. Curte las mejores pieles de París. También te las cortará, aunque ello reducirá naturalmente tus ingresos.

—Puedo hacerlo yo misma. Papá me enseñó.

Aunque tuve en cuenta que si los ingresos iban a ser regulares, podía permitirme

encargar las hojas ya cortadas y así escribir más.

—Bueno, querida, y ahora firmaremos un contrato como corresponde.

Después estuvimos charlando todavía un buen rato. Trataba mucho con los grandes señores, incluso con el mismo rey, así que sabía gran cantidad de cosas sobre ellos que apenas eran de dominio público.

—¿Dispones de una copia del escrito de ruego? —me preguntó finalmente. Tenía una—. Estos días apenas veo al rey, así que no te crees muchas esperanzas. Pero veré lo que puedo hacer. ¡Te lo prometo!

Lo abracé cariñosamente y casi me puse a sollozar de nuevo.

Cuando lo dejé, ya estaba oscureciendo, pero ni me di cuenta. Mi ánimo era ligero y alegre, y mis ojos seguían a las golondrinas sobre los tejados de las casas. Me sentía como una de ellas. Ahora sí que ganaría un buen dinero. Quizá incluso podría contratar a alguien y ambos escribiríamos mejor y más barato que las escribanías de la orilla izquierda. Incluso podría abrir mi propia escribanía, ¿por qué no? ¡Me encontraba en la orilla derecha, cerca de los palacetes y las casas de la buena sociedad! Ya me lo podía imaginar: ¡escribanía de Pizán, proveedora de la Biblioteca Real!

Con estos pensamientos felices en la cabeza caminé rápida por las principales calles adoquinadas. Ya me había olvidado del asunto del violento acreedor.

Qué bonita era París en el crepúsculo: en cada ventana las lamparitas de aceite diseminaban sus calientes rayos. La gente se sentaba frente a sus casas y remataban el día con un vaso de vino.

Cuando giré hacia las calles laterales desde la Place de Grève, prácticamente ya había anochecido. No habían tendido las cadenas. El rey estaba en la ciudad, aunque yo no lo hubiera visto. En París por la noche se tienden cadenas para cerrar las calles. De esta forma se evita que las bandas de ladrones y las tropas enemigas se muevan a sus anchas. Pero tras la última revuelta popular el monarca pactó con los parisinos que las calles quedaran libres al paso mientras él estuviera en la ciudad. Desconfía de su pueblo (con razón) y prefiere tener franco el camino de huida.

Así que yo saltaba despreocupada de adoquín en adoquín cantando para mis adentros, por lo que no oí llegar la desgracia. De nuevo, como tan a menudo, Cristina tenía la cabeza en las nubes.

Solo en el último momento oí tras de mí cómo resoplaba un caballo y se alzaba sobre sus patas traseras, después de que su jinete le hubiera fustigado fuerte con su látigo. ¿Habría estado a punto de atropellarme? Quería ver lo que había pasado, cuando noté que me cogían por el talle, me alzaban en el aire unos brazos fuertes y me arrojaban como un fardo sobre el vientre encima de la silla de montar, delante del jinete.

Me habían quitado tan rápidamente el aire de los pulmones y del diafragma, que no tuve ocasión de gritar. Y entonces se inició una salvaje carrera por no sé qué calles. Me giré e intenté darle puñetazos al jinete. La perilla de la montura me

presionaba ocasionándome gran dolor en el estómago. El caballo parecía tener una zancada firme: a cada paso yo brincaba. Me estaba mareando. Perdí el pastel de miel y el excelente vino de Gilles Malet. También se me cayó el casquete. Quedó a mis espaldas sobre la porquería de la calzada como una paloma muerta.

Por fin pude gritar. Tenía la impresión de que había gente, pero reían y se lo tomaban a broma. Solo vi un trozo de la desgredada piel del caballo y quizá la rodilla del jinete. ¿Quizá uno de los nobles se había sentido ofendido por mi discurso de esa mañana frente al palacio St-Pôl? Mordí a mi secuestrador en la pierna. Me golpeó la cabeza y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallaba tumbada sobre una cama; una cama extraña, como pude constatar al momento. Se trataba de un simple lecho de madera con sacos de paja encima, lo bastante ancho para dos personas. Sobre los sacos había pieles de animales, pellejos de cabra cosidos uno al otro y una piel grande, ligeramente curtida, de ciervo, que se suponía hacía las veces de cubrecama. Aparte de un baúl para los vestidos, en la habitación no había nada más. Por el suelo había esparcida paja. Olía a viejo y a moho. Mi madre no hubiera permitido tal desorden.

La habitación no tenía ventanas al exterior, pero sí una chimenea, un gineceo clásico, la cámara para mujeres, seguramente en la zona más interior del castillo. Observé los enormes muros de piedra arenisca; solo había un par de estrechas rendijas por las que se colaba la luz. Olía a humo y cerveza desbravada. El estómago me dolía de una manera infernal. Debía de tener toda la parte delantera de mi cuerpo repleta de moratones. Me puse en pie y volví a marearme. Junto a la mesa había una jarra de agua. Cuando bebí me sentí un poco mejor.

Entonces me acordé del libro. ¡Confiaba en no haberlo perdido! Lo llevaba en una bolsa colgada del cuello. Allí estaba, en el suelo sobre la paja. ¡Gracias a todos los santos! Alcé la bolsa, saqué el libro y lo acaricié.

La pesada puerta de roble se abrió y una criada se asomó al interior. La puerta se cerró de nuevo. Ahora seguramente iría a su señor y le informaría de que ya me había despertado. Escondí el libro entre la paja.

Unas pesadas botas atronaron por una escalera. Así que mi habitación se encontraba encima de la gran sala. Mi habitación no se podía abandonar sin pasar por medio del castillo. Oí un sonido de metal. ¿Una camisa de hierro, una espada?

La puerta se volvió a abrir y entró mi anfitrión, seguido de un monje franciscano que llevaba la capucha calada hasta los ojos. Conocía muy bien a mi anfitrión: el chevalier Grossetête.

—¿Respondéis a mi invitación? Qué amable por vuestra parte. Es una pena que no me procurarais un transporte más cómodo. Hoy apenas podré serle de servicio.

Me miró ofuscado.

—¡No seas descarada, mujer! ¡Ahora estás en mi casa y obedecerás mis reglas!

Chasqueó los dedos y la doncella de antes entró y se acercó tanto a mí que la pude observar. Él la cogió del cabello y giró su rostro. Tenía profundas cicatrices de

latigazos en ambas mejillas y en la frente. La apartó de allí y ella desapareció, encogida como un animal castigado.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Lo que ya quería la última vez. Que las circunstancias sean más incómodas es culpa tuya. Te casarás conmigo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, este monje nos casará.

—No quiero.

Furioso, alzó la mano contra mí, pero el monje le cogió del brazo y le murmuró algo al oído.

—De acuerdo. Dejaré que esta noche descanses. Pero te aconsejo que entres en razón. ¡No soy un hombre paciente!

Abandonaron la habitación.

Por la mañana la primera que entró fue la doncella de las cicatrices. Me preguntaba si todos sus criados tenían el mismo aspecto o si la había escogido para acobardarme. Pero no me había asustado lo más mínimo. Pensé en el encargo de Gilles Malet. Y sentí una gran ilusión por luchar. ¡No me iba a estropear esa felicidad!

—¡Está bien! —le dije impaciente a la doncella, que me quería cepillar el cabello—. No debo estar bella. ¡No voy a casarme con ese buey!

Rio con sutileza. Evidentemente ella también esperaba que yo cambiara de opinión.

—Debéis poneros esto.

Me señaló un vestido que había traído, un bonito vestido. En otras circunstancias me habría alegrado: fino satén azul de Lucca y unas enaguas con un ancho bordado de plata. No tenía ninguna intención de ponérmelo.

—¿Tanto te ha maltratado?

Afirmó con la cabeza. Ya lo sabía.

El señor de la casa apareció con estrépito metálico, como un dragón entrado en años.

—¿Por qué no te has puesto el vestido, muchacha?

Bajo esas circunstancias, no veía ninguna razón para ser amable:

—Porque ni me voy a casar contigo ni acepto regalos de alguien como tú, caballero abominable. Y para que lo sepas de una vez: hace tiempo que dejé de ser una muchacha. Soy viuda y madre, como muy bien sabes. Así que muéstrame el respeto que merezco.

La criada se encogió de hombros. Grossetête mostró sus dientes amarillos en su ridículo intento de sonreír. A sus espaldas el monje de marrón inclinó la cabeza. ¿Llegué a oír un ligero resoplido, casi una risa? ¡Imposible!

—Muy bien, como quieras. Te respetaré si te lo mereces. Pero te casarás conmigo.

Conseguí mostrar sangre fría ante la situación.

—No consigo entender por qué me deseas. Somos pobres de solemnidad, al matrimonio solo te podría aportar cinco bocas hambrientas, una de ellas la de una hija necesitada de dote.

—Oh, entonces estoy mal informado: ¿no posees tres fincas en el Marne y la torre Barbeau, además de tierras?

—Cuya propiedad me está siendo discutida por la Corona. Y las fincas no aportan nada, ni un único sol.

—Porque una mujer no sabe cómo ocuparse de ello. Una casa, un castillo lleno de niños, eso es lo único de lo que se puede hacer cargo una mujer. Estoy informado sobre tus propiedades. En cuanto las fincas me pertenezcan a mí, cabalgaré con mis hombres hasta ellas, echaré a los administradores infieles y pondré en su lugar a mi gente. ¡Y entonces verás cuán rápido se saca algo de allí! La torre será mi casa en la ciudad. ¡La Corona no «me» la va a negar!

En lo que se refería a las fincas, desgraciadamente no le faltaba razón. En ese momento me era muy difícil agradecerle a Dios que hubiera hecho a las mujeres más débiles que los hombres y a cambio nos hubiera dado las mismas capacidades. Al final todo se reduce a lo mismo: los débiles solo pueden seguir viviendo en paz si los fuertes se lo permiten. Así que vivimos de su compasión. Una amarga constatación.

Entre tanto el caballero ya había hecho planes para nuestro futuro. Pero algo no lo había comprendido bien. Así que le pregunté:

—Tú también debes tener hijos...

—¡Sí! —dijo orgulloso, se dirigió hacia la puerta y dio unas palmadas. Así que la manada ya estaba esperando en el salón de abajo para ser presentada a su nueva madre.

Fueron entrando: uno, dos, tres, cuatro, cinco... No había espacio en la habitación y empecé a boquear para coger aire... Seis, siete, ocho, nueve. ¡Dios mío, no podía ser verdad! Se trataba de una pesadilla: diez, once, doce pelirrojos de todas las edades fueron desfilando. La paternidad era innegable: los jóvenes tenían su misma planta de animal, los mayores incluso una pelusilla roja en la barbilla. Las dos chicas me miraban con sus ojos fríos y descoloridos.

De alguna manera me vino a la cabeza la idea de que solo debía producir un montón de macizos bebés pelirrojos y que todos nacerían ya barbudos. El pensamiento me hizo reír tanto que prácticamente me puse histérica. El aire viciado debió contribuir a ello: el chevalier me dio una bofetada, caí sobre la cama y perdí de nuevo el conocimiento.

Tras ello debieron de abandonar el gineceo. Una primera mala impresión de una nueva madre. Pero no tenía intención de representar ese papel. Cuando recobré el sentido estaba sola. Habían llenado la jarra del suelo con agua fresca. Sobre ella, unos trozos de pan y queso. Me lavé la cara, bebí un sorbo de agua y me enjuagué la boca. Hasta allí todo bien: de momento no se había celebrado ninguna boda. Me estarían

buscando. Mi madre incluso quizá cayera en la cuenta de quién me había secuestrado. Y en la comandancia conocían el domicilio de Grossetête...

Se oyeron pasos subiendo la escalera. Esta vez fui más lista y me hice la desmayada. La puerta se abrió y se volvió a cerrar. Los pasos se alejaron.

Saqué el libro del escondite. Para mi alegría se trataba de un ejemplar de *La vida de Alejandro*, un libro profusamente ilustrado sobre las aventureras conquistas de Alejandro Magno. Había ilustraciones de olifantes, que recordaba de mi infancia, personas con cabezas de jabalí, caballos alados, sirenas, dragones, peces gigantes y una representación de cómo Alejandro se sumergió bajo el agua en un tonel de cristal para poder observar la vida marina. Eso me gustaría hacerlo alguna vez. Quizá allí se comportan de forma más civilizada. Por lo menos no deben obligar a nadie a ocuparse de una horda de pelirrojos monos analfabetos con los que una no tiene nada que hacer.

Me coloqué cómodamente sobre el saco de paja y mientras leía empecé a comerme el pan y el queso. El pan estaba apelmazado, medio crudo por dentro y quemado por fuera, pero me sentía hambrienta y comí hasta la última miga. Tenía el cuerpo lleno de moratones azules y verdes, tal como me había imaginado, las costillas doloridas, pero mi estómago lo asimiló todo a la perfección.

En cuanto oía pasos escondía el libro y me hacía la muerta. Me funcionó durante todo el día. Al caer la noche entró el chevalier en tropel. Se agachó sobre mí, me dio la vuelta y me gritó en la oreja:

—¡Bien! ¡Así que has comido! ¡Deja ya de una vez de hacerte la desmayada! ¡Sé que estás despierta!

Primero abrí un ojo, después el otro, parpadeé y dije:

—No me hago la desmayada. Me siento débil por cómo me has tratado. No me grites así en la oreja si no quieres seguir estropeando la mercancía.

—¿Querrás casarte ahora conmigo?

—De ningún modo después de haber visto a esta horda de salvajes.

Rio, lo que casi le confirió una apariencia simpática. Pero yo no había olvidado las bibliotecas ardiendo.

—Vamos, bébete un trago de vino conmigo, por el susto. Son buenos niños. Ya estoy intentando que obedezcan y que no te causen preocupaciones.

Ya me podía imaginar cómo.

Se sentó sobre la cama, que bajo su peso se hundió hasta el suelo. Rápidamente me deslicé hacia el otro lado y me enderecé. Grossetête había traído una jarra consigo y dos copas de estaño, en las que sirvió vino tinto.

—Vamos, doncella Cristina, muéstrate simpática. ¡Bebe conmigo!

Dubitativa, cogí la copa, bebí un sorbo y lo escupí trazando un alto arco hacia la paja.

—¡Disculpa! Pero es...

—¡Mi mejor vino!

—Lo siento, pero deberías ordenar a tus criados que limpiaran los barriles que lo almacenan. Apuesto que debe de haber partículas pegajosas de hace años allí dentro y que en este tonel en concreto debe de haber por lo menos una rata ahogada.

Probó de nuevo el vino y sorbió:

—¡Pues sí, no te falta razón! ¿Y crees que el problema radica en los barriles y no en el vino?

—Con toda seguridad; el vino podría ser bastante decente, pero al servirlo se debería filtrar. Y los barriles limpios se deberían sulfatar. Y ahora que estamos en ello: esta paja también se podría cambiar de vez en cuando. En mi casa la cambiamos cada semana y la mezclamos con hierbas aromática secas: aspérula o lavanda. Y al preparar la masa de pan los cuencos deberían estar más limpios. La masa apenas ha subido. El horno estaba demasiado caliente...

—Ya lo ves: esta casa necesita cuanto antes una mujer. Son cosas con las que un hombre no se arregla. Los criados se burlan en mis narices.

—Sí, sí, tienes razón. Pero ¿por qué precisamente yo? Seguro que encontrarás una más joven. ¡Y una que esté dispuesta! En lo que se refiere a mi edad, mi madre te mintió: tengo casi treinta...

—Pero ahora ya te he echado el ojo.

Adelantó obstinado el mentón hacia mí.

Tuve que reír, pues me lo imaginé literalmente. No, eso no podía funcionar. ¿Cómo podía convencerlo de lo contrario?

—Mi querido Grossetête, aún sigo pensando que sobrevaloras mis propiedades o que mi madre te ha mentido con el fin de que el matrimonio te pareciera atractivo. ¿Por qué necesitas tan rápidamente el dinero?

Me miró enfadado y se frotó una vieja cicatriz en la mano derecha.

—En la última campaña en contra del duque de Montfort perdí a mucha gente y armas. Y lo que es peor: volvimos sin botín. Ahora que está a las puertas la paz con Inglaterra, todo habla a favor de una nueva Cruzada. Y no me la quiero perder.

—Sin duda alguna para quemar muchos libros, sobre todo los de los infieles.

—En especial esos, pues de allí proviene toda el charlatanismo pagano, los juegos malabares con los números, las discusiones inútiles... y el culto a las estrellas y toda esa brujería sin Dios.

Yo deseaba realmente que nos entendiéramos con los musulmanes, pues entre ellos se encuentran los más grandes sabios. ¿Cómo pueden ser huérfanos de Dios si creen como nosotros en uno? Traducen los escritos de los antiguos para nosotros y descubren al mundo grandes tesoros de la sabiduría. Su arte es increíble, me dijo mi padre, y su cultura e higiene están más desarrolladas que las nuestras.

—¿Qué honor hay en destrozar las cosas en lugar de observarlas primero atentamente y aprender de ellas?

—El honor de permanecer puro. ¡Ningún cristiano debería contaminarse leyendo las palabras del diablo! ¡No se puede dar tiempo a la serpiente para que desarrolle su

arte de seducción, sino que hay que cortarle rápidamente la cabeza!

—¡Cortar la cabeza, cortar la cabeza! Eso es todo lo que entiendes. ¿Qué puede haber de bonito en recorrer las tierras asesinando y quemando? ¿Por qué no se puede quedar cada uno en su casa y ganarse el pan de manera honrada?

Había conseguido enfadarlo.

—Una mujer no entiende nada de eso. Es nuestra obligación como cristianos liberar Jerusalén de las manos de los infieles.

—¡Si no es Jerusalén, entonces la Bretaña de Montfort y si no es esta batalla entonces seguirás a Luis de Orléans hasta Italia! Siempre habrá un hipotético motivo. Pero ¿no es verdad que estas campañas solo sirven para llenarse los bolsillos?

—¿Debería cultivar nabos? Un caballero necesita la guerra. ¿Con qué fin si no estaría sobre la faz de la tierra?

—¿Para defender a los débiles?

Se puso en pie furioso.

—¡Argucias, doncella Cristina! Argucias y tonterías de mujeres. ¡Eso viene de tus lecturas! ¡Ninguna discusión más! Te casarás conmigo. Mañana por la mañana. Confiaba en que lo hicieras por propia voluntad. Pero también se puede hacer de otra forma. Ya conoces muy bien cómo es la ley. En la ceremonia la mujer no hace falta que conteste. Yo contestaré por ti. De ese modo el matrimonio se habrá consumado y tú me pertenecerás como me pertenecen mi caballo o mi silla. Te quitaré la costumbre de discutir y leer. Con catorce niños y un asado en el horno no encontrarás tiempo para ello. ¡Ve haciéndote a la idea!

Se encontraba frente a la cama y con la punta de una bota iba removiendo la paja. Aguanté la respiración. ¡Pronto encontraría el libro! Se agachó y le di un pequeño empujón.

—¿Me amenazas con violencia? ¿A mí, a la hija del galeno y astrólogo real? ¡Fuera de aquí! ¡Nunca me casaré contigo! ¡No quiero verte más!

A ciencia cierta había hecho una tontería, pero quería distraerlo y con las prisas no se me había ocurrido nada mejor.

Me observó amenazante, como si pensara en consumir el matrimonio allí mismo. Lo miré directamente a los ojos sin pestañear, como se recomienda hacer con un perro rabioso. Me mantuvo la mirada largo rato, pero finalmente bajó la vista y se dirigió hacia la puerta, donde el maldito monje había estado esperando.

—Bien, madame. Como no te sabe bien ni mi vino ni mi pan, no tendrás ninguno de los dos. Tampoco agua: en el pozo había un animal muerto. En cuanto demuestres predisposición, recibirás lo que deseas, lo que merezcas, ¡no antes!

El monje sonrió burlón. Grossetête se fue. La puerta se cerró con llave con estruendo.

Respiré aliviada. Aunque demasiado pronto. La puerta se volvió a abrir y él vino directamente hacia mí. Del susto me arrebujé en el canto exterior de la cama. Se agachó, tanteó entre la paja putrefacta y encontró el libro.

—¡Lo sabía!

VII

Pasó una noche. Bebí un poco del agua de la jarra, que mi carcelero se había olvidado, así que, por la mañana, cuando volvió a mirar, yo aún conservaba mi orgullo y mi resistencia.

—¡Vete al diablo! —fue todo cuanto le dije. El vestido estaba hecho un ovillo en una esquina.

La puerta se cerró con estruendo. La llave chirrió al cerrar. Utilicé el *vase de nuit*, en este caso un cubo de madera.

Hacia el mediodía ya no quedaba agua. Empezaba a aburrirme. ¡No había nada que hacer! ¡No tenía ningún libro! Confiaba en que ese cabeza de cerdo pelirrojo y patizambo no lo hubiera lanzado al fuego. Quizá no, pues hacía calor y la chimenea no estaba encendida. ¿Al fuego de la cocina? ¡Dios mío, no dejes que haya ocurrido! ¡Estaría dispuesta a rodear toda Notre-Dame de rodillas y rezar treinta Avemarias si consigues salvar el libro! ¿Qué dirá Gilles si se pierde? Pensé en las maravillosas y ricas ilustraciones y las lágrimas rodaron por mi nariz.

Alguien me miraba.

—Que Satán se os lleve a todos —grité—. ¡Maldigo toda esta casa!

Por la noche me moría de sed, pero había decidido presentar resistencia a pesar de todo. Estaba dispuesta a morir antes que casarme con ese pedazo de animal.

—¡Nunca! —bramé cuando por la noche entró el chevalier.

Debía presentar un buen aspecto: ojos de conejo enrojecidos, nariz hinchada, el cabello revuelto, el vestido roto, toda sucia. ¿Quién querría casarse con algo así? Era la pura e irracional cabezonería masculina lo que le impulsaba: yo debía rendirme, a cualquier precio. En cada ocasión, tras él estaba, como una sombra, el monje de marrón. Le hice la señal del diablo alzando los dedos índice y meñique: ¡aléjate de mí, siervo de Satán, falso monje!

Se fueron y con ellos la luz. Los ratones se arrastraban entre la paja. La fantasía me jugaba malas pasadas: notaba el aleteo de un murciélago, oía cómo las arañas soltaban sus hilos desde la colcha. Me encontraba sentada en una oscuridad completa, torturada por el miedo y la sed, y acabé por perder todo el valor.

¿Por qué me obcecaba de esa manera? En este castillo mi familia estaría mucho mejor. Tendríamos qué comer y estaríamos protegidos. Nunca nadie más me mortificaría y deshonraría de esta forma. Seguro que un hombre de armas sabría defender lo que era mío, nuestro. No, suyo.

¿Por qué motivo estaba luchando a fin de cuentas? ¿Por un taburete y una caja en el mercado de gansos, donde escribía cartas de amor por encargo de las criadas? Vaya aspiración más noble: me estaba permitido copiar, copiar una y otra vez las obras de autores desconocidos, palabra por palabra, trazo de pluma a trazo de pluma. ¿Por

todo ello me torturaba, iba de juicio en juicio, sufría la burla de vecinos e intentaba esconder nuestra pobreza ante sus ojos?

Nadie quería comprar mis poemas. Seguramente eran malos. ¿Cuántas mujeres escribían? Debía de existir una razón por la que había tan pocas féminas cultivadas. ¡Cristina! ¿Qué te has pensado? Todas estas dificultades, contrariedades. Era lo mismo que andar por una papilla, respirarla. Los movimientos se hacían cada vez más lentos, la respiración más difícil.

Ante cada nueva catástrofe mi resistencia se debilitaba. Me rendí. A la mañana siguiente, si aún estaba con vida, me entregaría a ese animal de hombre, me ocuparía de sus doce pequeños salvajes de ojos acuosos y cuelllicortos, y procuraría que mis hijos lo sobrevivieran. Mi madre estaría contenta. Representaría el papel de señora del castillo e impartiría órdenes por doquier. Quizá el chevalier perdería la vida en una de sus batallas, en todo caso no andaría mucho por casa. No pude reír. Tenía la garganta demasiado seca. Me dormí.

Una respiración desconocida acariciaba mi rostro. Desperté de golpe y abrí los ojos. A la titilante luz de una pequeña lámpara de aceite vi un pálido contorno ovalado, el rostro del monje.

Mi existencia había tocado fondo, una mujer no puede caer más bajo. ¡El monje había venido para violarme! ¡Del cielo debía llover fuego y azufre! ¡Debían abrasarle la espalda, los monstruos infernales verdes, barrigudos y con cola que había visto en Notre-Dame debían asarlo en largos pinchos y arrancarle el cabello!

Me puso la mano sobre la boca. Yo le clavé las uñas con toda la fuerza que pude en su antebrazo.

Su boca hizo una mueca de dolor, pero en silencio. Vi sus dientes iguales de color yeso.

—¡Auh! ¡Virgen santa! ¡No digas nada y te soltaré! ¡No te haré daño! —me susurró.

Solté mis garras por un momento. ¿Qué es lo que quería de mí?

Me ofreció una jarra de agua. Se la arranqué de las manos y lo miré. ¿Se trataba de un engaño? ¿Quizá el agua contenía un brebaje para aturdirme y así entregarme? Me daba igual. Bebí con fruición.

—Bebe a pequeños sorbos, si no, te sentará mal —me murmuró la sombra al borde de mi cama.

—¿Cuánto hace que estás aquí y me observas? —le susurré.

No respondió enseguida, sino que siguió mirándome, inquisitivo.

—¿Qué quieres? ¿Eres un monje echado a perder, un cerdo tan gandul e inmoral que pretendes divertirme conmigo? ¡Antes moriré!

Se santiguó con determinación.

—Antes me muera «yo» que ir directo al infierno a causa del semillero de vicio que es el cuerpo femenino. ¡La embriaguez del pecado apesta ya al azufre del infierno! ¡No te preocupes, mujer! ¡No te tocaré!

—¡Muy bien! Entonces estamos de acuerdo —le contesté airada, crucé los brazos y permanecí sentada en la cama. Entonces me di cuenta de lo vergonzoso de la observación.

—¿Qué has dicho? ¿Semillero de vicio? ¿Qué te piensas? ¿Hablas así del cuerpo de una madre, del de la tuya propia, la que te ha parido? ¿Del cuerpo de la Santa Madre de Dios, María, que trajo al mundo al señor Jesús?

Había colocado en el suelo la lamparita de aceite que había traído consigo, por lo que su rostro estaba iluminado desde abajo, lo que le confería un aspecto fanático y demoníaco. Furioso, murmuró, y la sombra de la llama bailaba sobre su rostro. No pude verle los ojos, pues estaban en penumbra.

—¡Sssh! ¡Calla, mujer! ¿Cómo te atreves a compararte con ella y nombrarla en la misma frase? Es verdad: si la perversa naturaleza femenina se convierte por la merced de Dios en santidad, entonces contiene la mayor gracia. Pero mi madre fue una mujer normal y pecadora, tal como eres tú. ¡No estarías aquí si no te hubieras ofrecido al caballero por nada! ¿Qué pretendes conseguir con tu obstinada resistencia?

Al principio no pude articular palabra de la rabia:

—¡Yo... ofrecerme... por nada! ¿Has perdido la cabeza, despreciable fariseo, con tu sucia fantasía? Mi madre pensaba que yo no podía vivir sin un marido. Me quería ayudar e hizo de intermediaria. Pero ni una palabra, ni una mirada le he concedido para envalentonarlo, al contrario. A este pedazo de animal... le he dicho... con palabras unívocas, que no le quiero. Muy claro y preciso: ¡no! ¿Desde cuándo un no es un sí? ¿Desde cuándo una mujer desea ser asaltada y secuestrada, permanecer encerrada y ser amenazada y morir de sed? ¿No es esto más que indecente?

—¿Qué me dices, mujer embustera? Todo esto lo haces para provocar sus ansias. Finges resistencia. ¡Vaya locura femenina! Cede de una vez para que tengamos paz. Se te ve el juego. Cástate con él y terminemos con esto. En realidad es lo que deseas. Las mujeres son seres malhumorados. ¿Quién entiende lo que quieren?

—¿Seres malhumorados? ¿Qué sabrás tú minorita sin fe? En lugar de permanecer como un monje decente en el claustro y rezar, vas haciendo el gitano por el país y te quedas con el pan de los demás. Y sirves a los que más ofrecen. Eres tú el que se brinda vilmente. Y aún peor. Incluso estás dispuesto a mancillar el sagrado sacramento del matrimonio con este, este... grotesco monstruo, solo porque aquí estás cómodamente instalado. Yo nunca dije sí a ello. Una cosa es segura: ¡cómo bendigas todo esto, cometerás pecado!

—¡Sssh! No hables tan alto —volvió a colocarme la mano sobre la boca. Le mordí—. ¡Auh! ¡Mujer del diablo! ¿Por qué no deseas desposarte?

—Porque ya estaba casada. Mi marido está muerto y he jurado serle fiel hasta que vuelva a reunirme con él en el Cielo mediante la misericordiosa gracia de Dios. ¡Amén!

Mis palabras le dieron qué pensar, pero lo intentó de nuevo, esta vez más

tranquila y amistosamente.

—Una bonita determinación, de hecho. Pero no es necesario prescindir de la protección de un marido; Dios no quiere de ninguna manera que permanezcas sola. Él permitió expresamente que las viudas se pudieran volver a casar. Piénsalo: así alguien se ocupará de ti.

—Expresamente. Vaya, vaya. Pareces tener un buen contacto con Dios. Bueno, alguien se ocupa de mí. Con su merced, Dios ha sido comprensivo y ha querido que se me concediera una formación. Me gano la existencia copiando libros. ¿Y debo casarme con un buey patizambo, que tiene por profesión principal quemarlos? ¡Eso sería realmente lo último!

Se produjo una pausa, mientras me observaba desde las oscuras cavidades de sus ojos.

—¿Y? ¿Qué es lo que ves? —proseguí venenosa—. ¿Una serpiente? ¿La gran puta de Babilonia?

—Veo —me dijo en un tono sorprendido— claramente a una mujer educada. ¡Espacio!

Quería quitarme la jarra de agua, pero la agarré con fuerza contra mi pecho.

Seguí bebiendo con determinación hasta que la vacié. Después de un breve espacio de tiempo parecía haber tomado al fin una decisión.

—¿Te puedes levantar? —me preguntó.

Me enderecé despacio. Me mareé un poco.

—¿Qué es lo que te propones?

—Voy a salvarte.

—Ah, sí, ¿y cómo?

—Saldremos fuera en completo silencio y con mucho cuidado. El caballero duerme en su propia habitación con dos doncellas —estaba indignada—. Le has irritado de tal manera que después... Bueno. Tras el exceso dormiré profundamente. Sus hombres descansan en la sala.

—¿No ha puesto guardia frente a mi habitación?

—No lo consideré necesario tratándose de una mujer débil.

Debí resollar furiosa, pues rio por lo bajo.

—En algunos casos supone una ventaja el ser menospreciado. ¡Sígueme!

Me deslicé desde el lecho. De camino cogí el vestido del suelo, lo enrollé y lo sujeté bien bajo el brazo derecho. El monje puso los ojos en blanco y me volvió a sisear:

—¡Mujer loca y fatua! ¡Deja estar esa chuchería!

—¡Ni hablar! Está completamente nuevo. ¡Se halla en deuda conmigo!

Paso a paso nos deslizamos despacio escaleras abajo. Por suerte se trataba de una escalera de piedra, así que los escalones no crujían. Un golpe de aire hizo que la llama de la lamparita flameara. Habíamos alcanzado el último escalón. En la penumbra llegué a atisbar una gran sala con banderas y pendones que colgaban de las

paredes a ambos lados de una enorme chimenea. Además, una mesa igualmente enorme y un par más pequeñas para la servidumbre. Encima de nosotros entreví una bóveda de arcos y travesaños de madera, sobre los cuales algunas palomas extraviadas escondían sus cabezas entre sus propias plumas. Por las altas ventanas de un lado de la sala entraba la luz de la luna. El monje apagó de un soplo la llama de la lámpara.

A ambos lados de la chimenea los ronquidos y chasquidos delataban a los que dormían. Como mínimo una docena de oscuros cuerpos estaban tumbados sobre los sacos de paja.

Mi liberador me cogió de la mano y tiró de mí tras él. Debíamos de haber cruzado más o menos la mitad de la sala, ¡cuándo descubrí el libro en una franja de pálida luz blanca! Se encontraba sobre la parrilla de la chimenea, tirado allí sin ningún cuidado, abierto de par en par, con las páginas horriblemente dobladas. Preparado para ser destruido. Me solté de él.

—¡No! ¿Estás loca?

Mi acompañante intentó agarrarme por el vestido e impedir que me separara de él, pero conseguí eludirlo y me dirigí con precaución hacia la chimenea y me deslicé entre los durmientes subiéndome la falda, para que a ninguno de los muchachos le despertara el ribete.

Una sonrisa asomó a mi rostro. ¡Quieto ahí, pronto serás mío! Me arrodillé y una de mis rodillas crujió. A mí me pareció un estruendo. ¡Alargué la mano izquierda y cogí el libro!

Me enderecé y quise darme la vuelta para regresar por el mismo camino, cuando de repente uno de los durmientes se giró sobre la espalda. El brazo le cayó del pecho y una mano flácida aterrizó en mi pie. Congelé el movimiento.

Mi acompañante me hizo señas con vehemencia. Gesticulé y le mostré el obstáculo. Se retorció las manos, pero no nos quedaba otra alternativa que esperar. Mientras lo hacía y el corazón me martilleaba y el pulso me resonaba en los oídos, observé con más atención la sala y los estandartes, jirones de tela cruda cosidos, con un jabalí atacando, detrás un castillo y el lema en gruesas letras negras: «¡Venceré!». ¡Qué falta de imaginación! Uno no puede vencer siempre.

Se me empezó a dormir el pie derecho y me hormigueaba terriblemente, en esa posición tan poco natural que me dolía la espalda. El monje parecía que estaba pasando por un baile de San Vito silencioso. Para mí supuso una satisfacción extraña verle pasar tanto miedo. Al final volví a agacharme y con los nudos de la manga le acaricié la nariz al durmiente con la misma suavidad y cuidado que si se le hubiera posado una mosca encima.

—Sssh —dije—, sssh.

Completamente dormido, levantó el brazo con el fin de apartar a la mosca y yo di un salto.

Atravesamos sanos y salvos y sin ser vistos el resto del edificio. En la puerta

había dos perros, pero ya conocían al falso monje, al maldito, así que le lamieron amistosos la mano.

Fuera, me arrastró por el patio y el portón abierto. *Voilà*, la confianza en sí mismo del caballero era realmente inmensa, si dejaba todo sin guardia y por la noche los portones abiertos. Seguramente su fama era tan terrible por los alrededores que la pequeña chusma se mantenía alejada de él. Y en cuanto a los brigadistas, él mismo era uno de ellos.

—Allí detrás del bojedal he escondido un caballo esta misma tarde —se atrevió a decir ahora el monje a media voz—. Más no pude hacer sin ser descubierto.

—Si ya tenías pensado rescatarme, ¿por qué has tenido que torturarme y ofenderme con tus preguntas? —le solté.

—Primero debía asegurarme de que realmente deseabas que te salvara. Así y todo, por tu culpa he dejado una cómoda ocupación —admitió impasible.

Llevaba una bolsa al cinto y una mochila llena a rebosar tan grande como la piel de una cabra. Así que tenía pensado acompañarme, lo que estaba bien, pues yo no tenía ni la más mínima idea de dónde nos encontrábamos.

—Nos hallamos en Bellefort, a una hora a caballo de París —me dijo como si hubiera leído mis pensamientos. Bueno, eso es lo que seguramente cualquiera en mi situación se hubiera preguntado. Ahora era libre, muy bonito, pero ¿dónde demonios estaba y cómo podía llegar a casa? Bellefort, nunca lo había oído.

Lo seguí detrás de un peñasco y un bojedal redondeado de aroma amargo, donde de verdad había atado un caballo, no uno de batalla —el chevalier nos hubiera matado a golpes por ello— sino uno de trote con toscas pezuñas y ancho trasero.

—Quizá incluso dos horas —murmuró el monje al ver el jamelgo.

—En todo caso, no eres un buen ladrón —le dije—. Toma, guarda este libro y procura que no sufra más daños, te lo ruego.

Se subió a la silla de forma ágil y sin problemas y me alzó para colocarme delante de él. Cuando el jamelgo se puso finalmente en marcha nos dimos cuenta de que tampoco era tan terrible, tenía un paso suave y resistencia, tal como se demostró. No miré atrás.

—¡Estabas dispuesto a casarme por dinero con un secuestrador y delincuente! Querías tomar la bendición de Dios en vano. ¿Por qué has cambiado de opinión? —le pregunté aún enfadada.

—Ignoraba que no actuabas voluntariamente. Pensaba que solo hacías un poco de remilgos. El caballero me dijo que eras petulante y que necesitabas mano dura —se defendió—. Pero te he estado observando y he comprendido que quizá eres diferente a lo que él me había descrito.

De mi desaliento en la oscura celda no le conté nada.

—¿Cómo puedes pensar que una mujer no sabe lo que quiere?

«Sería preferible que estuvieras agradecida a tu liberador, en lugar de reñir con él», pensé en silencio, pero ya no podía evitarlo.

—Bah, las mujeres siempre están malhumoradas y no siempre piensan lo que dicen.

—Ajá. ¿Y cómo has llegado a esta verdad, hermano de monasterio? ¿Es el mismo tesoro de la sabiduría el que prescribe que las mujeres necesitan cada día un castigo?

—Yo no he dicho eso y tampoco lo pienso. ¿Te habría liberado en caso contrario? Algo me azuzaba, pues simplemente no podía ser simpática.

—¿Y qué es lo que te ha decidido a trabajar para esa pieza de ganado? No habrá dejado que eduques a sus hijos, ¿verdad? Pues está en contra de todo tipo de formación.

—Sí, eso también lo he descubierto. Solo quería que sus hijos pudieran leer y escribir lo suficiente para no ser engañados en los negocios. Con las dos chicas no pude hacer nada. Me amenazó con castigarme si me veía cerca de alguna de ellas, como si esos dos bacalaos pudieran interesarme. Me quedé con él, pues buscaba un empleo, pero estaba decidido a buscarme pronto algo diferente.

—Vaya, vaya.

Nos mantuvimos en silencio un tiempo. Atravesamos el campo al paso: un bosque oscuro y silencioso, un río iluminado por la luna. El monótono trote y los nervios vividos hicieron que me adormeciera. Bostecé en sus brazos. Bajo el hábito notaba su cuerpo joven y firme, de brazos fuertes. Cada vez más me iba dejando caer contra él. Son pensamientos que no hubiera tenido si no hubiera estado tan agotada. Los ojos se me cerraron.

Cuando me despertó por segunda vez esa noche, de forma muy tierna, con su agradable y cálida voz de barítono, fue para preguntarme por el camino.

—Despierta, ya estamos en París.

—¿Cómo? ¿Nos han dejado entrar en la ciudad?

—He logrado convencer a la guardia de que un solitario monje y una doncella necesitada apenas pueden suponer un peligro. Pero ahora no sé dónde vives y cómo podemos llegar hasta allí.

¡Me lo había perdido todo!

—¿Dónde estamos?

El caballo trotaba cansino. El trote sobre la calzada de piedra resonaba en las paredes de las silenciosas casas. La mayoría de las lámparas de aceite ya no daban luz. Debía de estar a punto de amanecer.

—Grande Rue St-Honoré, me ha dicho uno de los guardias.

—En ese caso el castillo se encuentra Sena abajo. Bien, sigue por esta calle todo recto, cruza media ciudad hasta que llegues a los viejos muros de Felipe Augusto, entonces te explicaré cómo seguir.

De repente advertí avergonzada que me había reclinado sobre él, su brazo cogía mi talle, e intenté recuperar con decencia la compostura sobre la silla.

Si se dio cuenta no dijo nada.

Cuando llegamos a la torre de Barbeau los gallos cantaban en el jardín. El cielo

mostraba un espectáculo para celebrar mi vuelta a casa: allá arriba ya estaba claro, de un azul cobalto fuerte y limpio. En el horizonte ardían los colores paja y rosa. Copos de espuma violetas y blancos pasaban por encima y se deshacían.

Se bajó del caballo y me ayudó a mí. Fui a la puerta de entrada y llamé con el puño. Al cabo de poco tiempo esta se abrió. Lo hizo un hombre mediado en la cuarentena, cabello gris arrebolado por el sueño y que solo llevaba leotardos. Su pecho era fuerte y musculoso, aunque estaba un poco encorvado y plagado de profundas cicatrices.

—¡Elías! ¿Ya de vuelta? —exclamé contenta.

—¿Dónde estabas, Cristina? Te hemos buscado por toda la ciudad. ¡Tu madre se ha puesto enferma de preocupación!

Elías, el marido de Héloise. «Poco a poco se hace mayor para su profesión», pensé fugazmente.

—¡No te lo creerás, Elías, me han secuestrado! ¡Uno de los candidatos a casarse conmigo que mi madre siempre arrastra hasta casa! ¡Quizá ahora deje de hacerlo! Permite solo que nos instalemos. Luego te lo contaré todo.

—Ahora mismo me pongo algo encima, Cristina. Después, seguro que todos querrán oír lo que ha ocurrido. ¡Héloise! ¡Los de la casa! ¡Levantaos! ¡Cristina ha vuelto!

—Primero deberíamos ocuparnos del caballo —dije yo.

Cogí las riendas y conduje al animal por la puerta lateral hasta nuestro jardín. El monje me siguió, le quitó la silla y le secó el sudor con paja. Busqué un cubo de agua y dejé que Héloise preparara una papilla de cereales caliente en la cocina. El animal estaba cansado. Contento, metió su cabeza en el comedero.

Yo tomé un buen sorbo de la vasija. Nuestra propia y buena agua del pozo.

Céline y Jean vinieron hacia nosotros a la carrera.

—*Maman!* ¡Has vuelto!

Jean me dirigió una severa mirada de reprobación, como si me hubiera divertido por ahí.

—¿Dónde has estado?

Apareció mi madre, vistiendo un camisón largo y una caperuza de noche. Un delicioso atuendo para un drama plagado de lágrimas. ¡Oh! Y además el luminoso cielo. Me abrazó y lloró:

—¡Oh, mi niña! ¡Ya pensaba que te habían asesinado! ¡Asesinada! ¡Creía que te había perdido! Cristina, mi pequeña Cristina... —a pesar de que le saco una cabeza.

—Qué hay, vagabunda —me dijo Marie, y me dio uno de sus cariñosos empujones. Así que todos me rodearon con sus camiones, nerviosos, con la cabeza descubierta, llorando, abrazándome y acariciándome alternativamente.

—Dentro de lo que cabe estoy bien —dije—. Solo algo cansada. ¡Y tengo un hambre voraz! ¡No he comido ni una miga... desde... oh, ya no sé desde cuándo!

El monje se había retirado bajo la sombra del muro del jardín ante esa explosión

de sentimientos familiares. Casi había olvidado su presencia.

—Disculpa, hermano. Te he desatendido. Sí, tengo que agradecer mucho a este buen monje el haber sido liberada. Me ha librado de mi celda y ha robado un caballo para traerme devuelta.

Mi madre lo observó con desconfianza: ¿qué hombre piadoso era ese que robaba caballos y liberaba a doncellas en peligro?

Toda la tropa se desplazó a la cocina, donde yo no hablé hasta engullir media hogaza de pan y tres quesos de cabra. El hermano Tomás, tal como se hacía llamar, aceptó pan y queso y una jarra de vino de Héloise, y se sentó sobre un banquillo frente al fuego.

Mi familia se sentó a mi alrededor, pendiente de cada sorbo, cada miga de pan y cada palabra. Cuando terminé de contar mi historia, descargaron su indignación y el miedo pasado.

—Yo me ocuparé de hacerle justicia a este caballero de Grossetête —bramó Elías.

—Yo voy contigo —anunció Jean.

—Vosotros dos os quedaréis aquí —respondí yo, ahora tranquila y completamente recuperada.

—¡Pero no puedes dejar pasar lo que te ha hecho sin más!

Para mí era suficiente con haberme librado de ello.

—Jean y Elías, vosotros dos no iréis contra el caballero. Tú tampoco, Elías. Es más joven y más grande que tú. Dejemos que no pase de ahí. Al fin y al cabo no me ha ocurrido nada serio.

—¿Nada?

—Nada a excepción de un par de moratones y un orgullo herido. Me quedaré el caballo y el vestido como compensación por los daños causados.

—Y eso que proviene de una buena y vieja familia —dijo mi madre, como si eso fuera una garantía de buen comportamiento.

El monje había sacado buen provecho del agua del pozo en el jardín y ahora se encontraba sentado tranquilo en una esquina. Se había quitado la capucha, por lo que se podía ver que se trataba de un hombre joven muy guapo. Era alto y delgado y tenía un rostro que me recordaba a un ángel de mármol que había visto una vez en el parque real: ojos oscuros, nariz recta, labios ligeramente gruesos y mandíbula recia, pero no prominente. Los rizos oscuros de su cabello se enmarañaban húmedos hasta sus hombros. Secos debían de ser castaños. No llevaba tonsura y era más joven de lo que había supuesto. Como máximo debía de tener unos veintipocos, quizá incluso diecinueve.

—¿Y cómo le puedo agradecer a mi salvador lo que ha hecho por mí? —le pregunté—. Por mi culpa has perdido tu trabajo.

Rio melancólico.

—¿No necesitáis tal vez un preceptor?

Los ojos de Céline resplandecieron. Pero tuve que decepcionarla.

—Como habrás podido reconocer sin duda por los arreglos de la casa y nuestros vestidos, somos demasiado pobres para podernos permitir un preceptor.

Céline mostró su enojo.

—Así y todo no aceptaré dinero. Los franciscanos deben ganarse la comida y el alojamiento con su trabajo. Solo aceptamos limosnas en caso de necesidad extrema y tampoco acumulamos posesiones.

Entonces... Pero no, simplemente era imposible. ¿Cómo podríamos arreglárnoslas con una boca más que alimentar? Miré a mi madre, que pensaba lo mismo que yo. Se encogió de hombros.

—No quiero ser desagradecida y muy gustosamente te puedes quedar un par de días aquí. También te puedes quedar con el caballo. Pero ya lo puedes ver, todos ellos viven de mis escasos ingresos y apenas si nos llega.

Alzó la cabeza.

—¿Así que es cierto que trabajas para ganarte el sustento?

¿No te habías creído, señor monje, que una mujer malhumorada y cabeza hueca está capacitada para alimentar a una familia? No sabía cuántas mujeres lo hacen cada día: tejedoras, cosedoras, pescadoras, campesinas, comadronas, comerciantes...

—¿Qué haces exactamente, si se me está permitido preguntarte?

Me enderecé orgullosa. Estaba claro que pensaba que los trabajos de los que le había hablado se referían solo a poemas y cartas de amor.

—¡Escribo cartas y documentos en la plaza del mercado, y en el futuro voy a copiar libros para la Biblioteca Real! —mi familia me miró llena de sorpresa—. ¡Sí, no os lo pude contar, porque ese caballero ladrón prácticamente me secuestró al salir del Louvre! Imaginaos, me encontré con Gilles Malet, el bibliotecario del rey. ¿Te acuerdas de él, madre?

Afirmó con la cabeza. Gilles Malet pertenecía a la «horda» de mi padre, tal como ella los llamaba, un círculo de amigos formado por hombres instruidos, a los que les gustaba reunirse en casa de uno de ellos, dejarse agasajar y, saboreando una copa de vino, discutir cada vez más fuerte hasta altas horas de la noche. Como decía mi madre, «por el simple hecho de discutir, una tontería, ¡una panda de ruidosos glotones y bebedores!».

—¡Y ya me ha hecho el primer encargo! Este libro... ¿Me lo das, por favor, hermano Tomás?

El monje rebuscó en su bolsa, sacó mi tesoro y se puso en pie para alcanzármelo.

—Mirad todos: ¡tengo que copiar este maravilloso libro, y si lo hago bien recibiré encargos regularmente!

Mi familia lo celebró. Marie cogió el libro y les mostró a los niños las ilustraciones. Eran realmente excepcionales, aunque algo planas.

—¿Y quién se ocupará de las iluminaciones? —preguntó el monje por encima de mis hombros.

—Yo en todo caso no. Puedo encargarme de cosas sencillas, flores y ornamentos,

pero para este tipo de adornos no alcanza mi saber. Deberé dejar libres los espacios para las ilustraciones y Malet se las encargará a otra persona.

—Entonces quizá sí que necesites de mis servicios —dijo el monje—. En el monasterio aprendí a ilustrar libros.

Hice cálculos rápida como un rayo. Si era cierto y podíamos sacar provecho de lo que había aprendido, entonces no hacía falta que Gilles entregara mis copias a otro sitio para hacer las ilustraciones. Seguro que la idea le atraería. Aún mejor: podía hacer que ilustrara mis propios poemas. De ese modo quizá sí que se podrían vender.

—Veremos. Primero necesito disponer de un par de horas de paz —me sentía como ebria por la falta de sueño y a consecuencia del miedo pasado—. Tú también debes de estar agotado. Hermano, ¿dónde quieres dormir mientras vivas con nosotros?, ¿en la cocina con Héloise y Elías, o en la torre, en el viejo estudio de mi padre?

—Si te parece bien, dormiría encantado en el estudio —me contestó el monje—. Estoy acostumbrado a disponer por las noches de un par de horas para mí.

Héloise le dirigió una mirada de agradecimiento, pues pocas veces podía tener a Elías a su lado.

Dormí hasta bien entrada la tarde. Había perdido ese día, me dije sentada al borde del catre, y me puse en pie. Quizá fuera mejor que le hiciera llegar una nota a Gilles Malet para explicarle el retraso, con el fin de que no considerara que era de poco fiar.

—¡Jean!

Mi hijo apareció en la puerta con una expresión de aburrimiento en el rostro.

—Jean, ¿serías tan amable de llevarme una nota hasta el Louvre?

—Ah, *maman*, ¿no sabes lo que me queda por leer para el colegio!

—Puedes coger el caballo, así podrás volver rápidamente a casa. Y si quieres repasaremos juntos tus deberes.

Lo que hizo que se decidiera a ir fue el caballo. Escribí rápidamente una nota para Gilles Malet y le informé de que había dado con un ilustrador con el que podíamos probar. Si era apto para el trabajo, Gilles tendría que esperar un poco más para recibir los libros, pero así se ahorraría el tener que llevarlos a uno de los monasterios o a una de las caras escuelas de ilustradores de la ciudad. Además, confiaba en obtener mejores resultados si el escribiente y el ilustrador trabajaban estrechamente juntos y así yo podía controlar el resultado.

Mi hijo se tomó la molestia de limpiar y cepillar el rocín rojizo hasta que brilló. Contento, se fue cabalgando, sentado erguido como una vela sobre la silla, no como alguien que pertenece al pueblo llano, sino como el refinado señor que pensaba llegar a ser un día.

Encontré al monje en la cocina, donde estaba comiendo una sopa de judías con buen apetito. Rebañó el cazo con pan. Limpió su cuchara con agua y dejó que desapareciera en la bolsa de su cinturón. *Yolanthe* restregó la cabeza en sus piernas debajo del hábito marrón, que llegaba hasta el suelo. Intentó hacer a un lado esa

muestra de afecto peluda, lo que hizo que el animal se embelesara aún más. La alcé y la saqué fuera.

—¿Has comido suficiente? ¿Has descansado? ¡Entonces, acompáñame!

Me siguió por la escalera de caracol, que conducía a todas las estancias de la casa, en el primer piso.

—Aquí es donde trabajo. Era el estudio de mi marido y yo lo he acondicionado para mí. Pero hay suficiente espacio para los dos. ¡Sentémonos allí! ¿Tienes muestras de tu trabajo?

Sacó un pequeño volumen de su bolsa de cuero y me lo alcanzó.

Lo abrí y mis ojos apenas podían creer lo que estaban viendo. Se trataba del libro de muestras de un pintor de miniaturas magistral. Contemplé un castillo con un jardín y un grupo de hermosas personas en el fondo, a san Jorge con el escamado dragón echando fuego por la boca, una virgen con un lirio en la mano, un carromato con un conductor y dos nobles caballos al frente, un ángel, retratos, tablas de colores, una serie de iniciales con los más diferentes adornos, todo grácil pero representado en colores luminosos con gran fidelidad a la realidad. Cuanto más miraba más cosas descubría: detalles sorprendentes, la corona de la madre del cielo tan suntuosa como el trabajo de joyería más refinado, violetas y lirios delicados y vivos, rosas y narcisos, oscuras y brillantes hojas de acanto con vetas amarillentas y puntas curvas como abrazos verdes, guarniciones recubiertas de cascabeles plateados y las colas de los caballos cepilladas y trenzadas. ¡Y los ropajes pesados y sin excepción planchados! Las figuras se habían quedado como congeladas en un ademán, la vida se había detenido en pleno desarrollo, con lo que se podía intuir lo que había sucedido antes y lo que sucedería después, toda la historia. Y detrás de las figuras todo un mundo: peñascos, prados, árboles solitarios y bosques profusamente poblados, un pequeño río, que serpenteaba y en el que brillaban peces plateados, almiars de paja amontonados limpiamente, y en la lejanía los contornos sombreados de una ciudad con innumerables tejados y torres elegantes. Todo ello en una afortunada consonancia de armónicas proporciones y luz. No quería perderme nada, me sentía como un mendigo hambriento frente a un rico banquete.

Alcé la vista para mirarlo.

—Esto es... ¡Nunca podría pagar algo así! Eres demasiado bueno para mí. Deberías trabajar para el duque de Berry.

—Oh, no, para eso seguro que no soy lo suficientemente bueno —se defendió—. De todas formas, no juega ningún papel el hecho de si pinto para un duque o para una escribana, ya que no acepto dinero por ello. Ya te lo he dicho.

Hojeé el libro de muestras y apenas podía creerme la suerte que había tenido. ¡Ah, si pudiera observarlas con toda tranquilidad con ayuda de mi lupa! Agité la cabeza, incrédula.

—Entonces, ¿prefieres quedarte aquí que vivir con todo el lujo junto a un duque?

—¡Lujo! El lujo es el pequeño abrigo bajo el cual el infierno esconde su fealdad

—dijo de forma severa—. ¿Acaso Jesús vivió en un palacio? No, prefiero quedarme aquí, si estás de acuerdo.

Yo personalmente no hubiera tenido nada en contra de introducir un poco de lujo.

—Estoy por completo de acuerdo. Veamos si podemos trabajar juntos. Pero, si no te satisface, te presentaré a Gilles Malet, quien seguro que conoce un mejor empleo para ti.

—Estaría encantado de conocer al bibliotecario, pero no le doy ningún valor a otro puesto. Trabajo en honor a Dios y porque me gusta pintar. Me contento con pan diario y un techo bajo el que dormir. No deseo nada más.

Gracias, Dios mío. Disculpa, por favor, que fuera pusilánime y que me quejase. ¡Tú lo ves y lo planeas todo con mucha más visión que mi imperfecto sentido humano, y ahora todo ha llegado a buen puerto! ¡Cada hora de prisión y miedo y sed ha valido la pena y el triple de morados! Seguía un poco enfadada con el monje por haber permitido durante tanto tiempo mi miedo y mi humillación, pero en cuanto a su manera de pensar sobre las mujeres no andaba peor informado que la mayoría de los hombres y al final había tomado la decisión acertada, así que opté por reconocerlo.

—Aún no te he agradecido realmente mi liberación. ¡Gracias!

—Lo hice con gusto —dijo él sonriendo y con los ojos resplandecientes.

—Bien, Tomás. Aquí puedes trabajar conmigo. Allí hay un segundo pupitre. ¿O prefieres una mesa?

—Las dos cosas. Un atril para desarrollar el borrador y una mesa para plasmar la ilustración, pues en caso contrario se corren los colores frescos.

Juntos arrastramos los muebles hacia una de las dos ventanas, de forma que tuviera suficiente luz para trabajar. Y mientras sacaba de su bolsa sin fondo las herramientas de trabajo y las iba colocando en orden sobre la mesa y el atril —pequeños saquitos de tela y un crisol, botellitas de vidrio y lindos botecitos de pintura de arcilla horneada, un mortero de cobre, plumas y un cuchillo—, le dije:

—Querría hacerte una pregunta personal.

—Adelante —replicó—. Te responderé con toda la franqueza de la que sea capaz.

—¿Cómo llegaste a ordenarte monje y cómo has aprendido a ilustrar libros con tanta maestría?

—Te lo contaré —desató uno de los saquitos de tela y miró en su interior al tiempo que fruncía la frente—. Apenas me queda color oro, nada de verdigris y muy poco azur... Vengo de Italia, cerca de Milán. Mi padre era un terrateniente de allí, poseía varias hectáreas de olivares y además cultivaba algo de trigo y vid, pero yo era el tercer hijo y desde el principio estuvo claro que a mí no me correspondía nada de la herencia. Solo podía elegir entre servir a mi hermano mayor o ingresar en el monasterio. Con ocho años me enviaron al monasterio, uno franciscano muy próximo a nuestra finca.

Pensé que yo nunca hubiera podido ingresar a Céline a esa edad. En lo que se refería a eso, había tenido más de una diferencia con mi madre. Cuanto más esperes,

más difícil será, tanto para ti como para ella, me había advertido. Pero no quería oír hablar de ello. Me acababan de arrebatarse a Étienne y no podía soportar la idea de perder a otra persona más. Seguro que era egoísta por mi parte, y a causa de ello tenía un peso en el corazón: cuanto más tiempo viviera mi hija en este mundo, más dolorosa sería la despedida para ella. En eso mi madre tenía mucha razón. La mayoría de las veces prefería engañarme y figurarme que de alguna manera le encontraría un matrimonio provechoso.

El hermano Tomás revolvió en el fondo de su bolsa y extrajo un par de delgados y redondeados pedazos de arcilla. Tenía las puntas de los dedos de color rojo.

—Por suerte es solo tierra roja de Siena, no muy cara, ¡pero el pigmento se ha desparramado por toda la bolsa! Mi segunda muda debe de estar sucia.

—Dásela a Héloïse. La lavará con mucho gusto. ¿No se puso tu madre triste cuando ingresaste en el monasterio? ¡Tan cerca y tan inalcanzable para ella!

—Bueno, después de mi tiempo de noviciado podía visitarla. Los franciscanos no se esconden tras los muros. En todo caso, recuerdo perfectamente el día en que se me llevaron, mi padre y mis hermanos. Mi madre estuvo llorando toda la noche. Los días anteriores me colmó de manjares. Cocinó todos mis platos preferidos, y mi padre refunfuñaba: «Así se lo harás más difícil al chico». Mi madre me abrazó y no me quería dejar ir. «Mi niño, mi niño», decía sin parar. Para mí todo aquello resultaba un poco penoso, aunque realmente eché de menos a mi madre en cuanto me fui. A mi hermano mayor no lo eché de menos. Durante todo el camino me pellizcaba y me daba empujones y cantaba: «¡Nos hemos deshecho de ée-el! ¡Nos hemos deshecho de ée-el!». Hasta que mi padre le soltó un sopapo.

—¡Vaya pequeño sinvergüenza!

Tomás rio.

—¡Sin duda! Era un ser envidioso y que únicamente pensaba en sus privilegios. Me es muy difícil pensar en él con caridad y benevolencia. Pero ya está bien. Se encuentra muy lejos y se debe preocupar de los olivos. No se trata de ninguna perita en dulce. Yo temblaba de miedo cuando me llevaron al monasterio, pero después tampoco lo pasé tan mal. Ya desde el principio me asignaron un novicio mayor que yo, que debía ocuparse de mí. Se convirtió en un buen amigo pleno de comprensión. Por desgracia, hace algún tiempo que murió a raíz de unas fiebres. Sin él...

Interrumpió sus palabras y ya no habló más de ese amigo.

—Los franciscanos eran amables con los novicios y no demasiado severos. Y allí también descubrieron que yo tenía talento para la pintura. Uno de los hermanos vio un día cómo dibujaba animales en un muro con ayuda de un trozo de carbón. Primero me echó un rapapolvo, pero después me llevó a la escribanía, donde me facilitó tinta y un viejo pergamino.

—Pero ¿cómo pudieron darte una formación los monjes?

—¡Oh, los mejores pintores se encuentran en los monasterios! Allí se elaboran biblias y libros de cantos, textos sobre la vida de los santos, todo en honor a Dios. Y

como es a la gloria de Dios, solo lo mejor es suficiente. Contábamos con varios pintores en el monasterio e incluso el tirano de Milán nos hacía encargos. Todo lo que sé lo he aprendido de los hermanos del monasterio. Me brindaron una oportunidad que en la vida en el exterior apenas hubiera tenido.

Céline se hallaba en la puerta y escuchaba con la respiración contenida.

—¿Sí, Céline?

—¿Te quedarás? —le preguntó directamente—. ¿Me darás clases?

—Mientras a tu madre le parezca bien sí. Pero no podrás contarle a nadie, a nadie de veras, que te estoy enseñando. No me está permitido. ¡Me enfrentaría a grandes dificultades!

—¿Porqué?

Estaba igual de sorprendida que Céline.

—La Universidad de París ha impuesto al rey que los franciscanos y los dominicos no puedan desempeñar dentro de los muros de París tareas de enseñanza.

—Ya sabía que la Sorbona sostiene una lucha con la Iglesia. Incluso querían sustituir a los papas por un consejo de sabios, se entiende que de su medio. Pero ¿qué pueden tener en contra de las órdenes de pobreza? —apunté.

—Se trata de una vieja lucha: un abad, Joaquín de Fiore, predijo que se manifestaría un nuevo espíritu de Cristo sobre la tierra, y justo en el momento en el que se fundó la orden de los franciscanos. Ya que nuestra orden emprendió la reforma de los usos corrompidos dentro de la Iglesia, muchos de mis hermanos pensaron que se refería a ellos. Los doctores de la Sorbona se volvieron mientras tanto celosos, porque muchos de nosotros, como Tomás de Aquino y Buenaventura, enseñaban en París y alcanzaron gran influencia. Por envidia y para desprestigiarnos, los doctores declararon a Joaquín hereje, así como a todos los que seguían sus enseñanzas. Sabréis seguramente que los dominicos y franciscanos son profesores muy bien considerados en muchas Cortes principescas. Estoy dispuesto a enseñar a tu hija en el más absoluto secreto, porque me interesa ver qué es lo que puede llegar a comprender un cerebro femenino. Tú, Céline, me debes; prometer que no te jactarás de ello. No le dirás nada a nadie, si no, tendré que irme de aquí enseguida.

—¡Pues claro, lo prometo!

Oímos cómo bajaba corriendo las escaleras y cómo gritaba:

—¡Se queda! ¡Mémé, se queda!

Ahora mi madre ya estaba informada. También debía insistirle a Jean que oficialmente el hermano Tomás tan solo estaba aquí como ilustrador, no fuera a irse de la lengua en la escuela.

—¿A qué te refieres cuando dices «qué es lo que puede llegar a comprender un cerebro femenino»?

—Bueno.

Cogió con cuidado por las esquinas, tal como corresponde, una hoja ya iniciada de mi atril y la estudió con atención visible. Luego afirmó en reconocimiento.

—Es verdad, las excepciones confirman la regla, aunque no se conocen muchas mujeres que sean filósofos, matemáticos, poetas o abogados.

Suponía que me estaba provocando, pues había reconocido mi punto débil. Nunca evitaba una discusión sobre mi tema preferido.

—En ningún caso se trata de falta de inteligencia. Ha existido más de una mujer que ha sido filósofa y que ha estudiado ciencias en esencia más complicadas e importantes. Si fuera algo común que las niñas pequeñas asistiesen a la escuela y que al final se les enseñara las ciencias, igual que a los hijos, entonces aprenderían igual de bien. Y cuando los hombres escatiman a las mujeres la formación, pretendiendo que les perjudica, entonces está claro: los varones que no son especialmente inteligentes lo predicán porque les molestaría que las mujeres les sobrepasaran en conocimiento. En otras palabras, querido huésped, el que conozcas a pocas mujeres sabias radica en el hecho de que a las mujeres no les está permitido ocuparse de determinadas cosas, sino que deben contentarse con labores manuales. Pero nada como el pensamiento eleva la inteligencia del ser.

El monje sonrió entretenido.

—Quizá. Veremos. En todo caso, he ido a parar a un hogar interesante.

¡A qué se refería ahora con eso! Me di la vuelta aprovechando la pausa y dejé que deshiciera su equipaje.

En la cocina vino a mi encuentro mi madre.

—¿Qué te has pensado? No te parece suficiente con cabalgar en su caballo como si fueras su querida...

—¡Madre! ¿Debería haber venido corriendo desde Bellefort hasta aquí?

No dejaba pasar ni una.

—¡Tonterías! ¡Y ahora se supone que este monje harapiento debe vivir con nosotros! ¡Es imposible! Qué van a decir los vecinos. Un gallo en el gallinero.

—¡Los vecinos, los vecinos, madre! Además no es el único hombre que vive en casa. Está Jean...

—¡Un niño!

—¡Y Elías! ¿Quién podría pensar mal de ello?

—¡Lo vivirás en carne propia!

—¿Cómo les va a Berthe y a Aldo? —le pregunté para desviar la atención.

—Supongo que bien tal como están las circunstancias. Hace dos jornadas llevaron el cadáver de Massimo a casa. El mismo día fue enterrado en el Cementerio de los Inocentes.

—Uno diría que Berthe se ha recuperado increíblemente rápido del golpe —se inmiscuyó la tía Mane.

—¡Sssh, no te da vergüenza! ¿Cómo puedes decir algo así?

—¿No es verdad? Todos lo dicen, la calle entera. Está sentada en la tienda y refunfuña como si no hubiera pasado nada.

VIII

Mi madre tenía razón, naturalmente. No pasó mucho tiempo y por la noche los pequeños ya estaban cantando en la callejuela frente a nuestra casa: «La viuda y el monje, la viuda y el monje...».

Oh, un tema predilecto. Mi famoso colega Boccaccio ya había insistido en él y asentado su fama en ello, como si las viudas y todas las mujeres en general no tuvieran otra cosa en la cabeza que divertirse con todos los hombres, especialmente con aquellos que les estaban prohibidos. El hermano Tomás y yo hacíamos como si no oyéramos los versos.

Mi madre y Marie se habían ido al mercado. Céline se hallaba en el estudio de mi padre y leía con fervor una traducción al latín de la *Metafísica* de Aristóteles que el monje le había buscado entre los tomos de mi padre.

—Te gustará más que tu libro para aprender latín. Después de leerlo me escribirás un resumen sobre el origen del ser. En latín.

Céline lo miró resplandeciente y desapareció con el libro apretado contra su pecho. Si se lo hubiera pedido yo, habría protestado con vehemencia.

—¿No es algo que está por encima de sus posibilidades?

Me miró sorprendido.

—¿Cómo puede superar sus posibilidades el pensar sobre los orígenes? Tú misma dices que el entendimiento femenino debe ser fomentado para crecer.

Por desgracia, mi naturaleza se ha vuelto suspicaz: ¿le exigía demasiado de forma intencionada, para después decirle rápidamente que no disponía de las capacidades requeridas?

—Sí, seguro, pero está floja en latín. Desde hace años intento enseñárselo. Por lo demás, está muy capacitada...

—Si le interesa la materia, aprenderá las palabras necesarias.

Nos encontrábamos en el estudio. Ahora que estábamos solos, volvía esa extraña timidez. Ambos empezábamos al mismo tiempo las frases y las interrumpíamos para permitirle al otro continuar. Y entonces callábamos los dos.

—Bueno, debo empezar cuanto antes a copiar el libro sobre Alejandro. Para ello primero debo cortar páginas dobles del tamaño apropiado, plegarlas y agujerearlas para después coserlas. Hasta que pueda darte las primeras hojas para ilustrar pasarán dos días. ¿Qué quieres hacer entre tanto? —le pregunté. Los pocos aparatos de alquimia de mi padre habían desaparecido durante los diferentes embargos y en el atañor habían encontrado su hogar los ratones.

—Si pudiera hacer uso de la cocina podría sustituir alguno de los colores ya gastados o que se estropearon durante la huida.

—Me parece bien. En todo caso, tenía previsto preparar tinta fresca. Y me

gustaría aprender algo sobre la producción de los colores. Hasta ahora compraba mis modestas provisiones.

Descendimos por la escalera de caracol cargados de bolsas. A cada paso que dábamos, los crisoles y las botellitas chocaban entre sí tintineando y repiqueteando.

Héloise, con una montaña de vainas verdes en el regazo, pelaba ágil y sin mirar guisantes tiernos. Elías estaba sentado junto a ella y con sus grandes manos le sostenía el cazo. Una visión apacible, pero extraña. Él, que manejaba la espada y el hacha de combate, no tenía ningún reparo en ayudar a su mujer en casa. Decía que le tranquilizaba.

Junto a ellos charlaban dos vecinas. Cuando salimos, la conversación se detuvo. Con expresión de curiosidad miraron al hermano Tomás de arriba abajo.

—Aquí está. ¡Es el monje! —oí decir a media voz.

—¡Dios sea con vosotros! —dijo él de manera amistosa. Asintieron con la cabeza y cuchichearon.

—Apuesto a que saben exactamente cuánto pesas, tu edad, color de ojos y estado de tu dentadura —le murmuré. Rio por lo bajo—. Héloise —le pregunté—, ¿tienes algo urgente que hacer en la cocina? Debo cocer tinta y el hermano Tomás necesita colores frescos para su trabajo.

—Oh, no —dijo—. ¡Esa cosa apestosa, no!

—Procuraré no desordenar demasiado.

Chasqueó con la lengua y al hacerlo desplazó la mandíbula.

—Eso lo dices siempre.

Entramos dentro y extendimos nuestros utensilios. Nuestra cocina es muy grande y tiene la forma de un trozo de tarta. En la parte más estrecha, cerca de la escalera, se encontraba una enorme chimenea, donde no solo se cocinaba, sino que en invierno calentaba toda la casa. Uno podía colgar una olla de un brazo justo encima del fuego o colocarla a un lado, donde la comida se mantenía caliente. A derecha e izquierda había dos concavidades en el suelo del hogar, cada una con un enrejado de metal, los *potagers*, para cocinar, que se podían rellenar con brasas de carbón. Así que disponíamos de unos sitios adecuados para preparar nuestras tintas y colores.

—Necesito la olla de agua grande. ¿Tendrás suficiente con ambos *potagers*?

Busqué un saco de cáñamo de la despensa y mezclé una montaña de cortezas de árbol negruzcas, ramitas y espinos largos y brillantes sobre la mesa de la cocina.

—¿De qué haces tu tinta? —me preguntó Tomás.

—De majuelo con muchas espinas. ¿Y tú?

—Siempre he utilizado agallas de encina, pero supongo que aquí son difíciles de encontrar. La tinta de majuelo funciona muy bien. Para los esbozos empleo tinta de sepia, que es más floja y pálida. Así no se ve al trasluz.

—¿Qué tienes que hacer aún?

—Oh, todavía me queda tinta de sepia y, si me permites utilizar tu mezcla de cortezas, podré concentrarme por completo en los colores. Por ejemplo, necesito

verdigris urgentemente.

Le señalé una serie de botes y sartenes, de cobre y de hierro, que Héloise tenía alineados en la pared y que había asegurado en parte al techo con ganchos, junto con tenedores largos, escobillas, cucharas y pinchos de asar. A Héloise le gustaba el orden en su cocina. Todos los utensilios tenían su sitio, y cuidado si encontraba en algún lugar una mancha, algo sucio o cualquier imperfección. Los utensilios resplandecían, se habían fregado con arena y engrasado. En la ventana, junto a sus botes de hierbas, conservaba sus morteros, toda una serie de ellos, pequeños morteros de farmacia de cobre, dos de madera, y de diversas medidas de piedra, uno de mármol para los polvos finos y dos de piedra calcárea, recios y pesados. Estos estaban destinados a los frutos secos, los cereales y las semillas. Los utilizaríamos todos. Héloise temía con razón uno de mis «días de tinta».

Cogí un gran caldero de uno de los ganchos, aventé las brasas de la chimenea, removí el carbón para conseguir un fuego fuerte, pero no en demasía y puse a calentar agua. Mientras esperaba a que hirviese rompí en trozos las cortezas.

Tomás redujo a polvo algunos trozos de cobre con un canto redondo en nuestro mortero de piedra más grande. Me pareció que estaba echado a perder, pues lo veía ondulado, como cubierto de ampollas y pústulas, quebradizo y de un color verdoso. Se había arremangado las anchas mangas de su hábito y vi sus musculosos brazos, lo contrario de lo que me hubiera esperado de un monje y ratón de biblioteca. Rápidamente aparté la mirada. Rio.

—En el monasterio no solo se pinta y estudia —dijo—. Cada hermano está obligado a participar también en las tareas de la comunidad: el trabajo en el campo, en los establos, en la casa y en la carpintería. Una única ocupación hace que los miembros se encorven y estropea los ojos.

—Ah.

Removí los trozos de corteza en el agua hirviendo. Debían hervir durante dos horas. Bajo la cocina conservaba un largo trozo de hierro en bruto para este cometido. Lo situé en medio de las brasas.

Mientras se calentaba el agua había estado observando al hermano Tomás. Con gran energía reducía el metal a una laminilla y polvo. Pum, pum, pum. La mano de mortero machacaba rítmicamente.

—Cuéntame; ayer me dijiste cómo ingresaste en el monasterio y que allí fueron muy amables contigo y cómo fomentaron tu talento. ¿Por qué estás en Francia, si allí te encontrabas tan bien?

Por un instante contuvo el aliento y la muela quedó suspendida en el aire, para finalmente descender con mayor violencia.

—*Mea culpa* —no me miraba—. Ocurrió algo terrible. Cometí una falta estúpida y de graves consecuencias. No, debo decir ya la verdad. Me he resistido a las normas y por ello ocurrió la desgracia: por curiosidad estuve leyendo por la noche en la biblioteca lo que estaba prohibido y, aún peor, pegué una vela con las gotas de cera

sobre el atril. Luego me dormí mientras leía. ¡La vela cayó sobre el libro y lo prendió! Se trataba de un manuscrito valiosísimo, un original, seguramente irremplazable, y que por mi culpa se estropeó.

—¿De qué libro se trataba?

—Del trigésimo octavo tomo de la *Historia natural* de Plinio.

—¿El trigésimo octavo? —estaba muy sorprendida—. ¿Quieres tomarme el pelo? ¡Todo el mundo sabe que solo hay treinta y siete!

—Existe uno más, pero no todos lo saben. Sería mejor no hablar en público de ello.

—¿Y por qué?

—Porque... Porque es un libro tan especial, que los ávidos coleccionistas harían todo lo posible para hacerse con él.

La respuesta no me satisfizo, pues libros de este tipo siempre aparecen, e irremisiblemente van a parar a manos de los poderosos y ricos. Para los demás siempre existen copias. ¿Así que por qué no encargarse copias y vender el original? Pero él prosiguió:

—El hermano bibliotecario envió cartas a diestro y siniestro para averiguar si realmente existía un segundo ejemplar en algún sitio. Y para mi gran suerte así era. Este manuscrito se encuentra en la Biblioteca Real de París. Mi abad me puso como castigo viajar hasta aquí a pie y copiarlo o comprarlo, si es posible.

—¿Ya estuviste allí?

—No.

—Entonces puedo ayudarte. Puedo presentarte a monsieur Malet, el bibliotecario del rey. Es muy amable. Si puede, seguro que te ayudará. Si el manuscrito está a la venta, sí que tendré que pagarte. En todo caso transcurrirá un tiempo hasta que puedas cumplir tu voto.

—No pasa nada. No tengo prisa.

—¿Fue la única penitencia que te impuso el abad?

—¡Como si no fuera suficiente! ¿Crees que resultó fácil llegar hasta aquí a pie? ¡Cruzando los Alpes en invierno! El frío me quemó los dedos de las manos y de los pies hasta volverlos morados. Los alojamientos eran deplorables y las pocas personas allí arriba resultaban parcas en palabras y poco amables. En una ocasión me pasé dos semanas enteras encerrado con un ermitaño en una gruta. Era peludo, sucio yapestaba. Para comer solo disponíamos de raíces y pedazos medio quemados del cadáver de un oso. En otra ocasión, imagínate, me pasé horas en la copa de un árbol. Me había rodeado una manada de lobos. ¡Esperaron sentados alrededor de mi árbol, un pino chaparro, y me miraban con sus ojos amarillos!

—¿Y cómo te libraste de ellos?

—El Señor envió en su misericordia un ciervo y decidieron perseguirlo y dejarme a mí en paz.

Observó el resultado de sus esfuerzos en el mortero y encontró que aún no era

suficiente.

—En la primavera llegué a la Provenza, cuando los almendros florecían. Es un país austero, de contrastes fríos y calurosos, como decían los viejos romanos, con las flores y las rocas escarpadas pegadas las unas a las otras. En Aviñón me quedé poco tiempo, pues los frailes no son bien vistos por allí, y a mí me produce rechazo la vanidad de los prelados.

—El cisma de la Iglesia supone una desgracia para la cristiandad. Ya debes saber que nuestro rey trata de interceder.

—Bueno, su padre fue el que cimentó realmente el cisma.

Era algo que no me gustaba oír. Veneraba a Carlos el Sabio y en su gobierno no podía apreciar ningún fallo.

—Solo a causa del apoyo de la Corona francesa el papa Clemente pudo afincarse en Aviñón. En caso contrario, haría tiempo que se habría acabado con el cisma.

Indignada me giré hacia él con la cuchara de remover en la mano.

—¿Cómo? ¿Debería haber apoyado al demente y grosero Urbano?

Tomás suspiró.

—Es verdad que Urbano tampoco era una buena elección, pero fue muy inteligente y pacífico hasta que notó la tiara sobre la cabeza.

—A eso se le llama subírsele a la cabeza. Desgraciadamente, se observa muy a menudo entre los poderosos. Y entonces, ¿hiciste todo el camino desde la Provenza hasta aquí andando?

—¡Por suerte, no! Encontré un barquero del Ródano, que fue tan amable de llevarme hasta Lyon sin pedirme nada a cambio. Pensaba que yo era una bendición para el barco.

—¿Cómo es Lyon?

—Es una ciudad tan grande y activa como París, pero menos suntuosa, una ciudad de comerciantes y carreteros. Dos ríos forman allí una península y desde las cuatro orillas puedes ver grandes y bonitas casas de comercios con cabrias de cables que se elevan desde las azoteas, y planchas de madera que llegan hasta el agua, unas junto a las otras. Las embarcaciones llegan hasta allí y descargan: veleros manejables, barcos de remo, carabelas barrigudas, rodeados de pequeñas barcas que descargan las mercancías y llevan provisiones a bordo. Allí conocí a algunos seguidores de Pedro Valdo, los denominados valdenses, y me quedé un tiempo con ellos para discutir su doctrina herética. En algunas cosas coincidimos, por ejemplo, que ellos también han jurado pobreza y que reparten lo que les sobra. En otros aspectos los encuentro demasiado presuntuosos.

Removí las cortezas en el agua hirviendo. Poco a poco empezaban a soltar hilos oscuros. El agua adoptó un color marrón.

—¿Por ejemplo?

—Su interpretación demasiado libre de la Biblia no la encuentro justificada. Y cómo traducen las biblias, para que no pueda leerlas cualquiera. ¡Y además dejan

predicar a sus mujeres!

—¿De verdad? Ya sé que la Iglesia romana lo prohíbe, pero ¿por qué razón?

Introdujo el dedo índice en el mortero. Su yema se impregnó de un polvo azul verdoso.

—La Biblia ya dice que las mujeres deben callar en la comunidad —me contestó.

—¡Eso lo dijo Pablo, no lo pone en ningún otro sitio! ¿No recibió María Magdalena del mismo Jesús el encargo de informar de su resurrección? ¿Y no existen mujeres que han recibido la llamada divina, como santa Brígida, ante la cual hasta el mismo Papa tuvo que inclinarse?

—Se trata de mujeres que son realizadas por Dios por motivos especiales, excepciones...

—¿Por qué las mujeres tienen que obrar un milagro o desempeñar un encargo del Supremo para que se les permita predicar los domingos? ¿Qué pasaría si los predicadores tuvieran que justificarse de la misma forma?

El hermano Tomás gruñó y dejó claro que no tenía ninguna gana de iniciar una nueva pelea conmigo.

—Existe más de una indicación sobre ello en las Sagradas Escrituras y no deja de ser una buena costumbre que las mujeres se mantengan más en la sombra. No fue eso lo que me molestó de los valdenses de Lyon, sino una falta de disciplina peligrosa, pues cada uno creía que podía amoldarse a las creencias. Eso lo considero falso. Sin embargo, no pude convencerlos y ellos tampoco a mí. Así que proseguí mi camino.

—¿Cuánto se prolongó tu viaje?

—Dos años.

Realmente había invertido mucho tiempo.

—¿Y qué más debes hacer aparte de encontrar el libro y copiarlo?

—Debía ir a la Sainte-Chapelle, donde se conserva la Santa Corona de Espinas, y lanzarme al suelo frente a la reliquia. Allí debía permanecer durante un día y una noche enteros, ayunar y rezar.

—¿Aún no lo has hecho?

—¿Cómo, si hasta ahora no había estado en París?

—Puedes hacerlo mañana, te indicaré dónde está la Sainte-Chapelle.

—Puede esperar un par de días. Prefiero pintar. ¡Lo he echado mucho de menos!

—¿Qué es lo que saldrá de aquí?

Puse la nariz sobre el mortero y la retiré rápidamente. Percibí un olor raro, al mismo tiempo picante y de alguna manera podrido.

—Esto es cobre quemado. Lo necesito para el color verde, el verdigris. ¿No tendrás por casualidad sal de alumbre en casa?

No se organizaba muy bien, o quizá es que los monjes están acostumbrados a que nuestro querido Dios haga aparecer siempre de alguna manera las cosas.

—No. Pero puedes ir a buscarla aquí al lado. El genovés... Berthe, me refiero, en su tienda seguro que encuentras. ¿Necesitas dinero?

Berthe no le fiaría a un desconocido, aunque se tratase de un hombre santo.

—Gracias, aún tengo suficiente —dijo y desapareció.

Mientras tanto machaqué albayalde quemado para las iniciales. Su fabricación suponía bastante trabajo, pero como resultado se obtenía un rojo más intenso que el quermes, y para conseguir el bermellón me faltaban los medios. Héloise entró en la cocina.

—¡Oh, *mon Dieu!* ¡Apesta! Bah, ¿tenía que coger justamente ese recipiente para este caldo asqueroso? ¡Suelo hacer pasteles ahí!

—Héloise, en caso de que en el futuro quieras harina para tus pasteles, entonces deberás soportarlo. Es nuestro medio de vida.

—¿Y no puedes ir de nuevo a la plaza del mercado —me preguntó llena de reproches— en lugar de organizar aquí este barullo? ¡Mis bonitos botes! ¡Mis buenas sartenes! ¡Todo echado a perder! Y mira ahí: ¡hay una mancha negra en la mesa!

¡Pobre!

—Héloise, no te falta razón. Intentaremos volver a poner en funcionamiento el atanor y te compraré un par de botes nuevos. Así podremos utilizar para nuestra alquimia los viejos. En todo caso con tales cantidades trabajaremos mejor allí arriba.

Héloise se mostró un poco más calmada, a la vista de que iba a recibir botes nuevos. Me llevó a un lado.

—¡Mira qué ha pasado, Cristina! Hoy a primera hora he lavado la ropa del monje. ¡Pura seda! Cuesta creerlo: ropa interior de seda para un fraile. ¿No te resulta extraño?

—Sssh, Héloise. Eso no nos concierne para nada. No vayas chismorreando entre los vecinos, si no, verán misterios donde no los hay. Quizá no soporta el pelo de la camisa, podría ser.

Héloise desapareció sacudiendo la cabeza y gruñendo para sí, no sin antes quitarme una sartén de cobre de las manos. («¡Oh no! ¡Esta no! ¡Es mi mejor sartén para hacer caramelo! ¡No me la vas a estropear con tintas y venenos!»).

Coloqué una segunda marmita al borde de las ascuas con el fin de ligar el rojo. El caldo de cortezas empezó lentamente a reducirse. Ya era el momento de añadir un hierro candente al caldo con el fin de oscurecer la mezcla. Siseó y echó vapor, y con el hierro removí un poco el caldo espeso y volví a colocarlo en el centro del fuego de carbón. Ese procedimiento debía repetirse varias veces con el fin de conseguir una tinta oscura y sólida. Con una punta del delantal me enjuagué el sudor de la frente.

Tomás volvió con la sal de alumbre.

—¿Has conocido a nuestra encantadora vecina?

—No, solo había un joven.

—¡Aldo! Es un milagro que supiera qué es lo que querías y dónde estaba.

—Al contrario. Me dio la impresión de que sabía muy bien dónde encontrarlo. Un joven ágil y hábil.

¿Qué? Eso no parecía describir al Aldo que yo conocía.

—Bueno. Ya no me queda mucho por hacer, solo tengo que ir introduciendo el hierro en el atramento. ¿Te puedo echar una mano?

—¿Serías tan amable de prepararme la solución de goma? Aquí tienes —al agitar una bolsita de tela sobre la mesa cayeron pedazos dorados de resina de cerezo—, solo has de poner la goma de cereza en remojo en agua caliente para que se reblandezca.

—Conozco el procedimiento: dejar que suelte la goma, añadir el alumbre y, antes de la aplicación, clara de huevo fresca. También necesito. Lo mejor es que hagamos ya gran cantidad.

Con los gestos justos y perseverantes, el hermano Tomás mezcló su cardenillo con alumbre, añadió agua y puso el bote al borde de las brasas. Yo vertí vino rojo en mi tinta e introduje de nuevo el hierro. Me gustó el tono: un esmalte oscuro, casi negro.

—Espero que Héloise no se lo tome a mal: esto debe calentarse durante seis días.

—¿Y antes no puedes pintar con el verde?

—Aún me quedan restos, hasta entonces serán suficientes. Pero me temo que debo hacer nueva cola de pescado. A no ser que...

—Yo no tengo. Para las tintas de escribir me arreglo bien con solución de goma.

—A mí tampoco me agrada el proceso de fabricación, pero para algunos colores es el mejor ligante. Primero podemos hacer el *folium saphiricum*. Cuando era un joven monje siempre me gustó. Espera un momento...

Desmenuzó un puñado entero de hojas negruzcas lanceoladas y las mezcló con un poco de ceniza de madera.

—Mira: el *folium* cambia de color dependiendo de la cantidad de orina que añadamos. Ahora... —vertió una parte de un líquido amarillento de una pequeña botella—. Ahora es pardo rojizo. Un poco más y se vuelve púrpura... Un par de gotas más y es azul. *Ecco!*

Céline estaba de pronto en la cocina con los ojos relucientes:

—¡Oh! ¡Qué interesante! ¡*Mémé* se volverá loca cuando lo vea! ¿Puedo ayudar?

A Céline se le encomendó la tarea de fabricar más azul.

—¿Por qué cambia el color aun tratándose de los mismos ingredientes? —quiso saber Céline.

—Una niña inteligente. Tiene que ver con el hecho de que la orina es un ácido. El grado de acidez modifica el color. Conocemos qué ocurre bajo determinadas condiciones, pero raramente por qué. Así sabemos de muchas materias y con qué otras reaccionan: ácidos, bases, minerales, metales y materias vegetales. Este es el mérito del alquimista. Y estoy seguro de que un día se descubrirán las causas. Hasta ahora debemos contentarnos con las observaciones de nuestros antecesores y los apuntes más precisos posibles.

Del fondo de su bolsa Tomás aún extrajo una bolsita de cáñamo: sobre la mesa de la cocina cayeron crujiendo vejigas de pescado secas, vejigas de un pez enorme, el esturión del mar Caspio. Secas apenas olían.

—¿Puedo utilizar este bote?

Miré dentro. Había un resto de la papilla de trigo de la cena de ayer, que trasvasé a una olla de barro. Luego fui al jardín para buscar agua del pozo.

—¿Y tú, *patronne*? ¿Cuál es tu historia, si tienes la amabilidad de contármela?

Le conté mi historia de forma muy abreviada.

—No se trata de una vida especialmente interesante. Siempre he vivido aquí, en esta ciudad, en esta casa.

—Mi madre vivió sus aventuras en los libros —le explicó Céline.

—¿Y por qué no? —dije yo—. Cuando uno lee un libro, disfruta plenamente de la aventura, conoce paisajes desconocidos, huele aromas exóticos y saborea la comida con el paladar, pero no se puede caer del caballo o ser devorado por un monstruo. Y si aparecen personas malas, entonces puedes estar segura de que al final recibirán su justo castigo. ¿Le enseñarás a Céline tu libro de muestras, hermano Tomás?

—Con mucho gusto; Céline, está en mi bolsa, en el bolsillo lateral.

—Pero antes lávate las manos —le advertí.

Céline se apoderó del libro y se retiró con él hacia la ventana. De vez en cuando llegaban agudos gritos de entusiasmo.

—Me has dicho que quieres permanecer fiel a tu marido. Pero ¿no sería mejor que te casaras? No debe de ser justo para una mujer aún tan joven permanecer sola y tener que hacer el trabajo de los hombres —dijo mi invitado.

Ya le había explicado, como había hecho siempre, que le había jurado fidelidad eterna a mi marido. No era tan diferente a sus votos, pensé yo.

Pero presentía que no me creía del todo. Eso me llevó a decir con impaciencia:

—¿Por qué en nombre de toda la Creación nadie se puede imaginar que para una mujer pueda existir algo diferente al matrimonio, tener hijos y trajinar por casa hasta su muerte, sin merecer la fama o el reconocimiento público? ¿Quizá quiero ser simplemente libre, no pertenecer a nadie?

Parecía sorprendido.

—Pensaba que la seguridad del matrimonio es lo que querían todas las mujeres.

—No. No todas. Desgraciadamente apenas tenemos otra salida.

Me ocupé de forma vehemente de los trozos de resina que se iban deshaciendo. ¿Por qué me había vuelto a encolerizar?

—Tampoco es que entienda mucho de mujeres —dijo Tomás, apaciguador.

Cuando mi madre entró en la cocina soltó un grito agudo.

Casi todos los recipientes de que disponíamos estaban siendo utilizados. En el fuego hervían unos líquidos sospechosos, negros, verde oscuro y azul, viscosos, pastosos y gelatinosos. Las vejigas de pescado se estaban deshaciendo y su apestoso hedor, reavivado, se mezclaba con el olor acre del verdigris, ácido de la orina, acre de la resina, con unas notas de polvo mineral y vino y vinagre hirviendo. La mesa de comer, donde Tomás había esparcido todos sus utensilios para hacer el inventario, rebosaba de hojas aplastadas, polvo ocre, amarillo, rojo y violeta, espinas, trozos de

piedra y polvos venenosos.

Tomás y yo nos miramos el uno al otro y nos echamos a reír: carboncillo en el rostro y en las manos, manchas de quemaduras por las chispas y restos de líquido en los delantales que Héloïse nos arrojó sin decir palabra.

—Madre, no te pongas nerviosa. Ahora mismo terminamos, solo hace falta filtrar y recoger un poco.

Permanecía allí y nos inspeccionaba sombría.

—¡Espero que esto no vuelva a ocurrir!

Detrás de ella, la tía Marie mantenía la mano sobre la boca. Sus ojos resplandecían divertidos.

—Pasaré otra vez, madre, pues aquí puedes ver nuestro medio de vida futuro.

—¡Entonces ingresaré en un convento!

Furiosa, se precipitó fuera.

Al llegar la noche habíamos filtrado casi todos los colores y rellenado los envases limpiamente con ellos. La tinta cocida se seguiría secando en una bolsa de pergamino, para irla humedeciendo cuando fuera necesario con vino.

Mientras hervían los líquidos había ido cortando pergamino para el libro y Tomás había dibujado retratos de todos los habitantes de la casa con tinta de sepia. Miré por encima de su hombro cuando se hallaba dibujando a Céline y me sorprendió cómo su pluma volaba sobre el trocito de pergamino. Una breve mirada sobre el objeto y con unos cuantos trazos escuetos, arcos y puntos, un sombreado, una sombra y la persona ya estaba plasmada sobre el pergamino, con lo que una podía reconocerla de inmediato: tanto la forma externa como el carácter, los manierismos resueltos económicamente en minúsculos trazos, reales y endulzados con sutileza, para hacer más llevaderas las verdades.

En Jean una podía apreciar ya al hombre insinuándose, el que sería un día, el ensimismamiento que podía conducir a grandes reflexiones, si conseguía que esa inclinación no derivara en alguien pedante y sermoneador.

Lo que el hermano Tomás vio en Céline y plasmó en el papel fue una joven tierna y redonda, que en cualquier momento saltaría de allí, empezaría a jugar y se olvidaría de la tarea que le habían encargado; de rasgos infantiles, guapa, pero con trece años aún por formar. Sus grandes ojos oscuros me daban miedo. Era tan curiosa, tan abierta. ¿Cómo podía protegerla del mundo que tanto daño me había hecho a mí?

Incluso mi madre accedió a sentarse como modelo para un retrato rápido de ese tipo, aunque no paró de moverse y de hablar. Nunca podía parar quieta. Estuve allí y observé a mi madre a través de los ojos del pintor: los pómulos altos, la nariz delicada y ligeramente aguileña y las líneas que se habían marcado entre las aletas nasales y la boca, la comisura de los labios que tendía hacia abajo y que denotaba un descontento permanente. El descontento era la fuerza que la impulsaba, igual que el agua hace que un molino empiece a tabletear.

Mi madre siempre había encontrado un motivo para el despecho, incluso cuando

mi padre vivía. Entonces eran las mil irritaciones por su presencia, su desorden y su prodigalidad, las manchas en su ropa, su elocuencia cuando teníamos invitados que contrastaba con su silencio cuando estaban solos. Después fueron su ausencia y el caos que nos había dejado, y especialmente yo la irritaba. Esa mandíbula fina pero enérgica: había impuesto su voluntad en casi todos los asuntos, nada de lo que pasaba en casa contravenía sus deseos en lo más mínimo. Para todo tenía el suficiente aliento, frente al cual incluso el contrincante más fuerte cedía en algún momento. Mis hermanos y yo, y de alguna forma también mi padre, éramos sus creaciones, talladas como una roca por la duradera insistencia de minúsculas gotas de agua.

Aparentemente se trataba de minucias, cómo debía uno vestirse, estar de pie y andar: ¡ponte recto!, ¡no mires así! Cómo había que colocar las sillas en la mesa, cómo se cortaba la verdura, qué adornos había que poner en la pared, que debían ser exactamente así y no de otra forma. Cada vez uno cedía, pues se trataba de algo sin importancia. Ahora me daba cuenta de la suma y el resultado de estas pequeñeces. Quien opine que las mujeres son débiles únicamente debería echarle un vistazo al retrato de mi madre para comprender cuán fuertes pueden ser en la forma que les ha concedido Dios.

—De ti prefiero hacer una miniatura de verdad en color —me dijo Tomás—. Para ello necesito más tranquilidad.

—¿Ese es el aspecto que tengo? —preguntó Héloise mientras sostenía un pequeño retrato de ella en la mano, y de esta manera se reconcilió con la presencia de Tomás—. ¿Y me lo puedo quedar?

—Claro, para eso estaba pensado. Si me permites hacerte una sugerencia: regálale tu retrato a Elías y él que te regale el suyo a ti. Ya que estáis separados durante largo tiempo. Así ambos tendréis algo del otro, lo que ayuda a mantener el recuerdo.

—Muy buena idea. ¡No sabes la ilusión que nos hace! ¡Quién hubiera dicho que un día me iban a hacer un retrato! ¡A mí, una simple criada! ¡Mira, Elías! ¡Esta soy yo!

Pero Elías apenas la escuchaba. El viejo soldado sostenía entre las manos un retrato en color de él mismo, sentado, pero en postura bélica, con la espada descansando sobre sus rodillas. Allí había suficiente emoción para contentar a un rey. Me lo enseñó a mí, se lo enseñó a todos, fue por todo el vecindario enseñando el dibujo.

—Esto me sobrevivirá. Me has regalado la inmortalidad, monje —dijo.

Tomás rio satisfecho.

—Nunca me arrogaría el igualarme al Creador.

—Pero es así —insistió Elías—, se trata de un minúsculo trozo de inmortalidad. Dios te ha regalado ese don. Yo destrozo cosas, tú les concedes durabilidad.

Volvimos al fogón.

—Les has hecho a todos increíblemente felices.

—Si con eso es suficiente...

—Mira, la tinta ha quedado de maravilla —dije tras una nueva muestra en un trapo y al tiempo que la probaba escribiendo sobre el pergamino—. Es lo que me gusta de la tinta de corteza de espino: tiene un brillo bonito y no cuesta nada.

En los días siguientes nos pusimos a trabajar con gran empeño, pero Tomás me superó mucho en aplicación. Cuando yo dejaba caer la pluma bajo la luz desvaneciente y me masajeara la dolorida mano, enderezaba la espalda, que chasqueaba con claridad, y me levantaba con los ojos cansados, él empezaba a impartirle clase a Céline. Incluso el más severo religioso debía admitir lo capaz que era y su más que buena voluntad.

—Hace tantos progresos que no me lo puedo creer —me informó—. Todo conocimiento que le propongo, ella lo bebe con avidez. Es increíble para una niña. Quiero decir que un entendimiento como este vale la pena. Me hace mucha ilusión enseñarle.

Y cuando terminaba con la clase, entonces pedía una lámpara de aceite y se ponía a leer mis escritos. Debía hacerlo. Yo no tenía nada que reprocharme. Cuando finalmente ya estábamos tumbadas en nuestra ancha cama y Marie roncaba en un sueño profundo a nuestro lado, Céline me susurró:

—Estoy tan contenta de que Tomás viva con nosotros. Me gustaría que se quedara para siempre. No es que tú no me hayas enseñado nada —se apretujó contra mí y me cogió del brazo en señal de disculpa—. Pero...

—Claro que sí, gatita mía, sabe mucho más que yo. A mí no me molesta en absoluto. Aprovéchalo mientras dure. ¿Qué es lo que más te interesa?

—La filosofía, la literatura, las ciencias naturales... Lo único que no soporto son las matemáticas.

—Entonces le diré a Tomás que las deje estar.

—No, déjalo. Por lo menos quiero intentar entenderlas. Pienso que uno debería tener por lo menos unos conocimientos básicos de todo.

Céline, Céline, ¿qué será de ella? ¿Realmente le había hecho un favor a mi hija o le había dado a probar un manjar que ella siempre veneraría, pero del que nunca estaría satisfecha? ¿No habría sido mejor si hubiera permanecido ignorante y feliz? Demasiado tarde. Aprendería a anhelar más y a batallar con las mismas dificultades que yo misma.

IX

El hermano Tomás me planteó un problema. ¿Debía ordenar las páginas de tal forma que cuando el libro estuviera abierto la cara externa de la piel quedara en el centro o más bien la cara interior quedase por encima? Me dijo que era la página más importante, la que llevaba las ilustraciones más grandes. Nunca había prestado atención a ello, pero según su opinión se trataba de una decisión importante sobremanera.

Dejó que lo notara con las yemas de los dedos y entonces me di cuenta: la flor del cuero rugosa, aunque estuviera muy bien curtida y alisada a conciencia con piedra pómez, siempre quedaba un poco arrugada. Por el contrario, la cara interior, que había cogido la grasa y el tejido musculoso, resultaba completamente lisa, y tendía, en función del tratamiento previo, a cierto brillo grasiento. Además, me enseñó el hermano Tomás, ambas caras del pergamino tenían bajo la luz un efecto por completo distinto: la superficie de la cara rugosa era más clara y devolvía la luz como lacada. La cara interior más oscura mostraba por el contrario miles de minúsculos puntos, los restos de los cañones, las raíces del pelo, que se habían eliminado en el calero. Se trataba de una muestra especialmente atractiva. Así el material donde se escribía tenía su propia vida, en lugar de limitarse a ser un vehículo.

En Inglaterra, tal como me dijeron, era corriente ordenar las caras rugosas hacia arriba, incluso dejar algo de la flor en la superficie, así que aún guardaban una pizca de su función anterior. ¡Estos ingleses tienen que hacerlo siempre todo al revés! En el continente se aprecia más la superficie lisa.

—También podrías alternar antes de encuadernar las hojas las caras rugosas e internas. Así en el libro acabado siempre coincidirían las mismas superficies.

La cabeza me zumbaba. Nunca había prestado atención a todo ello, solo a los textos y la calidad de las iluminaciones.

—¿Por qué es tan importante? —pregunté.

—Se trata de una cuestión de estética. Los compradores de libros de categoría saben valorarlo. En tu saga de Alejandro solo has de seguir el ejemplo, es decir, la parte rugosa hacia arriba, piel de cabra, amarillenta. Pero ¿qué pergamino quieres elegir para tus poemas, que son tiernos y únicos, y cómo deseas encuadernarlos?

—¿Tengo que decidirlo ya? Mira, hasta la fecha en los ejemplares solo he puesto cuatro páginas dobles y después he empezado de nuevo, de forma que a la hora de coser el cuaderno no era demasiado grueso y podía doblarse como una bolsa llena de dinero.

—Una solución elegante en lo que se refiere a la encuadernación, de esta forma también consigues muchas páginas dobles seguidas, pero aprecio que se van alternando de forma irregular las caras internas y rugosas. No trabajas de manera

sistemática. Naturalmente tienes que preverlo antes, pues una vez que las páginas estén escritas, lo demás no se puede cambiar.

—En cierto sentido me gusta la flor del cuero, pero en lo que se refiere a la calidad de las pieles, primero debo verlas. Y además eso lo decidirá mi bolsa de dinero. Podemos cabalgar hasta maese Bernard y comprarle pieles.

Bajé a casa de Berthe para pedirle el burro. No quería que me vieran una segunda vez con el hermano Tomás sobre el caballo.

Aldo, que había tenido que viajar a Lyon, me había rogado en secreto que en su ausencia pasara a mirar cómo estaba su madre. «Eres la única entre los vecinos que no alberga sentimientos poco amistosos hacia mi pobre madre, Cristina», me dijo. Me abstuve de decirle que era su propia madre la que se hacía merecedora de esos sentimientos poco amistosos. También podría haberle hablado de odio, ya que apenas había nadie en el vecindario al que Berthe no hubiera enfermado con sus palabras o engañado por dinero. Nadie hubiera comprado en su tienda, pero Massimo era tan cordial como mala era ella, y al hijo lo compadecían todos. Además, la tienda estaba a un tiro de piedra. «De acuerdo, si tú me lo pides, entonces pasaré a mirar, y, si ella me lo permite, la consolaré». «Ay, no le guardes rencor. A menudo es enconada, pero no lo piensa de veras». Le miré sorprendida: era la única persona sobre la faz de la tierra que podía pensar algo así. Pero yo realicé mi deber como cristiana.

—No te pienses que porque Aldo te haya venido con sus lamentos te voy a hacer un descuento —me dijo Berthe, fiel a sí misma.

—Ay, Berthe. ¿Quién ha dicho eso? ¿Necesitas algo? ¿Podemos hacer algo por ti? ¿Quieres que Marie se siente después contigo para que no estés sola?

—Mantenme alejada de esa vieja solterona aficionada a la bebida que tienes por tía.

Berthe había sido y seguía siendo mala como un perro callejero. ¡Debía irse al infierno!

—Como quieras. Hablemos entonces de negocios. Quisiera alquilar por un día tu burro.

—Ya conoces el precio. Las bridas aparte.

Le puse sus vergonzosas tres piezas de cobre en su mano extendida. Con un gesto de la cabeza me indicó la puerta del establo y ni se tomó la molestia de ponerse en pie. Mi dinero desapareció en su delantal.

Así abandonamos nuestro callejón, Tomás sobre el caballo rojizo y yo detrás de él, sentada de lado sobre el burrito. «La viuda y el monje, la viuda y el monje...», cantaba la chiquillería tras nosotros, y chillaban de placer cuando Tomás hacía muecas y levantaba la mano amenazador.

—¡A ti esto incluso te divierte! —le reproché. El hecho de que tuviera que torcer el cuello sobre el pequeño burro cuando hablábamos aumentaba mi mal humor.

—No tienes que tomártelo a pecho, Cristina, son solo niños que no saben ni qué han oído por ahí —dijo sabiamente desde arriba, y yo contestaba como una

vocinglera.

—Pues sí que me lo tengo que tomar a pecho. Al fin y al cabo debo convivir con la gente. ¿Por qué, me gustaría averiguar alguna vez, las personas siempre están dispuestas a pensar siempre lo peor de una mujer?

—Bueno, está claro que eso no incluye a todas —empezó Tomás cuidadoso—, sin embargo las mujeres aún cargan con el pecado de su primera madre Eva.

—¿Qué tiene eso que ver con la supuesta y generalizada propensión al pecado de la mujer? —pregunté cortante. Naturalmente lo sabía, aunque quería oírlo de su propia boca.

—Por su pecado las personas fueron expulsadas del paraíso, donde la procreación no era necesaria. Pero entonces se relacionó la lujuria con las relaciones sexuales, así que a todo niño procreado con lujuria se le transmite ya en el vientre de la madre el pecado original.

Me enderecé sobre mi burrito y observé cómo estaba sentado sobre su caballo con su hábito marrón, la grave imagen de la autoridad masculina y eclesiástica.

—Dime, hermano, ¿cómo es posible que el matrimonio sea un santo sacramento y Dios haya ordenado a los hombres que se procreen, pero al mismo tiempo la unión de ambos sexos resulte ser un pecado, también en el matrimonio? No lo entiendo.

—Dios y la naturaleza han ligado a la unión la ilusión, con el fin de que las personas se reproduzcan. ¡Agustín ya señaló que el objetivo debe ser la reproducción, no el placer! La lujuria es pecado y debe evitarse.

Qué lamentable era, pensaba yo, que hubiera pasado esas horas de placer con mi marido en la cama.

—¿Y por qué la lujuria solo se les adjudica a las mujeres? Me parece más bien que son los hombres los que se afanan por ello con más energía y más a menudo, pues muchas veces he visto cómo los varones acosan a las mujeres, pero nunca al revés.

Se enderezó bien sobre la silla. Su voz adquirió un tono de sermón, enérgica, furiosa.

—¡Oh, eso es lo que parece! ¡Las mujeres disponen de sus propias armas, que les presta el demonio! Las mujeres son débiles no solo físicamente, sino también en su constitución espiritual y moral. ¡Caen en la tentación con más facilidad que los hombres, tal como se demostró ya en el pecado original! ¡Oh, existen mujeres malas, que hacen todo lo posible por desviar a los hombres buenos del camino de la redención! ¡La belleza en las mujeres es engañosa! ¡Enmascara falsedad y un cuerpo perverso!

El caballo rojizo se aprovechó de la falta de atención del jinete y se quedó parado en medio de la calle. Mi burrito siguió su ejemplo y empezó a mordisquear unas hojas de col de la cesta de una vendedora ambulante.

La gente que había alrededor empezó a reír y a señalarnos.

—¿De dónde habéis sacado ese conocimiento tan exacto sobre las mujeres? —

preguntó un transeúnte. Y la vendedora de verduras me espoleó:

—¡Dadle en la nariz a este engreído dechado de virtudes, señorita! ¡No debéis tolerarlo!

El hermano Tomás espoleó a su caballo. Se había ruborizado ligeramente.

—Disculpa, Cristina. Me he dejado llevar. Está claro que no es aplicable a todas las mujeres. Sí, existen algunas maravillosas y muy nobles, incluso distinguidas por Dios, como santa Clara, que es venerada por mi orden —se inclinó un poco hacia mí y levantó el dedo índice, porfiado—. Pero el pecado original lo trajo al mundo la mujer, eso está claro.

Yo me reí y me lo tomé con resignación, a pesar de que ese tema me encolerizaba siempre que se sacaba a colación.

—Evidentemente no soy un sacerdote doctorado en Leyes y quizá hay algo que he entendido mal, pero el pecado de Eva no tuvo nada que ver con el trato carnal, al contrario, sino que anhelaba el conocimiento.

—¡Lo que había prohibido Dios! De esa forma abocó a la humanidad a la corrupción.

¡Contra eso no podía decir nada, pero entonces elegí mi argumento más firme y le dediqué una pequeña oración de agradecimiento a la infalible Virgen María!

—Pero ¿no es verdad que Dios permitió que la humanidad se salvara gracias a una mujer, de manera que alcanzó un grado más alto en la existencia del que tenía antes del pecado original? De esta manera las personas fueron llevadas al pecado y salvadas de él por la misma criatura.

El hermano Tomás estuvo rumiando un rato antes de decir malhumorado:

—Tienes razón.

—Parece ser que Dios fue indulgente con Eva, pero no así los hombres. Esa debe de ser la razón de que sacaran partido del sometimiento de la mujer, lo que naturalmente no es aplicable a todos. Existen entre ellos buenos y nobles, como yo he podido experimentar.

Tomás callaba.

—Sin embargo, es triste —proseguí haciendo alusión al muy elogiado por la gente de la Iglesia matrimonio virginal— que los mejores hombres y mujeres no divulguen sus buenos valores, mientras que los peores aumenten generosamente. ¿Qué será de la humanidad?

Tomás callaba.

Llegamos al Louvre y nos dirigimos a la biblioteca.

Aspiré ansiosa el olor dulce del papiro, el cuero viejo y las tintas, de esa cantidad inabarcable de historias y descubrimientos escritos, de mapas e ilustraciones bajo la colorida bóveda. Para otros aquí olía a polvo, esfuerzo y aburrimiento. Para mí se trata del aroma del mundo.

—¿Está Gilles Malet? —le pregunté a un pequeño y pálido joven que clasificaba códices y rollos en las estanterías.

—¡En la habitación siguiente, la sección de griegos!

Cruzamos el umbral y entramos en una diminuta y sofocante habitación. Alguien susurraba y hacía ruido en la esquina más oscura. A la sombra entre dos estanterías llenas de rollos se encontraba arrodillado en el suelo monsieur Malet, buscando algo en el estante más bajo.

—¡Si estos pilluelos dejaran las cosas en el sitio que les corresponde! ¡O por lo menos me las devolvieran a mí, para que yo las pusiera en su sitio... pequeños monstruos pegajosos, irrespetuosos, ladrones de día sin cultura, sean regios o no...! ¡Aquí! ¡Pasan las páginas con saliva! ¡Tocan las ilustraciones con los dedos hasta que desaparecen...!, ¡las ilustraciones, por desgracia, no los dedos! Habría que poner trampas para ratones en las estanterías —echaba pestes para sí mismo, hasta que nos vio, rio abochornado, se puso en pie y se palmeó las rodillas—. ¡Cristina! Hermano...

Salió del pasillo y apagó de un soplido la lamparita de aceite.

—He recibido tu nota. ¡Bien! Así que has terminado.

Cogió excitado los libros, el original y la copia, y corrió con ellos hacia un atril cercano tan rápido como un cangrejo que lleva a resguardo una miga.

—¡Muy bien! ¡Sí, exactamente así! ¡Fabuloso!

Y finalmente añadió:

—¡Bien hecho, Cristina! Y estas iluminaciones son de gran calidad. Con ellas ya acabadas puedo pagarte treinta y cinco piezas de oro. ¿Vos sois el ilustrador sobre el que me había escrito Cristina? —se dirigió al hermano Tomás—. ¡Increíble! ¡Más que maravilloso! ¿Para quién habéis pintado?

—Para un monasterio cerca de Milán. En todo caso, recibíamos encargos de todo el mundo.

—¡Ya me lo imagino! Fabuloso. Si buscáis un buen puesto...

—Gracias. De momento estoy muy contento —dijo Tomás, y ya se quería ir.

—¡Espera! —le dije—. Estabas buscando un libro, el tomo trigésimo octavo de la *Historia natural* de Plinio, ¿no es cierto?

Era extraño. Casi tuve la impresión de que no lo quería. Nos encontrábamos en la mayor biblioteca del reino y solo tenía prisa por irse. Gilles Malet se quedó un momento en completo silencio observando a Tomás.

Entonces le cogió del brazo y se lo llevó entre dos estanterías, donde ambos empezaron a murmurar. Poco después alzaron sus voces y parecía que se peleaban. Me acerqué a ellos y oí cómo Gilles Malet decía:

—Vos como hombre de la Iglesia... apenas me lo puedo creer... no deberíais...

Tomás contestó alterado:

—Pero yo debo... un encargo... no está en mis manos.

—En cualquier caso, desgraciadamente no os puedo ayudar —dijo Gilles Malet. Ambos regresaron de su escondite—. Hace un tiempo que fue robado o colocado en el sitio equivocado, lo que viene a ser lo mismo; hará unos dos o tres meses, como acabo de decir. Tampoco sabría dónde buscarlo, a no ser que queráis visitar todas las

librerías de la ciudad. En todo caso —y su voz adquirió un timbre casi maligno—, en este asunto os aconsejaría que primero buscarais en los sitios más sórdidos y de mala reputación. Por mi parte no lamento que haya desaparecido.

Su rostro delataba con claridad qué es lo que pensaba de un monje que frecuentara esos sitios.

Cuando se volvió a dirigir a mí su rostro cambió completamente. Era de nuevo mi viejo amigo y bienhechor.

—Como ahora ya conozco la sobresaliente calidad con la que puedes suministrar los libros, puedo encargarte más sin remordimientos de conciencia, si así lo deseas. ¡Y vos, señor monje, deberíais estar encantado de ilustrar estos buenos libros, en lugar de ir tras malas obras!

En esta ocasión me entregó tres libros de los que deseaba una copia: un bonito salterio, un libro sobre astrología y una novela, *El libro de la rosa*. La hojeé interesada cuando salimos fuera. Ya había oído hablar de esa obra.

—Es extremadamente popular, me la quitan de las manos —había dicho Gilles—. De este libro necesito como mínimo seis copias.

Lo leería antes de ponerme a copiarlo, pues, por extraño que parezca, mientras copiaba apenas me enteraba de lo que ponía en los libros. Cogía una frase, igual que uno se llena la mano de arena, para plasmarla otra vez sobre el papel nuevo. Al hacerlo no me concentraba en el sentido, sino en la forma, en la escritura limpia, en la cantidad de tinta en la pluma y el peso exacto con el que había que cargarla para dar cuerpo a las letras de la manera deseada y dejar fluir la tinta suficiente como base. Debía escribir rápido con el fin de acabar mi tarea. En general escribía doscientas líneas por día. Por la noche estaba tan cansada como un campesino y las letras me bailaban frente a los ojos.

Pero no me quejaba.

Parecía que nuestra disputa había quedado aparcada o, por lo menos, velada.

—¿Qué pasa con este libro? —le pregunté al hermano Tomás mientras cabalgábamos más allá de la puerta de la ciudad en dirección a las filas de las casas, que se encontraban a orillas del Sena y se extendían hacia el interior, como si de la ciudad brotaran raíces y brotes—. Me pareció que monsieur Malet se había casi disgustado al preguntarle por él.

—Oh, no, estaba sobre todo enfadado por el robo y por tener que admitirlo. Al fin y al cabo era responsabilidad suya.

—¿No dijo que estaba contento de que hubiera desaparecido?

—Lo dijo por decir. No conozco a ningún bibliotecario que sin querer haya perdido uno de sus libros y no se lamente. Esta gente ama sus libros como a sus hijos y no darían voluntariamente ninguno de ellos. Estaba enfadado por su propio fallo, eso es todo.

Cabalgamos hacia una zona cercana al río, donde numerosos edificios formaban un rectángulo abierto de cara al agua.

—Dijiste que se trataba del por muchos desconocido trigésimo octavo tomo de la *Historia natural* de Plinio —comenté y seguí insistiendo—. Las historias naturales de Plinio son recuentos especialmente pedantes y aburridos de todo lo que el general vio y experimentó, la mayoría de segunda mano sin embargo: geografía, fauna, árboles, agricultura, minerales y anillos, gemas, plantas y medios curativos. ¿De qué escribió en este tomo secreto? ¡Tienes que saberlo, ya que lo leíste tan ávidamente cuando estaba prohibido! ¿Trata quizá de magia? —me había vuelto desconfiada.

—Juro que no versa sobre magia. No, en realidad trata sobre plantas. Lo estudié básicamente por sus bonitas ilustraciones fieles a la naturaleza. Es una especie de... mmm... libro de jardinería. Más no te puedo decir.

Mientras tanto habíamos llegado a las propiedades del curtidor de cueros. En el patio y en la dehesa del río había colocada una hilera de cubas de madera, desde las cuales nos llegó el acre y desagradable olor del caldo de cal y del alumbre. En dos de las bañeras había hombres con las piernas desnudas, la blusa subida, solo con paños alrededor de las caderas. Pisaban las pieles reblandecidas en la cuba como si fueran uvas. Otros estaban ocupados en desbarbar con cuchillos las pieles tendidas, que estaban extendidas sobre marcos.

—¡No quiero ni imaginarme cómo deben de tener la piel de los pies y de las piernas!

—Están depilados como bebés para alegría de sus queridas —dijo Tomás. Reí y por un momento me olvidé de la cuestión del libro desaparecido.

Uno de los trabajadores estaba extendiendo justo en ese momento una piel de cabra. Medía la tensión de la piel en diferentes puntos repetidas veces y humedecía la pieza, con el fin de que más tarde no se volviera irregular.

Maese Bernard estaba en la fuente, agachado sobre un joven al que le enseñaba cómo se utiliza correctamente el cuchillo. Se enderezó y se frotó la espalda.

—¡Madame de Pizán! Que también Dios esté con vos, venerable hermano.

Descabalgamos.

—¿Qué puedo hacer por vos, madame?

—Necesitamos gran cantidad de pergamino y piel de becerro fina de la mejor calidad y, en menor medida, del tipo más sencillo para mis notas.

Le mostré los tres libros que nos había entregado Gilles Malet.

A primera vista vio de qué se trataba y prescindió del habitual contraluz y palpado. Le acompañamos a su local de ventas, donde se almacenaban amontonadas y apretujadas en las estanterías las diferentes calidades, parte de las cuales se hallaban expuestas en marcos.

—Para este ejemplar, si es que queréis reproducirlo perfectamente, os hace falta una piel de cabra ligeramente manchada, de un color rosa pardo. Pero no os preocupéis: a pesar de todo, se puede escribir muy bien en ella. —Observó con indiferencia el libro—. Con una docena de cuadernos tendréis suficiente.

Escogió las pieles pertinentes y las estudió por ambos lados.

—¡No sé cómo ha pasado, pero este pergamino tiene marcas del cuchillo!

Sin querer, uno de los aprendices había clavado por descuido el cuchillo demasiado profundamente en la piel, por lo que se veían cicatrices, lo que la estropeaba por completo.

—¡Me la quedo a la mitad del precio! —exclamé viendo la posibilidad de cortar la piel para adaptarla al formato y perder muy poca en la operación.

—De acuerdo. Mmm, sigamos viendo. Esta de aquí es la piel de un ternero joven, una calidad muy costosa, trabajada con esmero y aclarada con albayalde.

Estuvo buscando un momento y encontró una mercancía de calidad equivalente. Al nombrarme el precio silbé enérgicamente entre dientes.

—Por desgracia no os la puedo dejar más barata, esta mercancía debe reposar durante un año entero en rindente, pero estoy convencido de que, si se lo explicáis a monsieur Malet, cubrirá con gusto los gastos.

Tomás comprobó las pieles y me dijo:

—Deberías hacer acopio de estas pieles para tu propio consumo, si es que quieres entregar tus poemas a ricos mecenas, pues se trata de gente bien acostumbrada. Para ello solo debes utilizar el mejor de los materiales.

Vi cómo mi bolsa menguaba. Durante tanto tiempo habíamos tenido que escatimar que me costó desprenderme de algunas de mis monedas de oro. ¿Qué pasaría si mis intentos líricos no eran nada en especial, si no merecían tal dispendio y si a pesar de la costosa presentación no los compraba nadie?

Nuestras cabezas se agacharon sobre las pieles a la par. ¡Oh, cómo disfrutaba al poder comprar por fin de nuevo algo de calidad! El monje se preocupaba tanto de mis necesidades, era tan tierno y amable, que me arrepentía de mis duras palabras de antes. ¿Era él culpable de que algunos padres de la Iglesia hubieran difundido tales tonterías de consecuencias funestas? No todos los hombres lo compartían y la mayoría, de hecho, se comportaba lo suficientemente bien si una no esperaba mucho de ellos.

—Tendrás éxito —dijo Tomás en ese preciso momento—. Sé que un día la reina leerá tus libros.

—Te agradezco que valores mi obra tan amistosamente —dije en voz baja—. Pero ¿cómo puedo conseguirlo? Nadie se interesa por lo que pueda decir una mujer y el nombre de Pizán ya se ha olvidado.

En lo que se refería a ello casi había perdido la esperanza.

A pesar de todo, seguí el consejo de Tomás.

—De acuerdo, maese Bernard: me llevo dos docenas de pieles del ternero joven, pulidas y listas para ser cortadas y escritas. Y necesito catorce piezas de la piel de cabra buena, ligeramente amarillenta. Y, si tenéis, también un par de ejemplares baratos y libres de fallos para los borradores.

A la señal de maese Bernard aparecieron dos niñas pequeñas, sus hijas, que nos ofrecieron un refrigerio.

—¿Qué os parece el papel? —le pregunté a maese Bernard mientras enrollaba las pieles y las envolvía en paño—. ¿Creéis que un día sustituirá al pergamino? Debe de ser más barato.

—Oh, el papel, bueno, la verdad es que no me preocupa en lo más mínimo —se rio el curtidor—. ¡En Alemania estuve de visita en un molino de papel! ¿Podéis creer que está hecho de harapos? ¡Los harapos se trocean y se muelen hasta hacer un caldo, se prensan y secan, y de allí se saca el pergamino artesanal! ¿Quién quiere tener libros hechos a partir de andrajos?

Yo tampoco me lo podía imaginar. Escarbó en una de las estanterías y sacó una hoja grisácea.

—¡Mirad, esto es papel! ¡Dejo que todos mis clientes lo tengan entre los dedos, para que puedan apreciar por ellos mismos qué tiene de auténtico este pergamino!

Acaricié la hoja con las yemas. Resultaba especialmente flexible, casi floja. No obstante, era posible que se pudiera escribir en él con corrección. Seguro que la tinta se adhería bien sin correrse. Froté una de las esquinas con los dedos.

—Se desfleca, ¿verdad? —se mofó maese Bernard—. Las esquinas se deshilachan como semillas de chopo. Una vez leído, habría que tirar el libro a la basura. Quizá se pueda utilizar el invento para las cartas, ¡pero nunca para los libros! No veo que pueda hacernos la competencia.

Para el camino de vuelta a casa el burro iba de nuevo cargado. Yo me senté delante de Tomás en el caballo. Tenía que pensar en nuestra discusión y me sentía refrenada contra mi voluntad con su brazo alrededor de mi cintura. ¿Y si era realmente así, si las mujeres eran las verdaderas seductoras, si nuestra mayor belleza y nuestra debilidad nos habían sido otorgadas no por Dios, sino por el diablo? «Tonterías —me exhorté—. Yo no seduzco al monje. Me gusta, ¿y por qué no? No supone ningún lastre para los ojos. ¡Pero no tengo ninguna intención con respecto a él, sálveme Dios!».

Hicimos una pausa a orillas del Sena, le compramos dos jarras de vino a un vendedor ambulante y compartimos el tiempo muy pacíficamente. Por un momento aparqué todas mis preocupaciones, dejé volar como golondrinas mis ambiciosos propósitos y proyectos, cerré los ojos y me alegré como un niño por el brillo de las aguas.

—¡Qué suerte que hayáis llegado! —nos dijo Céline mientras corría hacia nosotros en cuanto entramos en nuestro callejón—. *Maman!* Han venido a buscar a Berthe, dicen que fue ella la que asesinó a Massimo, y ahora los vecinos a toda prisa han decidido quemar su casa. Jean y Elías están intentando convencerlos de lo contrario.

—¡Dios mío! A ver si el fuego alcanza la nuestra —exclamé dando muestras de una cierta insensibilidad—. ¿Dónde están Jean y Elías?

—¡Frente a su puerta discutiendo con los vecinos!

El hermano Tomás descendió del caballo y puso en la mano de Céline las riendas

sin decir palabra. Yo me bajé del burrito de Berthe.

—Toma, hazte cargo de los animales y llévalos a nuestro patio. No intentes descargar los pergaminos, son demasiado pesados para ti.

Le entregué las riendas y fui corriendo a casa de Berthe. Una multitud ya se había congregado enfrente. Oía sus llamamientos e insultos como un único ruido, un zumbido amenazador como el de un enjambre de abejas espantado. Empezaron a volar los primeros excrementos.

—¡Apartad! ¡Dejad el paso libre! ¡No se os ha perdido nada aquí!

—¡Por el amor de Cristo, hermanos, hermanas, que haya paz!

Una piedra le dio a Tomás en la boca. Empezó a sangrar.

Me abrí camino sin miramientos, me coloqué junto a él y alcé las manos al aire.

—¡Vecinos! ¿Os habéis vuelto locos? ¡Qué pretendéis! —grité.

—¿Qué es lo que quieres? —me contestaron—. ¿Por qué defiendes a la bruja? Contigo fue con quien peor se portó. ¿Por qué os interponéis en nuestro camino, tú y tu gente?

—¿Qué queréis hacer? ¿Quemar la casa, saquearla? ¿Qué es lo que ha hecho?

—¡Ha matado a su marido! ¡La muy bruja!

—¿Es lo que dicen los alguaciles?

—¡Sí, sí, es una bruja, una asesina! ¡Lo ha envenenado y luego lo arrastró hasta el agua, la mujer del diablo! ¡Ahora vamos a ahumar su cueva, para que no vuelva! ¡Déjanos pasar!

—No os dejaremos pasar. Para eso tendréis que convertirnos vosotros mismos en asesinos. ¡Asesinos! Ladrones —les grité—. Si es verdad lo que decís es que solo han presentado cargos contra ella. ¡Aún no la han juzgado, así que no se ha demostrado que sea culpable!

—¡Seguro que es culpable, la vieja bruja!

—¡Avergonzaos, avergonzaos, avergonzaos! —grité, y di un golpe con el pie de rabia—. Vosotros no la podéis aguantar y ahora aprovecháis la oportunidad para resarciros. Y os da igual si es culpable o no. «Queréis» que lo sea, porque la odiáis.

Eso no me lo pudieron rebatir y algunos de ellos tuvieron la honradez de mostrar su vergüenza.

—Además, esta es también la casa de Aldo, que acaba de perder a su padre y quizá ahora también a su madre, sin ser culpable de ello. ¿Qué tenéis en contra de Aldo? ¿Qué os ha hecho «él»?

Aldo les caía bien. Otros puños se bajaron. Oía cómo las piedras caían en el suelo.

—No queremos convivir con una asesina —dijo una bordadora, madre de seis niñas. Estaba encorvada y medio ciega debido a su labor. Berthe vendía sus trabajos en la tienda, y siempre le retrasaba el pago o le regateaba el precio por supuestos fallos.

—Si es culpable, entonces será castigada. Pero ¿por qué querría asesinar a su

marido? Os puedo decir por mi propia experiencia que, como viuda, una está expuesta a todo tipo de adversidades. ¡Ella ya estaba bien atendida por Massimo!

—¡Sí! ¡En efecto! —exclamaron.

—¿No atendía todos sus deseos?

—¡Sí! ¡Y cómo! ¡El muy calzonazos!

Se produjo una algarabía y silbidos.

—¿O la pegó alguna vez?

—¡No, nunca!

—¡Aunque hubiera sido mejor así!

Se oyeron risas.

—Lo veis, vecinos. Apenas existe ningún motivo por el que ella quisiera deshacerse de su buen hombre. Y, si así lo queréis, mañana me acerco al Châtelet e intentó conseguir más información. Entonces os podré decir si existen pruebas o no.

Todos estuvieron de acuerdo con ello, a pesar de que no les habría parecido justo que declararan inocente a Berthe.

La multitud se disolvió a toda prisa. Nadie se quedó allí para chismorrear. Siempre ocurre así. Incluso los ciudadanos más tranquilos, encolerizados, son capaces de hacer cosas que serenos nunca harían. Tras ello se avergüenzan y se alejan en silencio.

—Los has cautivado adecuadamente —dijo Elías en reconocimiento—. Por desgracia los discursos no son mi fuerte.

—¿De verdad irás mañana al juzgado por la vieja bruja, *maman*? —preguntó Jean.

—Naturalmente. Así se lo he dicho a los vecinos. Además, le había prometido a Aldo que vigilaría a su madre. Es horrible que se la hayan llevado justo cuando yo estaba fuera.

—No podrías haberlo impedido —observó mi madre con gran acierto, lo que tampoco contribuyó a aliviar mi mala conciencia—. No te hagas responsable de cosas que no son de tu incumbencia. Ocúpate mejor de ver cómo mantienes a tu familia, ya que insistes en esta absurda idea. ¿Dónde has estado todo el día? ¡Te has ido de paseo por ahí con este monje!

—Estoy manteniendo a mi familia —le dije entre risas, y puse diez monedas de oro en su mano.

Debo admitir que no estaba descontenta por cómo había logrado tranquilizar a los vecinos, aunque al final me temblaran las rodillas. Y ya que quedaban unas horas de luz, me enfrasqué en la lectura de ese libro que me había hecho ilusión, *El libro de la rosa*. Me salté la primera parte de Guillaume de Lorris, que ya conocía: era la cumbre de la lírica amorosa y describe un sueño en el cual el narrador se introduce en un jardín con el fin de lisonjear a una rosa. Para ello debe terminar con enemigos como el peligro, los celos y las dañinas calumnias. Resumiendo: una oda al amor, tierna y caballerosa, ennoblecido a través de la renuncia o que se podría haber ennoblecido si

el caballero Lorris hubiera finalizado la novela. Pero murió antes de hacerlo.

Así que un tal Jean de Meung, un profesor de nuestra Universidad de París, tuvo la curiosa idea de retomar la obra y terminarla.

Estaba sentada en el jardín y comía una manzana con el libro sobre las rodillas. Pero conforme iba leyendo, más deprisa pasaba las páginas y más enfadada y horrorizada me sentía. Se trataba de una obra contraria a la idea del amor, de una burla no solo de este, sino también de todas las mujeres. ¡Describía el galanteo como un arte de seducción astuto, cuyo objetivo consistía solo en la satisfacción de los instintos masculinos! Después la mujer podía ser expulsada y abandonada. ¡Se lo enseñaría a Tomás! Allí quedaba muy claro que el hombre era el animal y el seductor desconsiderado. Incluso comparaba el hacer el amor de los humanos con el de los animales en el campo.

Así se demostraba de nuevo de qué terrible manera habían cambiado los tiempos: no hacía ni cincuenta años que se había escrito la primera parte, cuando reinaba el pensamiento caballero. Hoy en día, sin embargo, se menospreciaba a las mujeres, no se las protegía, no se las cuidaba y respetaba, como había sido habitual, sino que se las arrastraba por el fango.

Como pruebas, este profesor aportaba todo tipo de fuentes antiguas, frente a las que a mí se me ocurrían muchos más ejemplos de lo contrario. Uno solo tiene que alardear de sus lecturas para impresionar a sus lectores. Pero por último eran solo viejas historias, para las que de nuevo existían tantas con finales opuestos. ¡Y vaya lenguaje más asqueroso utilizaba este señor, todo bajo la trivial excusa de la exactitud!

Me fui a pasear durante un buen rato por el camino de sirga a orillas del Sena con el fin de tranquilizarme, ya que no tiene ningún sentido encolerizarse. Decidí alzar mi voz contra esta chapucería y ello debía hacerlo con la cabeza fría.

Más tarde me coloqué tras mi atril para escribir una epístola abierta al «Dios del Amor». Compuse un largo poema como una queja ante ese Dios al que muchas mujeres de cualquier edad y condición le piden ayuda y amparo:

*Van denunciando dichas damas
graves extorsiones, calumnias,
difamaciones, traiciones, ultrajes muy serios,
falsedades y otros muchos agravios...*

Y entonces arremetí y enumeré todos los prejuicios y las calumnias contra las mujeres que habíamos oído hasta la saciedad: que son pusilánimes, volubles y lascivas, estúpidas por naturaleza y todo cuanto allí se nombraba. Además, les eché en cara a los nobles no defender a las mujeres, pues sabía que esta novela se leía ahora con fruición en las grandes casas. Mi Dios del Amor censuraba a Jean de Meung, entre otras cosas porque enseñaba a los seductores potenciales a terminar con las candidas vírgenes.

«Habilidades agudas y maldad», «intrigas, engaño, celos», constituían el contenido de la vida de las mujeres. Las habilidades agudas se las quería devolver con creces. Y también vi una oportunidad de alargar la carta. Mi hijo Jean la colgaría en la puerta de la Universidad. (Naturalmente no lo hizo. *Maman!* ¿Quieres que me expulsen de la escuela?). Ya estaba suficientemente avergonzado por mi causa).

—¿No quieres venir a comer? —me preguntó mi madre—. ¿Qué vuelves a garabatear de nuevo?

Se lo conté.

—¿Estás loca? —fue su previsible reacción—. ¿Cómo puedes enfrentarte al poder de la Sorbona, a un hombre, una celebridad? Se reirán de ti, eso si no te encierran en cualquier momento en un convento. ¡La culpa de ello la tiene tu padre! ¡Si no te hubiera enseñado a leer y escribir y todas esas necedades no andarías siempre buscándote problemas! Siempre estuve en contra. Y además... —se giró a medias hacia mí en la escalera alzando el dedo índice—. ¡También estoy en contra de que ese monje harapiento le llene la cabeza a Céline de patrañas! ¡Debería ocuparse más de la hilaza!

Ahugué la risa, pues lo de la «hilaza» ya lo había dicho de mí. Con ello se refería a todo tipo de trabajo de media, cosido y bordado, para los que yo no había tenido ni talento ni ganas. De todos modos Céline los dominaba.

—¡No seas irrespetuosa, Cristina! Yo también he salido adelante sin libros. ¡Y el monje harapiento está trastornando a Céline, te lo advierto! ¿No te has fijado en cómo lo mira?

—Lo admira por su inteligencia. Estoy totalmente segura, madre, de que él se comporta con ella sin tacha.

—Oh, ¿a eso se le llama ahora inteligencia? —dijo resoplando de forma burlona.

—Céline siente un poco de pasión por él, tal como pasa con las jóvenes. Pero no me preocupo por ello.

—¡Pues deberías!

—¡Por favor, madre!

Más tarde se pasó por allí la tía Marie.

—¿Tienes un libro malo? —me preguntó. Sus ojos relucían ansiosos.

—Demasiado malo para leerlo.

—¡Deja que lo juzgue yo misma!

—Como quieras, aquí lo tienes. Pero que no vaya a parar a manos de Céline.

—De acuerdo. ¿Cristina?

—¿Sí?

—¿Tienes algunas monedas para mí?

Suspirando le di un par de soles. Sabía en qué se iba a gastar el dinero, pero era discreta, nunca abusaba. Mi madre no aprobaba su vicio. Sin embargo, no veía ningún motivo para negarle esa pequeña alegría. El placer es un pecado perdonable, dice la Biblia. Solo el deseo desenfrenado es perjudicial.

X

Vaya lugar: a un lado bailaban con el agua las ruedas del molino del puente y al otro se abría paso el angustioso mugido de las reses de matanza. El pie se topaba con restos y vísceras de animales. El adoquinado brillaba oscuro y húmedo. Ríos de sangre fluían por los canales en dirección al Sena o se quedaban y coagulaban en charcos viscosos y negros. Olía a miedo. El mayor matadero de París, de tres pisos de altura, se encontraba en el antiguo Gran Châtelet, actualmente una prisión. Luis el Santo no podía ni soñar que su pequeño castillo en el Gran Pont albergaría un día ganado humano listo para ser ajusticiado. Y su parque consistía ahora en calles con bonitos nombres, como callejón de los Desolladores, calle de la Casquería y una plaza llamada Valle del Dolor, en la que por la noche se juntaban los perros salvajes.

Incluso había una casa denominada la Casa de la Calavera Negra, que las madres mostraban con gusto a sus hijos: «Veis, aquí vivía un carnicero llamado *Tête Noir*, que convirtió a algunos de sus clientes en salchichas. Fue descubierto y troceado en cuatro partes. Sin embargo, su espíritu debe permanecer aquí hasta el día del Juicio Final. ¡Por las noches se le oye gemir! Si no os portáis bien, os dejaré aquí».

Así que se trataba de un lugar encantador, pero eso no importaba, al contrario, en la plaza del Valle del Dolor se encontraba medio mundo para charlar, y alrededor uno se deleitaba con los asados y cocidos de las cocinas. Si tenías suerte, podías ver cómo llevaban a un prisionero al Châtelet y podías insultarlo y lanzarle los desperdicios de la matanza, que tan prácticamente estaban a mano.

Alcé mi vestido y salté sobre un charco de sangre. Hacía calor. El charco relucía coagulado y reflejaba un cielo rojo. Un enjambre de moscardas verde brillante se alzó y zumbó enojado por la molestia ocasionada.

En la entrada del Châtelet dos alguaciles en cuclillas jugaban a los dados sobre el adoquinado. Uno de ellos alzó la vista.

—¡Cristina! —dijo enderezándose de un salto—. ¿Qué os ha traído aquí? ¿No será que tenemos a algún familiar vuestro como invitado?

—No, no es eso, Grégoire, pero han detenido a mi vecina. Se supone que ha asesinado a su marido, lo que no me creo de ninguna de las maneras. Quería verla.

Torció la boca.

—¡Lo sé! Berthe la negra. Con ese pico que tiene podría enfadar hasta al diablo. Prévot acaba de estar allí para que le pongan la máscara de la deshonra, con el fin de que permanezca callada.

La máscara de la deshonra es una careta de hierro con un mandril que fija la lengua e impide que la persona en cuestión pueda hablar.

—Sí, no es que sea muy agradable, pero no deja de ser mi vecina.

—Sois una santa.

Reí.

—Eso seguro que no. Decidme, ¿sabéis quién lleva el caso de Berthe? Grégoire se lo pensó y miró interrogativo a su compañero.

—Truphémus —dijo este.

—Entonces tiene suerte. Se le conoce por blando.

—¿Podría intercambiar un par de palabras con él?

—Oh, es muy accesible, ya lo creo. Venid, os llevaré hasta él.

El nombre despertó un recuerdo en mí y, como resultó ser, este juez instructor Truphémus era un antiguo colega de mi padre, un pedazo de hombre entrado en carnes, agraciado con una nariz roja eternamente hinchada. Me rogó que pasara a su despacho, me ofreció una silla y me preguntó:

—¿Qué tal os va, viuda Castel? Me alegra encontraros con salud.

A la pregunta por mi bienestar contesté con amabilidad y no ciñéndome a la verdad.

—Confío en que a vos también os vaya bien, monsieur Truphémus. Mi marido siempre os tuvo en gran consideración y decía que haríais carrera.

Se sintió adulado y me ofreció unas galletas. Le hablé del motivo de mi visita.

—Acusan a mi vecina Berthe de haber envenenado a su marido, algo que no me puedo creer. Siempre la trató bien, y ella estaba ligada a él, a pesar de sus desagradables palabras. Uno podría casi decir que se trataba de un buen matrimonio. No se producían más disputas de las habituales.

—Pues los vecinos sostienen todo lo contrario.

—Bueno, no se trata de una mujer agradable. Tendríais que tener en cuenta que algunos se quieren aprovechar para vengarse de ella. Pero considero que no ha cometido ningún delito por ser antipática y no tener compasión. Ello no justifica además que se la injusticie por algo que no ha hecho.

Afirmó con la cabeza.

—Hay algo de eso. Sois muy elocuente, madame.

—¿Cómo se ha determinado en todo caso que el genovés fue asesinado? Por casualidad tuve ocasión de contemplar su cadáver colgando de la rueda del molino y me pareció... mmm... muy deteriorado...

A menudo deseaba deshacerme de ese recuerdo igual que con mi cuchillo borraba las faltas del pergamino.

—Bueno —respondió Truphémus, e introdujo una galleta de nueces en la boca. Masticó con apetito, el crujido de su boca era lo único que se oía, y después se sirvió vino tinto—. Se podía pensar que lo arrojaron borracho al agua y se ahogó. Pero precisamente las heridas nos dicen otra cosa —se interrumpió—. ¿De veras queréis escucharlo? No se trata precisamente de algo agradable para los oídos de una mujer...

¡Santa Madre Ana! ¿Por qué los hombres se piensan que las mujeres, que han parido niños, son débiles y melindrosas?

Le sonreí con sangre fría.

—Contadme. Lo encuentro muy interesante.

—Como deseáis. Primero: un hombre que muere en el agua respira en sus últimos segundos agua y también la ingiere, por lo que tiene líquido en los pulmones y en el estómago. Ese no era el caso aquí. Se puede comprobar apretando con fuerza en las zonas pertinentes y viendo si sale agua o no.

Respiré concentrada y profundamente a través de la nariz. Quizá sí que somos un poco sensibles, un poquito.

—Además, está la así denominada formación de piel arrugada por el agua en los blandos reversos de manos y pies, como se puede apreciar en las lavanderas, que se pasan todo el día con las manos en el agua. La piel se hincha y ondula —con el dedo índice escarbó en su dentadura para cazar un resto de nuez antes de proseguir—. Pues el tendero no la tenía, sino que su piel se hallaba lisa como la del trasero de un bebé, como en todos los gordos.

Truphémus me sonrió triunfante.

—¿Y qué os dice eso?

—Bien; me dice que no estuvo mucho tiempo en el agua, antes de que quedara agarrado en la rueda del molino. Y ahora la sorpresa de verdad: aunque su cuerpo estaba terriblemente deteriorado y lleno de arañazos, incluso con algún hueso roto, ¡no mostraba hematomas!

Clavó sus dientes amarillentos en una segunda galleta de nuez.

—¿Ni siquiera una? Las hace mi mujer. Son extraordinarias.

Negué con la cabeza. Me había quitado el apetito de cuajo.

—Gracias. ¿Así que debería haber tenido hematomas?

—Sí, en el caso de que hubiera ido a parar al agua vivo, es decir, posiblemente por sus propias fuerzas, saltando, cayéndose, algo por el estilo. Pero ya llevaba un buen tiempo muerto cuando fue a parar allí. La sangre ya no le circulaba por el cuerpo y por eso no se formaron cardenales.

—¿Y qué tiene eso que ver con Berthe?

—Ninguna herida por arma blanca, ninguna herida en el cráneo que le hubieran podido infligir antes de morir. No fue asaltado. Estamos convencidos de que fue envenenado y después arrojado al agua, de forma que la corriente lo llevó hasta la rueda del molino. Allí la asesina confiaba en que desaparecieran todas las huellas. ¡Pero no ha sido así, al contrario!

Por un momento se hizo el silencio en la habitación. Le di vueltas al asunto febrilmente. Desde la calle resonaban las pezuñas y los mugidos de una manada de bueyes, a los que habían permitido que se hartaran de agua en el río tras la larga marcha hasta la ciudad, para ser conducidos ahora al tajo.

—¿Por qué Berthe?

—Es la única sospechosa, una mujer mala, quizá incluso una bruja. Todo el mundo del vecindario dice que lo es.

—Excepto yo.

—Sí, y debo decir que me sorprende mucho. Lo encuentro admirable. No obstante, parece ser que el comerciante no contaba con ningún enemigo. Caía bien a todo el mundo. Solo con su mujer se peleaba continuamente.

—Ella es pendenciera, es cierto, pero eso no significa nada tratándose de Berthe. ¿Ya habéis encontrado el veneno?

Se rascó la frente rasurada.

—Mmm, bueno, ese es nuestro punto débil. Estoy seguro de que se trataba de un veneno; cuando un hombre fuerte como él y en su mejor edad muere así tan de repente. Sin síntomas anteriores. Mmm... El médico no ha podido demostrar nada. ¡Pero eso no importa! —anunció seguro de sí mismo—. En cuanto la interroguemos de manera concienzuda, seguro que confesará.

—¿La vais a torturar?

—Ya que se ha prohibido la ordalía de la Iglesia como medio del contencioso, ¿qué salida nos queda? Empezaremos solo con la tortura con agua, de primer y segundo grado. No soy un monstruo. Cuando ella quiera, podrá acabar con ello.

¿Y si no tenía nada que confesar?

—Solo os ruego, monsieur Truphémus, que no os precipitéis. Con vuestro permiso me informaré. Pues no estoy ni mucho menos convencida de la culpabilidad de Berthe.

—Bien, bien, todo sea en honor a vuestro fallecido esposo.

Truphémus se puso en pie y me acompañó hasta la puerta.

—Quizá la gente hable con vos con más confianza que con mis alguaciles. Visitad tranquila a vuestros vecinos. Tal vez consigáis que ella confiese. Puedo retrasar el terrible interrogatorio un par de días. En ocasiones los presos se ablandan por sí solos al tener que estar en este sitio.

Rio alto y alegre. Se me escapó la gracia de su observación.

Estaba claro que Berthe aún no llevaba el tiempo suficiente en «este sitio».

En cuanto me vio, se acercó rápidamente a la reja. En la celda en forma de gruta que había a sus espaldas se encontraban más mujeres. Dos o tres parecían prostitutas con sus vestidos coloridos y de amplio escote; una estaba en el suelo: gemía en silencio y se cogía con las manos el vientre hinchado. Era evidente que había sido víctima del primer nivel de la tortura del agua, en la que al torturado se le hace tragar con un embudo nueve litros de ella. Otras habitantes de la celda estaban sentadas apáticas en la paja o balanceaban el tronco. Una visión deplorable. No para Berthe.

—¡No sé qué estoy haciendo aquí! ¡Es una bajeza que clama al cielo! ¡Míralas! ¡Gentuzas! ¡Chusmas! ¡Carne de horca! ¡Putas! No tengo nada en común con ellas.

Las prostitutas silbaron y rieron.

—Cierra el pico si quieres sobrevivir a esta noche.

—¡Pss, vieja! ¿Aún necesitas tus ojos? ¡Si no los quieres, yo misma te los saco! Le cogí de la mano para que me prestara atención.

—¡Berthe, si quieres que te ayude necesito que me cuentes todo lo que sabes!

¿Tenía Massimo enemigos?

—¿Enemigos, Massimo? —me dirigió su mirada punzante—. ¡Él seguro que no! ¡Se dejaba engatusar por todo el mundo! ¡Concedía crédito cuando hacía tiempo que no debía! ¡Ja! ¡El generoso, querido Massimo! ¿Y quién debía procurar que las deudas se cobraban? ¡Yo! ¿Quién debía mantenerse en sus trece para que no nos arruinaran? Yo. ¿Quién dirigía realmente la tienda, cuando Massimo hubiera optado por regalarlo todo solo para caer bien a la gente? ¡Berthe la mala! ¡Y por ello me han odiado a mí! ¿Piensas que me divertía? ¿No crees que quizá también hubiera preferido interpretar el papel de generosa?

¿Hubiera sabido hacerlo? Lo dudo. Miré hacia el vigilante, que por suerte no parecía escucharnos.

—Sssh, Berthe, no hables así. A sus ojos te conviertes en culpable. ¡Les estás dando un motivo! —murmuré—. La verdad es que querías mucho a Massimo.

Enseguida cambió de melodía, y las manos, agarradas a los barrotes, fueron deslizándose poco a poco mientras ella caía de rodillas. Ahora empezó a llorar:

—¡Massimo, mi Massimo!

Solo para al siguiente instante volver a sisear:

—Me odian, todos me odian. ¡Uno de ellos ha asesinado a mi pariente, solo para después cargarme a mí con el muerto! ¡Si Berthe desaparece, desaparecen las deudas! ¡Muy hábiles!

—Berthe, sé inteligente. No digas barbaridades. Recapacita y piensa qué impresión causas.

—Me da igual la impresión que cause —refunfuñó—. ¡Ahora sí que me van a conocer todos de verdad! ¡En cuanto salga de aquí recaudaré todas las deudas, sin piedad! ¡Pagarán por todas las calumnias que han lanzado sobre mí! Ya verás: ¡en mi mano está expulsar de sus casas a media calle! ¿Berthe la mala? ¡Ahora sí que verán a una Berthe mala, que esperen y verán!

—¡Berthe!

Entonces se abrazó de nuevo a los barrotes y agarró mi muñeca como una pinza:

—¡Cristina! ¡Cristina! Me tienes que ayudar. ¡Eres inteligente! Sabes arreglártelas en los juzgados. Por favor, no me dejes en la estacada. Por favor, no permitas que me torturen. Estoy convencida de que no lo aguantaré. Enseguida confesaré todo lo que quieren oír. ¡Pero yo soy inocente! ¡Ayúdame, Cristina!

—Hago lo que puedo. Ya he visto al juez y he declarado cuánto te gustaba tu marido...

—¿Qué quieres decir? ¿Gustarme? Yo le quería, le quería como tú no has querido en tu vida, cacho de mujer fría. Leer, calcular, no casarse nunca más. ¡Y tu discurso de los derechos de las mujeres!

Realmente sabía cómo hacerse amigos.

—¡Berthe! ¡Escúchame! —le dije, y me solté la muñeca—. Escúchame: no tienen nada consistente contra ti, ninguna prueba. Se trata solo de suposiciones. ¡En último

extremo tendrás qué apretar los dientes y superar la prueba del agua! ¡En cualquier caso te dejarán libre! ¿Me oyes, Berthe?

Pero ella volvió a insultarme y a berrear de miedo:

—¡Torturarme! ¡No! ¡No! ¡No puedo soportarlo! ¡No me puedes dejar sola, Cristina! ¡Vieja puta! ¡Te alegras de que me hayan atrapado, así podrás camelarte a Aldo! ¡Podrás volver a comprar en nuestra tienda sin pagar nada! ¡Eres, eres... eres una fulana!

Y de esa guisa. Debo decir que nunca me había caído peor. Pero por esa misma razón se encontraba en esa tesitura: porque nadie la podía aguantar. Un mal motivo para juzgar a alguien. ¿Hubieran acusado a un hombre en su misma situación? En eso estaba pensando cuando ascendí el par de escalones de vuelta a la luz del sol. Me dejó salir un vigilante, que gruñó agitando la cabeza:

—Confío en que pronto terminen con ella. Es inaguantable.

¿Cómo pasa tan a menudo que se menosprecia a una mujer mala y por el otro lado a un hombre malo se le teme y admira? Nos dicen que las mujeres son por naturaleza indignas y malas. ¿Qué pasa con Carlos el Malo de Navarra, que durante su horrible vida ordenó asesinatos por envenenamiento, que enemistó a Carlos V ya desde niño con su padre regio y que incluso desde su lecho de muerte seguía intrigando? ¿O con Luis de Orléans, el hermano del rey, su regente? Dicen que es un seguidor de la magia negra y a pesar de ello es uno de los hombres más poderosos del reino.

Compré un par de peces de río en la Rue Pierre à Poisson. Los arenques salados me encantan, pero Chasse Marée, con el pescado de agua salada, está destinado a la gente rica. La vuelta a la torre Barbeau sobre el burro de Berthe, que utilizaba sin ningún remordimiento de conciencia ya que yo misma costeaba su alimento, fue bastante cómoda. Contenta de abandonar el barrio de los mataderos, chasquéé la lengua y le azoté con la vara en su trasero gris. Se puso en movimiento al trote y yo cabalgué señorial sobre los arroyos y suapestoso contenido, moviendo de placer los dedos del pie.

Cuando llegué a casa, el hermano Tomás estaba agachado sobre su mesa y pintaba gráciles zarcillos. Tenía la cabeza imbuida en la página y el cuerpo entero inmóvil a excepción de la mano derecha, que, conduciendo un pincel minúsculo, realizaba minuciosos movimientos circulares y serpenteantes. Había recogido su melena con una banda de paño. Imperaba tal silencio en la habitación, que creía oír el cric-cric de la carcoma. Tomás no se dio cuenta de mi entrada. No quería molestarlo y volví abajo de puntillas. Mi madre me echó una mirada y ni siquiera preguntó por Berthe. Tampoco estaba de humor para hablar sobre ello.

—Come algo, tienes mal aspecto —me alentó Marie con su remedio universal.

Para mi sorpresa, tenía apetito. Así que todos nosotros nos comimos un pequeño e irregular tentempié en el jardín bajo el emparrado: pan blanco fresco, con dulce sabor de leche y levadura, *brousse*, un queso de cabra fresco, blanco y un poco ácido,

acompañado de uvas azules de reflejos plateados, cuya dura piel cedía bajo los dientes y liberaba un aroma de azúcar y nuez moscada. Desde el río llegaba una leve brisa. La atmósfera más limpia me sentaba bien. Enérgicamente aparqué a un lado los pensamientos acerca de Berthe en su sucia celda.

Tomás miraba desde arriba asomado a una pequeña ventana.

—¡Baja, monje! Aún queda pan y queso —le dije.

—No tengo hambre. Sube tú, mira los borradores que he elaborado —me contestó él.

—Oh, ¿tiene que ser ahora? ¿Es necesario?

—Sí, es necesario que subas —me dijo—, te he preparado una pequeña sorpresa.

Cuando me levanté y entré en la casa, mi madre apretó los labios y convirtió su boca en una sola línea.

Dentro me recibió un frescor agradable. A través del hueco de la escalera entraba una ligera corriente de aire que iba desde la despensa hasta el tejado. Las escaleras olían al aceite de almendra amarga con el que Héloise las pulimentaba regularmente.

—¿No me dijiste que querías obsequiarle a Valentina Visconti con un tomo de poemas pastoriles?

—Me lo sugirió Gilles Malet, pero, sin una recomendación, no sé cómo llegar a ella. La carta de ruego que Malet cursó parece ser que nunca llegó a manos del rey —dije suspirando—. No se produjo ninguna reacción y el duque de Orléans es asediado por tantos peticionarios que, como la última vez, ni me hará caso. ¿Quién me puede ayudar? ¿A quién me puedo dirigir?

Incliné la cabeza. El dinero de Gilles Malet nos aseguraba el pan diario, pero mis deudas no se reducían. El material era caro, a pesar de que no me arrepentía de haber adquirido ese pergamino tan costoso. Desde pequeña estaba acostumbrada a disponer de objetos de calidad y siempre me pareció una señal de haber superado mi crisis el poder permitírmelos de nuevo.

Pero ahora mismo todo me parecía otra vez complicado y arriesgado. Se había entablado un nuevo juicio contra mí. Continuamente aparecían nuevos supuestos acreedores y la torre aún no nos pertenecía. En ocasiones hubiera preferido rendirme, disolverme e irme al cielo en forma de nube, sin conciencia, sin ninguna preocupación en el mundo. Todo era tan fatigoso. Una y otra vez me veía sometida a nuevos esfuerzos, tomaba nuevas iniciativas, pero todas topaban con resistencias de todo tipo. Una y otra vez me acosaban, frustraban mis esfuerzos. Las eternas preocupaciones por el dinero se me comerían viva.

Me detuve en medio de la escalera de caracol, con el fin de volver en mí. «La autocompasión es repugnante», me reproché a mí misma. Sin embargo, en ocasiones me abandonaba incluso el valor. Seguramente esto radicaba en que mis sueños eran demasiado arrogantes.

El hermano Tomás se hallaba arriba frente a la puerta. Me había estado observando.

—Conseguiré que llegues hasta ella —me dijo.

—¿Tú? —alcé la cabeza y lo miré sorprendida—. ¿De dónde conoces a Valentina Visconti?

—No la conozco... en persona. Solo de lejos. Somos paisanos. Y no me vuelvas a preguntar, si no, me arrepentiré de haberte dicho algo.

Encerré mi curiosidad en una cajita metálica, para la primera ocasión que se presentara. Tomás ya tenía algunas ideas y había esbozado ilustraciones y motivos.

—Son preciosos, Tomás, pero ¿para la Visconti no debería utilizarse púrpura y mucho oro? Realmente eso sí que no me lo puedo permitir.

La púrpura se obtenía a partir de la secreción de un pequeño caracol marino. Se necesitaban cantidades ingentes para producir el tono real.

—Bah, de púrpura y oro ya tiene más que suficiente, tanto que ya le aburre. Debes diferenciarte con tu trabajo. En lugar del púrpura para la encuadernación yo elegiría mejor un azul celeste profundo. Es más original y casa con tu tema. La encuadernación puede ser de terciopelo. Los restos de tela de este tamaño no te costarán mucho. Las ilustraciones deberán tener un tono de color atractivo y suave, así que necesitarás muy poco oro.

—Pero las letras deben ser gruesas y altas. No puede sugerir tacañería. ¿Cómo se consiguen?

Ya que yo misma sabía algo de pintar letras, siempre estaba ávida de aprender de Tomás.

Me enseñó una letra de oro gruesa y abombada de su libro de muestras.

—Da la impresión de que aquí se ha utilizado gran cantidad de oro —dije escéptica.

—Al contrario. Solo la capa superior, muy fina, es de metal precioso. Primero aplicas una mezcla de yeso, cola y color amarillo, llamada *gesso*, para formar el cuerpo. Encima aplicas una capa de tinta china roja, con el fin de aumentar la fuerza luminosa de la última capa, y finalmente se aplica un poco de oro molido en concha con un pincel de armiño. Así funciona. Y si uno no quiere esta solución, por ejemplo para superficies más grandes, entonces existen tintas que sustituyen al oro. Los legos apenas reconocen la diferencia.

—¡Oh, Tomás! Eso resuelve mi problema —me alegré—. He estado todo el tiempo pensando en cómo podía hacer que el librito fuera lo suficientemente atractivo para una dama tan acostumbrada, sin que para ello tuviera que empeñar la casa.

—¡Antes que eso, vende mejor el burro de Berthe!

—¡Tomás! ¿Cómo puede decir eso un monje? ¡No tienes remedio! ¿Y si la dejan en libertad?

—Pues le dices que el animal huyó. Por cierto, ¿cómo le va?

—Mal, como era de esperar. Está encerrada en el Châtelet con un par de prostitutas víctimas de las torturas, huele y oye todo el día los mugidos de pánico y miedo visceral del matadero de al lado. ¡Yo me volvería loca! Después tengo que

informar de ello a los vecinos: Massimo no se precipitó solo al agua...

Le conté lo que había oído y que en realidad no existía ninguna prueba contra Berthe.

—¿Dónde debió caer exactamente en el agua? —reflexionó Tomás en voz alta—. Vayamos al barrio universitario y compremos pan de oro y malaquita. Lazulita de Albión o, mejor aún, auténtico lapislázuli persa. De camino podemos hacer alguna comprobación.

Cogió algunas cosas, descolgó su bolsa del gancho y emprendió con sus largas piernas la marcha por delante de mí, saliendo de casa por el jardín. Mi madre y Marie continuaban allí sentadas y nos miraban curiosas. Encogí los hombros, pues tampoco sabía qué se proponía Tomás. Lo seguí hasta el río. A la altura de la casa de Berthe, Tomás se quitó las sandalias y se subió el hábito hasta el cinturón. Aparecieron un par de piernas largas y muy bien formadas. Noté cómo los colores me subían a las mejillas y desvié rápidamente la mirada, mientras Tomás se abría paso en el agua.

—Aquí la corriente es bastante fuerte —dijo, penetrando hasta que el agua le llegó al talle. Dejó flotar un gran tronco, que había cogido en la orilla y marcado con un cuchillo, y observó la dirección que tomaba.

—¡Irá a parar al puente de Notre-Dame! —le dijo un pescador desde su barca.

—¿Siempre es así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aquí la corriente es así. Todo va a parar a Notre-Dame.

—¿No más lejos? ¿No podría arrastrar un cuerpo muy pesado hasta el puente de los Molineros?

—¿Desde aquí? De ninguna de las formas —dijo el pescador—. Todo lo que arrastra la corriente lo recogen en el puente de Notre-Dame. Se queda varado allí entre la orilla derecha y el primer pilar del puente. Lo que no se queda allí va a parar al pequeño varadero del matadero. Pero me apuesto a que si habéis perdido algo lo encontraréis en Notre-Dame.

Tomás volvió del río y escurrió el reborde de su hábito.

—Veamos entonces si tiene razón.

Nos despedimos del pescador y fuimos por el camino de sirga hacia los puentes del Sena. El hábito de Tomás se secó pronto con el calor que hacía. A la izquierda se encontraba la Île de la Cité con su catedral, a la derecha el barrio de St-Jacques con su extravagante campanario. Y así era, bajo el pilar del puente encontramos el tronco de madera.

—¿Y un cuerpo pesado como el del gordo Massimo no sería arrastrado quizá de otra manera? —le pregunté.

—No —contestó Tomás—. Los caminos del agua son siempre los mismos. Ya arrastre algo pesado o ligero, siempre seguirá el mismo.

Estábamos en el puente y atisbábamos en la oscuridad de sus macizos pilares. Las

olas, que rompían contra él, producían aquí un eco. Los anillos de luz se esparcían por las oscuras aguas y se reflejaban en las paredes y los arcos de las cubiertas. Las sombras de los peces corrían ligeras por debajo de la superficie. Una figura andrajosa y sucia se despegó de los cimientos del puente y retumbó una voz ronca y refunfuñante:

—¡Desapareced de aquí! ¡Este es mi sitio!

Tomás extendió su largo brazo hacia las sombras y sacó a un mendigo cubierto de cicatrices de gruesa corteza. Tenía el cabello gris enredado, se trataba de un viejo.

—¡No tengas miedo, padrecito! Nadie te quiere quitar nada.

Parpadeó desconfiado y entonces mostró su ancha y desdentada sonrisa.

—¡Aaaah! ¿Queréis que os deje a vosotros dos tortolitos mi sitio por un cuarto de hora? Solo os costará una pieza de cobre. ¡Y mis labios permanecerán sellados! Allí también hay una manta...

La lascivia en sus ojos, la naturalidad con la que suponía unos deseos indecentes, me causó tal repugnancia que me recorrió un escalofrío. La viuda y el monje. ¡Señor Boccaccio, espero que por ello te ases a fuego lento en el infierno que ni siquiera tu fantasía de poeta hubiera estado en disposición de imaginar!

—Gracias por la oferta, padrecito. Pero no se trata de lo que te piensas. Solo queremos que nos facilites una información, y por ello recibirás igualmente una pieza de cobre. ¿Verdad, Cristina?

De mala gana rebusqué en la bolsa de mi cinturón una pieza de cobre y se la di a Tomás.

—Dinos, viejo, hace un par de días llegó hasta aquí un cadáver...

—Nada especial —dijo haciendo un gesto despectivo.

—Se trataba del cadáver de un hombre muy gordo, con ropajes caros, un rico comerciante.

—Si no hubiera visto nada, ¿recibiré igualmente mi dinero? —lloriqueó el mendigo—. ¡No puedo remediar el no haber visto nada!

—Recibirás el dinero igualmente. Dinos solo lo que viste conforme a la verdad. ¿Viste si llegó arrastrado por la corriente un cadáver como ese? ¿Llega hasta aquí todo lo que viene desde allá arriba?

—La mayoría aterriza aquí —dijo el mendigo, y yo hubiera preferido que hubiera desaparecido de nuevo en las sombras. Su rostro estaba arruinado por la viruela y los navajazos, y le colgaba medio párpado de un ojo, lo que le confería un aspecto pérfido—. Si vuestro rico comerciante hubiera ido a parar aquí, entonces yo llevaría sus ropas. De todo lo que va a parar aquí, también de los cadáveres, me cojo lo que necesito. Al fin y al cabo, ya a nadie le hace falta. ¡No soy un ladrón! Pero nunca lo he visto.

—¿Podría ser —preguntó entonces Tomás— que hubiera caído desde un puente? Fue a parar a las ruedas del molino...

El mendigo se rascó su barba corta y raída.

—¿A los molinos? Qué pena por la bonita vestimenta. Seguro que se encontraban más allá.

—Si se hubiera precipitado desde un puente, ¿lo hubieras oído?

—Si hubiera estado en ayunas, seguro. Pero por la noche solo estoy en ayunas si he pasado un mal día. Y últimamente he tenido suerte.

El mendigo alargó la mano. Tomás puso allí la moneda. Después desapareció bajo su puente.

—Pobre hombre —dijo Tomás mientras subíamos hacia la calle adoquinada—. ¿Qué mala pasada le debe haber jugado la vida para que haya terminado aquí?

Arriba puso en marcha el plan número dos.

—También me habría sorprendido —dije yo mientras ayudaba a Tomás a hinchar las vejigas de pescado que habíamos llevado con nosotros— que una mujer tan pequeña como Berthe hubiera envenenado a un hombre tan pesado en su casa y luego lo hubiera arrastrado por todo el talud del río hasta el agua y después lo hubiera adentrado en la corriente hasta que esta se lo hubiera llevado.

Había muy pocos espacios entre las casas del puente. Desde allí arrojé una vejiga de pescado al agua. Tomás se encontraba en el puente de los Molineros y miraba desde allí hacia dónde se la llevaba la corriente. Desde el puente de Notre-Dame no conseguí que llegara a su objetivo.

Lo intentamos desde el puente de los Cambistas. Los viandantes se paraban, se quedaban boquiabiertos y se reían de nuestra extraña actividad.

—¿A qué viene esto? —preguntaban—. ¿Os habéis vuelto tan infantiles que jugáis a los barquitos?

—Se trata de un experimento científico —decía Tomás, y se lo explicaba.

—Una vejiga hinchada tan pequeña no es lo mismo que un hombre adulto —adujo acertadamente uno de los cambistas.

—No es importante cuán pesado es un objeto para determinar el sentido de la corriente —dijo Tomás—. Solo es importante que se mantenga en la superficie. Y ese fue el caso con ese cadáver, porque era muy gordo.

Poco a poco se nos iban acabando las vejigas, y entonces vimos cómo nuestro último ejemplar iba directo hacia la rueda de molino del centro, se quedaba agarrado allí, era izado por esta y desaparecía por el otro lado de ese muro móvil.

Nos dimos la vuelta y estudiamos las casas que se encontraban en esa línea. No existía ningún hueco entre ellas. Debía de haber caído desde una de esas casas.

—¿Quién vive allí? —le pregunté al prestamista...

—La casa verde es mía. Junto a mí vive un colega, otro prestamista, Panfilo. Es italiano, del Piamonte, creo. En la tercera casa, la roja con las contraventanas pintadas... —se agachó hacia nosotros y nos susurró—. Allí vive una ramera famosa en la ciudad, ¿entendéis?

—Interesante —dijo Tomás.

El hombre le entendió mal y rio cómplice. Tomás lo miró enfadado. Yo hice como

si no me hubiera enterado de su conversación y proseguiamos nuestro interrogatorio. Pero ese Panfilo no conocía a ningún Massimo y desgraciadamente la dama no se encontraba en casa. Le compramos a Panfilo un poco de pan de oro, que realmente era mucho más barato de lo que pensaba.

En el barrio universitario de la orilla izquierda del Sena había muchas tiendas de pigmentos y accesorios debido a los múltiples talleres de copiado e ilustración que la poblaban. En un escaparate descubrí un cordel con pesas, de ese tipo con el que se mantienen abiertas las páginas. En su mayoría eran pesas de plomo. Aquí se trataba de dos colgantes pesados de berilo cortado. Me quedé parada y lo cogí en mi mano ociosa. Era bonito, pero seguramente demasiado caro.

Compramos *brunus* y albayalde, así como miño, que necesitaba para conseguir un tono de color carne; para el sustituto del oro adquirimos una vesícula de tortuga, un poco del caro azafrán, oropimente y cuarzo. Sentía curiosidad por ver el resultado. Cargados de saquitos y recipientes de todo tipo abandonamos la tienda. Solo nos faltó conseguir lapislázuli.

Tomás estaba decepcionado.

—Está claro que podemos utilizar hojas de aciano, pero el azul es demasiado débil. Tendré que mezclar un poco...

En la calle, un miembro de la Universidad le recriminó maleducado:

—¿Qué es lo que buscas aquí, fraile? ¿No sabes que los de tu calaña no son bienvenidos en esta urbe? ¡Tienes terminantemente prohibido enseñar! Como te pillemos haciéndolo, te levantaremos tu pío hábito por encima de las orejas y te daremos de palos hasta las puertas de la ciudad.

Me inmiscuí, furiosa por la insolencia, y dije:

—Para que lo sepáis: el devoto hermano no enseña, sino que pinta, y para ello Dios le ha concedido tan gran talento, que ya desearíais poseer uno de los libros con sus iluminaciones. Pero seguramente sois demasiado mezquino y no podéis pagar una obra de arte como esa.

El profesor me lanzó una mirada envenenada, pero no se dignó contestarme. Proseguimos nuestro camino. Tomás rio.

—Muchas gracias, Cristina, pero no deberías meterte en una pelea por mi culpa.

—Con esos tengo en todo caso una cuenta pendiente —dije colérica—. Y ahora mismo, con el mayor de los placeres, voy a procurarme pelea.

Y así me dirigí hacia su edificio principal —los colegios están distribuidos por todo el barrio— y clavé mi *Epístola al Dios del Amor* en medio del portal. Nos alejamos rápidamente. Los estudiantes eran conocidos por su violencia. Antes de doblar la esquina llegué a ver cómo un gentío se agolpaba frente a mi proclama. Mira tú, ¿quizá había sido demasiado apocada hasta la fecha? ¡Había que hacerlo así si uno quería llamar la atención!

Cruzamos el pequeño puente hasta la Île de la Cité. Hice un pequeño alto en el mercado de aves con la idea de saludar a mis viejos amigos. El hermano Tomás

quería mirar plumas de corneja, que necesitaba para los trazos finos de las miniaturas. Me senté junto a la pastelera, bebimos vino resinoso de Wurzburgo y chismorreamos sobre Berthe.

—¿Sabes tú —me dijo la vendedora de aves— que no es el único asesinato por envenenamiento, si es que este lo ha sido? Y siempre dejan libres a los culpables, en cualquier caso, si superan el interrogatorio. Tienen que soltarlos, pues nunca pueden probar nada.

—Entonces quizá no fue ninguno de aquellos de los que se sospecha enseguida.

—¡De Berthe me lo puedo creer todo, pero me asombra que lo haya hecho de tal forma que nadie se haya percatado! —dijo la pastelera—. ¡Toma, come de este pastel de mirlo, Cristina, que no te cobraré nada! La mayoría de los venenos se conocen. Coge, por ejemplo, el arsénico, que vuelve las uñas amarillentas, o la almendra amarga, que colorea el cuerpo de una persona rojo claro, tal como he oído. El sulfato de cobre cauteriza la garganta. ¡Y después está eso que vuelve la boca y la lengua de la víctima de color negro, brrr!

—Pues yo creo que en todos los casos se trata del mismo asesino y no de Berthe la negra —dijo una vendedora de huevos que se había apuntado—. Va por la ciudad y envenena por diversión allí y allá. Sucede en todos los barrios, ya sean ricos o pobres.

—¿Dónde se han producido hasta ahora estos casos? —pregunté.

—Mmm, espera. El primero ocurrió cerca del Louvre...

—Uno aquí en la isla —dijo la pastelera—. ¡Lo recuerdo perfectamente, ni a tres casas de la nuestra! Y otro caso en la Universidad, y después, sí, parece ser que ha vuelto a cambiar de orilla. La última vez fue en la torre Barbeau. Ve con cuidado, Cristina.

—Gracias por preocuparos, pero según vuestra teoría el peligro ya ha pasado, si es que a continuación prosigue su camino. ¿Y por qué habláis siempre de «él»? ¿Por qué se trata de un hombre?

—Solo los hombres son tan indecentes —opinaron las mujeres del mercado—. ¡Una mujer asesina a alguien porque le tiene manía, pero nunca a gente completamente desconocida!

XI

Estuvimos trabajando concentrados durante tres horas. Solo se oía el rasguear de nuestras plumas, el esporádico remover de las diferentes tintas y el duro y seco pasar de las hojas del pergamino. ¿Cómo sonaría este nuevo artefacto, el papel, al pasar las hojas? ¿Tendría en suma un sonido o solo susurraría como un fantasma? Dejé a un lado las plumas de ganso y el cuchillo, estiré los brazos hacia arriba y me enderecé. Mis tendones crujieron claramente y recuperaron su posición natural.

Oí a Jean y Céline pelearse abajo en la casa.

—¿Tomás?

Alzó la vista; los rizos oscuros le caían hasta los hombros, algunos mechones húmedos se le habían pegado al cuello desnudo y tenía los labios un poco abiertos debido a su concentración. Venía desde muy lejos y me observó como tras un desmayo. Mientras trabajaba vivía en sus ilustraciones. Fui hasta él y observé por encima de sus hombros: un paisaje con colinas, árboles y flores, un pastor con sus ovejas y todo ello agrupado en torno a un bloque de mármol tallado.

—Sobre este bloque escribiremos el título en oro, como si estuviera grabado: *Dit de la Pastoure*, la historia de la pastora.

—Lo encuentro muy bonito, pero poco usual. La mayoría de las iluminaciones que conozco son más imponentes, ornamentales. Los arabescos y adornos se prolongan por debajo de las letras o incluso rodean todo su marco. Es tan fidedigno lo que has representado. Y tan sencillo. Me gusta cómo pintas: uno se puede introducir realmente en tus dibujos, como si en verdad estuviera allí. Pero ¿no se espera que haya representaciones originales, figuras fantásticas, adornos desbordados y repletos de hojas, con sus ornamentos, que cubren cada espacio libre de la página?

Hizo un gesto despectivo y soltó la pluma.

—Qué va, hace tiempo que no, no en Italia. Está anticuado. La ilustración últimamente se había alejado mucho del texto, tenía su propia vida, ocupaba páginas enteras, se propagaba. Hoy se ha vuelto al sentido primigenio de las iluminaciones, es decir, ilustrar el contenido de manera que se puedan entender las palabras. Las ilustraciones de las obras modernas son pequeñas y se ciñen al texto. En Francia la gente es demasiado perezosa para leer y prefiere mirar las ilustraciones.

—Tus ilustraciones se miran con mucho placer, Tomás. Son preciosas.

—Naturalmente, a mí también me gusta que se alaben mis ilustraciones. No estoy libre de semejante vanidad. Pero todo debe guardar un equilibrio. Vosotros los franceses también os acostumbraréis al estilo moderno. Además, este libro está pensado para la Visconti, y ella es muy consciente del estilo, créeme.

Me llamó la atención sobre un detalle.

—Esta piedra de aquí, un grabado sobre una lápida o una tabla de mármol, se

llama *al antico*, según el arte antiguo, conciso y claro. Puedes incluir un lema de los ángeles, si es que le conviene a tu tema.

—Y así recuerda uno un pasado lejano...

—Mucho más sensible que el presente.

Su mano acarició casi con ternura la hoja, una mano delicada de linos y largos dedos.

Se oyeron unos pasos estrepitosos subiendo la escalera. Jean se abalanzó en la habitación. Se quedó como petrificado en el umbral cuando nos vio tan juntos. Se le oscureció el semblante.

—¿Qué pasa, Jean?

—Céline debía haberme hecho unos nuevos calcetines. ¡No lo ha cumplido!

Céline vino detrás de él y le dio un empujón a su hermano menor, de forma que este le tuvo que hacer sitio.

—¡Jean me prometió ir conmigo al mercadillo si le hacía unos calcetines de colores! Primero tiene que cumplir su palabra.

—¿Jean?

—Prefiero salir con mis compañeros de escuela y no con una niña tonta.

El hermano Tomás rio.

—¡Yo no hablaría en presencia de tu madre de niñas tontas, jovencito!

—¡Jean, pensaba que te había enseñado a ser respetuoso! ¿Se lo habías prometido?

—Sí, pero...

—Entonces la acompañarás a ella y no irás con tus amigos. Y tú, Céline, le harás enseguida unos calcetines de colores. Para ello no necesitas más de una hora. Después os podéis ir. ¡Lo que se promete hay que mantenerlo, y eso vale para los dos!

Céline era quien mostraba ahora su enojo.

—Aquí tenéis los dos un par de centavos. Compraos lo que os venga en gana —añadí. Ambos se fueron algo más contentos. Céline le sacó la lengua a Jean.

El monje había escuchado divertido.

—Le permites a tu hija gran libertad, sí, incluso llego a pensar que quieres inculcarle que las mujeres son iguales que los hombres.

Lo dijo con una sonrisa, ya que ahora manteníamos nuestras discusiones sin encono.

—¿Y no lo son? —le pregunté ingenuamente.

—Está escrito: la mujer está sometida al hombre. Y eso es porque son más débiles y de material inferior.

—¿Cómo puede pensar alguien que Dios todopoderoso haya creado algo malo o negligente? Creó a las mujeres igual de bien que a los hombres.

—¡No, no lo hizo! Hizo a los hombres a su imagen y semejanza y a las mujeres solo casi a su semejanza. ¡Primero creó al hombre! Por ello la mujer le salió más

débil y peor.

—Eso dice Agustín —contraataqué rápidamente—. Y él, como muchos otros, hace referencia a un autor pagano, en concreto Aristóteles. Este incluso mantenía que la mujer apenas aporta nada a la procreación, que solo es un envase.

—Y eso es lo que es, ¿por qué no? ¿Qué hay de malo en aceptar con humildad su definición?

—¿Cómo haces tú, Tomás?

Me miró confundido.

—Si así fuera, tal como dijo Aristóteles sin ninguna prueba razonable, ¿por qué Dios, y así está escrito en la Biblia, llamó a su primera mujer Eva, que significa vida?

—Pero en todo caso el hombre fue el primero y su modelo. Eva se hizo a partir de una costilla suya.

—Y entonces, ¿no está hecha ella del máspreciado material? Por el contrario el varón nació del barro, como dice su nombre Adán. ¿Qué es más precioso: un trozo de barro o un hombre? —le pregunté astutamente.

Tomás sonrió.

Me alejé y observé sobre mis hombros:

—Por cierto, pintor, ¿a lo largo del tiempo no has mejorado tu arte? La práctica hace al maestro. ¿Por qué tuvo que ser diferente con el Creador?

Se rio con ganas y me lanzó un trapo.

Volví a mi pupitre y seguí escribiendo. Tomás pintaba ovejas, blanco plomo sobre verdegris y los ojos con tinta china. Pasado un tiempo aproveché el ambiente apacible para atreverme a preguntarle algo realmente importante para mí.

—Tomás, hay algo que me gustaría saber.

Levantó la mirada del pergamino. Las pupilas se le estrecharon ligeramente. Se puso alerta.

—Vives en mi casa, con mis hijos. Confío en ti. Pero me gustaría conocer tu verdadera historia.

Hizo un gesto inocente.

—Te lo he contado todo.

—No, no lo has hecho. ¿Cómo es que conoces a los Visconti, tú, un simple monje? Y otra cosa más: si te encargaron buscar ese libro en concreto y conseguir un ejemplar, parece ser que no tienes mucha prisa. Aún no has estado en la Sainte-Chapelle. Por lo que yo sé, apenas has visitado una iglesia, Tomás. ¿Qué pasa contigo?

Me miró dolido, pero yo me mantuve en mis trece.

—¡Virgen Santísima! ¿Por qué las mujeres no pueden nunca estar tranquilas? Te lo he contado todo sobre mí, todo lo que debes saber, lo que se refiere a ti y a tu hogar. Soy lo que ya te he dicho: un simple monje ambulante.

Lo miré impertérrita. El silencio fue prolongado.

—Bien —dejó su pluma de corneja sobre el pequeño montón de plumas ya

cortadas y diminutos pinceles de marta—. Bien, te lo contaré: el asunto con Valentina Visconti es muy sencillo. Su padre, como ya sabes, es Gian Galeazzo, príncipe de Pavía. Su hermano, el tío de ella, es Bernabò Visconti, príncipe de Milán, y te puedo decir que muchas veces he deseado no haber vivido precisamente bajo su regencia. Bernabò es un monstruo, un tirano con sus súbditos, es cruel sin medida y veleidoso. Su mejor cualidad es que patrocina las artes, aunque su motivo para ello sea básicamente la ostentación. Cuenta con un gusto excelente. Ya que mi arte llegó a sus oídos, me llamó varias veces a palacio y me encargó algunos retratos en miniatura, también uno de la *principessa* Valentina. Ella tuvo la gentileza de fijarse en mí y por eso la conozco un poco. Será suficiente si le envío una ilustración y le prometo que tienes un libro entero para ella con más, que le quieres regalar. Ves, es muy simple.

—Te agradezco mucho la recomendación, Tomás, pero no me has respondido a todas las preguntas. ¿Qué pasa con el otro libro, aquel que supuestamente estabas buscando y que debías devolver al monasterio? ¿Por qué estás tan poco interesado en cumplir de una vez con esta parte de tu juramento o de tu castigo?

Primero se enojó y buscó en silencio obstinado librarse de mí. Se inclinó sobre el dibujo y con la pluma de corneja trazó minúsculos adornos. Apretó los dientes y vi cómo en el ojo que me miraba un diminuto músculo se contraía de forma involuntaria. Pero yo no me moví de mi sitio y lo miré fijamente. Al final se puso en pie y lanzó furioso la pequeña pluma al suelo. Cerró los puños.

—Ay, Cristina, ¿por qué no me puedes dejar en paz, con tus constantes preguntas y dudas, con tu eterno afán de hallar nuevas verdades y descubrimientos? ¿Por qué no puedes dejar algo sin descubrir?

Continué mirándolo.

—¿Y cómo —me dijo— me seguirías aceptando? ¿Podrías confiar en mí si te cuento mi ignominia? Pero, bueno, la quieres escuchar: no te he mentado en lo que se refiere al monasterio y mi culpa. Antes de irme en Milán se produjo una revuelta por hambre. Los más pobres entre los pobres montaron barricadas en las calles y saquearon las panaderías. Al principio solo querían pan, lo que resultaba muy comprensible. Luego, como ocurre con frecuencia entre las personas cuando se les pone entre la espada y la pared y son instigadas, los burgueses, a los que Bernabò robaba los frutos de su trabajo con impuestos, también se adhirieron al levantamiento. Y por último se apuntaron también los labriegos de los alrededores. Bernabò soltó a sus soldados, que acabaron rápidamente con los pocos que oponían resistencia. Pero, si con ello no había suficiente, tenían orden de expulsar de sus campos a las familias de cada campesino que hubiera tomado parte en la revuelta.

Tomás miró por la ventana. A raíz de ese terrible recuerdo una única lágrima descendió por su rostro. Nada despierta más compasión que un hombre llorando. Sé lo necio de mis palabras. Pero eso es debido a la aceptación generalizada de que ellos lloran mucho menos que nosotras y que por ello, cuando lo hacen, el motivo debe ser forzosamente mucho más importante. También uno podría suponer que la gravedad

de los sentimientos es la misma y que las mujeres sienten más porque lloran más a menudo.

Sea como fuere, esa única lágrima me conmovió mucho, y yo le hubiera eximido de seguir confiándose a mí, pero prosiguió con su relato.

—Nuestro abad dispuso que en la medida de lo posible acogiéramos a todos los refugiados en nuestro monasterio, tal como hubiera hecho Jesús. Bernabò lo descubrió y ordenó incendiarlo. Los monjes, mis hermanos, se interpusieron ante los soldados en el camino, armados únicamente con biblias y cruces. Los mataron a todos. Y en lugar de acompañarlos por el camino de los mártires yo sobreviví. ¿Y sabes cómo?

Reprimió la risa, sombrío.

—Me oculté en el ataúd de piedra de un obispo, que permanecía allí dentro con todas sus galas. Me escondí debajo de su esqueleto y me tapé con sus espléndidas vestimentas. La tapa estaba un poco abierta, así que recibía aire, pero también oía cómo morían mis hermanos.

Se detuvo y se inició un prolongado silencio.

—Como puedes ver —prosiguió finalmente—, mi tarea está en cierto modo caduca. Desde entonces me hallo de viaje, me he procurado alimento y alojamiento aquí y allá, como donde tú me encontraste. Apenas voy a la iglesia, porque me avergüenzo de mi cobardía. ¿Qué le podría decir a Dios? Le temo.

Las lágrimas corrían por mi rostro. Me juré no torturar más al pobre con mis preguntas.

—Ahora siento mucho haberte preguntado, porque te hace daño hablar sobre ello.

—Ya es demasiado tarde. Ya se ha arrastrado hasta sacarlo a la luz aquello que quería ocultar, aquello que me he ocultado a mí mismo. ¡Qué pensarás ahora de mí! ¿Aún quieres que me quede y que viva bajo el mismo techo que tus hijos, yo, un cobarde tan deplorable?

—¡No digas eso, Tomás! ¡No te puedes castigar con esas palabras! En absoluto pienso mal de ti. Hiciste lo que la mayoría de nosotros hubiera hecho y tu vergüenza te honra.

—Debería haberme enfrentado a ellos.

—Tu muerte no hubiera protegido a tus hermanos. ¿Y no es pecado despreciar la propia vida? La Biblia lo prohíbe. Quiero decir que podrías ingresar en cualquier momento en otro monasterio. Seguro que te impondrán una penitencia, pero estoy convencida de que te perdonarán. Hasta entonces te puedes quedar gustosamente con nosotros.

«¡Quédate! Me gusta que estés junto a mí», hubiera preferido decir, pero el miedo y el decoro me echaron atrás. «¡Eres tan bello como una de tus ilustraciones, Tomás, no me canso de observarte, de oír tu voz, de ver cómo tus manos vuelan sobre el pergamino con el carboncillo y el pincel y crean obras maravillosas, esos finos y largos dedos! A tus ojos me siento de nuevo joven. Me haces reír, lo que había

olvidado por completo, antes de que llegaras a mi casa. A mis ojos no hay nada feo en ti».

Me convencí de que no se trataba de un deseo impúdico. Él solo me tocaba de forma inocente. Cada vez me contaba historias nuevas y más extrañas. No le creí nada, pues sabía exactamente lo que pasaba: nunca en su vida había hecho algo malo. Y si lo hubiera hecho, lo consideraría como algo bueno.

Asintió con la cabeza y alzó de nuevo la pluma.

—Quizá deberías a pesar de todo cumplir con tu juramento para con tu abad y buscar el libro —le dije en su lugar.

¿No era mi obligación recordárselo, apoyarle en la búsqueda de la curación de su alma? Últimamente, cuando pensaba en mi querido esposo, apenas podía acordarme de su rostro. Y eso me asustó. Por ello, con más celo se lo recordaba al monje renegado.

—Sí, quizá debería hacerlo —dijo tranquilamente, un poco como de pasada.

—¡Y también deberías ir a la Sainte-Chapelle y solicitar el perdón! ¿Qué pasaría si de repente te ocurriera algo y no hubieras hecho las paces contigo mismo?

—Un día de estos...

—¡Pronto, Tomás, pronto!

Asintió con la cabeza muy despacio y continuó añadiendo minúsculas ovejas a una masa nebulosa. Yo me concentré en mi trabajo y terminé una cantidad aceptable de páginas hasta que oí un estruendo frente a nuestra casa. A causa de las malas experiencias de los últimos tiempos, solté enseguida la pluma y el cuchillo, me desprendí del mandil y corrí escaleras abajo hacia la calle.

El estrecho callejón se encontraba atestado de personas y burros cargados hasta arriba.

—¡Aldo!

Vi cómo se bajaba del animal, le hice una señal y me abrí paso entre el gentío.

—¡Ay, Aldo, no sabes cuánto lo siento! Han detenido a tu madre.

—Ya lo he oído —me contestó sin dar señales de gran nerviosismo—. ¡Eh! ¡Tú! Ten cuidado con esos fardos. ¡Cómo rompas algo te lo descontaré de la paga!

No conocía ese tono de voz en Aldo. Los portadores arrastraron los sacos uno por uno hacia dentro, así como fardos de paños, prometedoras cajas y un arca cerrada.

Seguro que intentaba ocultar su dolor por virilidad. Debía de estar trastocado.

—¡No sabes cuánto lo siento! Cuando se la llevaron yo no estaba en casa. Y te había prometido que cuidaría de ella.

Me miró con sus húmedos ojos de buey.

—Te agradezco el interés, vecina, pero está claro que no podías quedarte sentada junto a ella. ¿Y cómo hubieras impedido que los alguaciles desempeñaran su trabajo?

¡Tras estas palabras se encaminó a su oficina, su oficina! ¡Sí, se trataba sin duda de «su» oficina! ¡Vaya cambio se había producido allí! ¿Adónde había ido a parar el hijo apocado y torpe que no sabía distinguir entre los dátiles secos y la mierda de

conejo? Incluso andaba más erguido y ya no arrastraba los pies.

—Me alegra que no nos lo tengas en cuenta.

—¡No! ¡No pongas las jarras pesadas en la estantería de madera, que se caerá todo, «cretino»! —gritó Aldo. También se había apropiado del vocabulario de su padre.

Mientras anotaba veloz abreviaturas y cifras en una pizarra de cera me dijo:

—Ya me he enterado de que Elías y el hermano Tomás han dormido por la noche en la tienda, para protegerla de los... ladrones.

No culpó a los vecinos. Era un chico listo, al fin y al cabo quería seguir viviendo allí.

—¡Aldo! ¡Tu madre está en el Châtelet y necesita tu ayuda! El funcionario instructor se llama Truphémus. Se supone que tu madre envenenó a tu padre, pero es algo de lo que no la creo capaz, y además no disponen de ninguna prueba. Si le dices que formaban un buen matrimonio, a pesar de las ocasionales peleas, entonces ha de dejarla en libertad.

—Está bien, iré a verlo.

—¡Si puede ser, ahora mismo, Aldo!

—Hoy no tengo tiempo. Ya puedes ver todo lo que me queda por hacer.

Ahora sí que estaba sorprendida. ¿No se había enterado de lo serio de la situación?

—¡Aldo, se trata de tu madre! ¡Te necesita! ¡Si no vas a verla rápidamente, la van a torturar y quién sabe si sobrevivirá a ello!

—Mañana mismo iré.

Indiferente, fue anotando la entrada de mercancías: cinco fardos de seda cruda azul, cinco de lino egipcio, diez sacos de dátiles secos, treinta ristras de higos secos, un saco de alumbre, veinte de sal, un pequeño barril de nueces moscadas, treinta pulseras de cobre con piedras de color, cincuenta ánforas de aceite de oliva, tanto de pimienta, canela, piedras preciosas, loza de la mejor calidad, perlas... Los ojos se me iban.

—¿Y qué pasa con mi parte, Aldo? Encontrarás en los libros de tu padre que invertí quinientas piezas de oro en el cargamento.

Se volvió hacia mí y dejó caer la pizarra.

—¿El cargamento? Ah, sí. Lo siento de todo corazón, pero tal cargamento no existe. El barco fue apresado por los piratas frente a Beirut y hundido.

Me quedé petrificada con ese nuevo golpe del destino.

—¿Cómo? ¿Se ha perdido? ¿Y qué es todo lo que tienes aquí?

Señalé todas las mercancías amontonadas.

—¿Esto de aquí? Lo he comprado en Lyon con mi propio dinero, a un capitán que tuvo más suerte. Al fin y al cabo, tengo que seguir adelante, y para ello necesito mercancía —dijo Aldo con frialdad—. Sin embargo, para mostrarte mi pesar por tu pérdida te condono todas las deudas que tenías en la tienda.

Me hizo una reverencia y prosiguió contando sus pertenencias.

Apreté los puños. Me quedé un momento allí, en medio de ese almacén a rebosar, observando cómo una vez tras otra iba desenvolviendo paquetes y poniendo nuevas mercancías en exposición: incienso de color amarillo miel en una bandeja de cobre martilleada, azúcar moreno en sacos de cáñamo semiabiertos cuyos cristales gruesos relucían dorados en la penumbra, vasos esmaltados, vidrio, alfombras, cojines, especias...

—¡Nos ha engañado el muy miserable! —renegó mi madre un poco más tarde.

—No tiene que haber sido realmente eso. Está claro que necesita mercancías, al fin y al cabo regenta una tienda. Y si estaba en Lyon, ¿por qué no iba a abastecerse allí, aunque solo fuera por no haber hecho el camino en balde?

—¡Ponle una denuncia! —me instó.

—¿Otra más, madre? Ni doy abasto ni dispongo de los medios para pagar a otro abogado. En todo caso, le escribiré a un corredor de comercio que conozco. Él comprobará si Aldo realmente perdió el barco. Hasta que no me digan lo contrario, tengo que resignarme con lo que hay.

—Pero resulta muy extraño —se alteró también Marie— cómo el pequeño pillo se ha transformado tan repentinamente. Antes no sabía ni cómo se pone un pie delante del otro y ahora de repente se ha convertido en un gran negociante y lleva de cabeza a los demás como solía hacer su padre. Solo que él era más sincero y amable.

—No deberíamos hablar mal sobre él. Es muy posible que haya dicho la verdad. En todo caso, madre, ya he llegado al límite de mi sabiduría y de nuestro dinero. Ya es suficiente. He decidido vender las fincas de Memorantes, Perthes y Étrelles.

—Oh, no, allí siempre era todo tan bonito —se lamentó Céline, que había estado en un par de ocasiones con su padre en Perthes. Recordaba el verano y los días alegres en el campo.

—¡No! Cómo puedes —protestó mi madre—. Tu padre las compró por mucho dinero con el fin de garantizar nuestro sustento.

—Sin embargo, tal como están las cosas no dan ningún rendimiento y encima tengo que pagarle a la Corona los tributos. Tampoco me hace feliz —dije—. Es nuestro último capital activo. Después no haremos más que gastar el dinero hasta que se acabe. Pero es la única posibilidad de saldar nuestras deudas. Seguro que alcanzará para una pequeña dote para Céline. No nos queda otra salida. Y yo estoy igual de triste que vosotras.

Para mi sorpresa, mi madre cedió muy rápido.

—Está bien, hija, haz lo que consideres oportuno. También llega en el momento adecuado, pues he conseguido una invitación para una fiesta. Una *soirée* en casa de la marquesa de Caseneuve. Eso te animará.

«Acepta la invitación y no te impediré que hagas la venta», me decía su mirada. Ese era entonces el precio. ¿Por qué motivo esa noche en sociedad resultaba tan importante para ella?

—Cristina, te sentaría muy bien si volvieras a tomar parte en la vida de sociedad —dijo tía Marie. Mi madre le sonrió benevolente, como siempre que se comportaba conforme a sus deseos.

Sacó del arcón el vestido del abominable caballero. Me lo puse y constante que me iba un poco ancho.

—Oh, *maman*, estás muy guapa —dijo Céline—. Espera, lo ajustaré con unas agujas, en un momento te lo puedo estrechar.

—¿Y los calcetines de Jean? ¿Y el mercadillo?

—Mañana también hay mercadillo.

Jean no se atrevió a enfadarse. *Maman* tenía sin duda preferencia.

Poco más de una hora antes del anochecer enviaron un palanquín sobre un burro para recogerlos, con un acompañante a caballo. Tomás se despidió de mí en el estudio de trabajo.

—Espero que no tenga que volver a rescatarte —me dijo con una sonrisa familiar en los ojos.

—No lo creo si mi madre me acompaña. ¿Aún estás triste? Desearía no haberte preguntado. Y créeme, por favor: lo que me has contado no rebajará en lo más mínimo la buena opinión que tengo de ti.

Coloqué mi mano muy suavemente sobre la suya.

—Entonces está todo bien —dijo con un fervor acorde—. Aunque haya perdido todo mi honor y la mitad de mi fe, para mí sí que es importante que por lo menos tú me puedas ver con ojos amistosos y no solo compasivos —quise retirar mi mano enseguida, pero él la retuvo—. En mi vida he hecho algunas cosas mal, pero, por ti, Cristina, quiero convertirme en un santo.

«Es un niño», me dije al salir. Pero cuando me giré hacia él, con el fin de desearle buenas noches, vi al guapo y serio joven sentado allí y el corazón me palpó en el cuello.

Bajé rápidamente las escaleras en busca de mi madre, que ya estaba sentada en el palanquín y esperaba impaciente. El palanquín se puso en movimiento con un balanceo.

—¿Qué es lo que tenías que hablar aún con el fraile?

Mis mejillas ardían.

—Nada. Solo un par de apuntes sobre la lección que tiene que impartirle hoy a Céline. Y antes de que preguntes: la clase se dará en ausencia de la tía Marie.

Como si eso hubiera evitado algo. Marie se emborracharía en media hora y se dormiría. Pero de alguna manera yo consideraba a Tomás como mío y a Céline como una niña. Ni se me ocurría que pudiera surgir algo entre ellos dos.

Mi madre llevaba un vestido de satén negro con bandas violetas y una cruz de plata adornada con perlas de río. A través de los años ambas habíamos conservado algún par de fruslerías.

—Tienes buen aspecto, madre —dije. Estaba resplandeciente. Mi madre echaba

de menos las fiestas de la Corte. Desde la muerte de mi padre ya no se la invitaba a ellas.

El palanquín tomó el camino tranquilo hacia el puente de los Cambistas. Pasamos por la casa en cuestión y yo me incliné con la esperanza de descubrir a la inquilina.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que miras? —me preguntó mi madre.

—Oh, nada en especial. Es una casa que presumiblemente frecuentaba maese Massimo. Quería saber quién vive allí.

—Seguro que un prestamista, ¿quién si no?

—Seguramente tienes razón.

Cruzamos la Île de la Cité por la Rue St-Denis. Por allí se cruzaba el puente de St-Michel hacia St-Germain. No era una buena señal. La gente de bien y la aristocracia vivían en la margen derecha del río. Pero no quería aguarle la fiesta a mi madre. No era impensable que una familia de alcurnia tuviera su residencia en la orilla izquierda, ya que en todo caso quedaba dentro de los muros de Felipe Augusto, los viejos muros de la ciudad de los tiempos de los primeros reyes.

El palanquín se detuvo en un callejón sin adoquinar detrás del monasterio de los agustinos. Nuestro acompañante se bajó de su caballo y ayudó a mi madre a descender. Nos encontramos frente a una casa de tres pisos, construida en un estilo que hace cien años debía de haber sido moderno: gruesos muros, ventanas estrechas y tantos adornos, balcones y chapiteles que parecía la decoración de un torneo. Esta construcción grotesca se había ennegrecido con el tiempo o un incendio anterior. Eran dignas de atención unas asquerosas gárgolas que miraban fijamente desde arriba al visitante.

—Les ruego que me acompañen.

El sirviente abrió el paso hacia un gran recibidor, decorado con espadas cruzadas, lanzas, escudos abollados y pendones, ¡todo bastante *démodé*! Hoy en día se preferían bonitos tapices para la pared y elegantes jarrones.

Allí nos recibió una especie de mayordomo que nos acompañó hasta el salón. Una dama con un brocado verde salió a recibirnos, tan repleta de joyas preciosas de todo tipo que una no podía sino admirarla por la fuerza que tenía para mantenerse erguida.

—¡La marquesa de Caseneuve!

—Buenos días, buenos días, mi querida madame de Pizán. ¿Qué tal está su marido? ¿Y esta debe de ser su hijita? Encantadora, encantadora.

Se trataba de una mujer insípida de una edad indeterminada, una maestra en la retórica vacía con una sonrisa que se marchitaba enseguida. No llegaba ni siquiera a sus ojos. Había olvidado que tanto mi madre como yo éramos viudas o no se había tomado la molestia de enterarse.

—¿Aún sigue viviendo usted en la venerable torre Barbeau con esa maravillosa vista sobre el Sena?

Por cuanto yo sabía, nunca había estado allí.

—Escribo poesía —le dije bruscamente— y tratados sobre el arte de gobernar.

Eso debería haber provocado una reacción en ella. Las mujeres de nuestra sociedad no escriben sobre política. Mi madre me lanzó una mirada reprobatoria. Pero o bien nuestra anfitriona era demasiado moderna, al contrario de la casa, o bien demasiado sorda, pues lo único que dijo como respuesta fue:

—Encantador, encantador.

Saqué un ejemplar de las *Cien baladas* ilustradas por Tomás de mi ancha manga y se lo entregué, sin muchas esperanzas, pero porque así me lo había propuesto. Normalmente para uno supone un regalo si como poeta le puede entregar a alguien su obra y, como es natural, uno espera iniciar una conversación y recibir más encargos, si esta ha gustado.

Tomás se había esforzado de veras con las iluminaciones, realizadas en un estilo conservador con prolíferas cenefas, las iniciales inspiradas en todo tipo de seres fabulosos. Un regalo precioso. Lo miró por encima —«¡bonito, bonito!»— y se lo entregó al mayordomo que tenía a sus espaldas, el cual se lo entregó al lacayo, que lo hizo desaparecer por completo. De esta forma se esfumó toda una semana de trabajo, sin contar el tiempo que había invertido en su creación y composición. Quizá lo leería al día siguiente. La marquesa de Caseneuve no daba la impresión de ser una mujer leída, pero tal vez me equivocaba. Se deslizó hacia el siguiente invitado.

—Ah, monsieur de Quelconque, ¡encantador, encantador!

—Más de una vez le pidió a tu padre que le predijera el futuro. Acertó en todos los puntos. Ella se quedó muy impresionada.

—Qué pena que al final solo le contara cuentos al rey —se dejó escuchar una voz burlona junto a nosotras.

—¿De qué le hubiera servido a un moribundo la verdad? Era mucho más clemente ponerle ante los ojos un futuro más positivo. A eso se le llama compasión —contraatacó venenosa mi madre. Ya había tenido que oír ese estúpido reproche demasiado a menudo.

El interlocutor aplaudió afectadamente y se inclinó. Nosotras proseguimos nuestro camino.

Por lo visto se tenía previsto dar un concierto. En la siguiente habitación habían colocado un pequeño teatro con filas de sillas de terciopelo rojo, muchos mosaicos dorados y seda pintada colgada de las paredes, todo muy lujoso, solo que la seda estaba sucia y raída. En el minúsculo escenario, un niño delgado efectuaba unas acrobáticas contorsiones, mientras detrás un hombre (¿su padre?) hacía malabarismos con naranjas. Nos ofrecieron vino especiado. Eché un vistazo a la sala, mientras con cuidado iba dando sorbitos.

Mejor que ninguno de los otros reconocía los síntomas de pobreza. Los presentes pertenecían todos a la aristocracia, pero a la más baja o bien habían caído en desgracia. Todos iban bien vestidos, si se puede decir así, pero no a la moda. Los elegantes ropajes olían de forma penetrante a madera de cedro, para evitar las polillas. Evidentemente permanecían hundidos en arcones para ser utilizados tan solo

en estos eventos, donde se podían volver a mostrar en público.

Todo el mundo llevaba joyas, pero apuesto a que todas estaban empeñadas y las habían recuperado para la ocasión. Y aquí estábamos todos, con vasos plateados en la mano, intentando demostrar mediante un palabreo informado que uno seguía estando presente, que conocía a los dueños actuales de prebendas y cargos. Actuaban de acuerdo con la ridícula convicción de que la fama se contagia. Y parecían estar interesados básicamente en catástrofes.

—Lo habéis oído, queridos, ¡el rey ha sufrido un terrible ataque! No sabía quién era. Insultó a la reina y le gritó: «¡Quién es esta mujer que me persigue! ¡Averiguad qué es lo que quiere y alejadla de mí! ¡Lleváosla de aquí!».

Recordé con tristeza cómo el joven rey se había enamorado en su momento de su esposa alemana, a pesar de que era torpe y nada elegante y tenía la nariz larga.

—Sí, imaginaos que en su estado a la única persona a la que permite acercarse es Valentina Visconti.

—Yo también dejaría que ella se acercara a mí, es un bocado delicioso.

—Seguro que el rey ya ha probado esta golosina.

—Bueno, ¡yo preferiría no probar de ese manjar! Se dice que le ha robado al rey el entendimiento mediante brujería.

—¡No, lo ha domesticado con veneno, y por eso ahora le come de la mano!

De la infelicidad se habían vuelto envidiosos y no podían mantener la boca cerrada sin antes soltar una maldad. Ahora le tocaba el turno a Luis de Orléans, el hermano del rey:

—¡A su marido también le gustan las golosinas! ¡He oído que ahora es la mujer del conde de F. la elegida!

—¡Y la Visconti está sola, pobre Valentina!

—Ven, quiero presentarte a alguien.

Mi madre me tiró de la manga. Obediente como un cordero, la seguí, teniendo en cuenta que había cedido en el asunto de la venta de nuestras propiedades.

—¿Ese de allí? ¡Madre! ¡No lo debes de decir en serio!

Ya nos estaba mirando, y por eso enseguida tuve claro que también en este caso se trataba de una transacción. Una vez más iban a mercadear conmigo.

Aproveché la pausa para darme la vuelta. Mi madre corría con sus pequeños pasos junto a mí:

—¡Qué comportamiento es ese! ¡No puedes dejar al hombre plantado así como así!

—Madre. ¡Ese tipo tiene setenta años, si no más! ¡No me llega a los hombros y tiene el aspecto de una versión envejecida y maligna de un pequeño duende!

Un par de invitados se giraron hacia mí. Cuchichearon y oí unas risas.

—¡Ya se están riendo!

—Me da igual.

—¡Te fijas mucho en lo externo, el hombre es un barón y es muy ilustrado! Me ha

dicho que se alegra mucho de que pueda mantener contigo conversaciones eruditas. ¿No te quejabas de que a tu último pretendiente no le gustaban los libros?

—¡Es demasiado viejo!

—Tiene gusto y estilo y nos puede ofrecer la vida que nos merecemos.

—Que te mereces tú.

—No seas odiosa, Cristina, solo quiero lo mejor para ti. No eres feliz, lo noto. Y piensa también en Jean y Céline, ¿les quieres estropear la posibilidad? Céline podría tener un preceptor en casa, un preceptor «de verdad», y no a ese fraile —me reprochó mi madre, venenosa—. ¡Y Jean podría estudiar en Bolonia! Piénsatelo bien.

Había llegado a la sala de los estandartes. Me detuve.

—Madre, que él nos pueda ofrecer algo lo pongo en duda. ¿No has mirado a tu alrededor? Son todos unos pobres diablos con títulos que no valen nada, con reivindicaciones imposibles de satisfacer y un concepto sobredimensionado de su propia importancia, gente que simplemente no puede librarse de ello. Nosotras también somos unos pobres diablos, pero por lo menos sabemos adónde pertenecemos.

Mi madre era como un hurón en una jaula de conejos: ya había hincado los dientes y no dejaba escapar su presa.

—Está bien. Puedes negarte a ello. Sin embargo, al menos deberías ser cortés con tu anfitriona y darle conversación durante esta noche, solo esta noche, a este hombre. ¡Te lo ruego, Cristina! No te pido más.

Vacilé. ¿Por qué no hablar? ¿Quizá se trataba de alguien realmente ilustrado y tenía cosas interesantes que decirme? Nunca se podía saber. La pobreza y la ilustración van juntas de la mano como el asado y la salsa, así como la vida del artista y la pobreza están hechas del mismo material.

—Aristóteles era pequeño y feo —dijo mi madre, y logró convencerme.

¡Ay, Aristóteles! Le guardaba un poco de rencor por haber iniciado la guerra contra la naturaleza femenina, pero todo genio tenía sus puntos débiles.

—De acuerdo, madre. Que esta velada transcurra dignamente.

Volvimos sobre nuestros pasos bajo los pendones apolillados de torneos tiempo ha olvidados, a través del salón, donde se encontraba sobre el escenario el niño, que mientras tanto se había hecho un nudo. El barón estaba en el mismo sitio esperando. Mi madre me arrastró tras ella.

—*Siuer* de Lubrique, os presento a mi hija Cristina. Cristina, el barón de Lubrique.

Él hizo una reverencia, yo una genuflexión.

—Sois una dama dispuesta a luchar —me dijo.

—¿A qué os referís?

—Oh, habéis causado un bonito torbellino en el barrio universitario.

De él surgió la risa plena y satisfecha de un sibarita, desde bien adentro, no las tosecillas y los chillidos superficiales de los adúladores que nos rodeaban.

—¿Con la *Epístola al Dios del Amor*?

—¡Con qué si no! ¡Un ataque al *Libro de la rosa, alors!* ¡Estáis sacudiendo los cimientos de la sociedad!

—¿De toda la sociedad? Solo quiero que cese el considerar siempre a la mujer como culpable. Las mujeres son las seductoras y por ello volubles y taimadas. Debemos poner en su sitio esas mentiras embellecidas con ilustración y volver de nuevo a la antigua caballerosidad.

Me miró desde abajo y sonrió complacido.

—Y eso es exactamente sacudir la legalidad de la sociedad. Los caballeros pertenecen al pasado, la Universidad es el futuro.

—No atisbo a ver qué es lo que impide a los profesores comportarse con decencia. Y en primer lugar la Iglesia, ¿por qué es tan hostil con nosotras? Con la Universidad no son tan groseros, al contrario.

El barón alargó la mano sin mirar y dejó que le sirvieran un nuevo vaso de vino. Parecía no parar nunca de beber o introducirse un bocado en la boca sin dejar de hablar inteligentemente.

—Por desgracia, en un punto sí que coinciden la Universidad y la Iglesia: no quieren a las mujeres entre sus filas, porque temen distracciones.

—Más bien competencia —dije yo enfadada.

El barón siguió riendo.

—Sois apasionada y eso me gusta, a pesar de que la mayoría de los hombres lo desaprobaría. Veámoslo así: la Iglesia, que rige nuestras vidas y óbitos, ve a las mujeres como su competencia, sí. Pablo dejó dicho que él hubiera preferido no haberse casado. Le resta concentración y fervor a la fe. Y con el fin de atraer hacia sí a los hombres, los seguidores de Pablo les demuestran que las mujeres son malas y por el contrario la Iglesia pura y buena, ¿lo entendéis? Y vos sois mujer (¡inmensa!) y argumentáis demasiado bien para que se os deje simplemente a un lado. ¡Os felicito! Pero es algo muy peligroso para vos.

Ay, cómo me gustaba que me llamaran peligrosa, ya que durante demasiado tiempo me había sentido como alguien débil y entregada. El barón era en verdad un hombre inteligente. ¡Y había leído algo mío! También parecía el único entre esa colección de perdedores al que materialmente le iban bien las cosas. Lo noté en la determinada naturalidad que irradiaba. Debía de pertenecer a la pequeña aristocracia, pero no le faltaba de nada y no tenía ninguna razón para la envidia. Observaba divertido y desde la distancia la sociedad reunida allí. ¿Por qué quería juntarse con esa jauría? Un par de mujeres le lanzaban miradas tentadoras.

—He leído con gusto *El libro de la rosa*, espero que no me lo toméis a mal, madame. Con todo... —pasó a citar y su voz se convirtió en un zumbido voluptuoso—. «Abre los pétalos de tu flor, derrama unas semillas en su centro y explora el cáliz hasta sus más profundos abismos». Esto es realmente poético y dicho de manera exquisita...

Mis mejillas se pusieron coloradas.

—Yo no lo encuentro de ninguna manera poético. Las palabras bonitas son únicamente un pretexto de este hombre para avergonzar a la mujer. Lo único que busca es satisfacer lo más rápido posible sus deseos. Y para ello cualquier medio es válido. ¡Qué egoísta!

Se escuchó de nuevo esa risa sibarita y profunda.

—¿Es que no les gusta a las mujeres?

—Seguro que sí, pero en el momento y con el hombre adecuados. Sin embargo, Meung habla de que cada mujer está hecha para cualquier hombre y yo profetizo que, si todo evoluciona así, finalmente ya no disfrutará de ningún respeto, cuando antes siempre se invirtió mucho esfuerzo en remarcar su castidad como un valor esencial.

—Estad segura de que contáis con mis respetos, madame Cristina.

E hizo una cortés reverencia.

Si no hubiera sido tan mayor y si no hubiera tenido esos desproporcionados bultos bajos los ojos, que denotaban una vida pasada de excesos; si su boca no pareciera tan ávida con ese labio inferior laxo y grueso. Sus despiertos ojillos negros de cerdo resbalaban por toda mi figura. Su risa me era incómoda. Bebía rápido, le hacía una señal a un paje y dejaba que le llenaran de nuevo la copa, antes de que diera inicio el concierto.

Mi madre me dejó en la estacada. Los músicos se colocaron en el escenario. El mayordomo de nuestra anfitriona nos deseó diversión, mientras los pajes apagaban las velas de la sala de espectadores. Miré en busca de mi madre. Estaba sentada muy atrás y me hizo una señal.

Volví a mirar hacia delante. Lubrique se inclinó mucho hacia mí con el pretexto de susurrarme algo.

—¿Qué música os gusta? ¿Os gusta la música sensual?

Me llegó su aliento a vino. Negué con la cabeza e intenté deshacerme de él. Se dio por aludido y volvió a enderezarse en su asiento. Los músicos empezaron a tocar, él cogió mi mano, la guio hasta su boca y empezó a chupar mis dedos. La retiré.

—Por favor, monsieur, no —murmuré intentando no ser demasiado desagradable. Pero entonces empezó a manosear mi muslo, extravió su mano en mi escote y finalmente, cuando pensaba que me quería susurrar algo, se inclinó hacia mí y de repente noté un caracol húmedo en mi oreja.

Eso era demasiado. Le solté una bofetada al libertino, me puse en pie y me abrí paso entre la fila hacia la salida. De la hilera surgieron risas y los músicos dejaron de tocar irritados. Mi madre vino tras mis pasos.

—¿Qué has hecho de nuevo? —me preguntó, pero estaba demasiado furiosa para responderle y me precipité hacia la salida.

Naturalmente no nos esperaba ningún palanquín con acompañante para el camino de vuelta. Me había comportado de forma demasiado impertinente. Había luna nueva, estaba completamente oscuro. Solo contábamos con la mortecina luz de las ventanas

de las casas, cuyo resplandor no era ni mucho menos suficiente para esquivar las inmundicias. ¿No era esa la mejor prueba de lo que había dicho sobre *El libro de la rosa*? Un hombre hace algo indecoroso y la mujer es culpable de ello e incluso las mujeres así lo creen. El asqueroso barón de Lubrique tiene mucha razón: no es solo una cuestión de esa novela, sino que la novela es un reflejo de la sociedad y su éxito precisamente en esta sociedad aporta una luz sobre nuestros tiempos. La voy a combatir con la pluma bien afilada y buscaré compañeros de armas. Al menos también existen hombres inteligentes y decentes.

Mi madre resollaba siguiendo mi paso, así que reduje mi ritmo.

—¿Qué es lo que ha pasado? Al principio estabas conversando con él muy animadamente.

—Lo que ha pasado es que ha manoseado la mercancía tratando de pasar inadvertido con unas maneras nauseabundas.

Mi madre calló durante un rato. A cada esquina debíamos agacharnos para pasar por debajo de las cadenas. El rey estaba en Beauté-sur-Marne, así que la orgullosa París había extendido sus barreras.

—Bueno, una siempre se puede equivocar —dijo finalmente, abatida—. Un hombre tan ilustrado. Pensé que era el indicado para ti. Seguro que él no te hubiera prohibido los libros como ese innombrable de Grossetête. Se dice que el barón de Lubrique es muy rico.

Esa era la razón por la que las jóvenes le lanzaban esas miradas. Él estaba allí solo de caza, tenía ya otra del brazo y se divertía a mi costa.

—¡Madre, quizá podrías poco a poco cesar en tus actividades de alcahueta! En cada ocasión te has equivocado: uno de ellos era vanidoso, imbécil y altanero; el otro, un violento y quemalibros; el siguiente, un lascivo y viejo cadáver andante.

—¡Cristina!

—Es justo eso. Últimamente gusto de llamar a las cosas por su nombre. ¡No quiero volver a casarme! ¡Con nadie! ¿Me he expresado lo bastante claro?

No debería haberle hablado a mi madre en ese tono, pero estaba encendida de cólera. Además, ella no se dejaba intimidar por nada ni por nadie.

—¡Pero si yo solo quiero lo mejor para ti! ¿Crees que puedes llegar a hacer algo en este mundo sin un marido? Pierdes los juicios uno tras otro. Aldo te ha engañado, lo que nunca se hubiera atrevido a hacer con Étienne. Tus hijos necesitan un padre. Mira a Jean, cada día se vuelve más desvergonzado, porque le falta la disciplina que le puede aportar un hombre. En lugar de pensar en el bien de tu familia, malgastas el tiempo y el dinero en el vano intento de convertirte en escritora. ¡Eres vanidosa y desconsiderada!

Sus palabras me afectaron. Seguimos caminando en silencio. Pensaba: ¿tiene razón?, ¿no debería intentar buscar un camino propio y nuevo?, ¿debía conchabarme con un hombre al que no quería?, ¿y tenía derecho a romper mi juramento de lealtad a Étienne, por muy precipitado que este quizá hubiera sido?

Mi madre nunca se cansaba de criticarme. ¿No debería apoyarme, promover mis intentos de escritura, incluso, por qué no, alabarlos, por qué no? ¡Siempre que se refería a mi trabajo lo llamaba «mamarrachada» o «garabato»! Cuando yo terminaba algo, me decía: «¿Quién leerá eso?». ¿Por qué no me era tan leal como lo había sido con mi padre o con Étienne? ¿Porque solo era su hija? Ella también había sido únicamente una hija.

¿Y por qué no leía un libro de vez en cuando? ¿Quién diablos iba a utilizar todos esos pañuelos de lino bordados?

Cruzamos el puente de St-Michel. Triste, miré hacia el agua.

Contemplé a mi madre desde un lado, siempre tan desapacible, siempre tan inflexible. Lloraba en silencio.

Y entonces entendí de golpe por qué no podía darme la razón: ¿no sería que entonces pondría en duda en último término su propia existencia? Mi madre solo podía leer lo necesario y escribir notas de compra. Había mantenido a esta familia sin libros, filosofía ni grandes ideas, la había mantenido unida, se había subordinado a todos. Si ahora hubiera admitido que para una mujer era posible una vida completamente distinta, entonces tendría que compadecerse de lo que ya no tenía remedio. Para eso era demasiado orgullosa y obstinada.

—¡Madre!

Frente a Notre-Dame la abracé.

—Perdona, madre —dije—. No quería ofenderte. Te estoy agradecida por lo que has hecho por la familia continuamente. Pero desde la muerte de Étienne me ha cambiado el mundo. Yo no me lo he buscado, el destino y las personas han trabajado en mí como el río en un guijarro, al que rompe, amola y pule. No puedo ser como tú. ¿No podemos ser diferentes y a pesar de ello gustarnos?

Primero se quedó rígida entre mis brazos; también estaba ofendida. Tras un largo rato, se relajó y me palmeó para tranquilizarme la espalda, como si fuera un bebé con hipo.

Calló y yo la solté. Entre nosotras solo podía darse una tregua. Proseguimos el camino.

Únicamente cuando acabábamos de llegar a la torre Barbeau volvió a hablarme:

—He leído todo lo que has escrito. Cuando no estabas en casa. Está esparcido por ahí a la vista de todos. Lo que escribes sobre el arte de gobernar no me parece adecuado para una mujer. Pero los poemas me han gustado.

XII

Nos habíamos apropiado del estudio de mi padre y compramos un par de ollas remendadas. Habíamos puesto en marcha el atanor, un monstruo de hierro en forma de torre en cuyo vientre se alcanzaba un calor regular y templado que facilitaba la fabricación de colores y colas. Héloise estaba contenta de tenernos lejos de su cocina.

Tomás reducía a polvo en el mortero un trozo de lapislázuli calentado. Siempre me había sabido un poco mal, porque la piedra tiene un color tan increíble, un azul suave y profundo como la cúpula del cielo en una noche templada y clara tras la puesta del sol. En nuestra tierras, las piedras son grises, rojizas o pardas, y cuando vi por primera vez un lapislázuli, pensé que estaba pintado. He oído decir que en Persia se pintan las fachadas enteras de las casas con malaquita, en azul celeste y oro, pero apenas me lo puedo creer, porque la piedra es carísima. Seguro que en Persia hay más gente pobre que rica.

Estuvimos largo tiempo buscando la piedra. Al principio no hubo manera de hallar ni el más pequeño trozo. Y de repente se encontraba a la venta en los tintoreros de la ciudad. Una sospecha nació en mí: ¿no había querido cargar el genovés lapislázuli en nuestro barco al atracar en Beirut?

—Alcánzame la cera blanca, Cristina, te lo ruego.

Ensimismada en mis pensamientos, le alcancé la cera de abeja calentada para decantar el polvo azul.

—No se debe machacar demasiado fino, si no, sale un tono más claro. Necesitamos un tono de azul intenso y pleno como el del manto de la madre de Dios.

Lamentaba un poco que en ese proceso se retiraran las relucientes laminillas de pan de oro, pero debía hacerse. La mica ensucia el azul y produce una superficie irregular áspera.

¿De dónde venía de repente todo ese lapislázuli si no era de nuestro barco?

—¿Tú crees que Aldo hubiera sido capaz de quitarse a su padre de en medio? —le pregunté a Tomás. Vertió la masa azul en un fino cedazo y a continuación comprobó su consistencia con las puntas de los dedos azules.

—Yo también me lo he preguntado. Es el único que ha sacado provecho de ello.

«Quien roba y engaña a una viuda, también es capaz de asesinar», pensé enojada.

Tomás mezcló la papilla de pigmento con clara de huevo e hizo una prueba.

—No creo que Aldo fuera capaz de ello —opinó él—. Es demasiado lento. Simplemente no tiene la energía que hace falta para planear algo así. No dudo que por rabia fuese capaz de asesinarlo. Pero, de alguna manera... no me lo puedo imaginar... ¡Un poco demasiado fino! ¿No crees que hay que añadir algo más de polvo?

La pasta de color había dejado una banda ancha sobre la cara blanqueada y pulida

del pergamino de cabra que se secó enseguida. Tomás sopló suavemente por encima. El azul era lechoso, pero en el centro nadaba más de una partícula de pigmento, mientras que hacia fuera se formaban bordes más finos y blancos.

—Sí, sí, tranquilamente puede ser algo más intenso. Lo que pasa es que encuentro poco satisfactorio que uno no sepa la verdad.

Confieso que no se trataba únicamente de mi espíritu justiciero para con Berthe.

—¡La verdad! —Tomás rio—. Una gran palabra, Cristina. ¿Qué verdad? Aldo tiene su verdad, Berthe tiene la suya y tú y yo una distinta. Para comprobar si una afirmación es verdadera o falsa hay que saber bajo qué prisma está el punto de vista del otro.

—¿Y eso cómo es posible? —le pregunté—. Una cosa ha ocurrido o bien no ha ocurrido. Muy simple.

—Mira esta superficie. ¡Es perfecta! Suficiente para la coleccionista de arte más mimada.

La nueva prueba, más ancha que la anterior, mostraba un azul intenso y regular de una intensidad opaca, como si la mancha de color bajo el pergamino surgiera alimentada por un océano imaginario.

—¿Me puedes rallar diez trozos de goma de cerezo, por favor? La receta dice que hay que utilizar resina blanca, pero opino que el tono pardo hará el color más intenso.

Cogí un trozo de resina y empecé a rallarlo con un rallador de cocina de cobre con cuidado para no dañarme las yemas de los dedos.

—¿Qué pasa con la verdad? —le pregunté.

—¿Son realmente las personas capaces de entender qué es la verdad? ¿No vemos siempre únicamente una obra incompleta? ¿Y no están siempre nuestros sentidos prisioneros, nuestra mirada limitada? Piensa en la diferencia que existe entre que alguien observe los actos de un semejante con simpatía o con enemistad. Ahora, como crees saber algo malo sobre Aldo, estás predispuesta a juzgar todo cuanto ha hecho de manera negativa. Añade, por favor, un par de gotas de vinagre de vino, gracias. Ahora vamos a espesarlo, después añadiremos pigmento de aurita, azafrán y polvo de cuarzo. De esta forma la superficie brilla y le confiere un efecto metálico.

—Ahora mismo estás fabricando una mentira, ¿verdad?

—¿Por qué? Yo no he dicho que se trate de *aurum*, sino de pigmento de aurita. El ojo del observador espera oro y ve oro. ¿No se trata entonces de oro para el observador?

—Se trata de una ilusión.

—Que en este momento para el observador es la verdad. Es lo que él piensa que es. Es eso a lo que nosotros damos un nombre y significa eso para lo que se aplica el oro: el sol, la sabiduría, lo divino, el Reino de los Cielos —dijo riendo por lo bajo—. No por nada la ilusión, el autoengaño, la iluminación y el esclarecimiento tienen la misma raíz.

—Ese razonamiento me parece muy puntilloso. El oro es oro, y esto es pigmento

de aurita, esto es azafrán y esto una vesícula de tortuga. Y también me gustaría saber cuánta verdad hay en las historias que me cuentas sobre ti mismo.

—Las historias de la vida son un buen ejemplo de las verdades terrenales: cada uno añade a las historias de su vida, formadas a partir de hechos irrefutables, pequeñas pinceladas de color según sus propias necesidades. Para él al final es todo verdad y se convierte en parte de su personalidad y finalmente en una de sus verdades. El oyente por el contrario mezcla lo oído con sus propias vivencias y de ello sale algo diferente.

Molió un pequeño cuarzo de cinco caras.

—Mis dibujos son también mentiras, si así lo prefieres. Yo pinto, por ejemplo, un árbol. Pero no es un árbol. Representa todos los árboles, pero no uno en concreto, así que no es un árbol. Sin embargo, en ti despierta la esencia de todos los árboles, la representación de sombra, del verde versátil de la copa, de pajaritos en sus ramas, incluso de frutos. El árbol es protección, una fuente de alimentación, y como árbol de la vida, la conexión con el cielo. Solo te llevará al error el orientarte únicamente por la así llamada realidad, ya que solo se trata de representaciones.

—¡Sí, sí, querido! Lo sé, todas las cosas son más de lo que parecen, se extienden desde aquí hasta el más allá y no nos está permitido comprender del todo la verdad. Solo Dios es depositario de la verdad. Pero yo no quiero las últimas verdades, sino una muy sencilla: ¿quién tiene a Massimo, el genovés, sobre su conciencia? Ya volveré más tarde sobre tu verdad personal, Tomás.

—¿Sobre su conciencia? Ahora sí que eres realmente pretenciosa —se burló Tomás—. Quizá fue su madre. Es muy posible, si uno valora todas las posibilidades. Alguien asesina a una persona, porque esta persona tiene una cualidad incómoda que le confirió otra persona cuando era pequeña. ¿Y qué pasa con aquel que fabricó el arma o que produjo el veneno y lo vendió? ¿Cuán culpable es aquel que descubre un veneno y se lo cuenta a otro? Quizá sepamos de quién fue la mano que le administró al genovés el agente asesino, pero quién es culpable de ello es una cuestión muy compleja. Yo siempre he preferido dejarle la cuestión última de la responsabilidad a Dios.

—¡Cristina! Baja —gritó la tía Marie desde el último escalón—. ¿Has olvidado que tenemos que ir a la modista?

Sí, me había olvidado por completo de la prueba. Tomás había mantenido su promesa. Efectivamente, y después de todos mis esfuerzos, había recibido una invitación del todo inesperada de la duquesa de Orléans, Valentina Visconti.

—Dale esta noche a Héloïse tu hábito para que lo lave. ¡La verdad es que deberíamos encargarte uno nuevo! Este está demasiado raído. ¿Verdad que me acompañarás al Hotel d'Orléans?

Tomás rechazó la invitación.

—¿No quieres ver a tu paisana, que tanto admira tu trabajo?

Su pluma acababa de dibujar una minúscula montaña, con dos picos, uno más alto

que el otro, y rocas escarpadas, cuyas faldas más suaves iban a parar a un valle repleto de árboles. Ya que yo había visto el borrador, sabía que en primer plano iban a su encuentro dos jinetes, mientras que en el centro un pastor, con capote marrón y un sombrero de ala ancha, y apoyado en su cayado, vigilaba su rebaño de ovejas. Todo ese decorado no sería más grande que mi meñique.

—No, entre su séquito hay gente que solo volvería a ver a disgusto.

Blanka estaba sentada en el umbral de la puerta. Enseguida entraría y se revolcaría en la paja. Tomás aborrecía este comportamiento y a los gatos en general, pero cuanto más los evitaba más solícitos lo acechaban.

En la escalera me encontré con *Yolanthe*, la gata romana de ojos amarillos, que naturalmente se dirigía arriba. Oí cómo algo aterrizaba violentamente en el suelo y una exclamación de cólera. Y mientras el hermano Tomás, asediado por los voluptuosos gatos, hacía los últimos retoques en el libro que debía recibir como regalo Valentina Visconti, y para ello molía bonitas piedras y cristales con el fin de hacer la mezcla del oro de mentira, yo me dirigí con Marie a una modista de primera línea. La Visconti cultivaba una Corte exquisita y yo no quería dar una impresión de raída y fuera de lugar. El vestido del chevalier Grossetête podía servir para una pequeña velada, pero se había hecho según su gusto algo provinciano. No me lo quería poner para ir a la Corte.

Los nuevos vestidos suponen para la mujer, así se lo había explicado al joven monje, lo que los títulos, el dinero o las espadas heredadas para los hombres. ¿Vanidad? No, más que eso, una muleta. Un vestido nuevo te ayuda a superar tus propias dudas. Un vestido nuevo te realza, te permite andar erguida y orgullosa, con los ojos brillantes. Cada mujer es una reina en un vestido nuevo. Se trata de un encantamiento que, por desgracia, solo es efectivo cuando se lleva por primera vez. Después se vuelve a necesitar uno nuevo.

La modista tenía su estudio en St-Merri, entre los viejos muros de Felipe Augusto y los de Carlos V. Se trataba de un barrio relativamente nuevo, con ricas y bonitas casas que según se decía tenían sus propias letrinas. Las calles estaban bastante limpias y el alcantarillado funcionaba. Incluso de tiempo en tiempo las limpiaban con agua, por lo menos allí por donde pasaba el rey. A pesar de ello se oían los gritos de «*Gare, gare, gare!*».

—Tengo la garganta completamente seca de andar —se quejó mi tía. Le compré una jarra de vino a un vendedor ambulante.

—¿Ya has sacado algo en claro sobre Berthe? —me preguntó cuando proseguimos nuestro camino.

—Nada nuevo; desde hace un par de días no puedo dedicarme al asunto. ¡La última vez que estuve allí me atreví a hacer una insinuación en contra de Aldo!

Tía Marie reprimió la risa colocando la mano delante de la boca, con lo que no se veían sus dientes delanteros picados.

—¡Oh, seguro que has tenido que aguantar una buena bronca! ¡Eh, tú, ve con

cuidado!

Un burro la había rozado con su carga. El arriero, un pequeño joven, escondió la cabeza y prosiguió su camino.

—¡En efecto! Primero me gritó que qué me pensaba, si mi intención era culpar de alguna manera a Aldo. Que es un buen chico. No me rogó que no me metiera en sus asuntos, más bien me lanzó unas cuantas impertinencias. ¡Encima que le llevaba vino y pastel!

—Ya te lo he dicho, solo desperdicias las buenas cosas.

—¡No quiere ver que Aldo se comporta de forma muy extraña! Hace tiempo que le he dicho que debe procurarse un abogado para su madre. ¿Lo ha hecho? No hasta el día de hoy. ¡Le he descrito de forma conmovedora cómo su madre está sentada allí en la miseria! ¿Ha ido a visitarla? Ni una sola vez. ¿Fue a ver a Truphémus para declarar a su favor?

—¿Y quién declararía a su favor? Una vieja puta es lo que es.

Marie le tenía especial tirria a Berthe, porque de todos nosotros se sentía la peor tratada como pobre diablo y pariente sin fortuna.

—¡Sí, pero su propio hijo, Marie, piénsalo! No mueve ni un dedo para ayudarla y ella además lo defiende. «No tiene tiempo para hacerme una visita, tiene que ocuparse él solo de la tienda, el pobrecito», dice. «No todo el mundo dispone de tanto tiempo como tú». ¡Imagínate! «Un abogado cuesta dinero y no hace más que empeorarlo todo, con el fin de sacar el máximo provecho económico», añade. «Aldo hace bien en guardar el dinero». A sus ojos no puede hacer nada mal. Siguió insultándome y empezó a gritar, a lo que el guardia le amenazó con que si no paraba le arrancaba la lengua. Acto seguido se arrodilló sobre la tierra ante mí y empezó a pedir ayuda: «¡Cristina! ¡Cristina! No tengo un carácter agradable y nadie me aguanta. Ya sé lo que se dice a mis espaldas: sucia criada, bruja asquerosa, montón de mierda, agarrada, antipática, canalla. Y cada uno de estos insultos me lo he merecido tres veces. ¿Te piensas que no lo sabía? ¡Tú sin embargo eres una buena persona! ¡Eres la única de la que puedo esperar algo! ¡No me dejes en la estacada, Cristina!». ¿Qué puede hacer una si le ruegan de esa manera? Ese calabozo era simplemente un espanto.

Finalmente había visitado la capilla de St-Jacques y me senté para tranquilizarme en un banco frente a la Madre de Dios.

«Me sigue sacando de quicio —le confesé al rostro liso y tranquilo de la Virgen—. Me dirijo a Berthe con el firme propósito de no perder la calma, pero al final de la conversación acabo rabiosa y mi aversión hacia ella es total. Y entonces me arrepiento de odiarla de ese modo y me siento aún más responsable de hacer algo por ella. ¡Santa Madre María! Se hace muy difícil ayudar a una persona que no es más que un dechado de descortesía».

«Es muy fácil, y por ello sin valor divino, comportarse de forma amable con la gente buena —me regañó muy suavemente la Madre de Dios—. Siempre deberías ser

amable y caritativa. ¿Y quién lo necesita más que una persona que es fea de cuerpo y alma? ¡Da y recibirás!».

«¿Puedo preguntarte algo personal, María?».

«Sí, pregunta».

«¿En tu época a las mujeres las trataban tan mal como hoy en día?».

«No, la verdad es que no».

«Entonces se puede entender que seas tierna y yo colérica».

«Sí, es entendible, también perdonable, aunque el Señor nos exige humildad. Si me preguntas a mí, puedo entender tu rabia. En todo caso la ternura te dará mejores servicios. Darás con los mejores argumentos con la cabeza fría».

¿Sonreía un poco más? ¿Se habían elevado las comisuras de sus labios un poco?

«¿Les irá algún día mejor a las mujeres?», le pregunté, ya que se había decidido a hablar conmigo.

«Mucho mejor, pero no vivirás para verlo, Cristina. A ti se te ha encomendado echar las semillas en la tierra. La cosecha la recogerán otros».

Eso no lo encontré muy satisfactorio. Recé por tener humildad, pero inútilmente. En mis escritos reflejo mi faceta de quejosa y benigna.

Mientras caminábamos por las calles pensaba en Jantipa y todas las otras supuestas mujeres malas. A menudo las mujeres son desacreditadas como ásperas, ¿y cómo no iban a serlo si continuamente tienen que estar defendiéndose? No obstante, cuando veo a Berthe, pienso que también en la más bonita cesta de fruta debe haber frutos agusanados.

La tía Marie me paró de repente cogiéndome con fuerza del brazo.

—¡Aquí es! ¿Ya estás soñando de nuevo?

Habíamos llegado al taller de la modista. Mi madre lo había descubierto. Había trabajado como cosedora para la modista de la Visconti y allí había aprendido el oficio. Sostenía que podía confeccionar vestidos tan bonitos como los de su patrona, pero, como aún no se había hecho un nombre, trabajaba por la mitad de precio.

Llamamos a la puerta que nos indicaron en el callejón de la Púrpura. Una niña nos abrió y nos condujo hasta la modista.

—¡Era casi una tarea imposible terminar un vestido que merezca la ocasión en tan poco tiempo! Pero lo hemos hecho realidad.

Palmeó y dos niñas pequeñas desaparecieron en la habitación de al lado.

La que nos había abierto nos ofreció turrón blanco en una bandeja de plata y zumo de pera frío.

—¡Tomad asiento, os lo ruego!

Miré a mi alrededor. Era evidente que el pequeño estudio solo funcionaba con ayuda de niños. Estábamos sentadas en la parte delantera de una habitación en forma de tubo. Al fondo descubrí a algunos niños de no más de diez años que cosían, cortaban, bordaban. Seguramente recibían solo una fracción insignificante de la paga de un adulto.

Unos diminutos pinzones cantaban en una jaula junto a la ventana.

—¡Ay, cómo os envidio! —dijo la modista—. ¡Valentina Visconti es la dama más elegante de París, seguramente de toda Francia! ¡Desembolsa una fortuna en vestidos y cosas bonitas, y además tiene buen gusto! ¡Tan solo el duque de Berry se le puede comparar!

Le dio un sorbo a su zumo de pera y acarició a su gato. Entonces se inclinó hacia mí, como si me fuera a confiar un preciado secreto.

—Está bien que hayáis acudido a mí. ¡Si hay algo que no pueda aguantar es un vestido que no sienta bien! No solo en ella misma, lo que no se podría permitir ningún sastre, no, también en los demás, creo yo. Uno no tiene ni la más mínima oportunidad de volver a ser invitado si no va perfectamente vestido. Se pone de tan mal humor, que es capaz de arrojar cosas...

Con la descripción que me hizo, el corazón se me cayó hasta las corvas. Pero cuando las niñas trajeron mi vestido alenté nuevas esperanzas.

—*Voilà*, madame de Pizán. ¿No es un verdadero poema? ¡Probáoslo!

Me ayudó y contemplé el resultado en un espejo. Vi una mujer delgada y pálida con el cabello rubio claro, un rostro ovalado y serio y ojos de tono azul grisáceo. El vestido era de una excelente seda de color azul oscuro, con un ribete ancho blanco y una mantilla igual. Contaba con un nuevo tipo de capucha, una especie de casquete alto, que en lugar de cuernos llevaba unas coletas rellenas de estopa y cosidas con plata, recogidas como trenzas, parecido en cierta manera a un sombrero moro. El cinturón estaba trenzado con hilo de plata y en cada extremo tenía una perla del grosor de la uña de un pulgar.

Solo de pensar en lo que iba a costarme se me perló la frente de sudor.

—¡Si no hubierais vos insistido en el color azul! Os da una apariencia un poca sosa. Debéis utilizar sin falta colorete en las mejillas.

No tenía ningunas ganas de emperifollarme y tenía mis razones para haber elegido el color azul.

Le pagué a la modista. El vestido fue caro, pero menos de lo que había calculado.

—Gracias, señorita. ¡Y mucha suerte en la audiencia! Y no dejéis de recomendarme. Se dice que triunfaréis.

Parecía que sabía más que yo. Algo confusa, abandoné la tienda.

—Tengo mala conciencia por el hecho de haber encargado un vestido como este para mí, mientras que el resto de nosotros va por ahí en...

—No digas eso —replicó Marie—. Llevamos ropa de segunda mano en muy buen estado. En ello no hay nada oprobioso. ¡No olvides que representas a toda la familia Pizán! ¡Ay, Cristina! Con ese vestido tienes un aspecto tan joven y estás tan guapa. Si solo te decidieras a casarte de nuevo.

—¡No empieces ahora tú con eso!

—Bueno, pero tampoco es el caso que tu corazón se haya convertido en piedra. El monje te gusta bastante, ¿o no?

—El monje es un monje.

Marie rio con estruendo.

—Es un amigo. Trabaja para mí.

Me dio un golpe en el brazo.

—¡Marie!

—Oh, niña mía, haz lo que quieras. A mí me da completamente igual.

—No le digas nada a mi madre. De todos modos ya le tiene manía a Tomás.

—¡Qué te piensas!

Pero empezó a silbar la melodía de *La viuda y el monje*.

—Nunca más te invitaré a beber.

—¡No!

En casa le entregué el vestido a mi madre, para que encontrara un buen sitio donde guardarlo. Lo dejaría en un arca encima de todo junto con saquitos de lavanda, para que las polillas se mantuvieran alejadas y le confirieran al tejido un aroma fresco.

—¿Tomás? Tomás, ¿dónde estás?

Subí las escaleras de caracol hacia el estudio. Tomás estaba sentado ante su mesa frente a la ventana.

—¿Y? ¿Podrás terminarlo? ¿Saldrá todo como habíamos planeado?

—Espera un momento. Solo me queda darle oro a la última inicial...

Trabajó la letra elevada con un tubito y aplicó el oro con el pincel. Entonces colocó un trozo de fina seda encima y frotó con una ágata afilada.

—... listo.

Me lo entregó. Había quedado un tomito delgado, con tapas de madera cubiertas con el más exquisito terciopelo azul de Lucca, las esquinas y el lomo cosidos con hilo de plata. Céline lo había hecho para mí. Tenía para ello una mano mucho más diestra que la mía. Casi con miedo abrí el libro. Tomás no me había permitido echarle ni un solo vistazo.

—Es... No sé qué decir. ¡Celestial! ¡Te has superado a ti mismo!

Todas las iniciales eran de oro sobre azul, cada una de ellas en su propio marco, colmadas siempre con patrones nuevos y elegantes. Para cada poema había pintado una miniatura, cada una de ellas una joya.

—Las encuentro todas maravillosas, de verdad —dije cuando me saqué de contemplarlas—. Pero ¿no esperará más ilustraciones e iniciales más grandes y menos adornadas?

—No. No lo creo. ¿No tienes ninguna confianza en tu texto?

Tuve que reírme de mis temblorosas manos.

—Me gustaría esconderme un poco tras tus dibujos.

—¡No hace ninguna falta! Los he leído todos. Ahora debes escribir la dedicatoria con tinta roja. Escribe: «Yo, Cristina... dedico este pequeño libro a la extraordinariamente generosa, magnánima, sabia y bonita...», y etcétera, todas las

adulaciones que se te ocurran, las adulaciones nunca pueden ser suficientemente desvergonzadas. Notarás que cuanto mayor es la escala social de las personas, desde más lejos ven los hechos cotidianos, en especial cuando se refieren a su persona. Sí, puedes seguir tranquilamente así: «A la fabulosa y excelente promotora del arte de la sastrería y la joyería, a la reverenciada duquesa Valentina Visconti...».

—¡Lo de «promotora del arte de la sastrería» no voy a escribirlo! —dije riendo—. ¡Tomás, eres terrible!

Mi madre le echó un vistazo a nuestro presente.

—¿Yo, Cristina...? —criticó en voz alta—. ¡Qué arrogante! ¡Especialmente para una mujer! ¡Quizá hoy en día se hace así, pero no lo puedo aprobar!

Sin embargo, Marie y Tomás comenzaron a hacer muecas a espaldas de mi madre, lo que me provocó la risa y de esta forma no me agrió la fiesta.

—¿Por qué quieres destacar como un hombre? —siguió criticándome.

—Porque no tengo suficiente con sentarme en una esquina y observar lo que hacen los otros. ¡Quiero *todo* el mundo!

—¡Todo el mundo, ilusa! ¡Mejor harías contentándote con una esquina tranquila! El mundo no hará más que enfermarte.

—¡Oh, madre! ¡Deja ya de una vez de gruñir! ¿Qué es lo que me puede ocurrir con un vestido nuevo y un regalo para una duquesa en las manos? Si tengo éxito, será en beneficio de todos nosotros.

Sacudiendo la cabeza, mi madre se dio por vencida.

¡El Hotel d'Orléans, la residencia en la ciudad del duque de Orléans y de su mujer, Valentina Visconti! Ya solo en la entrada tuve que girar sobre mí misma y no me cansaba de ver todas esas cosas tan bonitas, los tapices de las paredes, los bancos tallados y los jarrones labrados de plata y esmalte.

Me condujeron hasta los aposentos de la duquesa, donde abundaba el cuero de Aragón y cuyas paredes estaban recubiertas de terciopelo de color bermellón. Rojo, el color de su casa. El terciopelo se hallaba a su vez bordado con rosas y ballestas de oro.

Resultaba evidente que se estaba preparando una fiesta «campesina», pues en el suelo había bandejas de plata con flores y hierba. La mesa se encontraba decorada con paño de seda verde. Trajeron algunos pobres corderitos, para que fueran acariciados por las damas, aunque no hacían más que balar buscando a sus madres. Uno de los corderos dejó caer algo y le ensució el vestido a una de las damas. Escondí mi risa tras el libro, mi escudo.

La duquesa estaba sentada en un sillón de madera tallada sobre cojines de seda. La gente que la rodeaba iba vestida tan rica y elegantemente, que por un momento me puse nerviosa. El paje me anunció: «*Principessa, per favore: la Signora Christina di Pizzano*».

Ella me dirigió una mirada y yo me acerqué con las palmas de las manos húmedas. Hacía tiempo que no acudía a eventos como ese. Valentina Visconti me dio

la bienvenida.

—¡Cristina! ¡Sentaos a mi lado, os lo ruego! Me alegra que hayáis venido. Naturalmente he oído de vuestro padre, el famoso profesor Thomaso di Pizzano. Por desgracia no tuve el placer de conocerlo. Contadme: ¿qué es lo que hacéis? Me han dicho que sois una poetisa apreciable, ¿es cierto?

Sus palabras me brindaron la oportunidad para entregarle mi pequeño presente.

—Me he permitido copiaros un par de mis poemillas. Solo son chapuzas, confío en que no os aburran demasiado.

Cogió el libro, lo hojeó, se alegró por las hermosas iluminaciones y descubrió el título:

—¿*La historia de la pastora*? ¡Exquisito! ¿A quién de entre mi servicio habéis sobornado para conocer el tema de esta noche? ¡Oh, qué inteligente y adecuado!

—No he sobornado a nadie. Parece que ha sido casualidad. Pero realmente no se trata de nada especial.

—Oh, no me lo creo, después de todo lo que me escribió el hermano Tomás. ¡Por favor, leednos algún poema!

¡Los demás también solicitaron rápidamente a viva voz una lectura, así que empecé, primero en voz baja y tartamudeando, después con un placer cada vez mayor, a leerles a estos grandes señores sobre pastores y campesinos!

*Cuidar de las ovejas en el establo,
llenar el pesebre de paja,
ordeñar a las madres...*

Describí la historia de amor entre una pastora y un caballero de paso. Como es natural, termina de forma triste, como debe ser. Los invitados de la Visconti se hallaban todos muy conmovidos. Para eso están finalmente las buenas historias, para que uno pueda llorar de todo corazón, con la feliz conciencia de que solo se trata de una historia.

Se llevaron a los corderillos y comimos «manjares sencillos», tal como la aristocracia se imagina en la vida de un pastor: asado de cordero dorado, pasteles extremadamente especiados, gelatina de trucha rellena de hierbas y almendras, plan blanco y queso de cabra con fruta escarchada. Al final se sirvió un cordero sobre un lecho de confeti de angélica de color verde esmeralda. Los invitados eran ingeniosos, sin ser maliciosos. Tanto los hombres como las mujeres fueron extraordinariamente amables conmigo y me trataban como si fuera especial. Acompañando la cena había música y los acróbatas presentaban sus números. Desde la muerte de mi padre no me lo había pasado tan bien. Solo deseé para mis adentros poder llevarme a casa algunos de los especiales manjares que nos habían servido. Esta noche en casa seguro que cenarían de nuevo como de costumbre papilla de cereales y tocino.

—Decidme, ¿cómo llegasteis a conocer al pintor? Recuerdo sus pinturas, pero apenas me acuerdo de él —se volvió a dirigir a mí la *principessa*.

—Digamos que me lo encontré, o él a mí, en casa de un caballero que no se dejaba dar calabazas fácilmente. Entonces él me salvó.

—¡Qué romántico!

—Si hubiera podido, con mucho gusto habría prescindido de esta aventura, duquesa. Pero me regaló un pintor sobresaliente, que ahora trabaja para mí. ¡Y esta es una gran suerte!

—Estoy convencida de que vuestros poemas merecen esta joya —me dijo rápidamente y con tino—. Pero ¿de dónde es? Yo lo conozco, de eso estoy segura.

—Viene de un monasterio cercano a Milán, que... —cómo podía formularlo, Bernabò no dejaba de ser su tío—... parece ser que vuestro tío ordenó quemar.

—¿Cómo? ¿Bernabò mandó quemar un monasterio? No es que no le pueda atribuir ninguna maldad, pero de ello no estaba informada. Nosotros los italianos somos muy creyentes y, a pesar de todas las injusticias que pueda hacer un soberano, algo así no lo haría nadie de entre nosotros.

Más tarde por la noche, cuando ya me estaba despidiendo, me dijo aún:

—¡Aguardad! Bernabò, Bernabò... ¿No habré visto al monje en su Corte? Por lo menos tenía un franciscano, uno joven. ¡Mmm! Ya no estoy segura, me puedo equivocar. ¡Preguntadle!

«Seguro que lo haré», pensé para mis adentros, y en esta ocasión ni las lágrimas de un hombre ni la cháchara filosófica me confundirían. Pueden darse verdades personales y castillos de pensamientos místicos, pero una X es siempre una X y no una U.

—Cristina, aprecio vuestra compañía y vuestro claro entendimiento —me dijo la Visconti a continuación—. El 30 de octubre se casa la princesa Isabella con el rey de Inglaterra en Calais. ¿No os haría ilusión acompañarme como dama de Corte? También podríais escribir un informe sobre la boda. Me gustaría tener algo así desde el punto de vista de una mujer. Los hombres se fijan siempre en las cosas menos interesantes. Y desgraciadamente Eustache está demasiado achacoso. No aguantaría un viaje tan fatigoso.

Sin vacilar acepté la oferta. Había estado enterrada durante demasiado tiempo, escondida tras mi mantilla de viuda. Me alegraba mucho la posibilidad de asistir a un evento de tal magnitud e importancia.

Cuando dejé a la duquesa, un paje de la puerta me entregó una bolsa de terciopelo rojo extremadamente pesada. Me estaba esperando un palanquín rojo con el escudo de los Visconti. Una vez estuve sentada y me dejé llevar por las calles suavemente iluminadas eché un vistazo dentro de la bolsa: contenía doscientas piezas de oro.

Años más tarde Céline me contó lo que ocurrió esa noche en nuestra torre: yo salí, aclamada por Jean y Marie, con mi precioso vestido, con la cruz de plata de mi madre

al cuello. Esta se encontraba en el arco de la puerta y sonreía condescendiente a los vecinos que miraban boquiabiertos. (¡Mi hija!)

Recogí el reborde blanco como la nieve para que no se manchara con la suciedad de las calles y me subí al palanquín de alquiler.

Tomás permanecía en completo silencio frente a la ventana abierta. Y Céline le observaba desde la sombra de la imposta de la escalera. Tomás me observaba a mí. Lo que debía de estar sintiendo solo ahora puedo valorarlo en su justa medida. Estaba allí y miraba cómo se llevaban mi palanquín. Como la calle transcurría durante un buen tramo en línea recta, ello duró un tiempo y Tomás se inclinó con el fin de ver cómo desaparecía por completo. Entonces bajó con fuerza las manos y se abalanzó sobre su mesa de dibujo. Destapó el tintero, el de tinta de sepia empalidecida, y empezó a maltratar como un poseso el pergamino.

Céline se colocó a hurtadillas detrás de él y observó lo que dibujaba. Se trataba de un macho cabrío trazado con mucho realismo, con las partes pudendas hinchadas y todo lo demás encima del cual estaba sentado un mono maligno. Céline rio. Tomás estaba tan ensimismado en lo que hacía que se llevó un susto de muerte. Con un repentino movimiento de la mano tiró el tintero al suelo y se arrodilló echando pestes para arreglar el desaguisado.

—¡Vete al infierno, maldito tintero del demonio! *Maledetto, dannato, maledizione!* ¡Oh, soy un odioso débil! ¡Oh, podrido, maloliente y carcomido mundo, que me embauca y me seduce! ¡Cretino! ¡Mazbalak! *O me miserum! Utinam ne libidine nefanda affectus essem! Carnem meam voluptatibus deditam et diabolum, qui me corrumpit, devoveo.* ¡Oh, pobre infeliz de mí! ¡Si no me hubiera visto sorprendido por la maldita ilusión! ¡Maldigo mi carne, que se ha entregado al deseo, y al demonio, que me ha estropeado! *Skatofatsa! Figlio di putana!* ¡Satanás, Belcebú, Lucifer, fuego y peste de azufre! ¡Muerte, muerte y *putrificatio!*

Prosiguió en el mismo estilo (como monje ilustrado que era podía maldecir en siete idiomas) hasta que Céline le dijo con su voz infantil:

—¿No eres ningún monje, verdad? Lo supe desde el primer momento. Pero si me quieres no te delataré. ¿Qué es lo que pretendes de ella? Es demasiado vieja.

XIII

El tiempo pasaba volando y se me escapaba entre los dedos. Tantas cosas eran las que quería tener atadas antes de nuestra partida.

—Yo también quiero ir —dijo de morros Céline—. ¿Por qué él y yo no?

—Porque *maman* necesita que la acompañe un hombre —dijo Jean muy serio. Con su nueva vestimenta y una daga al cinto, tenía un aspecto adulto fabuloso.

—Entonces se tendrá que buscar otro. No eres más que un jovencito con granos —le contestó Céline enojada.

—Ven aquí.

La cogí de la mano y nos sentamos entre ese caos de bolsas de viaje, baúles, colchas de seda enrolladas, cojines y fardos sobre la cama grande. Allí había prendas, ropa interior, abrigos, pañuelos, velos, gorras, cinturones, perlas y bandas de seda de colores, zapatos de terciopelo, calzado del mejor cuero, peines y camafeos, polvos, aceites olorosos y carmín rojo (que yo no utilizaría, pero que mi madre me obligó a llevar conmigo de forma obstinada, pues ella aún abrigaba la esperanza de que yo me volvería a casar, y qué podía ser más indicado para encontrar un nuevo esposo que un viaje de ese tipo). Bajo la mirada fruncida de mi madre también empaqué mis cosas para escribir, con mucho más cuidado que los vestidos: un crisol con tinta seca para diluir con vino tinto, plumas de ganso, páginas de pergamino sueltas y tres libros de notas vacíos y encuadernados para mis apuntes.

—¡Debes divertirte, engalanarte para la Corte de la princesa de Orléans y no estropear los ojos con esos garabatos y convertirte en el hazmerreír de todos con esos dedos manchados de tinta! Así ¿cómo quieres conocer a alguien? Los hombres aborrecen a las mujeres impertinentes.

Suspiré.

—Madre, la princesa me ha encargado expresamente que escriba un informe sobre el viaje.

—Seguro que lo hizo para ser amable, porque sabe que te gusta desempeñar el papel de escritora.

—La princesa no es precisamente conocida por su amabilidad. En general suele decir lo que quiere y por ello me tengo que guiar.

Una semana antes de nuestra partida ocurrieron de repente cosas que había esperado desde hacía tiempo y todas de una vez, como si se hubieran puesto de acuerdo, como los ladrones de las calles que están al acecho tras una esquina y que se abalanzan sobre mí. El tiempo no es en cualquier caso un caballo alado, como gustan denominarlo. Según mi experiencia se mueve como una oruga: necesita una eternidad para elevar su abdomen, arrastrarlo y llevarlo hacia delante formando un arco y entonces este se ve rápidamente catapultado hacia delante. La única medida que

conoce el tiempo es nuestra impaciencia. Nunca terminaría dentro del plazo.

—Jean, me gustaría que fueras al mercadillo y encontraras a un joven que se llama Pierre. Lo necesito lo antes posible.

—¿Y eso?

—Simplemente ve y búscalo. ¡Ahora mismo!

—¿Y no lo puede hacer el monje?

En los últimos tiempos él se hacía cargo de los recados.

—Por supuesto, siempre que tú te hagas cargo mientras tanto de su trabajo.

Jean desapareció. Céline rio satisfecha y se puso a mis pies.

—Mira, Céline. No me puedo llevar a toda la familia a la boda. No viajo por invitación propia, sino como acompañante de la duquesa. Me encantaría llevarte conmigo, pero tienes que entender que Jean necesita de estos contactos mucho más que tú. Tiene que encontrar de una vez un trabajo.

—¿Y yo no? Tú también ganas dinero por tu cuenta.

—Céline, gatita mía, yo lo hago obligada y sabes lo difícil que es y lo que nos ha costado a todos nosotros. Sería mejor que lo que quieras hacer lo hagas bajo la protección de un matrimonio. Naturalmente sería mejor que las mujeres no necesitaran esta protección. Ya sabes que es uno de mis sueños, pero ese día creo que aún está muy lejos.

No respondió, y tuve la impresión de que me escondía algo.

—¿Céline? ¿Qué pasa? ¿Quieres contarme algo?

—No. Nada... Pero...

Y desató algo de su cinturón, una pequeña bolsa hecha de retales, un objeto encantador: una bolsita con la imagen de santa Clara bordada, casi podría decir que no menos artística que las miniaturas de Tomás.

—La he hecho para el hermano Tomás —dijo sin mirarme, sosteniendo la bolsa en las manos— para... agradecerle las buenas lecciones que me ha impartido. ¿Crees que es pertinente hacerle un regalo así?

Admiré su destreza. Yo nunca había sido capaz de algo semejante. Bien mirado, se trataba de una posesión mundana, pero no tan lujosa como para que no le estuviera permitida a un monje. Y sin duda era un regalo hecho con toda la inocencia del mundo.

—Sí, puedes regalársela tranquilamente. ¡Es un recuerdo precioso! Seguro que le alegrará.

—*Maman?*

—¿Sí, querida?

—Nada.

—No estés triste por no poder acompañarnos. A la vuelta te lo describiré todo con exactitud. Y te traeré algo bonito de regalo —me puse en pie y seguí haciendo el equipaje—. ¡Mientras estemos fuera, tendrás siempre al hermano Tomás para ti! —le dije dándole la espalda, porque, si no, hubiera visto cómo se ponía roja de vergüenza

repentina y muy sospechosamente.

Tiempo después volvió Jean con Pierre. Justo en ese momento yo estaba mirando por la ventana. Mi hijo cabalgaba despacio sobre el caballo rojizo, que con nosotros poco a poco se había hartado de comer y cuyo pelaje relucía como el tocino. El pequeño bribón iba a pie y brincaba despreocupado sobre los montones de inmundicias y apestosos charcos. Jean no había permitido que el pequeño Pierre montara detrás de él y evidentemente le había ordenado que se mantuviera a distancia, ya que no quería que por ningún motivo lo vieran a su lado. ¿Cómo podía ser mi hijo tan arrogante? En ningún caso se lo había enseñado yo.

—¡Pierre! —grité, y me precipité escaleras abajo saltando los escalones de dos en dos.

Jean se bajó del caballo y desapareció con el rocín por el portón del patio. Me lanzó una mirada de reproche:

—*Maman!* ¡Un mendigo!

No le presté atención a mi hijo, sino que saludé amistosamente a Pierre.

—¡Entra en la cocina! Seguro que estás hambriento.

Como Jean, el pequeño ladronzuelo había crecido a empujones y no todos los miembros de su cuerpo de igual manera. Los pantalones le iban demasiado cortos, al igual que la blusa: de ellos emergían unas manos y unos pies escuálidos. Tenía la barbilla y la nariz puntiagudas y el color de la piel apenas se le reconocía por la suciedad. A pesar de todo me sonrió.

—¡Madame Cristina! Todo lo que deseas, Pierre te lo conseguiré. ¿O tengo que cargarme a alguien?

Héloise observaba al pilluelo desconfiada, pero le dio una cazuela con papilla y una loncha de tocino, además de un trozo de pan.

Pierre sacó de la bolsa de su cinturón bajo su blusa una cuchara de madera. Estaba claro que normalmente no se alimentaba así. Con toda probabilidad comía lo que encontraba en la basura y las claras sopas de los comedores para pobres.

—¡Come despacio, si no, te sentará mal!

—Sí —contestó con la boca llena de papilla, pero sin aminorar la velocidad. Mientras comía observaba despierto lo que le rodeaba tal como estaba acostumbrado.

—Préstame atención, joven: si quieres, te puedo facilitar trabajo con regularidad, unas dos veces a la semana. ¿Te interesa?

—Hago lo que sea.

Tras la recepción con la Visconti todos los libreros hacían cola frente a mi casa. Los mismos que antes habían rechazado la posibilidad de editar mi poemario, aunque fuera a comisión, ahora querían todo lo que había escrito, las *Cien baladas*, los tratados sobre *Las tres virtudes*, todos mis escritos cortos sobre los precedentes de la historia contemporánea y especialmente la *Epístola al Dios del Amor*. También recibía encargos de clientes privados. Apenas dábamos abasto con el copiado. Para el tiempo que estuviera ausente debía encontrar sin falta a uno o dos escribanos. Tomás

contaba desde hacía poco con un aprendiz que nos habían recomendado. Tomás hacía los borradores y dibujaba. El joven se hizo cargo de pintar y a cambio no recibía nada, a excepción del privilegio de poder aprender junto a Tomás. Ambos estaban satisfechos con ese acuerdo.

—Pierre, quiero que distribuyas los libros que vamos terminando entre los comerciantes y clientes. ¿Sabes leer?

—Un poco.

Lo que significaba que nada. Tampoco lo esperaba. A pesar de esa incapacidad se las arreglaba bien.

—No solo tendrás que distribuirlos, sino también cobrarlos. ¿Podrás memorizar las sumas que te digamos y a quién tienes que cobrarlas?

—¡Oh, sí! Me manejo muy bien con el dinero. ¡Las cifras las memorizo perfectamente!

Miré a Héloise y con el rabillo del ojo vi cómo hacía desaparecer un trozo de pan en la parte delantera de su camisa.

—¿Me puede dar más pan, madame, por favor?

Héloise le cortó una rebanada más mientras sacudía la cabeza.

—¡Me pregunto dónde se lo mete todo!

—Aquí no hace falta que escondas nada para contar con reservas para más adelante —le dije—. Come tranquilo. Más tarde, cuando te vayas, Héloise te dará un buen trozo de pan para la cena. Y escucha: los comerciantes solo recibirán más libros si ya han abonado la entrega anterior. No se hacen descuentos, aunque insistan en ello. ¿Entendido?

—Claro. ¡Y si no me pagan meto la mano en la caja y desaparezco!

Reí.

—¡En ningún caso! ¡Si trabajas para mí no permitiré que robes o que hagas algo indebido! Me lo tienes que prometer.

—De acuerdo, lo juro.

Le alargó la cazuela a Héloise con una mirada de mendigo entrenada para que le sirviera más. Esta vez no le sirvió tocino, aunque, después de una mirada crítica a los delgados brazos del pequeño, le puso aceite por encima.

—¡Y tienes que lavarte!

Dejó caer la cazuela e incluso dejó de comer.

—¿Lavarme? ¡Me quieres matar! ¡Todo el mundo sabe que no es saludable!

—Al contrario, es muy saludable. ¡Y de ninguna de las maneras cogerás un libro en este estado, no hablemos ya de entregarlo donde sea en mi nombre!

Héloise se había colocado detrás del joven. Tenía los brazos cruzados y asentía contenta.

—Así que estas son las reglas: vienes aquí, te lavas en el pozo y Héloise controla que estés presentable. Te daremos ropa decente para vestir.

—¡Entonces no podré mendigar! Y mis compañeros se burlarán a mis espaldas.

¡Ya nadie me tomará en serio!

Hice caso omiso de la objeción.

—Recibirás medio sol por día trabajado y una comida caliente.

—¿Todo lo que pueda comer?

—Todo lo que puedas comer.

—¿Tendré que lavarme cada vez?

Héloise y yo asentimos con la cabeza muy decididas.

—Primero lavarse, después comer.

—Es muy duro.

Se lo pensó y entonces me alargó una mano huesuda, pequeña y muy pegajosa.

—¡Hecho!

—Bien. Puedes empezar ahora mismo. Aquí tengo una pila de libros y una lista en la que podrás ver dónde hay que entregar cada uno. Tomás te leerá la lista hasta que te la sepas de memoria. Tienen que acusar recibo firmando y poniendo su sello, ¿entendido?

Ya me habían engañado demasiadas veces.

—Ah, y una pequeña cosa más —le dije todo lo bajo que pude inclinándome hacia él para que Héloise no entendiera mis palabras—. Quiero que busques para mí una determinada cosa. Un libro, el trigésimo octavo tomo de la *Historia natural* de Plinio. ¿Te acordarás del título? Parece ser que en París se puede encontrar. Pero ve con cuidado, no muestres mucho interés. Quizá sea mejor que digas como de pasada que buscas para tu señora una bonita edición del general romano. Tengo la impresión de que algo raro pasa con este tomo. No hables con nadie de esta casa sobre ello hasta mi vuelta.

Me lo prometió. Héloise le entregó ropa que ya no utilizaba Jean y le mostró el camino hacia el pozo.

La búsqueda de copistas era el siguiente punto de mi lista. El mejor sitio para encontrar escribientes libres era el mercado de aves. Mis viejos amigos me saludaron y vi con sorpresa cómo mi lugar entre ellos lo ocupaba la escribienta pelirroja de la escribanía de la orilla izquierda.

—Buenos días, colega —la saludé—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Ya no trabajas en la escribanía donde te vi la última vez?

Estaba sentada sobre un tonel de cerveza vacío ante una mesita carcomida, que evidentemente se había traído consigo, como yo hacía antes, a la espera de sus clientes.

Alzó su rostro pálido, un rostro delgado de piel fina y ojos violeta.

—Un buen cliente quería colocar a su hijo y yo me quedé sin trabajo. Mi patrono apenas se va a alegrar con el cambio. El joven no tiene experiencia, escribe lentamente y malgasta material. Pero así son las cosas: cuando hay que buscarle sitio a alguien, las primeras que vuelan son las mujeres.

Suspiré.

—¡Así es! Me pregunto si alguna vez cambiará la situación. Pero si quieres te puedo dar trabajo.

Le expliqué lo que necesitaba. Accedió a copiar mis cosas a cambio de un sueldo decente mientras mi suerte durara.

Era un bonito y cálido día de septiembre. Un sol de color azafrán irradiaba una luz suave, cansado de los esfuerzos del verano, pero tan contento como un campesino que después de un duro trabajo en sus campos observa y lo encuentra todo bien. El aire olía a la humedad del río y a fruta madura.

Me compré una jarra de mosto de manzana y un pastel y me senté junto a la pastelera.

—Imagina, ¡voy a asistir a la boda en Calais acompañando al séquito de la duquesa de Orléans!

—¡Oh, qué me dices! ¿Y qué te vas a poner?

—La duquesa quiere que sus damas vayan de verde, con ropa interior roja. En caso contrario, yo hubiera vestido mi azul habitual.

—¿Y qué darán como comida? —quiso saber el vendedor de aves. Se podía apreciar claramente que le gustaba comer.

—Ah, seguro que se atiborran con las cosas más caras —contestó la escribana por mí—. Pescado de mar cocido en vino, relleno además con carne de cangrejo, codornices asadas sobre uvas negras, montañas de pasteles, cisnes dorados con manzana a la canela, cochinitillo asado con pimienta y anís y todas esas cosas. De las fuentes de Calais brotará vino y miel y finalmente subirán los impuestos para pagar todo el dispendio.

—Alguno dirá que el precio que se ha de pagar es justo si de esta manera nos quitamos a los ingleses del cuello —objetó la pastelera—. Hace un tiempo que no se oye hablar de ellos. ¿Sabes tú por qué, Cristina?

—Parece ser que en esta guerra no ha habido nadie realmente superior y ahora todos han encontrado algo mejor que hacer. El rey Ricardo tiene que afirmarse frente a sus propios barones y adversarios. Y en Irlanda, según cuentan, ha habido levantamientos de los campesinos. Así que necesita sus ejércitos en casa.

Hacía tiempo que este matrimonio se venía negociando y por aquel entonces reinaba una larga tregua.

—Nuestros señores se han orientado mientras tanto más hacia Italia. El hermano del rey también aspira a un trono y sueña con el reino del Adriático, que le ha prometido el Papa de Aviñón, si despacha a la competencia de Roma. Una vez que se haya decidido la pelea entre los papas, entonces se iniciará una nueva Cruzada.

—¡Guerra! Siempre han de tener una guerra —se quejó la pastelera—. ¡La gente estaría contenta si hubiera paz de una vez, para que la economía se pueda recuperar, pero no!

—En todo caso estaría bien que este desgraciado negocio con los dos papas se zanjara de una vez —observó el vendedor de aves.

Yo estaba completamente de acuerdo. Mucha gente, se decía que uno de cada diez, renegaba de su fe harta de ese espectáculo indigno.

—Tienes toda la razón. Siempre me imagino cómo allá arriba en el Cielo hay un sillón destinado a un solo hombre, pero en el que se apretujan dos y ninguno de ellos quiere levantarse.

Todos rieron maliciosamente y se imaginaron a los representantes de Dios empujándose de un lado a otro con sus bien alimentadas partes traseras, aunque en realidad tras esa broma se escondía una profunda opresión. ¿Qué pasaría con nosotros si la Iglesia se hundiera en tales vilezas? ¿Quién nos guiaría, quién nos salvaría?

—Decidme —cambié el triste tema por otro—, ¿conoce alguno de vosotros la casa roja en el puente de los Cambistas, la tercera del lado izquierdo, viniendo desde la orilla?

Acababa de hacerle una visita a Berthe y le había llevado una cesta con alimentos. Mientras tanto, ya había superado los dos primeros interrogatorios. En el primero le hicieron engullir seis litros de agua y en el segundo nueve, pero no pudieron sonsacarle la confesión que ellos esperaban. Sin embargo, tampoco podía convencer al juez sin nuevas pruebas. Aún no había podido averiguar quién era la dueña de la casa roja.

El comerciante hizo aspavientos con la mano derecha.

—¡Oh! Allí vive una cortesana, muy cara según dicen. Selecciona muy bien a sus clientes.

—Últimamente —dijo la copista— tenía a un tipo muy rico. He oído decir que solo lo tenía a él.

De repente se me hizo la luz.

—¿Un genovés gordo?

—¿Te refieres a aquel que se ahogó? No tengo ni idea. ¿Existe alguna relación?

—No estoy segura.

Les expliqué el experimento que habíamos hecho.

—¿Te refieres a que debió caer desde una de esas casas?

—Sí, pensamos que desde la roja, pero tampoco estamos completamente seguros. Primero quiero hablar con la mujer que vive allí, antes de irle con la historia al juez.

—Llegas demasiado tarde —dijo la copista—. He oído que está de viaje desde... oh, no mucho después de la muerte del genovés. Claro que puede ser una casualidad.

—¿Se habla bien de ella?

—Bueno, aparte de que es una prostituta, tiene buena reputación. Es callada y educada. Incluso las esposas de la vecindad le tienen cariño, después de que declarara que no se iba a liar con los vecinos.

—Inteligente por su parte.

También un callejón sin salida. No tenía ningún motivo lógico para asesinar a un cliente, que claramente la mantenía.

—¡El único que tenía algo que ganar con su muerte es Aldo! —le dije al hermano

Tomás al volver a casa.

—¡Espera! No pongas tanto color de una sola vez —le exhortaba en ese preciso momento a su nuevo aprendiz Philippe, un torpe niño de doce años—. Fíjate, vamos añadiendo los colores en diferentes capas, si no, obtendremos horribles narices gordas, en las cuales los pigmentos se habrán corrido. Una confiere la profundidad, con la otra podemos trabajar paso a paso las sombras y alturas con mezclas más claras o más oscuras. Ves, fíjate en el pliegue que sirve de borrador, en su interior lo oscurezco con un poco de negro de hollín, la siguiente capa de azul unificará los distintos colores.

—Yo solo quería... Pensaba que como nos corre prisa... —dijo Philippe en tono de reproche.

—Queremos trabajar duro, pero atendiendo siempre los procesos y métodos necesarios. Sigue trabajando. Aprendes rápido. Estoy contento contigo.

Más aliviado, el niño volvió a su trabajo. No se le había regañado por una falta cometida, sino que había aprendido algo.

Informé a Tomás, que me trataba como a un patrón, sobre las disposiciones que había acordado.

—Tomás —le dije muy seria la noche anterior a mi partida—, durante un tiempo no nos veremos. La Fortuna se ha comportado conmigo de manera tan malhumorada, que no confío en ella y no sé si nos volveremos a ver.

Caminábamos, como tantas veces, por el camino de sirga a lo largo del Sena.

—Eso está en manos de Dios. Sin embargo, creo que regresarás sana y salva. No viajas sola, sino en un gran y bien vigilado séquito. Mientras tanto, con ayuda de toda esta gente habré copiado y distribuido tus libros y habré terminado además con los encargos de Gilles Malet. Así que puedes disfrutar de todo tranquilamente.

—Gracias, Tomás, pero no me refiero a eso. Otra cosa es la que me preocupa y me intranquiliza: le he hablado de ti a Valentina Visconti y cómo su tío Bernabò arrasó el monasterio. Imagínate, me ha dicho que eso es imposible.

Hizo un leve gesto de negación.

—¿Qué sabe ella? ¿Desde cuándo las princesas se ocupan de los asuntos sucios y terribles que ocurren en el país? Solo están interesadas en los vestidos y en distraerse.

Miró hacia el agua, se agachó y lanzó un par de piedras planas contra su superficie para que rebotaran. Cuando se irguió de nuevo, yo estaba frente a él, con los codos pegados al cuerpo.

—Tomás —le dije—, por muy hábilmente que te explayas sobre el tema, yo la creo. Por el contrario tú ya me has contado varios cuentos. Y ya que estoy a punto de partir y quizá no vuelva nunca, me deberías relatar de una vez por todas la verdad sobre ti. Y no una verdad filosófica o absoluta, sino simplemente los hechos. Me duele mucho que siempre me lances pedazos, cuando después resulta que algunos de ellos son incomedibles.

Su mirada era de honda aflicción.

—No confías en mí. ¿No me conoces lo suficientemente bien por mi quehacer y nuestra colaboración?

No le contesté.

—¿No hemos discutido sobre las insuficiencias de un concepto como la verdad?

Continué en silencio, obstinada.

—Bien —dijo él—, solo para que te quedes satisfecha. ¡Por nada del mundo quisiera ofenderte, bien lo sabes, Cristina!

Me había cogido por las muñecas y acercó mis manos a él; descansaban en sus calientes y fuertes manos de finos dedos y las puntas de los míos tocaban muy suavemente sus caderas. Me sentía un tanto aturdida e incapaz de reaccionar. Entonces se dio cuenta de nuestra posición y soltó rápidamente mis manos.

—Vamos, sigamos caminando.

El agua fluía perezosa. Había patos sentados en el talud limpiándose el plumaje. Cuando nos acercamos empezaron a chillar asustados y en el último momento saltaron al agua. Tomás había recogido higos y me los iba dando. Eran de color negro violeta con pedúnculos verde claro y por dentro el fruto y las pepitas brillaban en colores amarillo y ámbar; la fruta era blanda como la mantequilla y sabía a miel. Las minúsculas pepitas se rompían entre mis dientes. Era del todo consciente de que nuestro comportamiento estaba en el límite del decoro, pero sus gestos eran más dulces que los higos. Así que le dejé hacer.

—¡No me hagas ningún reproche si encuentras mi historia increíble! Ya te he contado dos que eran fáciles de creer, prácticamente verdaderas, y tú las has rechazado. Ahora es cosa tuya que esta verdad te la creas o no. La querías oír: soy el hijo bastardo de un noble.

Empecé a reír, pero después me puse la mano, asustada, sobre la boca. ¡Eso era demasiado absurdo! Pero el rostro de Tomás estaba completamente serio.

—Lo siento.

—Ningún problema, querida Cristina, pero si dudas de la primera frase, ¿cómo quieres que termine mi historia?

—No abriré la boca.

—¿Y creerás finalmente en mí?

—Te lo diré cuando termines de contármela.

Río. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ese momento del modo en que las comisuras de sus labios formaban un arco hacia arriba? Su boca me recordaba a las alas de una mariposa. Y entonces me vinieron a la mente los conceptos de «frivolidad» y «ligereza». Un carácter serio, pienso, lo reflejan unos labios finos, como trazados por una regla. Los labios gruesos denotan a los sensuales, ávidos y derrochadores. ¿Y los labios que llevan en sí el símbolo más puro de la inconstancia? ¿Qué puede uno esperar de una boca así formada?

—Cómeme otro higo. Así. El dulce en tu boca te inclinará más a creerme. Un príncipe italiano de alta alcurnia se enamoró de una dama de palacio de su mujer. Y

parece ser que la inclinación fue correspondida, y no solo como es debido, como suele ser habitual entre las flores de una Corte como esa y el señor. Estaban tan enamorados, que la aventura duró mucho tiempo. De esta manera se olvidaron de la discreción indispensable y se les vio caminando por el parque cogidos de la mano. El príncipe ya no frecuentaba el lecho de su mujer, tal como era preceptivo, por lo menos como deferencia conyugal, de tiempo en tiempo. Solo tenía ojos para su nuevo amor. Le enviaba vestidos de seda verdes, le dedicaba poemas y la cubría de joyas. Ella se quedó embarazada. Y su desesperación era cada vez mayor.

Él mismo se comió un higo, con la punta de la lengua recogió un poco de jugo que se le había quedado en la comisura del labio y prosiguió:

—Normalmente ese es el momento en el que los señores buscan el placer en otra parte. Ella se escondía de su amante principesco y bebió cantidades ingentes de zumo de perejil. Pero se quedó embarazada y Berna... el señor un día se enteró. «Tontita», le dijo, «me parece hermoso que me regales un niño. Lo trataré igual que a mis hijos legítimos».

»Estas palabras hicieron que mi madre se sintiera tan orgullosa como descuidada. Las queridas apartadas pueden cambiarse por otras, pero las mujeres no. Se mostraba en público con su embarazo cada vez más notorio y su amante disfrutaba de su presencia. Pero cuando nació el escandaloso niño y el príncipe informó a su mujer de cuáles eran sus planes, la princesa se puso indescriptiblemente furiosa. Y de repente, la dama de palacio y su bebé, yo, desaparecieron. Espera, quiero lavarme un poco los dedos en el río.

Se arrodilló frente a la orilla, se lavó las manos y se las secó con los bajos de su hábito. Yo estaba a unos pasos de él y lo observaba. Su cabello castaño le caía hacia delante y dejaba apreciar parte de su cuello desnudo. Tomás se puso de nuevo en pie, se volvió y me sonrió.

—¿Dónde estaba? Ah sí: la dama de palacio desapareció de un día para otro. Con el fin de ofender a su marido y vengarse de su anterior acompañante, la princesa mandó secuestrar a mi madre. Una noche que iba al excusado, le pusieron un saco sobre la cabeza y se la llevaron del castillo a rastras en camisón y descalza. Para mi desgracia me llevaba en brazos, así que yo fui con ella.

»Antes de que se diera cuenta de cómo había pasado eso, se encontró en un carro sobre una gavilla de paja. Junto con otros desgraciados, fuimos conducidos hasta Marsella, donde se nos vendió como esclavos. Existen suficientes capitanes sin escrúpulos dispuestos a transportar ese cargamento, ya que los europeos de piel blanca alcanzan buenos precios en los mercados de esclavos árabes.

»De hecho, fuimos a parar a un barco pirata. Era condición de la princesa sedienta de venganza que la amante de su marido fuera vendida por ni más ni menos que una pinta del más puro aceite de rosas persa. Era el perfume característico de mi madre, creo. La *principessa* quería que se le entregara este aceite para ungirse así con el dulce aroma de la venganza. Y si el príncipe quisiera visitarla en su lecho, entonces le

daría a entender qué era lo que había hecho y que nunca más vería a su amada. He oído que después de eso se distanció de las mujeres y que se volvió cruel y caprichoso. Mi madre fue vendida enseguida de nuevo. No sé ni dónde ni a quién, ni tampoco lo que ha sido de ella. Dicen que era joven y muy guapa. Así que espero que no haya tenido un destino demasiado duro.

«¡Vaya con el monje! —pensé—. Siempre presupones que a las mujeres les da igual a quién se entregan y que no les importa ser utilizadas a cambio de algo de comer y un poco de seguridad». Pero me callé, tal como había prometido.

—A los piratas —prosiguió Tomás— por alguna razón les gustó la idea de que me quedara con ellos, como una especie de talismán de la suerte, igual que otras personas tienen monos o pájaros. Ya te puedes imaginar que se trataba de una compañía dura con la que yo crecí. Ante todo pertenecía al cocinero, que me quería educar como su aprendiz. Pero también los otros marineros tenían sus planes para mí. Me hice con un vocabulario realmente bonito y diferenciado. Con cuatro años sabía decir en seis lenguas diferentes, las que se hablaban a bordo, «cuchillo», «hacha», «pica», «arpón», «nudo», «dar carena», «colgar», «lanzar a los tiburones», «rebanar el pescuezo», «cerrar la boca», «quemar», «cegar», «despanzurrar» y mandar al diablo. Cuando hacíamos prisioneros, me enviaban con ellos para que les explicara con mucha fantasía lo que les esperaba si nadie pagaba su rescate. Les impresionaba especialmente oírlo en boca de un niño. Creo que terminé siendo bastante elocuente. Mis camaradas marinos me miraban desde la escotilla apelotonados, y rompían en estruendosas carcajadas cada vez que oían mis coloridas descripciones.

—¿Tú también lo presenciabas si ejecutaban a alguien?

Tomás volvió la cabeza. Su cabello resplandecía como el *folium rubeum*. Rio con la mayor de las inocencias.

—Claro. Era mi tarea llamar a los tiburones. Los tiburones eran mis amigos. Son enormes peces depredadores, que siempre tienen gran apetito de carne humana, animales muy fuertes y rápidos de cuerpo color gris plomo y rostros como los del Apocalipsis, con sus pequeños y fríos ojos y la boca torcida hacia abajo en una expresión de maldad satánica. Cuando devoran caen en tal delirio, que parece que no solo se trata de quedarse satisfechos. Caen en el frenesí de la destrucción, una obcecación, el violento devorar de la creación humana. ¡Realmente debían de ser animales del infierno, enviados a la tierra en tiempos inmemoriales como un aviso a nosotros los mortales!

—¿Y a esas bestias las llamas amigos? —le pregunté horrorizada. Tenía la boca seca y las rodillas flojas ante esa horrible descripción.

—Sí, necesitaba amigos como esos, ¿me entiendes? Era pequeño y desvalido y estaba expuesto a que cada uno a bordo descargara en mí sus humores. No sabía nada de Dios. Por ello escogí a los seres más fuertes y malvados como mis protectores. Yo entonces imaginaba que si mi existencia allí se hacía insoportable, solo tenía que saltar al agua en búsqueda de los monstruos, para que me protegieran y me llevaran

en sus espaldas lejos de allí. Por suerte nunca lo probé.

Sacudí mi cuerpo. El monje prosiguió su narración.

—Nuestra embarcación era una galera impulsada a remos, larga, estrecha y ligera. Era más rápida que cualquier otro barco y con su espolón atravesaba el vientre de las carabelas, de los grandes y pesados barcos mercantes. No había mucho sitio. Comencé durmiendo en la cocina, pero era muy pequeña y el cocineroapestaba. Cuando fui suficientemente mayor preferí dormir en cubierta y observar de noche las estrellas. En ocasiones veía fanales, que se encendían en el fondo del mar. Cuando eso sucedía cerca del barco, me entraba miedo, pues pensaba que se trataba de sirenas que venían a buscarme. Y a pesar de ello, acechaba por encima de la borda con la esperanza de lograr echarle un vistazo al castillo de Neptuno.

»Había otro tipo de peces grandes, de color azulado y rostros sonrientes. Volaban por el aire como pájaros mientras me miraban atentos. Con ellos hablaba cuando nadie tenía tiempo que dedicarme. Eran ángeles, pero de ellos no esperaba recibir ayuda alguna.

»Cuando estábamos en alta mar reinaba una gran disciplina. Cada uno tenía su sitio. Pero en cuanto atracábamos en un puerto, entonces se traían mujeres y vino a bordo y lo celebraban hasta que todos perdían el conocimiento sobre la cubierta. También para mí se acondicionó un cuarto de mujeres, donde una de ellas me cuidaba. Solo que no podía ser rubia. Eso me recordaba a mi madre y entonces me ponía a berrear. Ya lo ves: si querían, los piratas eran padres responsables, más en todo caso de lo que jamás lo fue mi propio padre.

»Se portaban tan bien conmigo, que un día decidieron que esa vida no era para mí y que en un futuro tenía que irme mejor que a ellos. En Túnez me entregaron a un sabio anciano que buscaba un apoyo para su vejez. A cambio de mis servicios me enseñaría lo que me fuera de utilidad. ¿Realmente quieres saberlo todo?

—Claro que sí —le aseguré—. Quiero saberlo todo sobre ti. Sigue contando. No entiendo por qué no me contaste la verdad desde el principio. Es una historia terrible, pero increíblemente fascinante.

—¿Me habrías aceptado en tu casa si hubieras sabido de mi infancia? Un pirata en tu hogar; quizá no sea un verdadero pirata, pero he hecho y visto cosas malas. Vi cómo nuestro espolón atravesaba por un lado una ancha y pacífica carabela y oí cómo las tablas reventaban. Es un sonido terrible cuando algo revienta, se astilla y se oyen gemidos. El barco lanza gritos de muerte. Sobre la cubierta los marineros imploraban en alto a Dios, pero este no les ayudó. Los piratas se colgaban de cuerdas para el asalto y entonces empezaba la matanza. Pocas veces se hacían prisioneros. Como te he dicho, había poco sitio en la galera. En todas las batallas, el pilluelo que era yo colgaba de los cabos y alentaba a mi equipo. Encontraba divertido cuando al final del todo prendían fuego a la carabela y esta se hundía ardiendo. Los cadáveres flotaban en las aguas y mis amigos, los tiburones, se daban un banquete. Esto es lo que me habría gustado ocultarte. ¿Qué piensas de mí?

¿Aún no lo sabía?

—Pero entonces tú solo eras un niño. ¡No podías hacer nada en contra!

—¿No? A menudo me lo pregunto. Si Dios nos ha creado y para nuestro camino nos ha dado desde el principio la diferencia entre el bien y el mal, tal como está escrito en la Biblia, ¿no deberíamos ser capaces desde que nacemos de diferenciarlos y actuar de forma correcta?

Pensé sobre ello.

—Evidentemente seguimos más bien el ejemplo que vemos a nuestro alrededor. Y para un niño débil cualquier referencia absoluta que tenga puede ser superada por este. Un niño comete faltas sin ser consciente de ello. Un adulto posee la sabiduría para hacer lo correcto cuando él quiere.

—Eso lo dices tú. Yo tengo una opinión diferente al respecto, pero espero que un día Dios me perdone. En todo caso, no considero necesario cargar con más.

—¿Qué tal te fue con el viejo infiel?

Tomás rompió a reír.

—El musulmán te hubiera llamado infiel a «ti». Aquí tienes de nuevo dos verdades, ambas vigentes. Él también está convencido de conocer la verdad, como nosotros. Quién tiene razón se decide al final en el Cielo. Pero sobre ello pienso de forma diferente a mis hermanos. Mi nuevo amo era amable la mayoría de las veces, mientras no sufriera de gota. En ese caso me pegaba y me insultaba como a un perrillo extranjero, pero en cuanto se recuperaba, lo lamentaba y me prometía adoptarme como su hijo. Era alquimista y estaba permanentemente ocupado en investigar el comportamiento de determinados materiales bajo la influencia de ácidos, sales, calor, enfriamiento y procesos de putrefacción.

—¿Estaba buscando la piedra de la sabiduría?

—No. No era un charlatán de esos. Buscaba cosas que pudieran serle de utilidad a la humanidad, y en todas ellas a Dios.

—¿Dios, un infiel, un musulmán?

—Ya te lo he dicho, él cree que conoce al único dios verdadero. Lo llama Alá. En sus experimentos buscaba un verdadero proceso de creación para convertir la materia en algo completamente diferente. Ese era su sueño. Entonces se habría igualado a Dios. Pero nunca lo consiguió. El cobre quemado, el estaño evaporado recogido en un aparato de destilación, corroído con sales, disuelto en un ácido con azufre y agua, seguía siendo lo que era: cobre, estaño y azufre en otros estados. A cambio dio con un remedio contra las pústulas y una aleación de cobre que evita que se ponga verde.

»Pero lo que más me fascinaba era cómo se ganaba el pan diario: los colores. El viejo creaba siempre nuevas mezclas de colores con minerales y vegetales, investigaba cómo les podía conferir profundidad y resistencia a la luz y luego vendía sus inventos a la fábrica de cerámica del sultán. Él fue quien creó los colores para los fabulosos mosaicos que decoran todas las arcadas de la ciudad, de forma que brillan a lo lejos a la luz del sol, mosaicos y azulejos para el palacio del sultán, para la

mezquita, para el más que sublime palacio de Alá. Edificios enteros se hallan recubiertos, tanto dentro como fuera, por luminosos y coloridos azulejos. A los musulmanes no se les permite representar seres humanos y animales, así que dan rienda suelta a su inclinación por los ornamentos y el colorido en patrones geométricos, en los que la vista se pierde. Solo una puerta de la ciudad de Túnez está más ricamente decorada que todos los castillos del reino de Francia.

»¡Y las costumbres son mucho más civilizadas! ¡No te puedes imaginar qué atención prestan allí a los sabios! Aquí los artistas y los sabios tienen que mendigar la atención, solo el dinero disfruta del respeto de las personas. Entre los árabes los modales son especialmente refinados, incluso los mendigos en las calles tienen su dignidad. Se lavan varias veces al día y se enjuagan la boca. Las casas se perfuman con inciensos y agua de rosas. En los veranos más calurosos están frescas y en invierno agradablemente atemperadas. Hay letrinas con agua corriente y trabajadores que limpian las calles. Y la ciudad de Túnez es un mar de blanco y azul que brilla bajo el radiante sol del sur. Aquí y allá ves el balanceo de las altas palmeras de color esmeralda. Sus copas se encuentran cargadas de frutos de color ámbar. Y todo lo rodea un desierto de arena dorada. Por encima de las formas redondeadas e imbricadas como dragones de los tejados y azoteas, en los cuales se sientan las mujeres por la noche y charlan y beben té, destacan los minaretes, las torres delgadas y altas de sus templos, desde los que los sacerdotes cantan para sus creyentes.

Calló durante un rato. El sol se puso tras el Sena y yo empecé a tener frío.

—Volvamos despacio.

Me siguió.

—Me da la impresión de que echas de menos el Levante. ¿Eres realmente un verdadero cristiano?

—Un verdadero cristiano y además monje que ha hecho sus votos y todo lo que ello conlleva. En todo caso, si tengo nostalgia es de los muros blancos de Túnez. Allí fui feliz por primera vez en mi vida. Allí mi alma se encuentra en casa.

—Y entonces ¿por qué estás aquí?

Un par de los pilluelos de nuestras calles jugaban a perseguirse alrededor nuestro.

¡La viuda y el monje!

¡La viuda y el monje!

Lo hacen en el pajar, con alegría desnuda,

lo hacen en el puente, donde se agacha la viuda...

—¡Callad de una vez! Así solo demostráis lo tontos que sois, porque no sabéis en absoluto de qué estáis hablando.

Uno de los niños mostró mediante gestos que sí sabía de qué hablaba. Se fue corriendo, pero Tomás lo alcanzó con una certera pedrada en el culo.

—¡Eso es lo que recibes cuando ofendes a una dama! ¿Quieres más?

Los chiquillos se largaron corriendo de allí.

—Estoy aquí, porque... el viejo murió. Sus hijos se presentaron de repente, cuando nunca se habían preocupado por él. Se repartieron la herencia y no parecieron muy deseosos de seguir alimentándome o incluso dejarme a mí lo que el viejo había testado. Fuera de los muros de la ciudad había una pequeña misión de los franciscanos. Los hijos de mi patrón me llevaron allí y extorsionaron a los buenos hermanos para que me compraran, lo que al final hicieron. Estoy seguro de que la suma difícilmente los consoló.

»Solo había seis monjes allí, que recibían de vez en cuando desde su patria dinero, biblias y provisiones. Uno de ellos, el hermano Severinus, me adoptó. Se esforzó mucho por convertirme en un buen cristiano. Debía contar con unos nueve años cuando ingresé allí. De nuestra fe solo sabía lo que me había enseñado el cocinero bizantino de nuestro barco pirata. Yo me consideraba también un musulmán, no tanto por el Corán, que había aprendido a leer, sino por las maravillosas penumbras coloreadas de la mezquita, por los mosaicos y las mullidas alfombras, por los minaretes y los rezos rítmicos: Alá es grande y no hay dios junto a él. “¡Obra del demonio! ¡Obra del demonio!”, me decía el hermano Severinus. No debía creer nada de todo eso y empezó conmigo desde el mismo principio. Por suerte el alquimista ya me había hecho olvidar el comportamiento de los piratas. Hermanos como Severinus, que viajan hasta confines desconocidos del mundo con el fin de convertir a las personas que no querían ser convertidas en absoluto, están acostumbrados a las adversidades y formados para ello. Pero me temo que yo constituía el mayor desafío para él.

»Dejé de arrodillarme sobre la tierra en dirección a la Meca cuando rezaba. Me aburría cuando me daban clases sobre la Biblia, porque la Biblia parecía contener menos filosofía práctica que el Corán y naturalmente le había oído decir al alquimista que Jesús era solo un profeta y de ninguna manera el hijo de Dios. No era sumiso y argumentaba por puro gusto. (Una debilidad que por desgracia no he abandonado). Cuando me apetecía, me iba de allí y vagabundeaba por los zocos. Era consciente de que los monjes me acogerían una y otra vez, daba igual cómo me comportara. Los monjes me parecían en general groseros y sucios. Comían con la mano izquierda, con la que un buen musulmán se limpia el trasero, disculpa, pero es así, su vestimenta era terriblemente rasposa y solo se permitían la belleza para el enaltecimiento de su Dios.

—¿Qué te impulsó entonces a convertirte en uno de ellos?

Se lo pensó largamente antes de contestarme.

—Supongo que el amor. Una vez de las muchas en las que provoqué más de lo debido al hermano Severinus, este me dio un cachete. Acto seguido se fue de forma abrupta al jardín de la misión y me dejó allí sentado. Nunca antes me había pegado, por lo que yo estaba muy sorprendido. Finalmente me puse en pie y fui tras él. Ese jardín, tienes que imaginártelo, estaba compuesto por una fuente bajo las palmeras de dátiles y un par de bancales, donde los monjes cultivaban mal que bien las verduras para sus comidas diarias. El hermano Severinus estaba arrodillado bajo una palmera,

como un musulmán, solo que no disponía de una alfombra para el rezo. Yo me acerqué sigilosamente, pues seguía siendo muy travieso.

»Y entonces me di cuenta de que estaba llorando. Pedía a Dios que le perdonara por haber perdido la paciencia conmigo. Y se reprochaba el haberme perdido para siempre por esa razón. Para mí no fue nada digno de atención ese cachete, pues sabía que me lo había merecido de sobra. Lo que me conmovió fue que era la primera persona en mi vida, a excepción seguramente de mi madre, que no quería perderme a ningún precio. Me hice notar, me dirigí hacia él y me disculpé.

»Después de aquello, mi educación cristiana fue progresando. Y cuando el hermano Severinus tuvo que abandonar Túnez por motivos de salud y se embarcó hacia Génova, lo acompañé por amistad. Vivíamos en un pequeño monasterio cerca de Milán. En ese monasterio aprendí a ilustrar libros. Es el único trabajo que realmente me gusta, pues me permite rodearme de belleza. La magnanimidad de Dios ha querido que de aquello que tanto deseo también disponga del talento. Eso es siempre una suerte eterna y una gran merced.

»Unos años después murió mi querido hermano Severinus de una enfermedad que había contraído en el continente africano. Tras ello, ya no había nada que me atara al monasterio y, con el pretexto de ver la Santa Corona de espinas en París, hace tiempo que vago sin rumbo. Y ahora estoy aquí. Estaba predestinado a ello. *¡Inch Allah!*

¿Una palabra árabe? ¿Podía ser verdad todo eso? Quería ponerlo a prueba, porque la verdad es que no me creía mucho más de lo que me había contado otras veces.

—¡Dime algo en árabe!

Se lo pensó y dijo algo entonces en una lengua extranjera que nunca había oído; sonaba un poco como un metal oscuro y líquido.

—Te lo traduzco, es un poema de un poeta de la Corte de Harun Al Rachid. Se llamaba Abu Nuwas y vivió hace seiscientos años:

*La luna imita tu luz,
y quien la ve, ve tu rostro,
cuando te imita ofrece su brillo
y nos informa de tu brillo.
¡Si eres mi todo sé tierna,
y renuncia a la furia!
¡Oh, símil de la luna, no puedo
llevar con paciencia este amor!*

Fíjate tú, lo primero que se le ha ocurrido es un poema de amor, por lo menos uno curioso. Pero mientras lo recitaba me miraba de una manera a la que no supe responder sino con burla.

—Muy bonito, hermano Tomás. Tienes a tus espaldas una vida muy aventurera. Quizá debería escribir sobre ti. Pero ¿qué lugar ocupa en esta historia el libro?

—Oh, el libro... Me lo traje de Túnez. Allí lo tradujeron. Sin embargo, nadie

estaba muy interesado en él, porque se trataba de la obra de un bárbaro. Así que me lo dieron a cambio de poco dinero.

—¿Y ese es el libro que quemaste?

—Por desgracia. Pero no era importante.

Sí, ya me había dado cuenta de que no tenía ninguna prisa en buscarlo. Así que no le dije nada de que le había encomendado su búsqueda a Pierre, el pequeño ladrón. Ya veríamos lo que salía a la luz. Quizá entonces los meandros de ese monje cobraran sentido.

Nuestra partida estaba cada vez más cerca y aún había temas pendientes de nuestro trabajo en común y mil cosas que organizar. La oruga se estaba alzando, con el fin de avanzar de nuevo un buen trecho.

Mi madre se había pasado todo el día anterior espoleando a Héloise para que preparara montañas de provisiones para Jean y para mí: pastel seco de almendras, que aguantaba largo tiempo, pequeños panecillos rellenos de tocino o queso, fruta seca, tiras onduladas de color rojo oscuro de carne en salmuera, jarabe de flor de saúco en cantimploras de cuero.

—¡Abuela! ¿Quién se va a comer todo esto? De camino la duquesa nos dará de comer.

—¡Tonterías! —le respondió mi madre—. Es mejor no confiar en los duques. Tú eres joven y estás creciendo. ¡Tienes que comer mucho!

Después se puso a controlar el equipaje.

—¡Cristina! ¿Has pensado también en el abrigo más grueso? ¡A estas alturas del año por la noche puede hacer mucho frío! ¡Héloise! ¿Dónde se ha metido ahora? ¡Héloise! ¿Hay suficientes mantas? ¡No! ¡Esta no! Las gruesas para el invierno. ¿Te has acordado de las botellas de agua caliente? ¡Y busca vino del más fuerte de la bodega, que nunca puede hacer daño!

Esa era la forma de mi madre de mostrar afecto. Cuando estabas allí, impartía órdenes a todo el mundo. Pero cuando te ibas de viaje, entonces se preocupaba y te atosigaba con consejos prácticos. El tono áspero la protegía de sentimientos demasiado fuertes. De pequeña lo había sufrido en carne propia. Ahora que yo misma tenía hijos había aprendido a leer las señales.

Riendo me dirigí al hermano Tomás.

—Mira a ver lo que hace Berthe, ya que no lo hace su propio hijo —le rogué—. Y no pierdas de vista a Aldo. ¡No me fío de él! Y si tienes tiempo, quizá vuelva la dueña de la casa del puente.

—No te preocupes, me ocuparé de todo. Y tus libros serán ilustrados y vigilaremos al pequeño ladrón. ¿Sabes que me recuerda a alguien? Sin duda alguna a un pequeño pirata.

Me puso un paquete en la mano.

—Para ti, Cristina. Solo podrás abrirlo cuando ya estéis de camino.

Le di las gracias sorprendida y escondí el paquetito envuelto en un paño en la bolsa de mi cinturón. Abracé y besé a todos, a excepción de Tomás, ya que no hubiera sido procedente, aunque quizá sostuve sus manos demasiado tiempo.

Marie hizo una mueca y se secó la mejilla con la manga.

—¡Volved pronto! ¡Cuánto antes!

Jean, orgulloso del cortejo que nos acompañaba, me ayudó a ensillar. La duquesa había enviado para Jean y para mí dos hermosos caballos negros, un carruaje para el equipaje y dos criados, que lo conducirían y cuidarían de nosotros durante la travesía. A las afueras de la ciudad debíamos encontrarnos con el resto del séquito. No pude evitar sonreír. ¡La vida siempre debería ser así!

Más adelante, en la carretera provincial, saqué el paquetito que me había entregado el hermano Tomás al despedirnos. Se trataba de pequeños trozos de pergamino, restos, raspados y alisados con piedra pómez. Los había recortado rectangularmente. En ellos había una serie de retratos míos. ¿Cuándo los había hecho? Ni me había dado cuenta. Yo ante el atril escribiendo, yo pensativa con la cabeza descansando sobre mi mano, yo riendo, a la mesa, en el jardín, de perfil...

Jean había pegado su caballo al mío y observaba con envidia los retratos.

—El monje te está echando los tejos, madre —me dijo con reproche—. Y tú a él. Y eso no es procedente.

XIV

Los juramentos y chasquidos de los látigos ya se oían un buen trecho por delante de nosotros. Mi caballo bailó, adelantó la cabeza y resopló impaciente. No pude reconocer qué es lo que nos detenía de nuevo. La caravana entera se detuvo. Seguramente uno de los carromatos cargado con las tiendas de campaña, las provisiones y todo lo necesario para nuestra comodidad, se había quedado atrapado en la blanda arena del camino.

Éramos unos ochocientos nobles y trescientos criados: Valentina Visconti, su séquito, un contingente de caballeros de Orléans y la reina con sus acompañantes. Quien físicamente era capaz de ello iba a caballo. Los mayores y más débiles debían resignarse a los carruajes, que se movían de un lado a otro de forma tan terrible que uno no sabía si hubieran ido mejor atados a un caballo.

El ejército de los criados nos seguía detrás a pie. Había numerosos carros, coches, bueyes de tiro, caballos, burros de carga, además de un montón de corderos y cerdos, gallinas y gansos, que se transportaban para sustento de sus eminencias. La tierra, a pesar de que ya era mediados de octubre, el mes de la cosecha, no podría habernos alimentado. Yo estaba horrorizada, pues en nuestra casa en medio de París no nos dábamos cuenta de cómo había sufrido el país por decenios de guerra y pillaje.

Se hablaba de los pobres campesinos, y uno mostraba algo de compasión por ellos, como correspondía. Pero otra cosa muy diferente era ver el esqueleto quemado de una casa, la tierra alrededor baldía, cubierta de hierba y cardos. Uno se imaginaba inmediatamente lo que había ocurrido con sus habitantes, familiares, niños. Y se preguntaba de dónde venía el pan y a quién le faltaba cuando uno se lo comía.

Salimos de la capital con buen tiempo y ánimo festivo. Todos los pueblos y las ciudades que cruzábamos estaban engalanados y sus habitantes se paraban a los lados de las calles, se asomaban por las ventanas e incluso algunos se sentaban en los remates de los tejados para vitorear a la pequeña novia.

Pero, conforme íbamos avanzando, el país se volvía cada vez más pobre, muchos campos estaban sin cultivar, las casas en ruinas y los albergues eran malos.

Cada noche se montaba un campamento con los carruajes y las tiendas. Como cualquier ciudad, contaba asimismo con lujosas y grandes moradas de muchas torres, cubiertas y adornadas con pendones, pero también con otras más pequeñas, incluso las que solo estaban formadas de tres palos y un trozo de tela, los sencillos tejados de los palafreneros y similares. Los cocineros dormían sobre los sacos de harina en los carromatos de provisiones, mientras que sus ayudantes debían contentarse con dormir a ras de tierra bajo los mismos carros. Muchos de los sirvientes descansaban en pieles alrededor de las hogueras: en el círculo interior se encontraban los mayores y más

fuertes, y a medida que se alejaba uno del centro del círculo se encontraba con los más jóvenes y de rango más bajo.

Nosotros nos hallábamos en el centro de esta ciudad, alojados en una tienda de campaña recogida que nos había dejado la Casa de Orléans: mi hijo y yo, la condesa de Brantes, una matrona del sur de unos cincuenta años y su criada, alguien de edad indeterminada tímida y gris. Naturalmente, Jean consiguió de alguna manera que esa criada le preparara la cama y le recogiera las cosas. Cuando le dije que no teníamos ningún derecho a disfrutar de sus servicios se encogió de hombros y ella dijo que no le importaba lo más mínimo.

Por la noche nos llamaban a menudo para hacerle compañía a nuestra señora. Entonces nos refrescábamos con agua fría, peinábamos nuestro cabello, sacudíamos nuestros refinados vestidos y nos poníamos elegantes. Otras noches, cuando no se requería nuestra presencia, nos contentábamos con sentarnos sobre unos cojines frente a la tienda, con las piernas estiradas, para observar los movimientos del campamento.

La duquesa se hacía dar un masaje antes de ir a dormir con un aceite de penetrante olor para aliviar sus dolores de espalda.

—¡Apesta! ¿Tenemos que dormir en la misma tienda con la vieja? —murmuraba quejumbroso Jean.

—¡Sssh! Sé amable. Te acordarás de ello cuando tú también seas mayor y los miembros te duelan.

Como es lógico, no podía imaginárselo. Era joven e invulnerable.

A la mañana siguiente la ciudad entera se disolvía como por arte de magia. Las lonas caían al suelo y todos los sacos de paja, mantas, almohadas, muebles, utensilios de cocina, provisiones, pendones y banderas, aquellos objetos con los que evidentemente es imposible viajar, desaparecían con una velocidad asombrosa en los lomos de los animales, carros y carruajes. Poco a poco aumentaba la temperatura del día. Los señores, es decir, nosotros, abandonábamos el lugar cabalgando y el servicio debía ver cómo ponían en marcha todo el polvoriento convoy para alcanzarnos a tiempo a mediodía. Tras nosotros no quedaba nada, a excepción de la hierba y el estiércol pisoteados y las cenizas de un par de hogueras.

Cabalgábamos a paso lento con el fin de acoplarnos al ritmo de los carruajes y disponíamos de todo el tiempo para observar los alrededores. No todo lo que vi aparecería en mi informe, como las figuras andrajosas a pie de carretera con sus brazos esperando una limosna.

Yo escribiría: «En todas partes se agolpaba la gente para ver la magnífica comitiva».

La reina ordenó que se lanzaran monedas de poco valor y golosinas, un gesto encantador, aunque inútil. Con motivo de la inminente boda de su hija, el rey había bajado el impuesto sobre el vino de un cuarto a un octavo de centavo de plata (lo que contó con la aprobación sin reservas de tía Marie) y el impuesto de la sal de nueve a

seis centavos, mientras que había abolido el impuesto sobre las ferias. Eso ayudaba más que las limosnas y los dulces. Pero esas bajadas de impuestos siempre se habían revertido o se habían sustituido por impuestos con distinto nombre. Al final el pueblo siempre se quedaba con lo mismo, con un agujero en el bolsillo. A pesar de eso, ahora mismo la medida era para llenarse de júbilo.

En Amiens fuimos muy bien recibidos. Salieron a nuestro encuentro jinetes con banderas y heraldos. La pequeña Isabella cabalgaba sobre su caballito blanco, vestida toda de blanco y oro. En su gruesa muñeca se bamboleaban diamantes y su cofia estaba repleta de piedras preciosas como un roscón de Reyes con su fruta escarchada. Graciosa, saludaba y miraba. Debían de ser los días más bonitos de su vida. Tenía siete años.

El duque de Burgund puso a nuestra disposición uno de sus castillos. Allí se alojaron los grandes señores y sus más íntimos amigos, los cocineros, los escanciadores, las criadas y los mayordomos. Los demás acampamos en nuestra ciudad de tiendas de campaña dentro de los muros de la fortaleza.

Cansada, me bajé del caballo. Jean ya estaba junto a mí para ayudarme. A la vez que lo hacía, giró la cabeza hacia un amigo que pasaba por allí y entre risas le propuso jugar una partida de volante. Yo me froté mis lumbares fatigadas.

—Dios del Cielo, Jean, ¿de dónde sacas las energías para todo?

Rio y se alegró por el cumplido encubierto. Se llevó los caballos hacia unas reatas de mimbre, que ya esperaban preparadas. (También el enrejado para ello se transportaba en un carro especial). Mientras montaban nuestras tiendas me di una vuelta por el campamento. Ahora en otoño oscurecía y hacía fresco muy rápidamente. Sentí frío y saqué una manta de nuestro equipaje, que me puse por encima de los hombros.

Las luces del castillo se reflejaban en el foso. A través de la neblina nocturna veía abajo desde la ciudad las luces amarillas y amistosas. Se encendieron las primeras hogueras y me dirigí hacia una de ellas para calentarme las manos. La duquesa de Brantes ya estaba allí.

—Si uno pudiera masajearse a sí mismo —dijo—. Estar de pie después de haber cabalgado durante tanto tiempo le deja a una completamente helada. Pero, desgraciadamente, querida mía, somos responsables de nuestro estado, de tener los pies helados y pillar un resfriado.

Reí. Era una compañera de tienda agradable. Jean, que había comprendido su influencia en las viejas damas, la adulaba. Y ella no le podía negar nada, ya fuera una golosina, una bonita manta de montar o el presentarle a uno de los más interesantes acompañantes de la reina.

—¡Jean, no deberías hacerle la rosca de forma tan descarada, únicamente para recibir cosas de ella! —le había exhortado.

—¿Por qué? Me dijiste que debía ser amable.

Cuando lo observaba de esa forma, estaba segura: sabría abrirse camino, siempre

que consiguiera los contactos adecuados.

Se acercó un criado de la duquesa para anunciarnos que nuestra tienda estaba dispuesta. Incluso había preparado vino caliente para que nos calentáramos. Agradecida, lo acepté y rodeé con mis dedos fríos la jarra de estaño. Me agaché para entrar en nuestra tienda. Dadas las circunstancias se encontraba acondicionada de manera muy cómoda: tres gruesos sacos de paja para las mujeres y para Jean, un taburete y una mesa minúscula. La criada buscaría más tarde una o dos pieles de oveja para ella. Dormía con nosotros en la tienda, pues por las noches la condesa la necesitaba con frecuencia. Revolví en mi bolsa en busca de mis utensilios de escritura.

—¿Os importa si hasta la hora de la cena ocupo la mesita con mis utensilios?

Tras la comida siempre debía jugar unas partidas de cartas con la condesa.

—No, adelante. Además, esta noche tengo poca gente a la que escribir, igual que ayer.

La condesa había perdido a buena parte de su familia. Y a los que vivían no los soportaba.

Monté mi pequeño tintero, diluí el bloque negro con algo de vino tinto, rasqué y removí, saqué punta a la pluma y proseguí con mi diario de viaje.

Queridos míos:

También hoy el viaje ha transcurrido cómodamente y de forma exitosa para la familia real.

Hoy antes de llegar a Amiens nos unimos al séquito del rey. Se mantiene bien, aunque todos nosotros temblamos por lo que ocurriría si sufriera un nuevo ataque en el momento menos indicado. Cabalga avanzado junto al duque de Orléans, su hermano, mientras que la comitiva con las mujeres les sigue más despacio.

Aquí el país continúa arrasado por la guerra. A pesar de eso la gente nos vitorea y saluda, y lanza ramilletes de flores bajo los cascos de nuestros caballos, especialmente bajo el de nuestra pequeña princesa. Se tienen puestas muchas esperanzas en esta boda, más aquí, donde tanto se ha sufrido bajo los ingleses.

Hoy pasaremos la noche en Amiens, en el centro de la Picardía.

Debéis pensar que el paisaje aquí es ancho, verde y plano, con un cielo tan bajo que parece que uno cabalque entre dos páginas de un libro. Es bonito de una forma única y melancólica. Aquí hay mucha agua, pequeños ríos y canales, en los que los pescadores están sentados en sus barcas y con sus redes atrapan grandes cantidades de anguilas, percas y lucios. Para el transporte de las personas y las mercancías se utilizan casi más las corrientes del río que las carreteras. Los botes son bajos y se desplazan gracias a la ayuda de largas varas, con las cuales el barquero va tanteando el lodo. Las

llaman bacóve, barcas.

Mañana, antes de proseguir, asistiremos a un servicio en la catedral de Amiens, donde se conserva la cabeza de san Juan Bautista. Frente a la puerta de la ciudad de Amiens también se produjo el milagro de san Martín, que compartió su abrigo con un mendigo.

Somos demasiados y lo más seguro es que no pueda estar dentro de la catedral, pero seguramente se organizará como en Senlis, donde para los que se habían quedado fuera varios sacerdotes predicaban desde unos armazones de madera terminados a toda prisa e impartían la bendición. Si me es posible, madre, te traeré una cruz bendecida de allí. Marie, tú recibirás un odre de vino. Confío en que ello aumentará tu devoción. Me encantaría poder comprar algo del fino terciopelo azul por el que Amiens es famoso. Aunque me temo que no tenga tiempo para ello. La ciudad y alrededores vive de las telas: lienzo, seda, terciopelo, generalmente coloreado con glasto.

Nos llaman para la cena. Fuera han montado largas mesas y bancos como cada noche. Cada uno ha encontrado su sitio permanente en esta sociedad viajera. Cada uno ha escogido a sus compañeros de mesa. Yo me quedo junto a la condesa, que es muy agradable y me evita atenciones inoportunas. Enfrente de mí se sienta un divertido hidalgo de dieciséis años, que se ocupa con mucha amabilidad de Jean. Y mi pequeño «profesor» le explica las cosas. Es muy conmovedor cómo va descubriendo el mundo y cuán seria y animadamente habla sobre él.

Ahora sí que tengo que terminar de una vez. Los carneros asados huelen de forma muy tentadora. Mi estómago emite sonidos de impaciencia.

Envío esta carta con el mensajero de la duquesa de Orléans de vuelta a París, que os la llevará a casa. Es increíblemente amable por su parte. Empiezo a ver a los Visconti con otros ojos.

¡Dios os proteja!

Cristina

Mi informe de viaje provisional apenas hablaba de las preocupaciones que nos causaba la salud del rey. El otoño pasado miles de niños franceses viajaron hasta el Mont St-Michel para rezar por su sanación, pero Dios no atendió su ruego. Así que sus acompañantes observaban sin cesar al monarca y lo miraban con miedo. La relación con la reina, tal como se explicaba en el campamento, se había enfriado mucho. Ella le temía y siempre estaba rodeada de una bandada de sus seguidores, «para estar segura», tal como me susurró la condesa de Brantes. Pero nuestro soberano sí que tenía el entendimiento suficiente para entregar a su hija como garantía a cambio de la paz.

—Está bien que vayamos a tener paz —dije—. Pero ¿qué pasará con todos los soldados? No saben hacer otra cosa.

Elías me lo había expuesto en una ocasión: hemos aprendido a manejar las armas y a marchar. Se trata de una profesión como cualquier otra. «La mayoría de nosotros no ha aprendido otro oficio. Uno llega joven a una compañía de estas, pero antes de saber cómo van las cosas. Primero limpia las botas, remienda las sillas de montar, prepara el fuego, lleva las cosas de los mayores y recibe patadas en el culo de todo el mundo. Luego empieza a conocer las armas y se busca la que más le conviene, para la que más talento tiene: lucha cuerpo a cuerpo con la espada o el hacha, la lanza, la pica, la ballesta. Los caballeros van a caballo, nosotros somos tropas de a pie y debemos procurar que no nos pasen por encima. Cuando huele a chamusquina a uno siempre le ordenan avanzar. Desempeñas tu trabajo durante muchos años, si es que tienes suerte, y entonces con la humedad empiezan a dolerte las viejas cicatrices. Acampar a ras de suelo se te hace cada vez más difícil. Mandas al diablo tus rodillas, que te duelen terroríficamente cuando te pones en pie o te agachas. ¡Y de repente, maldita sea, se declara la paz! Y nosotros somos desmovilizados, tal como se dice. ¡Y si no encuentras trabajo como vigilante privado o acompañante de caravanas de mercancías, se te queda cara de tonto, Cristina! A uno no le queda dinero y nada del pillaje que pueda vender. Somos pocos entre nosotros los que podríamos uncir un arado si nos dieran tierras, lo que no es el caso. Así que finalmente vas por ahí por tu propia cuenta y coges lo que necesitas y lo que consideras justo. Yo habría hecho lo mismo si no me hubieras ofrecido cobijo en tu hogar». Algunos exageran un poco.

—Deberían buscar un trabajo honrado —dijo uno de mis compañeros de mesa.

—¿Y si no encuentran ninguno? —le contesté—. Nadie ha esperado a los soldados en los períodos en los que había que guerrear. Durante ese tiempo otros han hecho su fortuna, pero ellos no tienen ninguna clase de ingresos.

—¿Habríamos de pagar de nuestros ingresos un ejército activo?

—En todo caso, la mayoría de las veces las compañías están compuestas de bribones. Una persona decente no se dedica a ello.

El reproche venía de un distinguido caballero, cuyo barrigón delataba una buena vida y comodidad.

—Muy gustosamente una persona decente permite que los soldados le protejan —dije yo.

—Si no hubiera soldados, no habría guerras —me contestó con voz atronadora.

—Ah, la guerra es parte de la humanidad desde Caín y Abel —se involucró el joven hidalgo de cara de zorro—. Guerras hay siempre. Las compañías se vuelven a reclutar con facilidad y se envían a Italia. Deben calentar al falso Papa. Y después tendrán que cargar contra los infieles: Túnez, los turcos y Tierra Santa. Para el guerrero siempre hay trabajo.

Dos días más tarde llegamos a Ardres, donde los hijos de los reyes debían ser presentados, aunque naturalmente ya se habían intercambiado agradables miniaturas con sus retratos. La princesa Isabella siempre la llevaba consigo y se la enseñaba a todo el mundo con mucha seriedad: «Este es *mi* hombre». Lo decía con tal orgullo de

propiedad, que yo temía por ella.

Ricardo tenía veintitrés años y ya había enterrado a una esposa. ¿Qué experimentaríamos Isabella cuando fuera enviada a la cama y «su» hombre lo estuviera celebrando con sus queridas? Si sus preceptores fueran inteligentes habrían preparado a la princesa para el hecho de que nunca tendría al rey para ella sola. La boda se consumaría cuando hubiera cumplido los doce años, mejor dicho, si llegaba a cumplirlos.

Ricardo tenía fama de ser colérico y de no saber dominarse, se ofendía con facilidad, era cruel y vengativo. Había desterrado a su propia madre y había ordenado morir en la horca a su amante, todo por alcanzar el poder. Reinaba en Inglaterra como un cacique. Eso tampoco decía nada en su favor. Pero Isabella marchaba por Francia, tal era el deber de las hijas de un rey.

Escribí a mi familia:

Hoy llegamos a la frontera de la planicie de Flandes. Ante nosotros se extiende una tierra descolorida y completamente uniforme. Al oeste el relieve se alza hacia las suaves colinas de Artois. Entre este punto y la costa hay pantanos de los que se intenta sacar provecho: hemos visto a hombres, mujeres y niños, hasta los más pequeños, que con herramientas puntiagudas levantaban la tierra a sus pies. Me detuve y les pregunté por qué lo hacían. Me dijeron que su señor lo había ordenado, con el fin de que el agua fluyera. Además, esa tierra, que llaman «turba», es buena para prender y quien no tiene piedras o madera para construir puede hacerse una casa con ladrillos de este material. Una vez han terminado de cavar se forman estrechos canales, por los que fluye un agua marrón y de olor ácido.

Según nos desplazábamos hacia Calais, que se encuentra a orillas del mar, más verdes se volvían las colinas. El aire olía a sal y plantas ásperas, que yo no conocía. Las gaviotas volaban en círculo en el aire cuando llegamos a Ardres, que está a un día a caballo de Calais. Aquí Isabella debía encontrarse con su amado, aunque no fuera del todo tierra inglesa.

Poco antes de llegar a la ciudad nos paramos con el fin de refrescarnos. Bajo la mirada asombrada de los cortadores de turba, las damas y muchos de los caballeros se bajaron de sus caballos. De los carruajes descendieron dando un traspiés sus ocupantes. Se descargaron arcones guarnecidos de plata repletos de vestidos, banquetas forradas de cuero, mesitas de peluquería, altos espejos y utensilios para el maquillaje, que quedaron en medio del prado verde como extraños y huérfanos. Uno se cambiaba de vestido o de jubón, se dejaba peinar y se ponía perfume en el cabello; si hacía falta, en el último minuto se quitaba alguna costura o se remendaba algún roto. Los criados corrían y las doncellas de cámara se esforzaban con el peine y la aguja. Los palafreneros cepillaban el polvo de la calle de las

grupos de los caballos, desenredaban sus crines. Y entonces, tan repentinamente como habíamos irrumpido allí, todo el barullo cesaba. Durante todo el tiempo los lugareños nos habían contemplado con la boca abierta. Un viejo se apoyaba en su pala, nos observaba y sacudía la cabeza, murmuraba algo, y entonces dio un paso hacia atrás para llamarle la atención a otro sobre nuestra presencia. Después volvió a su trabajo, cuando ya nos habíamos arreglado y seguimos cabalgando lustrosos y peinados.

El tiempo había cambiado, hacía frío y el cielo estaba gris. Lloviznaba bastante. Muchos de mis acompañantes de viaje murmuraron entre sí y lo consideraron un mal augurio para la cercana unión. Pero naturalmente todo se realizaría sin tener en cuenta el clima.

La ciudad de Ardres era demasiado pequeña para todos nosotros. Solo unos cuantos nobles escogidos acompañaron a la princesa. Tuve la suerte de estar entre ellos.

El rey Ricardo y la princesa Isabella debían encontrarse en la ciudad en la casa de un noble. Y allí, en una sala cubierta de seda azul, bajo los estandartes de los Valois y los de la Casa de Plantagenet, ambos fueron a su encuentro sobre un suelo cubierto de pétalos de rosa. Isabella estaba entusiasmada, Ricardo fue cortés.

Este Plantagenet es un chicuelo escuchimizado, cuesta creer que sea descendiente directo de Ricardo Corazón de León: delgado, rubio y pálido. Tiene un rostro alargado, como su nariz, los párpados le cuelgan un poco, como si estuviera medio dormido. A mí más bien me dio la impresión de estar al acecho. Los labios finos, la boca pequeña, sensible se podría afirmar rotundamente, quizá mal formada para mi gusto.

Al pronunciar las primeras palabras balbuceó. Por un momento sus mejillas se cubrieron de un rojo colérico, pero Isabella se lo ganó con su encanto infantil. Era tan evidente que lo adoraba, que cuando posó su pequeña mano en la suya y lo miró plena de confianza, él también sonrió.

Y yo pensé que quizá ambos podían llegar a ser felices, si al joven no lo estropeaban las putas de la Corona.

Aquí lo ves, Céline: la debilidad femenina también puede influir para bien y tiene su lugar en el mundo. Fueron su confianza y su ternura las que se llevaron la victoria para ser la primera. Es tarea de los hombres mostrar pasión y dureza, y la de las mujeres el conseguir el sitio correspondiente para la virtud de la compasión, la medida y la inteligencia. Céline, recordarás ahora las historias de las Amazonas y de otras mujeres luchadoras que en su tiempo te leí. Solo lo hice para demostrarte que las mujeres pueden lograr lo que se propongan y que pueden compensar la falta de fuerza y un cuerpo más débil a base de habilidad. Aunque según mi opinión eso se logra con una formación y un corazón bondadoso. Quizá Dios ha querido que a un

soberano valiente como Ricardo se le encomiende una criatura plena de confianza. Él protegerá a la pequeña Isabella.

Al día siguiente nuestro colorido séquito prosiguió viaje hasta Calais, donde el 30 de octubre se debía celebrar la boda. El número del mismo seguro que ya ascendía a seis mil personas. De nuevo nos alojaron en un campamento frente a la ciudad. También la pareja real y sus más estrechos acompañantes, además de los duques de Berry y de Burgund. El duque de Burgund estaba de especial buen humor, ya que sus propiedades eran las más cercanas a los ingleses. Había negociado con ellos en secreto, cuando los consejeros del rey aún no atisbaban la idea de la paz. Se compinchó en el asunto con Luis de Orléans, de forma que a continuación se pudo pactar una larga tregua. Es fácil imaginar que los ingleses saludaron al tío Burgund como a un viejo amigo.

Este campamento se preparó de forma menos provisional, ya que debíamos quedarnos un par de días. Los criados descargaron todas las cosas que habíamos traído. Nuestra tienda de campaña fue preparada muy cómodamente por dentro y pusieron alfombras para decorarla. Ciudadanos de Calais vinieron desde los muros de la ciudad y nos trajeron pasteles, exquisiteces en conserva y regalos. Nos preguntaron si necesitábamos algo y nos transmitieron la sensación de que éramos más que bienvenidos.

Céline, tengo que escribirte algo más: Calais aguantó con gran valentía en defensa de su rey. El príncipe negro de Inglaterra la sitió durante diez años hasta que esta se rindió. Y luego exigió que, a cambio de no quemarla y arrasarla, seis habitantes de Calais le llevaran descalzos y con un sambenito bordado al cuello la llave de la ciudad. Así se hizo, pero el príncipe negro quiso que además los ejecutaran. Entonces su mujer Philippine rompió a llorar y le imploró merced para esos valientes enemigos, y como ella estaba justamente embarazada en ese momento, ese oscuro y desleal se ablandó. Eso demuestra una vez más lo que estábamos hablando: la fuerza necesita ser complementada por la debilidad, ya que la una sin la otra conduce a la crueldad y la otra sin la una hace que crezca la cobardía. Ninguna de las dos debería ser superior. Cuando los hombres se quieren imponer y no escuchan a las mujeres, vienen las desgracias. Y cuanto más las difamen y aparten la Santa Iglesia y la Sorbona, peor le irá al mundo.

Hasta que terminaron de montar el campamento dispusimos de un tiempo de espera. Le pregunté a uno de los amables ciudadanos de la ciudad dónde estaba el mar del que tanto había oído hablar. Desde nuestras tiendas no se veía.

«¡Venid!», nos dijo, y nos llevó hasta allí.

¡Oh, madre! ¡Marie! Si solo pudierais verlo. ¡El mar! He leído tanto sobre él y solo me había imaginado un lago especialmente grande. Pero es

muy diferente. Primero se llega a una especie de marisma verde y uno se encuentra con colinas de arena y dunas cubiertas de hierba y de una maleza baja y rastrera. Entonces se oye un bramido y un rugido y cuando uno alza la mirada se encuentra con una extensión gris y revuelta, con coronas de espuma blanca, donde se rompen las olas. ¡Olas que nunca me podría haber imaginado! El mar no es tan tranquilo como un lago, tampoco como un lago con pequeñas olas durante el mal tiempo, que entrechocan entre sí y se encrespan. Aquí las olas son altas como una torre y llegan rodando desde el fin del mundo con gran fuerza hasta que son devueltas de nuevo. Se llevan trozos de la orilla y lanzan cosas del fondo del mar a tierra. El agua es tan violenta en su naturaleza, que la mano del hombre no puede limitarla, no puede dominarla. El viento te deja su sal en el rostro. Esta se te queda en los labios y en el cabello. Ahora sí que puedo calibrar justamente los esfuerzos y peligros a los que se exponen los marineros que cabalgan esta bestia gris. Es a un tiempo bonito, pero deja un lastre en el corazón. Experimenté un fuerte e inexplicable anhelo, quería adentrarme en el mar, pero al mismo tiempo me daba miedo.

Le puse a Jean la mano en el hombro y le dije con una pequeña sonrisa:

—¿Te atreverías a subirte a un barco y salir a navegar?

—¡Sí! —dijo resplandeciente—. ¿Me dejas, *maman*?

La juventud no tiene fantasía.

Cruzamos la playa hasta llegar a la arena firme y húmeda. Nuestro acompañante de Calais rio y saltó en las olas que entraban. En un madero flotante encontró mejillones, que cortó y nos dio a probar.

—¿Crudos?

—Sí, madame, así es como están mejor.

Eran amarillos, en la lengua blandos como una yema de huevo y sabían sorprendentemente tiernos.

Queridos míos, ¿cómo os puedo describir el brillo con el que reluce esta boda? El matrimonio se celebró en la iglesia de San Nicolás de Calais. Después nos trasladamos al campo, ya que la afluencia amenazaba poco más o menos con reventar la ciudad. Todo el mundo quería ver a la pareja de novios.

La mañana de la gran fiesta llegó, y el sol, que durante tanto tiempo se había escondido, surgió como una bola de fuego tras el horizonte. Tomás, pigmento de aurita y púrpura, unas pocas nubes alargadas de color violeta, que este sobrepasó a través de un añil, pasando por un azul celeste hasta el más puro cian, un delicioso azul hielo en lo alto, que hacía llorar los ojos. Así se debería pintar el firmamento, tal como es, no con oro lleno de simbolismo,

pero tan limitado. Ya sé lo que vas a decir, monje: el oro simboliza el Cielo eterno, el Reino de los Cielos. Pero ¿no ha sido aquí el mismo Dios quien ha creado estos colores para conmover nuestros corazones? ¿Qué podría ser mejor que aquello que ha creado Dios?

Basta de ello: los escépticos se tranquilizaron y ya solo hablaron de buenos augurios. Había un ambiente festivo y alegre. Dos pueblos rivalizaban en suntuosidad. Ya antes de nuestra llegada se habían instalado tribunas, una para Inglaterra, completamente revestida de seda roja y adornada con ciervas blancas. La tribuna francesa era azul y estaba decorada con lilas. Las damas eran las legítimas expositoras de la artesanía del oro. Las cornalinas se inflamaban de manera misteriosa, los carbuncos resplandecían, el ónix realizaba la tierna blancura de las pieles, el crisopracio le hacía la competencia al follaje de los árboles jóvenes y el berilio al agua de los claros manantiales de las montañas. El jaspé y el jacinto competían a los ojos de todo el mundo con el ópalo multicolor, el ágata lechosa y el topacio dorado. En todo el reino no debía de quedar ni un gramo de oro ni ninguna piedra preciosa, en bruto o pulida, que no se hubiera preparado para esta fiesta. La pequeña princesa era la más conmovedora, el duque de Orléans el más guapo junto a mi señora y el duque de Berry el más elegante. Una no sabía dónde mirar primero.

El arzobispo de Calais ofició el matrimonio y Ricardo se comportó de manera tan cariñosa y atenta con su novia niña, que yo realmente espero lo mejor. Siempre está bien, Céline, buscar primero en un matrimonio la armonía, aunque no se tenga la felicidad o, como era el caso de tu padre y mío, esté uno loco por el otro.

Por la noche se celebró el banquete en todos los salones de la ciudad. Marie, especialmente tú querrás saber qué exquisiteces se sirvieron en las mesas. De lo que recuerdo en mi plato había un enorme pescado de mar, de mirada maligna, de cuya boca salía un pez más pequeño y de este un animal con brazos como serpientes; de este surgían gran cantidad de mejillones fritos. Vi trucha con canela, pero no la probé; el faisán lo sirvieron con una salsa de ciruelas horneadas y nuez moscada sobre espuma de remolacha. En una concha dorada sirvieron mousse de caracol azucarada. Los cocineros ingleses prepararon su versión especialmente bárbara del cordero asado: sangriento, con salsa de menta, acompañado de un pan con la forma de la cierva inglesa, a tamaño natural (supongo que tuvieron que construir un horno a propósito para el monstruo y que seis criados dieron traspies bajo la carga de la cierva de pan).

Enseguida destrozaron la obra de arte y cortaron con un sable las rebanadas de pan para acompañar el asado. Además de ello había panecillos de harina de trigo trenzados y anudados, pasteles con relleno dulce y ácido,

cangrejos con ajo, empanadillas de carne de caza. Y para redondear los placeres de la mejor manera, pasta dulce de nueces en forma de concha, pastel de miel, manzanas cocidas al vino y azucaradas, fruta escarchada... La verdad es que ya no me acuerdo de más.

Sí, claro, el plato principal. Cochinillo asado, que llevaba un palacio de azúcar sobre la espalda dorada y crujiente y cuyos ojos de rubíes me miraban malignos. A pesar de ello, también lo probé. Al final nos encontrábamos todos tan ahítos que nadie tenía ganas de levantarse. Así que permanecimos sentados a la mesa hasta que alguno de nosotros cayó por sí solo y se lo llevaron al lecho.

Al principio las conversaciones eran corteses. Cada uno evitaba abrir viejas heridas. Así fue en mi mesa y así debió de ser en las tabernas, donde los criados comían junto a los gens d'armes. Después, bajo la influencia de cantidades ingentes de vino, se hizo tal o cual observación, que fue acogida mal. Sin embargo, se produjeron pocas peleas entre los invitados ingleses y franceses.

Las siguientes jornadas se ocuparon con distracciones, cada día dos torneos, representaciones de teatro en seis escenarios diferentes a la vez, bufones y juglares por entre todo el público (también carteristas), música, baile, excursiones en barca al mar, para aquel que lo deseaba. El pueblo se mezclaba lavado y curioso entre la nobleza y todo resplandecía como uno hubiera deseado. Por todas partes en el campo se encontraban pasteles, como si no se hubiera disfrutado suficiente con las comidas principales, y junto a ellos vi a los mayores glotones, a aquellos a quienes la noche anterior tuvieron que llevarse inconscientes. En la ciudad una fuente brotaba a borbotones, durante los días de fiesta de una gárgola salía vino tinto y de otra, vino blanco.

Luis de Orléans, el hermano del rey, ganaba a menudo en las justas con lanza y las damas lo vitoreaban. Es un hombre guapo y elegante, pero extrañamente melancólico. Por su sangre corre también algo de la locura del rey.

El monarca soportó toda la ceremonia nupcial con entereza. Pero después de esta ya no se le vio más. Le pidieron a Valentina Visconti que fuera a verlo cuando yo estaba con ella. Nuestro pobre soberano yacía acurrucado sobre su cama y temblaba de miedo, pero nadie sabía por qué razón. Valentina Visconti fue a verlo y se sentó al borde de su cama como una hermana. Dio muestras de reconocerla y entonces agarró su mano:

«¡Has venido! —dijo él—. Entonces todo irá bien».

Con mucha paciencia, consiguió alejar su miedo y lo condujo al sol, para que también disfrutara de la fiesta. La acompañó, pero lo observó todo con asombro. Nada de lo que veía tenía que ver con él, en ese momento no era un

rey. Nadie sabía decir qué era. La gente le abría paso. Esa triste visión me estropeó un poco el ánimo festivo. En el caso de que continúe así nuestro país será de nuevo un botín en manos de los cuatro tíos.

Durante el resto de las celebraciones apenas se le vio. En una ocasión se fue a cazar con halcón. Fue uno de sus mejores días.

Ahora quisiera contaros una buena nueva: Tomás, hemos recibido más de un pedido del duque de Berry, que es un gran mecenas y coleccionista. Me presentaron a él, por deseo suyo, tal como me dijeron. ¡Te puedes imaginar que me compró todo lo que le propuse! Y ahora quiere más y me ha entregado una bolsa bien llena para que le preparemos libros según sus deseos: no más oro falso, Tomás, nada de trucos con pigmento de aurita y orina de tortuga. ¡Ahora podemos gastar! Púrpura de verdad y la mejor tela blanca, encuadernaciones cubiertas de oro, tallas, terciopelo, todo lo que te puedas imaginar, para enmarcar mis palabras con esplendor. Te alegrará saber que te podrás bañar en pigmentos. ¡He recibido un adelanto de cien piezas de oro!

Y algo más, madre: tengo un comprador para nuestras fincas... Philippe de Mézières.

Seguro que no le gustaba a mi madre. Philippe de Mézières había sido consejero del viejo rey, también del actual. Cuando murió Carlos V fue especialmente De Mézières quien acusó a mi padre de la muerte del rey. Apenas me acordaba de él, pero él sí de mí. El mismo día siguiente a la boda me fue a visitar a nuestra tienda. Era un hombre de cabello gris y nervudo como un olivo, un beato de rasgos duros y mirada penetrante.

—¡Viuda Castel, solo una palabra! —se dirigió a mí—. He oído que queréis vender tres insignificantes propiedades.

Yo le sonreí.

—Y vos sois...

—¡Philippe de Mézières! —rechinó e hizo amago de hacer una mínima reverencia—. ¿Y bien? ¿Cómo va el asunto?

—Se trata de algo más que tres pequeñas cabañas de campesino, como bien sabéis, si no no estaríais interesado en ellas.

Me ofreció una suma vergonzosamente baja y prefería cerrar el negocio lo antes posible. Había tantos escribanos y abogados reales pululando por el campamento como hormigas sobre un pastel.

—Se trata sin duda de una oferta muy generosa, y os lo agradezco —le dije, con el fin de ahorrarme un regateo incómodo e inadmisible—, pero soy una pobre viuda ignorante incapaz de cerrar un negocio de tal importancia sin asistencia. Yo confiaría en vos, pero ya he puesto el asunto en manos del señor Alain de la Chance, al que me es imposible obviar. Lo encontraréis en París, Rue St-Denis, cerca de los mercados.

Gruñó como un perro malvado y se fue sin despedirse. Ya me había encontrado hasta entonces con suficientes figuras semejantes: seguro que había contado con poder asaltarme de improviso y comprarme las tres valiosas fincas por un puñado de centavos. Pero ya no soy tan estúpida, después de tener que vérmelas durante cuatro años con gente como él. El dinero que recibamos por ellas nos debe durar un buen tiempo.

Por cierto, dos semanas después las compró a un precio razonable.

Y conocí a alguien más, pero del que no quisiera hablar en una carta a mi familia: se dio el caso de que era vecina de mesa de un conde inglés, sir John Montague de Salisbury. Era un hombre agradable y agudo, que había viajado por Francia y en cuyas manos habían caído de alguna manera mis *Cien baladas*. Me pidió permiso para traducirlas en Inglaterra y distribuir las allí. Fue una lisonja increíble para mí.

—¿Qué pensáis vos?, ¿creéis que esta tregua se convertirá pronto en una paz duradera?, ¿es realmente la intención de Inglaterra?

—No os quiero mentir: en este sentido no existe una Inglaterra como sí existe una única Francia. Existen diferentes corrientes e intereses. A los barones les interesaba la guerra: mantenía a nuestro rey y a su armada ocupados. Y además podían llenar sus bolsas gracias al pillaje. Algunos piensan realmente que podríamos anexionarnos Francia. Yo personalmente considero la guerra como una necesidad. Madame, la larga lucha ha demostrado que únicamente nos seguimos aniquilando unos a otros porque ninguno de los dos es realmente más fuerte que el otro. Nos vamos empujando de lado a lado de la tabla y de ese modo desatendemos nuestros propios asuntos.

—¿También el rey es de esta opinión?

—¡Absolutamente! Y por ello creo y deseo que nos espera una larga paz. ¿Y tú, joven? ¿Qué es lo que piensas sobre ello? —le preguntó a mi hijo Jean, que nos observaba desde hacía un rato con atención. Y Jean, al que se había dirigido un hombre tan importante, contestó de manera tan tranquila e inteligente que no pude más que estar orgullosa de él.

—Yo también opino, sir, que Inglaterra y Francia tienen mucho más que ganar si trabajan juntas. Nuestros pueblos se han mezclado ya en tantas ocasiones, que me parecería una guerra fratricida si volvemos a atacarnos.

Salisbury rio.

—Así que no tendrías nada en contra en entregar Calais a un hermano.

—¿Por qué entregársela? —contestó mi Jean—. Sería bienvenido en cualquier momento, siempre que siguiera siendo mi hermano.

El conde de Salisbury soltó una gran carcajada y se golpeó el muslo.

—¡Ja, ja! ¡Esta sí que es buena! Deberías ser diplomático, mi pequeño. Dime, ¿hay algo que te guste de nosotros los ingleses? ¿Qué es lo que sabes de nosotros?

—He leído *Sir Gawain y el Caballero Verde* y *Pedro el labriego*. La literatura inglesa, por lo menos la que ha llegado a mis manos, me parece refrescantemente popular y plena de humor. Inglaterra me parece más valiente frente a las

innovaciones, menos dependiente de las convenciones de lo que lo somos nosotros en Francia. También he tenido oportunidad de estudiar escritos de William de Ockham y un libelo de Wycliff, que me impresionó mucho. Un poco más de esta manera de pensar progresista le haría bien a Francia.

—¡Cuidado, joven! Wycliff murió a tiempo para no ser ejecutado. En todo caso, se tomaron la molestia de desenterrar sus huesos con el fin de quemarlos representativamente e impedir así su resurrección.

—Puede ser. Pero sus pensamientos sí que no los pueden quemar, y yo los considero buenos —contestó Jean con arrebató.

John Wycliff había impugnado la supremacía del Papa sobre las potencias mundiales, había promovido la expropiación de la Iglesia y había hecho imprimir biblias en inglés. Al principio su ejemplo había satisfecho a la Corte, pero finalmente lo abandonaron, cuando se dieron cuenta de que quería ir más allá de lo que a ellos les interesaba.

—Discutamos mejor de literatura inglesa. Es más seguro. Tenemos, por ejemplo, a un interesante joven poeta, en el que tengo puestas muchas esperanzas: se llama Geoffrey Chaucer.

—Nunca había oído hablar de él. ¡Disculpad, sir! ¡Desgraciadamente no recibo todos los libros que me gustaría! ¿Tenéis quizá algo de él aquí que estuvierais dispuesto a dejarme durante un día o dos? ¡Oh, cómo me gustaría conocer vuestro país!

—Bueno, en ese caso...

El conde de Salisbury volvió a reír y se dirigió a mí.

—... en ese caso, querida madame de Pizán, ya que vuestro hijo muestra una cierta afinidad por Inglaterra, querría haceros una propuesta: tengo uno de la misma edad. Si me confiarais a vuestro Jean, lo educaría con mi propio hijo. Os aseguro que he contratado a los mejores preceptores. Le iría muy bien.

Estaba muy sorprendida por su propuesta, que me supuso una dolorosa punzada. ¿Cómo? ¿Tan de repente? ¿Debía enviar a mi Jean a través de ese oscuro mar, muy lejos de mí, y no verlo en años, quizá nunca más? Por otra parte, se trataba de una gran oportunidad para él.

—Entiendo que dudéis, madame. Una madre se separa a desgana de sus niños, especialmente de los varones. Pero pensad cuán provechoso sería para nuestros hijos: mi Thomas aprenderá francés de él y vuestro Jean aprenderá un muy buen inglés, lo que profesionalmente le puede ser de mucha utilidad.

—Os doy la razón —dije brevemente. Mi corazón latía salvaje y dolorosamente.

—Y además así podríamos promover la paz entre nuestros pueblos. ¿No se dice que solo aquel al que no se conoce es enemigo de uno mismo?

Yo quería aceptar la propuesta por amor a Jean, pero un temor indeterminado se arremolinaba alrededor de mi estómago. Siempre había estado a la búsqueda de posibilidades para mi hijo, de oportunidades que yo no le podía ofrecer. Y ahora en

mi interior me defendía contra ello.

—Le enseñaría a manejar las armas y le educaría para ser todo un caballero.

Justo eso me había preocupado sobremanera, y ahora me era ofrecido de forma tan apacible. ¿Cómo podía decir que no?

—Quiero consultarlo con la almohada y hablar tranquilamente sobre ello con mi hijo antes de tomar una decisión. ¡Pero os estoy muy agradecida por vuestra generosa oferta!

Ya podía haberme imaginado qué decisión adoptaría Jean. Estaba convencido y apenas podía permanecer quieto en la silla. En lo que se refería a ello, era demasiado infantil, pleno de convencimiento y ganas de cambios.

—Sí, claro que quiero. ¿Puedo, *maman*? ¡Por favor!

—¡Espera! Se trata de un gran paso. Piénsatelo bien. ¡Aún nos quedaremos un par de días aquí!

—¡No hay nada que pensar!

Poco faltó para que Jean saliera corriendo de allí, se lanzara en el primer bote y partiera remando.

—¡Es un trato, el joven monsieur se vendrá conmigo! Thomas se alegrará de contar con un compañero de juegos. ¡Y un compañero de infortunios! Nuestros preceptores exigen mucho. Tendrás que trabajar como un burro.

—Eso no me importa en absoluto. ¡Gracias, sir! —dijo Jean.

Me sentía como si cabalgara sobre un caballo desbocado, pues la decisión se me había ido de las manos. ¡Mis últimos días con Jean! Lo perseguía como una gallina clueca, le llevaba pasteles mientras estaba sentado con sus jóvenes amigos. Se los comía por amor a mí y dejaba que le acariciara el cabello, pero veía que se sentía avergonzado. Por las noches me levantaba un par de veces, iba hasta su cama y lo observaba a la luz de la luna. Aún tenía una apariencia tan infantil, tan tierna. Estaba segura de que sobrevaloraba sus fuerzas. ¿Cómo podía enviarlo a través del mar, muy, muy lejos, con extraños, al país de los malditos ingleses? Cuando pensaba en ello, lo que nuestra gente opinaba y decía sobre los ingleses, ¿cómo lo acogerían a él allí? Hicimos una excursión en barca juntos. Yo tenía ganas de vomitar. Él estaba sentado con el rostro al viento y me contaba excitado sus esperanzas y planes.

—Aprenderé mucho, *maman*, y veré cosas que aquí en nuestra casa apenas nadie conoce. Quizá me convierta en un consejero del rey y seremos ricos. ¡Entonces tú estarás bien! Ya no tendrás que copiar libros para otros. ¡Y todo lo que escribas haré que lo encuadernen en oro!

Lo oía como desde la lejanía. Tontamente mis ojos se humedecieron.

—Te irá todo muy bien, estoy segura de ello —le dije. No me miraba. Sus ojos estaban fijos en las blancas líneas y sombras de la orilla.

Y así me encontré yo a disgusto en el puerto de Calais. Jean no poseía nada más que el arcón con su ropa. Suerte que antes de partir mandamos confeccionar ropa suficiente para él. Todo solemne como una cigüeña, se encontraba a mi lado, nada de

achuchones ni caricias. Ahora era un hombre de mundo y había aceptado la invitación de un lord inglés. Una barca de remos se acercaba para recogerle. Cada vez me sentía más triste, tenía el pecho como comprimido, algo me lo presionaba terriblemente. Mientras observaba la pequeña embarcación y las salvajes y grises aguas, el horizonte, donde el mar y el cielo se entrechocaban con el mismo azul grisáceo («Verde malaquita con un poco de negro y blanco plomo», pensé), entonces todo me pareció increíble: ¿cómo podía hacer algo así?, ¿cómo podía dejar marchar a mi hijo? Ahora ya se veían perfectamente los rostros de los dos marineros, rostros salvajes y llenos de cicatrices con narices bulbosas y cabellos hirsutos. No, lo cogería de la mano y se quedaría conmigo, seguro.

Se oyó cómo los remos se hundían en el agua y cómo las olas rompían formando espuma en la arena, el murmullo fino y casajoso de las conchas lanzadas contra la playa y que se volvía a llevar la siguiente ola al retirarse. Todo ello, el olor a algas, el azul grisáceo manchado con unas pocas nubes, el aire húmedo en mi piel, la mano de Jean en la mía, los remeros en la barca, mar adentro el barco inglés, aún pelado con las velas recogidas, todo ello se me quedó grabado con una precisión absoluta, en la que todo está incluido, no solo las formas y los colores, sino también los sonidos, los olores y los sentimientos.

Sin piedad ni respiro remaban los dos bárbaros extranjeros; la quilla de la barca entró de golpe en la playa y se oyó un silbido arenoso.

—*Hop in!* —dijo uno de ellos.

Rio y seguro que era un buen tipo. El otro saltó de la barca, me saludó con un «madame» y agarró el baúl de Jean como si no pesara nada. Jean me había prohibido que lo besase. La última vez que me lo permitió fue en la tienda, donde lo soportó con cara de mártir. Aquí me estrechó la mano y me dijo:

—¡Dios te proteja, madre!

Se dio la vuelta, chapoteó en el agua con los zapatos en la mano y se subió ágilmente a la barca. Partieron. Jean me saludó con la mano. Durante mucho tiempo no lo volvería a ver.

—¿Dónde está Jean? —me preguntó mi madre.

—¿Dónde está Tomás? —le pregunté yo.

Había vuelto sola a París, acompañada únicamente por un criado de la duquesa de Orléans, una persona callada que me dejó a solas con mis preocupaciones y mis pensamientos. ¿Quién hubiera pensado que ese viaje acabaría así?

—¡No estéis triste! Seguro que lo volveréis a ver y entonces estaréis orgullosa del joven de mundo en el que se habrá convertido —me consoló la duquesa.

—Sí, lo sé —fue mi respuesta, pero estaba tan hundida que apenas podía probar bocado.

—¡Oh, oh! Pero debéis comer algo, criatura. Tomad, coged de este faisán ahumado. Es muy ligero, lo podréis tragar sin problemas.

La condesa de Brantes se había propuesto alimentarme.

—Habéis hecho lo correcto al permitirle marchar, nunca más se os presentará una oportunidad como esta. Tal como están las cosas, disfrutaremos de una paz duradera con Inglaterra. Nacerá el comercio entre ambos pueblos y entonces hará falta gente joven que hable bien inglés y que conozca el país.

—No os falta razón.

Lo sabía, pero ¿de qué sirve el sentido común frente al corazón tonto, sentimental y egoísta de una madre, que duele y da punzadas y produce imágenes llenas de reproches? Jean, luchando en el mar; Jean, maltratado y solo en un país extraño. Habíamos estado tanto tiempo en guerra con esa gente y habían cometido tantas atrocidades, nos habían hecho tanto daño, que entre nosotros desde hacía cincuenta años no se hablaba de otra cosa que de los «malditos ingleses». Este era el peor insulto que alguien le podía lanzar a uno a la cara: ¡te comportas como un maldito inglés! Era el sinónimo de toda desgracia, guerra, saqueos, violaciones, fuego, muerte y ruina.

Y a un hombre así le había entregado a mi hijo para que se lo llevara a ese terrible país. «¡No seas una Casandra!», me dije firmemente a mí misma. En ese país debe de haber la misma gente buena y mala que aquí. Y si el conde de Salisbury es un típico ejemplo de su pueblo, entonces no puedo más que albergar las mejores esperanzas. El cruel Buckingham ha sido derrocado y Bolingbroke desterrado. La guerra es la guerra y despierta en todos los pueblos su lado más oscuro. Nadie es mejor que su vecino. La paz también les concederá la oportunidad a los ingleses de desarrollar los lados buenos de su carácter. Dios quiera que el rey Ricardo se mantenga fiel a sus intenciones. Yo creía en esta paz. Por esa razón, y porque esos pasos son necesarios para fortalecerla, dejé marchar a Jean. ¡Dios le proteja!

No obstante, el viaje de vuelta fue turbio para mí. Cada vez que veía la tienda

vacía me preguntaba dónde estaría Jean en ese momento y si las cosas le iban bien. Seguro que a él no le afectaría tanto. Le esperaba algo nuevo y excitante. Seguramente se encontraría en la proa del barco, el mentón levantado y cada minuto, en lugar de temerlos, anhelaría cambios. Eso es lo que diferencia a la juventud de la vejez. Para mí se trataba de un viaje por un país otoñal con nieblas matutinas grises y noches terriblemente húmedas, un viaje en el que aprendí a despedirme del verano y de mi hijo.

Cuando entré cabalgando por nuestra pequeña calle con el carromato medio vacío y el burro de carga, que trotaba contento tras de mí sin apenas nada en sus lomos, los vecinos salieron de sus casas para recibirme. Me achucharon y cogieron las riendas de mi caballo.

—¡Cristina! ¡Mirad, Cristina ha vuelto!

—¿Qué tal fue la boda? ¿Fue sublime, todo marchó bien?

—¿Qué aspecto tenía la pequeña princesa?

—¿Qué llevaba puesto?

—¿Es verdad que el rey inglés tiene cuernos?

Les concedí un par de retazos e impresiones para que me dejaran entrar en casa y les prometí que les contaría más uno de los siguientes días.

—¡Que el diablo se lleve al monje! ¡Desapareció poco después de tu partida, lo juro por lo más sagrado! Dime tú dónde has dejado a mi nieto —me exigíó mi madre.

Se lo expliqué y una vez más me sorprendió.

—Me parece bien —me dijo—. Lo añoraré, pero le será de mucha utilidad, si además ese conde es de tanta confianza como dices tú.

—Así lo creo, madre. Me he informado sobre él. Es muy cercano al rey Ricardo y fue el interlocutor durante las negociaciones para la tregua. No creo que me equivoque con él.

¿Tomás se había ido? ¿Simplemente así? ¿Cuándo me dejarían todos sola? No me había dejado una simple nota, ninguna despedida, ni una palabra. Y eso después de los íntimos retratos que me había regalado. «No será para siempre. Volverá», pensé para mis adentros. Aunque estaba muy decepcionada. Con nadie habría hablado tan a gusto sobre Jean como con él. Era mi amigo, el primero que había encontrado tras Étienne. Un buen amigo, así lo pensaba yo, pero sin él la casa estaba vacía. Me di una vuelta por ella y me sentí como en una casa llena de espíritus o, aún más, como si yo misma fuera un fantasma, pero medio vivo.

Me sentía más que confundida. Mientras estaba de pie frente a mi atril dispuesta a escribir mis experiencias durante el viaje, esperaba que, con solo despegar los ojos del pergamino, él estuviera allí, en la ventana, concentrado en su pintura. Sabía exactamente que de tiempo en tiempo dejaría la pluma o el pincel y se pondría en pie, cómo observaría su obra con la frente fruncida y la cabeza inclinada, con el pulgar y el dedo índice de la mano izquierda tirando del labio inferior, y entonces corregiría algo, y cómo los indiscretos haces de luz que caían por el verdoso vidrio de la

ventana rodeaban su figura con un aura fina. Pero yo no miraba, porque cuando lo hacía él no estaba allí.

Volví a mi antigua vida. En el viaje me había soltado completamente. Se había apoderado de mí un ánimo de ligereza, casi audacia. Era Cristina, la acompañante de duques, una aventurera; me había sentido como uno de esos pájaros blancos y libres que atraviesan el mar con tormenta. Ahora me deslizaba imperceptible por mi vieja envoltura: Cristina, hija, madre, jefe de familia responsable y grave, cabeza pensante y burguesa hasta la médula. La Cristina de antes no hubiera dejado marchar a Jean.

No me quedaba tiempo para las preocupaciones. Durante mi ausencia habían tenido lugar muchos sucesos. Céline estaba extrañamente terca y cerrada. Apenas intercambiaba una palabra conmigo. Lo achaqué a su edad. Cuando el viejo De Mézières comprara nuestras tres fincas, entonces quizá podría hacer algo por ella.

Retomé el trabajo de copiado y además de ello escribí un informe sobre la boda de los príncipes.

El pequeño Pierre me buscó en mi estudio. Había abierto la ventana y el sol otoñal caía en un rayo polvoriento sobre el suelo de madera de roble. Pierre hizo poco ruido. Desde que le compré unos zapatos de cuero en lugar de sus zuecos de madera, apenas se oían sus pisadas sobre la escalera de piedra. Apareció de repente en medio del rayo de luz y me llevé un susto de muerte.

—¡Maldito pequeño bribón! ¡Llama antes de entrar! ¡Siempre me das un susto!

Estaba muy orgulloso de poder hacerlo. Sonrió, estaba más gordo y con apariencia más sana, después de que Héloise lo alimentara durante semanas. Su nariz no parecía tan puntiaguda. Estaba bien así. Pero, al ver sus ropas, algo se me clavó en el corazón. Naturalmente era la ropa de Jean que le habíamos dejado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Patrona, tal como me dijiste, he estado buscando el libro. Siempre con precaución.

—¿Y?

—No lo he conseguido. Es decir, lo he encontrado, pero no.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo se puede tener algo y no tenerlo?

Cogió una hoja de la mesa de trabajo abandonada por Tomás. Por algún motivo, no quería que la tocara, que nadie la tocara.

—¡No cojas eso!

La pequeña mano se retiró.

—¡Pero si me he lavado las manos! Cada vez me tengo que lavar, si no Héloise no me da nada para jalar.

Su mirada indicaba que mi comportamiento era innecesario y cruel.

—¿El libro?

—No se deja encontrar.

—¿Cómo es posible? ¿Acaso tiene piernas?

—Quién sabe. Primero estaba en la Rue St-Honoré, cerca del Louvre. Lo tenía un

librero, pero estaba vendido, aparentemente no sabía ya a quién. Después estuve preguntando un poco por allí, tal como me dijiste que debía hacer, ¡y he estado de caza por media ciudad! Habían oído hablar de que existía un libro como ese, pero nadie lo ha visto nunca con sus propios ojos. ¡En ocasiones me trataban a patadas, porque temían que les robase! ¡Como si fuera a robar cuando estoy haciendo un recado para ti! ¡Trabajo para la honorable Cristina de Pizán, digo siempre, la amazona de la pluma! La famosa y considerada croma... cromo...

—Cronista.

—¡... cómo sellame de la duquesa de Orléans!

Amazona de la pluma, Dios mío, ¿de dónde habría sacado esas expresiones?

—Y entonces uno de nuestros clientes me envió al barrio universitario. ¡Madre mía! Allí sí que lo pasé mal. Esos estudiantes gobiernan el barrio y cuidado con que pesquen a uno como yo, pequeño, enjuto, un pobre niño de la calle.

Hundió los hombros y adoptó una expresión de niño hambriento y perdido. Tuve que reír en contra de mi voluntad.

—Te recompensaré por los miedos que has tenido que pasar. Eso es lo que querías, aunque no hayas cumplido con tu misión.

—Lo siento, pero ¿qué quieres que le haga? Patrona, te lo digo, ¡algo pasa con este libro! ¡No es normal que uno vaya tras él y siempre desaparezca cuando estás a punto de cazarlo! ¡La última vez me pasó en la Rue St-Germain, donde casi me encierran por asesino! Imagínate, patrona. ¡Entré en la tienda, tenía que bajar un par de escalones y entrar en un comercio estrecho como un tubo, polvoriento y lleno de libros y pergaminos hasta el techo! Llamé en voz alta: «¿Hola? ¿Hay alguien aquí?». El lugar estaba extrañamente silencioso. Se oía perfecta y cadenciosamente a las carcomas. Entonces saltó un gato negro de una estantería. ¡Bruto! ¡Me dio tal susto! Y en ese momento vi al librero, agachado sobre su mesa y la sangre que goteaba sobre el suelo. Así que rápidamente di marcha atrás. ¡Creo que el fiambre aún estaba caliente!

Me santigüé.

—¿Y entonces? ¿No te vio nadie?

—Bueno, tuve que poner pies en polvorosa, ya te lo puedes imaginar, pero lo más extraño de todo fue que cuando tomé la curva a toda velocidad y entré en el callejón lateral ya había alguien corriendo delante de mí. Solo le vi la espalda, un tipo obeso vestido a la extranjera. A pesar de lo que corría, estuve a punto de alcanzarlo y entonces perdió su turbante. ¡Y fíjate que tenía el cráneo todo rapado! ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Llevaba un grueso libro bajo el brazo.

—¿Llegaste a cogerlo?

—¡Claro que no, qué te crees! ¡No se interpone uno en el camino de un asesino que huye! Además, me paré para recoger el turbante del suelo. Y entonces desapareció.

Suspiré. Naturalmente tenía razón, había hecho bien en no inmiscuirse, ya que a pesar de toda su picardía no dejaba de ser un niño. Rebuscó en la bolsa que llevaba colgando y me entregó un turbante muy aplastado, pero decorado de modo espléndido con hilo de oro y piedras preciosas. Sorprendida, le daba vueltas con las manos. Era una larga pieza de pura seda de color magenta. Seguro que cara, no una pieza normal de vestir, que hubiera correspondido a un ladrón ocasional, es decir, a una persona de baja extracción. Extraño e inusual. La única vez que recordaba haber visto una pieza así fue en el palacio real, la llevaba un embajador árabe. Fue en los tiempos en los que yo era una niña y ocasionalmente me llevaban al palacio del rey. Observé fascinada a ese espléndido hombre negro hasta que mi madre me llamó la atención y me lo prohibió. En un momento, ese suceso se me presentó tan claramente ante los ojos como si hubiera sido ayer, con todos sus aromas y ruidos, los aceites perfumados de los cortesanos, que se mezclaban con los olores del sudor, el vino, los dulces y los dientes estropeados.

¿Qué debía hacer con eso?

—Tendrías que habérselo dado a los alguaciles —le dije al chico.

—Puedes hacerlo tú. La gente como yo se mantiene lejos de ellos.

Quizá se lo entregaría discretamente a Truphémus, sí, seguro. Un día de estos.

—¿Volviste allí más tarde? —le pregunté esperanzada.

—Claro —dijo afirmando con la cabeza—, uno quiere saber qué es lo que pasa en el barrio. Los alguaciles ya estaban allí. Al librero lo habían acuchillado. Tuve que comportarme muy discreta y hábilmente para ir preguntando bajo la mirada de los alguaciles, ¡no fuera a llamar la atención sobre mí!

—¿Oíste por casualidad quién asesinó al librero y por qué razón? ¿Le robaron?

—Nada de eso. No faltaba nada, dijeron, ni un sol de la caja. Nadie vio ni oyó nada.

—¿Y cómo puedes saber que tenía ese libro? ¿Estaba en la lista?

Los libreritos licenciados tenían la obligación de colgar un listado a la entrada de sus establecimientos con las existencias y sus precios.

—¡Qué va! ¡Ni rastro! Pero un pajarillo me chivó que se encontraba allí. Es extraño que no estuviera a la venta.

Mientras tanto metí el espléndido pañuelo en el cajón inferior de mi pupitre. Todo eso me hacía pensar. Justamente ahora, cuando alrededor de ese libro —bueno, digamos mejor de un libro— ocurrían cosas extrañas, el hermano Tomás había desaparecido sin dejar huella. ¿Un hombre huyendo vestido como un extranjero, definitivamente un oriental? Tomás tenía una inclinación por lo musulmán. Pero era todo menos gordo y tampoco calvo, al contrario, tenía una melena rizada abundante impropia de un monje. ¿Y de dónde podía haber sacado un monje mendicante un turbante repleto de joyas? ¿Tenía algo que ver con el asunto? ¡No, imposible! ¿O quizá sí?

Fragmentos de sus fantasiosas historias me cruzaban por la mente: un niño, criado

por los piratas, educado bajo la tutela de un alquimista, huido de su monasterio, ¿no sería capaz alguien así de todo? ¡No! Tomás no. Lo conocía bien y era sensato y bueno. Tenía sus secretos, no era muy preciso con la verdad, pero no por ello era un ladrón y un asesino. Debía de haber otra explicación para ese comportamiento.

Le entregué al pequeño ladrón una pieza de plata y algunos libros que debía llevar a encuadernar. Tomás había terminado con las iluminaciones en mi ausencia, y además yo ya había escrito previsoramente un par de informes sobre la boda de los príncipes que ahora me pedirían.

Philippe, el aprendiz de Tomás, entró corriendo. Había llegado a oídos de su padre que yo había vuelto. Se encontró con Pierre en la puerta. Philippe le dirigió una mirada arrogante y como contestación Pierre le lanzó la gorra a la cara. El puñetazo de Philippe se perdió en el aire. Pierre bajó entre risas las escaleras, dando saltos.

—El hermano Tomás me despidió —dijo el joven mientras intentaba recuperar su honor mancillado—. ¿Volverá? ¿Hay trabajo para mí?

¿Qué debía hacer con él? No podía pintar por su cuenta.

—El hermano Tomás volverá pronto, estoy segura. Mientras tanto... ¿sabes hacer iniciales de las simples?

Debía adecentar mis informes de viaje.

—Sí, iniciales sé hacer. También algunos modelos, ornamentos y animales.

—¿Coronas? ¿Lilas, ciervos? ¿Quizá incluso jinetes y caballos, carruajes?

—Creo que sí, madame.

No esperaba mucho de él, pero lo intentaría.

—Bien. Vuelve mañana. Para entonces tendré escritos algunos textos que deben ser decorados un poco. Sobre la boda inglesa. Puedes ir pensando algunos motivos. Y haz unos bocetos para que los pueda ver primero.

—¡Sí, madame!

Su rostro resplandecía, y se fue rápidamente.

Le hice una visita a Aldo. Reinaba en su tienda en el puesto superior que ocupaba su madre y parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Buenos días, vecina, ¿ya has vuelto entre nosotros, simples mortales? He oído que Jean se ha quedado con un maldito *anglais*. Le envidio.

Sonrió amable y seguro de sí mismo, como si fuera otro. Con destreza y agilidad saltó de la alta silla.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Héloise necesita un saco de harina de trigo; con que esté tamizada una vez ya está bien. Y una fanega de sal fina y pescado salado. ¿Cómo le va a tu madre?

Encogió los hombros.

—Oh, aguanta bien. La han interrogado de nuevo, por lo que estuvo varios días convaleciente. Pero ya se ha recuperado.

—¿La han torturado de nuevo? ¿No has solicitado asistencia judicial para ella?

Aldo arrastró el saco de harina con un movimiento continuado único y eficiente

hasta la puerta, puso la medida de sal encima y alcanzó unos cuantos pescados colgados de las vigas.

—Bah, los abogados no sabrían hacer nada. Solo se comerían todo nuestro buen dinero y nos quedaríamos sin ninguna ganancia.

—¿Ganancia? ¡Pero hay que facilitarle algún tipo de asistencia, Aldo!

—¿Y qué tipo de asistencia sería? ¡Tú misma has contado cuánto dinero has tirado en las fauces de los juristas y cuántos procesos y demandas has acabado perdiendo a pesar de todo! Mi madre saldrá de esta.

—¡Aldo! La torturan, gime en la cárcel. ¡Cómo puedes reaccionar con tanta indiferencia! ¡Es tu madre!

—¡Mi madre! ¡Mi madre! —me imitó ridículamente—. ¿Y qué pasa? ¡Pues sí es mi madre, pero yo no la he elegido! —gritó de repente, el rostro oscuro de rabia—. ¡Seguro que yo hubiera elegido una bondadosa, que me gustara, que no ahuyentara a la gente y la asustara refunfuñando todo el rato! ¿Te piensas que lo he pasado bien mientras estaba sentado a su lado, cuando esto era «suyo»? ¡Nadie la aguanta! ¿No es verdad que la denunciaron los vecinos? ¿Por qué vienen ahora todos a mí y me insisten como si hubiera sido culpa mía? ¡Tu madre, tu madre!

»Siempre tiene que disponerlo todo. Me trata como a un niño o aún peor, como a un empleado tonto, uno que no sabe hacer otra cosa que arrastrar sacos. ¡Aldo, tráeme esto! ¡Aldo, llévame eso! ¡Yo no he sido el hijo de un comerciante, sino un burro de carga cualquiera! ¡Solo mi padre era peor! Me molía a palos, me ponía en ridículo y no paraba de darme órdenes. No podía hacer nada solo. Yo he sido el imbécil al que no se le puede confiar nada. Para uno el hijo fracasado, para el otro el niño pequeño.

»Mírame. ¡Por Dios, tengo veintidós años! Si hubiera sido por mi padre no hubiera dispuesto de una sola oportunidad en toda mi vida para mostrar mi valía. ¡Siempre tendría que haberles llevado la compra a las viejas brujas a casa, Aldolino por aquí, Aldolino por allá, imbécil! ¡Idiota! ¡Cretino! Aldo, el estúpido. ¿Padres? Me importan un pito. ¡No los necesito, a ninguno de los dos!

Cuando volví a recuperar la voz, le dije:

—¡Aldo! No tenía ni idea de que era esto lo que sentías. Siempre me habías parecido alguien satisfecho.

—Un simple querrás decir, vecina. Sin embargo, no soy ningún simple. Puedo dirigir la tienda por mí mismo perfectamente, si es que se me deja y no se me dice cómo tengo que hacerlo, porque entonces es cuando me armo un lío. Me he hecho pasar por simple para que me dejaran en paz. Y en lo que se refiere a mi madre, no estoy haciendo nada malo. Confío en la justicia del rey. Si es inocente, entonces la verdad saldrá a la luz. Si tú te quieres involucrar en ello, es tu problema. Pero no esperes de mí gratitud, y menos aún de ella. Es un asno y continuará siéndolo. Te lo digo sinceramente, ¡por mi parte yo estaré contento si se queda donde está! Bueno, ahora coge tu sal y el pescado. No, espera, te llevaré el pesado saco hasta tu casa.

U nos días después apareció Tomás de nuevo.

—¡Es más difícil desprenderse del monje que de un piojo! —comentó mi madre. Tomás se rio.

De repente, mientras subía la escalera frente a mí, con la bolsa de cuero con sus pocas pertenencias sobre el hombro y un hatillo gordo y enrollado bajo el otro brazo, me enfadé. ¿Cómo podía haber desaparecido así sin más, sin dejar noticia y haciendo que me preocupara? ¿Pensaba que estaba en una posada?

En el estudio, cuando estuvimos solos, intenté sorprenderlo. Saqué de pronto el turbante del cajón.

—¡Aquí está! ¡No sabía que tenías cosas tan bonitas, monje!

Me miró sin pestañear.

—Eso no es mío. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré. ¿No es un recuerdo de tus tiempos africanos?

Lo cogió en sus manos, aparentemente maravillado, y lo palpó.

—No, seguro que no es mío. Si lo hubiera tenido, sería auténtico. Esto es una imitación y de ninguna manera árabe. ¿Qué fanfarrón te lo ha dado?

Pero yo ya había perdido la paciencia y entonces dejé vía libre a mi enfado.

—¡Primero te marchas sin más, sin decir ni una palabra a nadie de la casa, y después esa historia con el libro que supuestamente estás buscando! ¡El último librero que lo tuvo fue asesinado! ¡Fue el pequeño Pierre quien encontró este pañuelo!

—¡Yo no tuve nada que ver! —se defendió Tomás.

—No, naturalmente no he pensado que hayas sido tú el autor, pero tampoco sabía dónde te encontrabas y si de alguna manera estabas relacionado con el asunto. ¡Incluso te podrían haber asesinado a ti!

Iba de un lado a otro de la habitación. Entonces se interpuso en mi camino. Había dejado su hatillo y la bolsa y se puso frente a mí, tan grande como era. La expresión de su cara, seria, casi de dolor. Me agarró, me tuvo cogida fuertemente de los brazos y me obligó a mirarlo. Nuestras miradas se cruzaron. Callé. Todas las palabras que antes me salían sin más ahora se habían desvanecido. Tenía tantas cosas que decirle. Todo. Nada.

Era como si hubiera caído en un ensueño, en un estado de duermevela, o me hubiera despertado de un profundo sueño.

Permanecimos así un buen rato. La casa y sus habitantes a nuestro alrededor se hundían. La habitación desapareció. Sentí alegría y mucho miedo.

—¿Te has preocupado por mí, Cristina? —me preguntó finalmente.

Asentí con la cabeza. Tenía la boca seca. Y recé en silencio. No lo digas. ¡No digas nada! ¿Qué va a pasar ahora?

Después de un buen rato, me soltó. A nuestro alrededor la habitación empezó a tomar forma, volvieron los sonidos, un pequeño animal rascaba en el techo, los vecinos charlaban abajo en la callejuela, un burro rebuznó, Héloise hacía ruido con

sus cacharros. Eran los sonidos de mi vida y yo era una parte de ellos.

—No sé nada de un librero —me dijo Tomás—. No he estado en París. ¿Por qué has mandado buscar el maldito objeto?

—Quería hacerte un favor. ¿No me dijiste que habías jurado encontrarlo y devolverlo o copiarlo para tu monasterio?

—No me crees. Querías encontrar el libro porque desconfías de mí. ¡Las mujeres siempre quieren saber más de lo que les conviene!

Tomás estaba malhumorado. Se tomó a mal que hubiera estado espiándolo. O se tomó a mal lo que tuviera que ver con el asunto.

—Dime qué pasa con este libro —le exigí.

Se volvió hacia mí y sus ojos, a pesar de su ternura y calidez, estaban oscuros.

—¡Por favor, no me preguntes! ¡Por favor, no lo busques más! Por favor, confía en mí. No he hecho nada malo y tengo mis motivos para comportarme así. Te lo ruego, confía en mí, Cristina, y no sigas investigando.

Dudaba y no sabía cómo comportarse.

—¿No te puedo ayudar?

—No.

Se agachó hacia el hatillo, que parecía pesado, y apartó a un lado un par de botes de color, algunas hojas y pinceles para hacer sitio.

—Mira, esta es la razón por la que me fui. Había terminado con todo el trabajo que me habías dejado y ya no tenía nada que hacer aquí.

Céline me explicó años más tarde lo que ocurrió realmente.

—*Maman*, me tienes que perdonar. He guardado ayuno y rezado y se lo he confesado todo a la Madre Superiora. Dios me ha perdonado. Pero no sabes lo que deseo que me perdones tú.

—Céline, pequeña tonta. No, ahora debo llamarte hermana Agnes.

Nos hallábamos sentadas en el jardín del convento, al que tenían acceso los visitantes, verde y frío, con su olor a hierbas medicinales y rosas, un poco acre, picante y finamente dulce, puro, como nuestros sentidos limpios después de tantos años. Aquí podía tocar a mi hija, donde solo existía un amor ardiente por Dios y se reservaba un amor suave y limitado a las criaturas sobre la tierra, un pálido reflejo del Cielo, bienhechor como una mano fría, desapasionado.

—Nunca te he guardado rencor. Solo me preocupaba por ti. Eras tan joven. ¡Y él un monje! Era imposible para ti y para mí.

—Quizá es que no hemos querido lo suficiente, madre. Eloísa y Abelardo incluso dejaron a un lado a Dios, tan fuerte era su amor. Por si no lo sabías, eran un monje y una monja, no hace tanto de ello, y por su amor, si hubieran podido, hubieran dado la vida eterna.

Estaba pálida, pero decidida y consciente de sí misma. Sus mejillas redondas de cuando era niña se habían derretido de ayunar y de las noches que había pasado arrodillada frente al altar. ¡Y tenía los dedos manchados de tinta! Céline se había convertido en bibliotecaria en este convento dominico con su famosa biblioteca. Me sentía muy orgullosa de ella.

—Me ha costado tiempo aceptar —me dijo— el haberme comportado igual que todas esas malas mujeres a las que se refieren los hombres cuando sostienen que estamos corrompidas por naturaleza y que en la cabeza solo tenemos pensamientos perversos. ¡Pensar que intenté seducir a un monje! ¡Terrible! ¡Solo pensar en la intención! ¡Y a lo que le he condenado a él!

—Ya te he dicho en muchas ocasiones que no se trató de un placer bajo. Lo sé por ti misma. Y cuántas veces tengo que decirte que la enseñanza de la corruptibilidad de la mujer es falaz e insidiosa. ¿Cuántos ejemplos te he contado de la historia y de la literatura, sí, incluso de la Biblia, de los que se desprende que son los hombres los seductores por naturaleza y que si no lo consiguen con lisonjas, cuántas veces utilizan la violencia? ¿No tienen incluso las mujeres que esconderse de ellos para estar a salvo de su lascivia? Bien, Tomás era diferente, ¡alabada sea María! Tu único pecado fue un enamoramiento, eras muy joven, la necesidad de una persona a la que amar no es en principio algo malo. No obstante, Dios nos pide que aprendamos a controlarlo.

—¡Pero que incluso haya intentado convertirlo en un extraño para ti! ¡Estaba tan terriblemente celosa de ti! Y cuando te fuiste de viaje con Jean inicié mi caza, aproveché cada oportunidad de cruzarme en su camino, me ponía mis vestidos más bonitos, utilizaba carmín rojo. La abuela se escandalizó y se puso furiosa cuando me descubrió. ¡Pero sospechaba de un joven de nuestra calle, no del hermano Tomás! Me perfumé con tu agua de rosas, me solté el corpiño, me agachaba sobre su mesa cuando pintaba, le provocaba cuando me impartía clase. ¡Incluso amenacé con denunciarlo a la Sorbona si no me besaba! ¡Oh, *maman!* Fui tan desvergonzada, estaba tan perdidamente enamorada de él, que apenas lo puedo creer.

—Fue tu primer amor.

—Y él no veía a otra más que a ti.

—¿Esa es la razón de que ingresaras en el convento?

Rio, mi hija, la hermana Agnes, rio. Estaba tan contenta de que pudiera reír en ese lugar que me había imaginado tan serio y que era tan alegre. Todas las hermanas eran amables conmigo y parecían vivir en armonía.

—No. Esa no fue la razón. Ocurrió todo como te he contado. Me enamoré de la persona equivocada y pienso que fue para bien. En caso contrario no estaría aquí, donde soy tan feliz. Pero madre, ¿me puedes perdonar?

—No hay nada que perdonar. Lamento que estuviera tan ocupada con mis asuntos y que no supiera ver nada de lo que pasaba. Debería haberte protegido.

—Mamá, si me hubieras hablado de Tomás seguramente te habría arrancado los ojos.

Así que Tomás huyó del acecho de Céline y de las pullas de mi madre, pero nada podía impedirle volver a mí, y además guardaba una sorpresa.

—Estuve en el monasterio franciscano de Senlis. Había oído que fabrican algo que podría serte de mucha utilidad. Así que allí ilustré una Biblia y a cambio me dieron esto.

Desató el lazo de cáñamo del hatillo, desenrolló algo envuelto en un paño y desplegó ante mí un pequeño montón de pieles, tan finas y claras que nunca había visto algo similar. Pasé las yemas de los dedos por la superficie lisa y fría. Eran tan finas que al escribir había que prestar mucha atención, con el fin de no arriesgarse a que la tinta se corriera por el reverso.

—¿Qué es esto? ¿Tenera? ¿Cómo se pueden hacer tan finas?

—No se puede, lo hace la naturaleza. Es el así denominado pergamino virgen, de la piel de un ternero nonato, el material para escribir más caro y lujoso que conocemos.

Como madre, me consternó un poco, pero entonces pensé que los terneros también son sacrificados poco después de nacer y yo también escribía sobre su tegumento. Quizá un día probara el papel.

—¿Y has hecho esto por mí?

—Sí, pronto tendrás que escribir para la reina. Así que necesitas el material adecuado.

Creía realmente más en mí que en sí mismo.

—¡Te lo agradezco! Pero esta preciosidad no la utilizaré para nadie más que para la reina. Dime, ¿así que no sabes nada de lo que te escribí en mis cartas?

—¡Nada!

—Imagínate, el duque de Berry nos ha hecho un encargo. Quiere que vuelva a escribir toda mi obra para él, pero más bella y ricamente de lo que me he podido permitir hasta ahora. Exige el máximo de método y originalidad y nos ha adelantado oro para los gastos. Puedes comprar todos los colores: púrpura, oro de verdad, plata, todo lo que desees utilizar para tus iluminaciones. Podemos encargar tapas bonitas y orfebrería de plata. ¡La mezquindad es pasado, Tomás!

Intercambiamos todas las novedades y tuve que prometerle que dejaría estar el asunto del enigmático libro. Así lo hice. Pero crucé los dedos tras la espalda. Me había propuesto confrontarlo con el objeto de sus historias y subterfugios en cuanto lo tuviera en mis manos. De camino a Calais se había acordado de por lo menos veinte lágrimas en las supuestas confesiones de su vida. El dar con la verdad sobre él se había convertido en una obsesión para mí y este libro huidizo me parecía la clave para ello.

—¿Estuviste en la casa del puente? ¿Ha vuelto la dama a París?

—No lo sé. He venido directamente hasta aquí. También sería mejor que fueras tú

a verla. ¡Es una depravada ramera y como monje yo no puedo entrar en su casa!

Reí amargamente.

—No serías el primer prelado en una casa como esa. Cardenales y obispos mantienen abiertamente a sus queridas y protegen a sus bastardos.

—Por eso mismo —dijo Tomás, severo—. Como los representantes de Dios en la tierra gozan de tan mala reputación, no debo aportar más para disminuir nuestra credibilidad.

Y yo pensé para mí que tú, querido monje, sí que suponías un cargo de conciencia para una honorable viuda con tus bonitos ojos y tu boca pecaminosa.

—Ya es suficientemente grave... —empezó a decir, pero después cambió de parecer—. Mi Orden es mucho menos culpable en comparación con otras. Una vez antes de mi marcha me dirigí en la calle a la susodicha dama. ¡Ya me gané suficientes burlas de los transeúntes!

—¿Cómo reaccionó?

—Me dijo que no conocía a ningún Massimo y tampoco a ningún gordo genovés y que ya me podía largar si no llevaba una bolsa de dinero bien cargada, al contrario de lo que demostraba mi hábito.

—Entonces le haremos una visita los dos juntos, y esta vez no se nos escapará. Puedes esperarme fuera.

—De acuerdo. En lo que respecta a su apariencia, ya puedes prepararte para llevarte una sorpresa.

Y vaya con la sorpresa que me esperaba. La mujer que estaba a punto de cerrar la puerta de la casa roja del puente de los Cambistas tenía las facciones clavadas a Berthe, o por lo menos a la Berthe que hubiera podido ser de no haber tenido esos ojos de gorgona rasgados de rabia, la piel hinchada y gruesa, la frente permanentemente fruncida y las comisuras de la boca siempre tirando hacia abajo. Era Berthe arreglada y vestida con un gusto exquisito de satén verde musgo y unas caras joyas de plata, diez años más joven, el cabello negro brillante como la seda. Llevaba los hombros al descubierto y no lucía cofia, lo que ya desvelaba su profesión.

—Buenos días, me llamo Cristina de Pizán. Os ruego que me concedáis un momento de vuestro tiempo. Podríais ayudarme a resolver un misterio.

Sonrió y me dijo con voz suave, otra característica que la diferenciaba de Berthe:

—Con gusto, siempre que no se refiera a vuestro marido. Sobre esos asuntos nunca facilito información, lo que debéis entender. Eso ha de resolverlo la mujer con su compañero. Yo nada tengo que ver.

—¿Que no tiene nada que ver?

—Yo solo soy un pasatiempo, una mercancía que un hombre compra. No entiendo por qué las mujeres arman tanto follón por ello. Yo no les quito nada y les doy algo que ellas no son capaces de darles. Al final siempre regresan a ellas, más tranquilos, más contentos. ¿Por qué se me hacen entonces reproches?

—Por lo que a eso respecta, no supongo ningún peligro para vos. Como podéis apreciar soy viuda. Lo que os quería preguntar se refiere a otra mujer.

—Entonces entrad.

Tomás permaneció al otro lado del puente y nos observaba con la frente fruncida. La fulana se dio cuenta y lo saludó desvergonzada como a un viejo conocido. Rojo de vergüenza se dio la vuelta.

Me pidió que entrara en su casa, abrió la puerta pintada y me guio por una estrecha escalera hasta una estancia cómoda con alfombras mullidas, tapices en las paredes, cuyos motivos hicieron que se me subieran los colores a la cara, y asientos árabes bajos llenos de cojines de seda.

—Yo fui una esposa valiente, pero feliz y contenta dentro del matrimonio. No creo que ni mi marido ni yo nos hayamos perdido nada.

—Entonces estimo que sois muy feliz —me dijo—. ¿Os puedo ofrecer algo? ¿Vino? ¿Jarabe de rosas o menta? ¿Agua clara de manantial con lentejuelas doradas dentro?

Le pedí un jarabe de menta. Nos sirvió a ambas en jarras de plata con querubines bailando en el reborde. Su negocio parecía funcionar bien.

—Sí, mi negocio funciona mejor de lo que debería, si uno cree en las aseveraciones de los curas, según las cuales el matrimonio es un puerto determinado y bendecido por Dios. Pero creedme, no a los curas, sino a mí me cuentan los hombres, y a veces también las mujeres, lo que nadie quiere reconocer. Cómo el matrimonio en muchas ocasiones es un pestillo cruel y frío a la felicidad; todo lo que no se tiene, pues se piensa que es suficiente con domarse el uno al otro. Una persona no se contenta con hartarse de comer; también quiere degustar el ámbar que se le prometió, ¿no es así?

Sabía muy bien que tenía toda la razón, pero no se lo podía reconocer.

—Es posible que muchos matrimonios no sean felices —le dije—, pero ¿no se trata de nuestra propia culpa? Buscar el placer sin miramientos, tal como se les aconseja hoy, y aquello que vos denomináis felicidad, esa es la causa de toda preocupación. Si el marido prestara más atención a los sentimientos de su mujer, entonces no buscaría a gente como vos, y si la mujer prestara más atención a sus deseos, entonces no tendría ninguna razón para ello.

Rio por lo bajo. Debí de caerle bien.

—Tenéis razón. Pero como las personas no son como deberían ser surgen peleas y preocupaciones y personas como yo.

—¿Y no tenéis ningún miedo de vuestra eterna salvación? —le pregunté sin aliento. La prostitución sobre la tierra significaba el fuego eterno, las torturas del infierno eterno de la perdición, tal como me habían enseñado. ¡Desde el momento en el que pisara el más allá, ya no habría clemencia ni huida hasta los primeros días, una representación terrible!

—Apenas —me dijo—. En ocasiones no estoy segura de lo que me espera.

Rechazo todo cuanto enseñan los sacerdotes. Solo tienes que fijarte: ¿en la Biblia no se menciona nada de todo eso! He conseguido una traducción de la Biblia, una biblia de los cátaros. Incluso alguien como yo se plantea cuestiones sobre el más allá. Pero nunca se menciona que las mujeres no tenían acceso a Dios, que por dentro somos repugnantes y sucias, que se nos debería pegar y tenernos atadas con cadenas. Jesús no dijo nada de todo eso. Y tampoco me creo todo ese andamiaje, que solo sirve para sus propósitos más bajos. Mirad solo cómo desde el monje al Papa predomina la lujuria. Los cardenales presentan a sus cortesanas en público y al mismo tiempo condenan al resto de las mujeres. ¿Por qué debería prestar atención a sus mentiras? He hecho mi elección y soy más caritativa y generosa que muchos honrados ciudadanos de allá fuera. ¡Nadie ha dejado mi casa sin sentirse mejor o consolado, ningún mendigo se ha ido de aquí sin una moneda o un trozo de pan! El Dios en el que creo quiere a las mujeres y a los hombres por igual. El Dios en el que creo solo tiene una medida y no dos.

Me miró combativa y yo noté sus dudas interiores. Había hecho su elección y permanecía obstinada en ello. La salida la conocería tras la muerte.

—Encenderé una vela por vos —le dije—, aunque no queráis creer en estas cosas. Albergo los mejores sentimientos por vos, más de lo que podríais suponer.

Se estiró el vestido, algo confundida por su propio arrebato.

—Influyo en mucha gente de tal forma que me cuentan mucho de ellos sin propósito alguno.

—Entonces, ¿por qué me habéis buscado? Supongo que no para escuchar el credo de una furcia.

—No —le dije—, aunque tengo que admitir que para mí ha sido fascinante el escucharos. No soy de vuestra opinión. Opino que las severas costumbres se han hecho para proteger a la mujer y que una puede llevar mejor su vida si se atiene a ellas. Lo que critico de nuestro tiempo es justamente que se haya abusado de la palabra «amor», con el fin de poner a las mujeres a disposición del deseo del hombre de forma más rápida y sencilla, sin que él tenga que responsabilizarse de nada. Si ya no se trata de amor, que según mi opinión se construye sobre la fidelidad y la confianza, sino simplemente de la satisfacción, entonces pienso que la posición de la mujer se ha debilitado. El argumento del deseo es solo un arma más en contra de las mujeres, que físicamente son inferiores a los hombres. El amor no es ninguna moneda, pero sí que es la posesión más preciada del mundo.

—Eso es muy elevado para mí —me respondió—. Yo recibo lo que necesito en la moneda que más me gusta. No quiero más.

Acabé de beberme mi jarabe y dejé mi vaso en una pequeña mesa de madera de nogal oscura, las patas adornadas con tallas, el sobre de bronce y esmaltado, mucho más bonita y valiosa que todo lo que teníamos en nuestra propia casa.

—El comerciante genovés, Massimo; me gustaría saber qué pasó con él.

Su rostro se cerró como un portón enorme.

—No conozco a ningún comerciante genovés. ¿Cómo se llama? ¿Massimo?

—Exactamente, Massimo. Mediano, corpulento, cabello negro y aceitoso, ojos oscuros. Un hombre agradable. Generoso. Acaudalado. Era mi vecino y me caía bien. Me gustaría saber cómo fue que terminó su vida en las ruedas del molino. ¿Qué es lo que pasó?

Se hundió todo lo que pudo en los cojines y mostró una supuesta despreocupación. Su mano blanca y enjoyada jugaba ociosa con el vaso. Su boca roja estaba ligeramente hinchada.

—Es algo que no puedo saber. Nunca lo he visto.

—Su mujer, que es inocente, está en la cárcel simplemente porque tiene fama de ser mala. Como podéis ver, ser mujer y no ser sumisa, como se espera de ella, es suficiente para ser torturada y ejecutada.

—Ahora intentáis que sienta compasión. ¿Por qué tendría que ayudarla? Yo también soy una mujer débil. Si se me relaciona con ello, una prostituta, ¿qué es lo que pasará conmigo? ¡Entonces la soltarán a ella y me encerrarán a mí! ¿Y cuándo ha hecho una esposa algo por una furcia? ¡Ni hablar!

Sabía algo, pero yo no hubiera reaccionado de otra forma en su lugar. Tenía toda la razón del mundo: si una cortesana caía en manos de la Justicia, entonces darían un ejemplo con ella, una bonita ejecución con una fiesta popular como exhortación de moralidad de cómo termina una vida mal llevada.

—No tiene ningún sentido mentir. Sé que estuvo aquí. Los vecinos lo han visto en muchas ocasiones. Y además realicé un experimento para descubrir desde dónde tendría que haber sido lanzado el cuerpo al agua para que fuera a parar a esa determinada rueda y no a otra. ¿Sabéis que la corriente aquí toma siempre la misma dirección?

Su actitud se desmoronó como un pan que se ha sacado demasiado pronto del horno.

—¡No lo sabía! ¿Eso se puede demostrar?

—Es muy sencillo. Podría repetir ese experimento en cualquier momento frente a un juez.

Se lo expliqué.

Tenía los ojos como platos. Me daba pena. Pero no quise que se diera cuenta y bebí otro trago del excelente jarabe de menta.

—¡Dios mío! ¡Os lo ruego, si vuestro sentimiento por las mujeres con problemas es tal como acabáis de expresar, entonces os suplico que tengáis compasión de mí! Ya sabéis lo que pasará conmigo si me denunciáis. ¡Me vendrán a buscar y luego todos los guardias se aprovecharán de mí, una y otra vez! Y dejarán de hacerlo cuando los torturadores me hayan dejado con tan mal aspecto que ya nadie me querrá tener. No me hagáis esto. ¡Vos misma sois una mujer!

¿Cómo podía entonces entregarla?

—Aún no he estado en la Justicia con mis resultados. Primero quería oír qué

teníais que decirme. Así que contestadme ahora mismo: ¿asesinasteis al genovés? Decidme la verdad. Después decidiré qué es lo que debemos hacer.

Se deslizó de su asiento y se arrodilló frente a mí. Por lo menos no intentaba revolverse el cabello, no lloraba y no hizo ningún esfuerzo para presionarme.

—Poneos en pie. ¡No es justo que una persona se arrodille frente a otra!

—Os juro por Dios, por mi Dios, que quiere a las mujeres como a cualquier otra criatura: ¡no le hice nada malo a mi Massimo!

—Pero ahora él está muerto, y sé que no se ahogó.

—Murió aquí, pero yo no lo maté. Era un hombre bueno y tierno. Venía aquí desde... oh, dos o tres años. No quería nada de mí. Solo tenía que cocinar para él, servirle, acariciarlo, escucharlo y hacerle cumplidos. En un par de ocasiones intenté seducirlo, porque me daba la impresión de que me ganaba el dinero de manera injusta. Pero él no quiso. Quizá es que no podía hacerlo con una mujer, al ser tan gordo. Ya sabéis: *bouc gras ne grimpe pas*, el cabrón gordo no puede montar. Así se dice de donde yo provengo. Era un poco como si quisiera representar un matrimonio, como hacíamos cuando éramos pequeños: él es el marido, tú eres la madre y el resto hace de hijos. ¿Lo recordáis? Así era. Era más que feliz cuando podía sentarse aquí, con una copa de buen vino en la mano. Me contaba sus éxitos y yo lo acariciaba y le decía con voz dulce qué buen comerciante y qué inteligente era. ¡Y realmente lo era! Él me dio los mejores consejos para que le pudiera sacar provecho al dinero que había ganado. ¡Gracias a él, pronto podría haberme retirado! Nunca tuve un cliente tan bueno como él.

«Apuesto a que sí», me dije para mis adentros. ¡Solo faltaba que la hubiera llamado Berthe!

—¡Si hay alguien que hubiera querido asesinarlo, esa es su mujer! ¿Qué debió de hacerle para que él fuera a parar a mis brazos? ¡Y todo lo que me regaló: joyas, alfombras, especias, perfumes! Mira —me enseñó una pulsera de oro adornada con rubíes—. Nunca le hubiera tocado un pelo.

—Te creo a pies juntillas. ¿Y entonces? ¿Qué pasó?

—¡No lo sé! Estaba conmigo, como siempre. Debía de haberse peleado con su mujer, ya que cuando llegó estaba muy alterado. Lo abracé y lo tranquilicé y le serví algo para comer. Cordero con setas, pero eran setas buenas. ¡Yo misma comí de ellas! Después seguimos bebiendo y estuvimos hablando y riendo. Bueno, «él» bebió bastante y estaba muy alegre. De repente, sin más, se cogió del pecho, como si le faltara el aliento. Le abrí el jubón y procuré que cogiera aire. ¡No sabía qué hacer! ¡Y de repente estaba muerto!

Mientras me confesaba todo, iba de un lado a otro de la habitación. Con las manos tiraba del borde de su mantilla.

—¡Estaba allí sobre el suelo, muerto! ¿Y qué podía hacer? ¿Llamar a los alguaciles? ¿Yo? La gente como yo evita el contacto con ellos. Me habrían hecho responsable al momento de todo. Es muy simple: ¡una puta más o menos, a quién le

importa! ¡Y a las mujeres decentes les alegra vernos en la picota! ¡Me habrían ahogado en la jaula de metal! ¿Qué podía hacer? En cuanto volví un poco en mí, pensé en cómo me podía deshacer del cadáver. ¿Arrastrarlo yo sola? Imposible. Si hubiera buscado a alguien que me ayudara, hubiera tenido durante toda la vida a un chantajista al cuello. ¡Así que decidí tirarlo al río por la ventana, esa de allí!

La ventana que me señaló era demasiado alta para una persona baja como ella. Y además, estrecha. Massimo apenas hubiera cabido por ella.

—¡Pesaba tanto! Tiré de él, intenté ponérmelo a las espaldas. Intenté cargar con el cadáver. Tiraba del brazo, después de la pierna. Pesaba demasiado. Apenas pude levantarlo del suelo, y no te digo llevarlo hasta la ventana.

Se dio la vuelta, se dirigió hasta la mesa y se sirvió vino de una jarra en el vaso, del que bebió un largo trago antes de seguir hablando.

—Finalmente caí en la cuenta, saqué una tabla del suelo y lo arrastré con ella. Até el cuerpo a ella con pañuelos de seda. Poco a poco, muy poco a poco, sudando como un porteador, conseguí levantar el tablón y poner un extremo en el marco de la ventana. ¡Después faltaba el otro extremo! Levanté el tablón y me lo puse sobre el hombro y luego intenté ponerme en pie. Al final lo conseguí. Yo estaba allí, con el tablón y el cadáver encima con una punta sobre el marco de la ventana y la otra sobre mi hombro.

—Y entonces no supisteis cómo desembarazaros de los pañuelos de seda que tenían sujeto el cadáver al tablón. Si hubierais lanzado el tablón junto con los pañuelos al río, seguro que alguien los hubiera reconocido.

—¡Exactamente! Lloré de rabia y desesperación. Me temblaban las rodillas y estaban a punto de fallarme. Conseguí alcanzar dos de los pañuelos y los desaté, pero el tercero, que le sujetaba los pies, se quedó donde estaba. Al final, me sentía tan agotada que solo por acabar de una vez con ello incliné el tablón y vi cómo el pobre Massimo, al principio lentamente y después más rápido, se deslizaba hacia la oscuridad. Retiré los mechones de cabello de mi rostro. Tenía una manga medio rota y descubrí un arañazo sanguinolento en mi brazo derecho. Pero cuando introduje de nuevo el tablón en la habitación tuve que reír de alegría y alivio, pues allí estaba colgando mi pañuelo. Se había desanudado y colgaba de un clavo. Así que pensé que nadie me podría relacionar con el muerto. ¿Y por qué lo habéis sacado todo a la luz?

—Porque el pobre Massimo fue envenenado.

—¿Envenenado? ¡Dios mío! ¡No puede ser! Cuando llegó aquí estaba muy alegre. ¡Juro que no le hice nada malo!

—Os creo —dije lentamente—. Truphémus se debió de equivocar.

—¿Ahora qué vais a hacer conmigo? Yo no he hecho nada malo, solo he tenido la desgracia de que un cliente haya muerto en mi casa. Si esto hubiera sido una tienda

nadie se hubiera extrañado. Pero ya que esta es la casa de una prostituta, en cualquier caso me cargarán a mí el muerto.

—No quiero denunciaros. Tiene que haber otra forma de demostrar la inocencia de Berthe.

—¿Y si realmente no fuera inocente?

—¿Cómo podría haberlo llevado a cabo? Cuando murió estaba lejos de su casa. Y tenía tan pocos motivos como vos para deshacerse de él. ¿Berthe? Imposible.

Me puse en pie.

—Os agradezco el agua azucarada. Os prometo que dejaré vuestro nombre a un lado hasta que me sea posible. Si saliera a la luz, entonces me involucraré en vuestra defensa tanto como he hecho con Berthe. ¿Disponéis de suficiente dinero para un buen abogado defensor?

—Ya os lo he dicho. En cuanto entre en la cárcel, se me habrá acabado la vida o por lo menos se habrá echado a perder. Preferiría que llevarais este asunto con mucha discreción. Confío en vos, no lo olvidéis.

—No, no lo haré. Pero ¿queréis cargar la muerte de una mujer inocente a la cuenta de vuestros pecados? Pienso que ya es suficientemente larga. ¡Reflexionad sobre ello! Si os decidís a testificar de manera voluntaria, enviadme un mensajero a la torre Barbeau. Os acompañaré a un juez de instrucción que conozco y os ayudaré en lo que pueda.

Salí al puente de los Cambistas, donde al principio no vi a Tomás. Cuando por fin lo descubrí, estaba mirando fijamente el agua un par de casas más allá en la baranda del puente.

—¿Se han vuelto a burlar de ti? —le dije en broma.

Se limitó a gruñir furioso y se abalanzó con pasos acelerados hacia la orilla derecha.

XVI

—¡Je, je! ¡Habéis hurgado bien en el avispero, viuda Castell!

Me encontré con Mézières con motivo de la firma del contrato en las oficinas de uno de los muchos abogados a los que daba de comer, el señor De la Chance.

—En la Sorbona hay mucha agitación. ¡Un hombre tan importante como el rector de Lille se descuelga con que debéis saber dónde están vuestros límites! ¡Divertido, querida, no deja de ser interesante!

—¡Encuentro que es un arrogante y ya le he respondido! —le dije con dignidad.

—¡Ah! No dudéis de que ello servirá de publicidad a vuestros versos. ¡Lo habéis conseguido! ¡En la Corte se habla permanentemente de vuestra pequeña *querelle*!

—No se trataba de vanidad o incluso de un vulgar sentido del negocio, monsieur, sino simplemente de la defensa de las mujeres frente a las maliciosas acusaciones y calumnias en el indescriptible *El libro de la rosa* del doctor Meung.

Jean de Montreuil, el rector de Lille, se había alterado tanto con mi escrito que me había considerado merecedora de una respuesta oficial. También se la envió al profesor Gonthier Col, uno de sus gallos hinchados de su propia importancia, que llevaba sus distinciones como uno lleva un peine. ¡Dios del cielo, sin sus títulos estos señores estarían desnudos!

Entre tanto también había, por desgracia incitado por mí, devorado esa sucia obra y en virtud a su autoridad había proclamado que incluía muchas palabras bonitas y versos elegantes y que sin duda alguna se trataba de una obra maestra y etcétera, etcétera.

Analicé cuidadosamente su himno laudatorio según todas las reglas del oficio. Los elegantes versos estaban expresados de forma extremadamente asquerosa, escribí yo, y lo demostré con citas. En las notables ideas solo reconozco desenfreno. Y si todas las mujeres son unas perdidas, ¿por qué la novela recomienda que uno se acerque a ellas?

El profesor Gonthier Col contestó que era una completa insensata y que me había alterado sobremanera de una forma típicamente femenina. Me ordenó corregir mis afirmaciones y reconocer en público mi actitud errónea. En caso contrario, me amenazaba con un «castigo provechoso».

Entonces le recordé que la pequeña punta de una diminuta navaja puede muy bien desgarrar un saco completamente lleno.

—No os debe faltar entendimiento, si es que las mujeres lo tienen —rechinó Philippe de Mézières—. En caso contrario no habríais conseguido alterar tanto a este caballero.

—¿Habéis leído *El libro de la rosa* del que se habla? —le preguntó el señor De la Chance. Sus ojos brillaban expectantes.

—¡Qué va! ¡Novelas! No tengo tiempo para esas necias distracciones. Hablemos de negocios.

Ambos firmamos los contratos de compra. Mézières chasqueó los dedos.

—¡Aquí tenéis! Un adelanto de quinientas piezas de oro. Os haré llegar el resto mediante un mensajero en cuanto haya echado un vistazo a mis propiedades.

Uno de sus lacayos se acercó y depositó un saquito de cuero con las piezas de oro frente a mí sobre la mesa. No lo toqué, ni conté las monedas y no le hice ni caso.

—No habíamos acordado tal cosa. Quiero todo el importe sobre la mesa, distinguido señor, si no, no recibiréis las llaves —le dije.

Primero iba a explotar de ira, pero después soltó una de sus cortas risas y volvió a chasquear los dedos. Su lacayo extrajo una letra de cambio firmada del jubón y se la entregó al señor De la Chance, que comprobó el documento y me dio la conformidad con un gesto.

—Os deseo más suerte con las propiedades de la que he tenido yo —le dije—. Si me permitís un consejo, echad a los actuales administradores y poned en su lugar a vuestra propia gente. El servicio es vago o trabajador en función del trato que se le dispensa.

El colega y viejo enemigo de mi padre afirmó impaciente con la cabeza, y ya se quería poner en pie cuando se me vino una idea a la mente:

—Monsieur, ¿conocéis vos la torre Barbeau?

—Oh, sí. El viejo rey se la regaló a vuestro padre poco antes de morir, muerte de la que no deja de ser culpable. ¿Aún vivís allí?

Me tragué la odiosa alusión.

—*Sieur*, entonces, ¿recordáis que la torre le fue regalada a mi padre?

—Sí —dijo Mézières—. Además, yo estaba en contra.

—No obstante, quieren desposeerme de ella injustamente y echarnos a la calle a mí y a mi madre, así como a mis dos hijos y otro familiar. ¡Le entregué en persona el documento que acreditaba la cesión al presidente del Tribunal de Cuentas y ahora dice que no lo ha visto nunca!

—No me extraña de él. Siempre fue un codicioso.

—Sé que os enfrentasteis a mi padre, pero conmigo no estáis peleado, una viuda desamparada. Apelo a vuestra caballerosidad y a vuestra conciencia. ¡Ayudadme y declarad a mi favor!

—Viuda Castel. No os preocupéis por la torre. Seguro que volverá a encontrar el documento. Que sigáis con salud y presentad mis cumplidos a vuestra señora madre.

Dichas esas palabras, se levantó y se fue. Apenas le hizo un gesto al abogado. Sus criados lo siguieron a toda prisa.

El señor De la Chance me felicitó y me propuso que dos empleados armados me llevaran el oro a casa. La letra de cambio la cobraría en mi nombre. Acepté gustosa su ofrecimiento.

Yo misma tenía que solucionar un asunto. Tenía la impresión de que ese día la

suerte estaba de mi lado y quise hacer de una vez algo por Berthe.

Despacio, crucé las calles mojadas, pasé por la torre de la capilla de St-Jacques, que se ve desde lejos, y las casas de madera pegadas la una a la otra, que río abajo son cada vez más pobres. Cogí el camino que pasaba por el puente de Notre-Dame hacia el Palacio Real, no el de los Cambistas, porque no me quería dejar influir por la visión de la casa roja.

Solo me hicieron esperar una hora hasta que me recibió monsieur Truphémus. Ahora era una celebridad en París, no la pequeña viuda de vestidos desgastados. ¿No es triste y ridículo? En lugar de tratar a las personas por sus méritos y necesidades, parece ser enormemente importante si uno es «famoso» o no. No importa si lo es por haber hecho algo bueno o malo o simplemente porque sea rico. Entonces se te abren todas las puertas y te muestran respeto.

—¡Mi muy apreciada y querida madame de Pizán! —me recibió el juez—. ¿Qué tal fue la boda? ¡Os felicito por vuestro gran éxito! Incluso a mi mujer le he comprado un ejemplar de vuestra poesía. ¿Me lo firmaríais para ella, os lo ruego?

Me alcanzó mi libro *Jeux à Vendre*.

—Con mucho gusto. ¿Cuál es la flor preferida de vuestra mujer?

—La violeta.

Improvisé un pequeño verso sobre las violetas y lo añadí. Estaba entusiasmado y más que agradecido.

—¿Qué os trae hasta aquí? ¿No será de nuevo esa horrible mujer?

—Sí, exactamente esa. Monsieur Truphémus, sois un hombre con gran sentido de la justicia. Os debe doler incluso a vos el que mantengáis encerrada sin pruebas a una viuda y madre.

—¡Contamos con las declaraciones de los vecinos!

—¡Calumnias! Podría demostrar muy fácilmente que estas declaraciones provienen de los más acérrimos enemigos de Berthe. No tendrían ninguna importancia si se celebrara una vista. La habéis interrogado. Más de una vez. ¿Ha confesado? Se inclinó sobre la mesa y susurró:

—Por desgracia, no. Si fuera una bruja diría que le ayuda el diablo. Ninguno de nosotros entiende cómo lo puede aguantar. Sensible sí que no es.

—Es inocente. Un ángel la custodia. Mirad, de lo único de lo que es culpable es de no ser exactamente un ser amable. No tenéis nada en la mano contra ella. ¡Dejadla ir de una vez!

—No es posible.

Decidí utilizar con gran dolor todo cuanto sabía.

—¿La dejaríais marchar si os demostrara que el comerciante Massimo no estaba cerca de su casa cuando murió?

Se puso en pie. Alterado, se frotó su nariz bulbosa.

—¡No puede ser! ¿Qué me estáis diciendo?

—Un monje ilustrado, que conozco muy bien, tuvo la idea de analizar dónde

debió caer el muerto al río para que fuera a parar precisamente allí donde lo encontraron.

Le expliqué mi demostración omitiendo la posición exacta en el puente de los Cambistas, pero no le pareció suficiente.

—¿Vejigas de esturión? ¡Tonterías! No puedo dejar ir a una asesina solo porque un monje ha puesto a navegar vejigas de esturión. ¡Es grotesco! Con todo mi respeto, madame, por vuestra fantasía literaria.

—De acuerdo.

Le conté todo lo que sabía.

—¿Cómo? ¿Habéis hablado con esa mujer en lugar de informarme a mí?

Fue corriendo hasta la puerta y chilló hacia el pasillo. Aparecieron dos alguaciles y Truphémus les ordenó que corrieran hasta el puente de los Cambistas y detuvieran a la mujer que vivía en la casa roja.

—¡Madame! ¿Por qué no vinisteis enseguida a informarme?

Ahora estaba enfadado. Se sirvió una copa de vino de una jarra que tenía escondida bajo la mesa. Con retraso también me ofreció a mí.

—Gracias. Estoy un poco alterada —le dije—. No me siento muy bien por lo que he dicho. ¡La dama no es del todo decente, pero está completamente libre de culpa!

—Eso se demostrará.

¡Qué es lo que había ocasionado! Y así estuve un tiempo incómodo defendiendo a una mujer frente al juez que ni siquiera había sido acusada ni estaba en la cárcel. El puente de los Cambistas no quedaba muy lejos. Pronto oímos volver a los alguaciles corriendo por el adoquinado de la arcada y golpeando a la puerta.

—Adelante —dijo Truphémus.

Entró uno de los alguaciles. A pesar del tiempo de noviembre estaba sudando.

—Se ha marchado, excelencia.

—¿Cómo?

—La casa está cerrada y los postigos echados. Hemos tenido que echar abajo la puerta, excelencia. Se lo han llevado todo. Los vecinos dicen que se fue ayer por la noche. Cargó todas sus cosas en un carro de bueyes y se fue. Nadie sabe adónde.

—¡Gracias, Virgen Santísima!

Me santigüé toda agradecida.

Truphémus mandó salir a los hombres, se dirigió a mí y protestó.

—Os ha salido redondo, madame de Pizán. Mmm...

Volvió a beber un buen sorbo de vino y se frotó la nariz.

—Bien —dijo después de un tiempo—. Os la podéis llevar.

—¿Perdón?

—Dejo a esa Berthe en libertad. Vuestra declaración va en contra de la de los vecinos, que como habéis observado muy bien son simples calumnias. Os ruego que lancéis conmigo vejigas de pescado al Sena. Traeré a mi hijo. El asunto le interesará.

Estaba completamente aturdida.

—¿Dejáis a Berthe en libertad?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Oh, os la podéis llevar ahora mismo. ¡Os hará mucha ilusión! Vaya pieza más abominable. No la he interrogado en más ocasiones porque solo me producía dolor de cabeza, es peor que un concierto gatuno. ¡Thierry!

Su secretario, una persona discreta que siempre conseguía que uno se olvidara de su presencia, se movió tras su pupitre.

—Redacta un escrito para que pongan en libertad a Berthe la negra, la mujer del genovés, ya sabes. Debe ser entregada a la custodia de madame de Pizán.

Con el pergamino enrollado en la cintura volví a la orilla derecha, totalmente sorda a mi éxito repentino. Cuando llegué a la cárcel detrás del matadero mis zapatos se habían coloreado de rosa, ya que la lluvia había diluido la sangre que de allí salía y la había esparcido por todas partes. Un perro flaco desgarraba unas entrañas sobre el adoquinado. Grégoire estaba de guardia en la puerta principal, malhumorado y con la nariz goteando.

—¡Os saludo, Grégoire! ¿Estaríais mejor al calor, en casa con vuestra querida, verdad?

—Bien lo podéis decir. Buenos días, Cristina. ¡Resguardaos de la lluvia! ¿Qué hacéis aquí con este tiempo de mil demonios?

—Vengo a sacar a Berthe. Aquí está el documento que prueba que me la puedo llevar.

Lo leyó con un poco de esfuerzo.

—Gracias, san Florián. La primera buena noticia de hoy. Ahora mismo la tendréis.

Dejó que alguien lo reemplazara en la entrada y me acompañó él mismo abajo, donde las figuras miserables haraganeaban encima de la paja húmeda. Berthe había perdido mucho peso, tenía los ojos enrojecidos y los brazos y las piernas desnudos llenos de mordeduras de ratas y piojos.

—¡Te has tomado tu tiempo, fabulosa defensora! —fue su respuesta cuando le dije que estaba en libertad. Entonces escupió sangre.

—En este estado es imposible que vuelva a casa andando —le dije a Grégoire—. Por favor, pidamos un palanquín.

Entre los dos levantamos a mi pobre vecina y la condujimos fuera de la mazmorra arriba hasta la salida, donde la colocamos sobre un palanquín llevado por un burro. Apestaba a orina, sangre y vómito. Tuve que prometerle al dueño del palanquín el doble de lo normal por lo sucia que estaba Berthe. Todo el camino a casa lo pasó echando pestes de su desleal hijo, de lo que yo había tardado en ir a buscarla y de sus vecinos, que la habían calumniado.

—¡Bueno, todos ellos me lo van a pagar con creces! —tosió y escupió una mucosidad rojiza a la calle—. Ya verás tú, en cuanto saque los pagarés que tengo de

todos ellos. ¡Cómo lo lamentarán! ¡No tendré compasión! ¡No, Berthe ya no será generosa con ellos! ¡Voy a embargar toda la calle!

Y yo me preguntaba de qué generosidad hablaba.

Los vecinos observaron mudos la entrada de Berthe en la calle y murmuraron. Nadie estaba feliz por ello. Pero ¿no hay que darle prioridad a la justicia? Cuando el palanquín se detuvo delante de la tienda, Aldo salió corriendo. Se quedó con la boca abierta. Nunca lo había visto tan estupefacto. Luego la expresión de su rostro cambió de la sorpresa a la más pura alegría.

—¡Madre!

Corrió hacia el palanquín.

—¿Has conseguido que finalmente la liberen? ¡Gracias, Cristina! Ven, madre, deja que te llevemos a un sitio caliente para que te reanimes: un fuego, una sopa, un vino caliente especiado y enseguida te encontrarás mejor. ¡Oh, lo valiente que has sido, mi pobre madrecita!

—Cierra la boca y ayúdame a bajar, haragán —retumbó desde el palanquín.

El realmente preocupado hijo bajó a Berthe y se la llevó dentro. Solo me quedaba pagar al portador.

—¿Por qué nunca me hiciste una visita? —oí cómo graznaba Berthe.

—¡No hubiera podido soportarlo! ¡No hubiera aguantado esa visión, madrecita! ¡Le pagué mucho dinero al intendente de la cárcel para que te alimentaran decentemente y lo mismo a los abogados! ¡Ay, qué es lo que te han hecho!

Me fui a casa.

—Bueno, ahora ya están todos contentos —me recibió Marie—. Sobre todo los vecinos y los clientes, te admirarán por tu noble acción.

Mi madre sacudió la cabeza. Tomás me alabó únicamente cuando estuvimos solos en nuestro estudio.

—Has obrado de forma correcta. Pienso en lo que le ocurrió a Francisco de Asís: en la localidad de Gubbio había un lobo muy feroz, al que todos temían. San Francisco dijo, sin embargo: solo es tan fiero porque lo habéis excluido de vuestra comunidad y le lanzáis piedras. Entonces fue allí, se arrodilló frente a la bestia y le habló con ternura. Esta se echó al suelo y le lamió las manos.

A pesar de todo, Berthe estaba muy lejos de mostrarme cualquier tipo de simpatía. Cuando un par de días después fui a la tienda, se encontraba sentada como siempre en la silla elevada junto a la caja de dinero y observaba a Aldo, que con el ademán más aplicado embalaba y ayudaba en lo más sencillo. Berthe regía la casa y el negocio como siempre.

—¡Ah, Cristina! Ya me puedes ir pagando ahora mismo vuestras deudas —me dijo como palabras de bienvenida.

—¿Qué deudas? —me sorprendí.

Había pagado todas nuestras deudas, en todas partes, con el dinero de Mézières.

—Por el burro que estuvisteis utilizando cuando yo estaba en prisión y Aldo de

viaje. Tres soles por día, lo que supone cuatro piezas de oro.

Estaba indignada.

—Escucha: si no nos hubiéramos hecho cargo del animal y lo hubiéramos alimentado, ahora mismo ya no tendrías un burro. Se habría muerto de hambre o lo hubieran robado.

—¿Y no lo hicisteis trabajar?

Alargó la mano. Giré sobre mis talones y me juré no comprar nunca más en esa tienda. ¡Ya bastaba!

—¿Ya estás contenta? —me preguntó mi madre cuando entré en la cocina. Ella, Héloise y tía Marie estaban preparando el carbón para el invierno. Había montañas de trozos verdes de carbón sobre el suelo de piedra, montones de trozos de carbón cortados sobre la mesa, que propagaban un acre olor a verdín.

—¿A qué te refieres? —le devolví la pregunta, obstinada.

—Que has ayudado a esa mala mujer a salirse con la suya —me reprendió Marie—. ¡Ahora volvemos a tenerla al cuello!

—Cómo puedes decir algo así —le dije—. ¡Más cuando era inocente!

—Ay, corazoncito, para ti toda mujer es por naturaleza un ángel. Pero veo que es una mujerzuela tan malvada como nunca ha nacido... ¡Deberías haber dejado que se pudriera en la cárcel!

—¡Eso no es justo!

—¿Ya te lo ha agradecido?

—No —tuve que admitir—. Pero no lo hice para que me lo agradeciera, sino por la voluntad de la ley divina.

—Sin embargo, en los diez mandamientos no se indica que uno se haya de implicar de esta manera. Allí solo se dice «no matarás», «no darás falso testimonio». Nadie de aquí lo ha hecho. ¿Estuviste en su tienda? ¿Qué es lo que le ha dicho a su salvadora?

Me callé y le di un mordisco a una manzana.

—¡Ajá! —exclamó mi madre, elocuente.

—Me ha pedido que le paguemos el alquiler del burro, el tiempo que lo tuvimos bajo nuestra custodia —dije al fin.

Mi madre, Marie y Héloise rompieron a reír a carcajadas.

—No es para reírse —les dije—. ¡He decidido que nunca más compraremos en su tienda!

—¿Ah sí?, ¿y dónde si no? —apuntó mi madre y se secó las lágrimas de las esquinas de los ojos con su faldón—. ¿Dónde vamos a comprar la harina, el grano, la sal, el bacalao, si no es en la tienda de Berthe? ¿Debemos andar media hora para después traer a rastras los sacos?

—Tenemos un caballo.

—Sí, el caballo, que está en el patio y que come hasta reventar. Desde que Jean no está con nosotros no se ha movido. Seguro que se pondrá contento cuando sepa

que tiene que transportar sacos como un animal de carga.

—Entonces compradle a Berthe y dejar de decir impertinencias. Yo por mi parte nunca volveré a pisar su tienda de comestibles.

—¡Antes le pagarás por haber utilizado el burro!

Marie cortaba en pedazos un trozo de carbón. Las comisuras de su labio se alzaron.

—Claro está que pagaré. No voy a permitir que me acusen de habernos apropiado de una propiedad ajena.

Las tres rompieron a reír de nuevo. Abandoné la cocina a pasos medidos, rodeando como una serpiente los montones de carbón.

Arriba con Tomás no me fue mucho mejor. No tuvo ninguna compasión conmigo.

—Fue claramente una equivocación involucrarte en ese asunto. El lobo de Gubbio, una serpiente, un tigre, toda bestia creada aun así por Dios es mejor que una mujer mala. Estas mujeres no fueron creadas por Dios, sino por el diablo.

También él había tenido un tropiezo con ella.

—¿Qué? ¿Aún sigues aquí, falso monje? —se había mofado de él en cuanto pudo volver a salir frente a la entrada de su tienda—. ¿Aún no has conseguido aquello por lo que viniste?

—Estoy aquí para ganarme el pan diario y en honor de Dios —se le enfrentó Tomás, a lo que ella respondió:

—¡Ja! ¡En honor de Dios, que me lo voy a creer! Vas detrás de las faldas de tu señora, todo el mundo lo sabe. ¡Los hermanos mendicantes como tú pervierten a las muchachas y las tradiciones!

Tomás pintaba con devoción un monstruo del Apocalipsis: una criatura voladora barriguda con escamas en el lomo cortantes como dagas, monstruos jaspeados como tortugas que sacaban sus lenguas de forma indecente, leones con cabeza de dragón; machos cabríos enormes con pinchos en sus cabezas; esqueletos danzantes, espíritus malignos con tenazas ardiendo en las manos, pequeños asquerosos demonios, brujas con el cabello negro, que caían serpenteantes y enroscándose por todo el margen de la página. ¿Una de ellas no se parecía a Berthe?

—He llegado a la conclusión —me dijo— de que hemos sido injustos habiéndole evitado a esta mujer el castigo que se merecía. Y es culpa mía, porque yo te he alentado a ello en un altruismo mal entendido.

Con cariño le añadió a la bruja una verruga.

—¿Cómo? —exclamé—. Tú mismo comprobaste que era inocente. Con tus experimentos demostraste que el hombre había muerto lejos de su casa. ¿Lo vas a negar?

—No. Pero habría estado bien que hubieras vuelto a hablar conmigo antes de ir corriendo al juez. Nosotros comprobamos que no había muerto en casa. Pero eso no quiere decir que sea inocente. Existen venenos que necesitan más tiempo para actuar. Solo hacía falta que le hubiera puesto uno de esos en la cena.

—Sabemos que la cena se estropeó y que él se fue de casa sin comer.

—Pues en el vino. Solo tenía que hacer que se fuera de casa para que la consideraran inocente. Y nosotros, tú, hemos caído en la trampa.

—¡Qué dices! ¡Fantasías! No puedes saberlo a ciencia cierta. ¡Solo te lo imaginas porque te han inculcado el odio por las mujeres!

—Pero ¿no es verdad que las mujeres, a excepción de la presente, tienden a la perfidia por la debilidad que les ha conferido Dios?

Esa reincidencia en la más común difamación eclesiástica de las mujeres no merecía mi respuesta. Me di la vuelta y salí. Céline vino a mi encuentro en las escaleras.

—¿Vas a tu lección con Tomás? ¿Qué es lo que estás aprendiendo ahora? —le pregunté.

Mi hija me contestó malhumorada y con brevedad.

—Ya no voy más al maldito bogumilo. Puedo leer los libros igualmente sola.

—¡Pero... Céline!

Ya se había ido directa a nuestro dormitorio, donde día tras día pasaba cada vez más tiempo. Tenía que mantener una conversación muy seria con mi hija, pero ahora no era el momento.

En el jardín me encontré a *Blanka*, que me gruñó porque acababa de cazar un ratón, y a *Yolanthe*, que en ese preciso momento no estaba del mejor de los humores y me mostró sus peludas partes traseras.

Ya que resultaba obvio que en mi casa estaban todos, pero todos, en mi contra, ensillé el caballo rojizo y decidí ir a visitar al bueno de Gilles Malet. Acabábamos de recibir una copia para él del *Arte amatorio* de Ovidio que quería entregarle en persona.

El caballo se había vuelto realmente gordo y vago desde que Jean ya no lo montaba. Mi madre y Marie no se atrevían a montar un animal tan alto y a Céline le estaba prohibido cabalgar sola. Al animal ya no le cabía en la cabeza que tenía que trabajar para ganarse el alimento. Estaba acostumbrado a permanecer en una cómoda esquina del patio y a tener siempre el comedero lleno. Cuando vio la silla de montar, hinchó bien el vientre de aire para después poder tirarme de la silla cuando el cinto se aflojara. Pero yo no estaba de humor para juegos. Le asesté un golpe cuando le puse el cinto, así que tuvo que soltar el aire, ofendido, ya se puede imaginar uno de qué forma.

Finalmente logré sentarme encima y dirigí al animal hacia la salida.

Los vecinos me saludaban con la mano. Algunos me acompañaban durante un trecho y me preguntaban.

—¿Cómo has conseguido que soltaran a Berthe la negra?

—¿Es verdad que tuvo que pagar un rescate?

—¡Seguro que ella no es inocente, ella no!

—Tendrías que haberla dejado en ese agujero. ¡Ahora me quiere embargar y mis

hijos no tienen un techo sobre sus cabezas!

—Esa sinvergüenza, ¿por qué la has ayudado a salir del apuro?

Les di a los necesitados un poco de dinero y a los demás los exhorté:

—¡Cualquiera de nosotros podría encontrarse en la misma situación y ser acusado injustamente y convertirse en un sospechoso! En tal caso, cualquiera de nosotros estaría contento si se le ayudara, lo mismo da cómo se haya comportado antes. La Justicia es ciega, o por lo menos debería serlo.

Sobrecogida de frío, me puse mi nuevo y caliente abrigo por encima. Con ternura acaricié con la mano derecha la guarnición de piel. Medio año atrás no me hubiera ni atrevido a soñar con algo así. Habíamos pagado todas nuestras deudas y todos nosotros teníamos vestidos nuevos y buenos. Incluso tenía planeado comprar un par de detalles bonitos para la casa, para sustituir aquellos que nos habían sido embargados y robados. Y aún quedaba un pequeño ajuar para Céline y dinero para la instalación que necesitara Jean para su futuro negocio.

Sumida en agradables pensamientos me dejé llevar. El caballo gordo se paraba cada dos pasos y tenía que alentararlo con la fusta. Me bajé frente al Louvre. Allí ya me conocían, así que un criado vino corriendo para ayudarme y ocuparse del animal.

Gilles Malet se hallaba sentado a su mesa, cubierta toda ella de pilas de libros. Prácticamente no se le veía. Al entrar, solo vi su cabeza de cabello blanco subir y bajar como un búho mientras revisaba los montones a la búsqueda de un título. Estaba redactando una lista de los libros. Uno de sus ordenanzas, aquellos que durante todo el día bajo sus instrucciones se encaramaban a las altas escaleras para buscar o cambiar de sitio los libros, se puso a su lado y se aclaró la voz.

Yo olfateé el olor de los libros. Mi enfado y todas las preocupaciones desaparecieron.

El joven se aclaró de nuevo la voz.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa ahora? —le preguntó cortante Gilles al pobre.

Entonces me reconoció. Sonrió de repente.

—¡Cristina! ¡Cómo me alegro de que hayas venido! Me gustan tanto las visitas. ¡Ve a buscar vino especiado y algún dulce! —le ordenó a uno de sus ordenanzas—. Y no te comas la mitad de la bandeja —le advirtió—. Deben servirte un trozo de pastel. Siempre están hambrientos, estos jóvenes —me dijo a mí—. Pero, como madre, ya lo debes de saber muy bien. ¿Has tenido noticias de tu Jean?

—Desde que se fue solo hemos recibido una carta suya. Se dirige a mí como «Muy apreciada señora madre», muy formal, y solo escribe sobre cosas sin trascendencia: que llegó bien y cómo le han acogido. Parece ser que el conde de Salisbury vive con bastante lujo y es muy generoso con su dinero. Jean escribe que se entiende bien con el otro joven, el hijo del conde, y que estuvo en una cacería del zorro y que no se cayó del caballo. Eso le pareció digno de ser contado.

—¡Bueno, seguro que lo era para él y además un gran mérito! Una vez participé en una cacería así por la región. ¡Y te digo que es una experiencia salvaje! Pero no te

preocupes, Cristina. Suena como si realmente todo le hubiera salido muy bien.

—Sin duda alguna —le contesté.

Pero yo no podía dejar de preocuparme, no tenía remedio. Cogí de mi bolsa el libro, lo saqué del paño de lino y se lo entregué a Gilles.

—Buen trabajo —me alabó—. ¿Lo has leído? Me refiero, leído a fondo, no simplemente pasado por encima a toda prisa, visto desde la visera de la máscara, como se hace al copiar.

—Sí —le contesté—, solo por tener argumentos para rebatirlo, ya que su contenido no me ha convencido. Ovidio era famoso por su entendimiento en materia de arte y por su gran inteligencia, pero también por su lascivia. Por ello al final perdió sus bienes y su salud. Y debido a sus circunstancias, a las que había llegado él mismo por su comportamiento equivocado, se dedicó a denigrar a las mujeres.

Gilles rio.

—¡Oh, oh! ¡Cristina! No argumentaré contigo, pues tengo todas las de perder. A mí el librito me ha divertido, pero prometo prestar atención en el futuro a las falsedades. No obstante, también es normal que ambos sexos se peleen y compitan entre sí. También las mujeres dicen muchas injusticias sobre los hombres.

—Seguro —le rebatí—. Hoy mismo he aprendido algo sobre las mujeres injustas. Pero se trata de una cuestión de poder y coyuntura, de lo que se puede sostener sin ser castigado. Y allí las mujeres están en inferioridad. Y además no veo por qué tiene que existir sin más una guerra de géneros. Opino que ambos sacan el mejor provecho si viven en armonía y se complementan el uno al otro.

—También opino así —dijo Gilles.

El joven trajo una bandeja con dulces y colocó unas jarras humeantes frente a nosotros. Calenté las manos frías con el estaño caliente.

—Sin embargo —proseguí batalladora—, Dios ha hecho a los hombres más fuertes para que puedan apoyar a las mujeres. Ya que no lo hacen, y por lo tanto nos dejan a deber tanto, es como con los criados mal pagados, pues su señor recibe de ellos también un mal servicio. Sí, veo venir, como todo siga así, que las mujeres se separarán totalmente de los hombres. Entonces se habrá acabado la armonía de la Creación.

Gilles sacudió la cabeza.

—¿Mujeres que vivan sin los hombres? ¿Qué estás diciendo? ¡Siempre te alteras demasiado y sacas las cosas de quicio, querida Cristina!

—Espera y verás.

Cogí un trozo del excelente pastel de frutas y bebí un sorbo de vino. También quería hablar sobre otro tema con Gilles, un tema sobre el que no podía hacerlo con nadie de mi casa.

—Dejémoslo estar, Gilles. Necesito que me aconsejes.

Y entonces le conté todo sobre Berthe y lo que me había manifestado Tomás, y todos los hechos extraños que se habían producido durante los últimos tiempos a mi

alrededor.

—¿Ves alguna relación entre la historia de tu monje y los hechos ocurridos en tu vecindario?

—No, no exactamente. ¡Pero sí! ¿No es curiosa toda la coincidencia de circunstancias tan diferentes en mi casa? El misterioso monje con su historia de un libro que se supone que ha estado persiguiendo al tiempo que sufría grandes privaciones, ¿y de repente ya no le interesa más?

Los hilos de mi pensamiento se entreveraban. Había algunos hechos que no querían encajar. Un estado especialmente insatisfactorio.

—Y después esa terrible historia con mi vecina —proseguí—. El juez instructor sostenía inflexible y firme que la víctima había sido envenenada. Y ahora parece ser que no solo Massimo fue digno de compasión. En el último mes han muerto en París envenenadas tres personas. ¡Y solo son de las que se sabe! ¿Cuántas debe de haber de las que no se sabe? Pero no siempre puede haber sido Berthe. ¿Y por qué solo las mujeres deben utilizar el veneno?

—Digamos que es el arma de los físicamente más débiles, que en una lucha cuerpo a cuerpo no tendrían ninguna oportunidad.

—Es posible, ¡pero también existen hombres débiles y cobardes! Y conozco a mujeres que son capaces de empuñar una daga o atizarle a alguien con un rodillo de cocina.

Gilles rio. Seguidamente volvió a ponerse serio.

—Sigamos el rastro de un par de pistas poco probables, solo como un juego, ya que las más plausibles no te dicen nada. ¿Así que no fue ninguna de las esposas o concubinas sospechosas?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, supongamos que los hechos extraños realmente se han acumulado alrededor de tu casa. Cosas así ocurren en ocasiones: como si una determinada persona estuviera como una montaña en el apacible campo y todas las nubes se acumularan encima de ella.

No lo entendí a la primera.

—¿Qué es lo que pasa con las cosas extrañas...? Ah, te refieres a... ¡No, no puede ser! Massimo murió antes de que apareciera el hermano Tomás.

—Pero ¿desde cuándo se oye de estos múltiples envenenamientos en París?

—Mmm, aproximadamente desde que apareció, es verdad. A pesar de todo, ¡no es posible que tenga algo que ver con ello!

—En todo caso, estos hermanos mendicantes siempre son sospechosos. Se despiden de la comunidad de sus monasterios y se proponen vivir en la absoluta pobreza y del trabajo de sus propias manos. Dicen que Jesús así lo ha querido. Pero ¿cómo puede uno saber que son verdaderos monjes y no simplemente picaros que se cuelan en las casas y montan Dios sabe qué? Además, cualquier bribón puede vestirse con un hábito marrón.

—Algo así no me lo puedo imaginar de él. Todos los domingos va a los Celestinos de nuestra calle para confesarse y meditar. Apenas se atrevería a ello si fuera un falso monje. Además, mis sentidos me dicen que puedo confiar en él.

Gilles bebió un sorbo de su vaso y se acarició la barba.

—El duque de Orléans, al que muchos de sus enemigos quisieran ver muerto, va a los mismos Celestinos. Pero no, no creo que tu hermano Tomás hiciera nada malo. Me pareció un hombre agradable y formado. ¡Sin embargo, algo pasa con él, algo le tortura! Estoy convencido de que no te ha contado todo lo que sabe y tampoco todo sobre su persona.

—¡Si solo pudiera tener ese libro entre las manos! ¿No tuviste un desencuentro con el hermano Tomás a causa del mismo? ¿Me podrías decir qué es lo que pasó?

Gilles Malet pensó intensamente, frunció el ceño y se mesó el cabello.

—Ves, se trata de la edad. Cuando el monje me preguntó más tarde, entonces sí que lo sabía, pero ahora... Recuerdo que se trataba de un libro que no me gustaba, que consideraba peligroso... ¡Mmm! Plinio... Plinio... una de sus historias naturales, un libro sobre plantas medicinales, ilustrado espléndidamente, y aun así no me gustaba. No. No consigo recordar con exactitud qué es lo que pasaba con ese libro. Solo sé que el duque de Orléans me lo pidió y no lo pude encontrar. ¡Estaba sumamente enojado por ello!

—Me lo están buscando.

—Ay, mejor no lo hagas. ¿Por qué tienen que ser las mujeres tan terriblemente curiosas? Mantente alejada de obras como esta. Ahora que ha desaparecido, mejor que no vuelva a aparecer. Te digo que solo te traería desgracias.

Gilles Malet me suplicó que diera por finalizada la búsqueda y al mismo tiempo admitió no recordar su contenido. Añadí esa curiosidad a mi lista. Le ofrecería a Pierre una pieza de plata si descubría dónde se encontraba. Cada vez estaba más convencida de que esa obra se hallaba en París y que era la llave para resolver todos mis enigmas.

XVII

—¡Cristina!

Mi madre me llamaba desde abajo en la escalera. Dejé mi pluma y bajé. Abismada en mis ideas me masajeaba el dedo gordo de la mano derecha. Había estado copiando sin interrupción durante tres o cuatro horas.

—Ha venido Aldo. Tiene que comunicarnos algo —me dijo mi madre.

Aldo esperaba en la mejor habitación, el comedor con la mesa de madera de nogal, donde mientras tanto ya se habían decorado las paredes y extendido una alfombra en el suelo. Estaba sentado totalmente erguido en el sillón y sus torpes dedos manoseaban una carta.

En cuanto me vio, dio un respingo.

—Buenos días, vecina Cristina.

Iba dando vueltas alrededor.

—Aldo. No existe ninguna razón para que te tengas que sentir a disgusto en esta casa.

—Después de todo y tal como mi madre te agradeció su liberación...

—No te lo tengo en cuenta.

—Y yo también dije alguna cosa.

—Esas cosas se dicen con rabia. También lo he olvidado todo.

Asintió aliviado.

—Bien. Entonces, he venido para leeros una carta que me ha escrito un colega de negocios de Calais. Su contenido os concierne, pienso. Desgraciadamente, no se trata de buenas noticias.

Mi madre y yo nos sentamos y nos armamos de valor interiormente. Marie se encontraba en la puerta con los ojos expectantes y las manos juntas como si rezara.

—El rey de Inglaterra —Aldo leía en voz alta—, casado con la hija del rey de Francia, ha sido depuesto y enviado a la cárcel. Como nuevo rey se ha elegido al duque de Lancaster. Se dice que entre ingleses y franceses volverá a estallar la guerra —Aldo dejó caer la hoja—. Eso es todo lo que os concierne. Lo siento.

—¡Jean!

Marie soltó un grito y se puso ambas manos ante la boca. Mi madre se mostró enérgica.

—Te agradezco, Aldo, que nos lo hayas hecho saber enseguida. Lo que no quiere decir que le haya pasado algo a nuestro Jean.

Aldo se fue arrastrando los pies. El portador de las malas noticias.

—¡Ahí tienes! ¿Cómo pudiste dejar a nuestro pequeño Jean en manos de unos bárbaros? Tú serás la culpable si le ocurre algo —se abalanzó mi madre sobre mí en cuanto el vecino se hubo ido. Que en su momento mi decisión le hubiera parecido

bien lo había olvidado. Tampoco se me ocurría ninguna justificación.

Valentina Visconti me amplió la información: el nuevo rey, llamado Enrique IV, no era otro que aquel Bolingbroke, un primo del monarca, que volvió del destierro con un ejército y depuso a Ricardo II. Ahora Ricardo estaba encerrado en la Torre de Londres. Su partidario, el conde de Salisbury, había muerto. A la pequeña reina, Isabella de Francia, la retenían como rehén. De Jean naturalmente nadie sabía nada. Era solo un figurante sin importancia.

Me dirigí a Luis, el duque de Orléans. Rio melancólicamente, como siempre solía hacer, y me prometió preguntar por él. No creo que lo hiciera. Tenía demasiados peticionarios colgados de sus faldones y los oídos llenos de sus ruegos.

Pasamos el invierno muy preocupados. Tomás supuso para mí un gran consuelo. Siempre parecía optimista.

—No te dejes vencer. No creo que Dios le haya enviado a Inglaterra solo para que pereciera allí. Reza y ten fe en que todo saldrá bien.

Llegó una nueva primavera, tan repentinamente como la pasada. Las calles llenas de fango y malos olores, un calor asfixiante y los brotes recientes de los tallos y las hojas jóvenes.

Me hallaba en el jardín cortando las ramas secas de mis rosales cuando Marie me informó de una visita. Inmediatamente aparecieron tras ella dos hombres desconocidos, vestidos de manera suntuosa, con los escudos de Lancaster cosidos en el pecho. Del susto me pinché con la espina de un rosal. Estaba chupando mi dedo herido cuando los mensajeros se acercaron.

Los saludé con una inclinación de la cabeza.

—Buenos días, mis señores, ¿qué es lo que os trae hasta aquí? —les dije con el dedo aún en la boca.

No me entendieron. Me saqué el dedo sangrante de la boca y lo intenté con mi torpe inglés.

—*Greetings, dear Sirs.*

—¿Vos sois Cristina de Pizán, la poetisa? —me preguntó uno de ellos. Tenía un rostro carnoso de pilluelo repleto de pecas.

—Sí, yo misma. ¿Traéis noticias de mi hijo Jean Castel, que estaba alojado con el conde de Salisbury?

El otro mensajero, un guapo rubio, cogió su bolsa y me alcanzó un trozo de puntilla no muy limpia, evidentemente uno de esos pañuelos ingleses para la nariz. Me dio a entender que debía enrollármelo en el dedo. Bien, pero así no estaría más limpio.

—A vuestro hijo le va extraordinariamente, madam, no os preocupéis. Ahora vive en la Corte de nuestro clemente rey.

Se refería sin duda a aquel que había usurpado la Corona.

—Vuestro hijo está atendido de la mejor manera posible. Mi soberano ha oído hablar de vuestro arte poético y cómo elogiáis a las mujeres con palabras muy

acertadas. Os pregunta si no desearíais adornar su Corte. Podéis contar con grandes honores y unos ingresos generosos —lanzó una mirada a la casa, al jardín y a mi sencillo vestido de viuda—. Más de lo que podríais tener aquí.

¡Como si pudiera confiar en un usurpador de coronas! Pero ¿no sería bonito disfrutar finalmente del reconocimiento, no preocuparse del dinero y ser mantenida con todos los honores, en lugar de luchar una vez tras otra con estafadores y usureros? Podría enviar dinero a París y mantener a mi familia. Y podría estar junto a Jean, asistirlo y cuidar de sus intereses. Sin embargo, ¿en qué medida podía confiar en un inglés que había mandado encerrar a su primo, el rey por derecho, en la cárcel y que mantenía a una niña como rehén? ¿En qué medida se podía confiar en los ingleses en general? ¿Y si estallara de nuevo la guerra? A pesar de la boda nunca se llegó a firmar la paz.

¡Por otra parte, no podía hacer enfadar a Bolingbroke rechazando su oferta!

—Mis muy distinguidos señores —dije con la cortesía y precaución convenientes—. Con mucho gusto aceptaría la generosa oferta de vuestro rey. Me siento extraordinariamente honrada. Pero no me puedo ir de aquí de manera tan precipitada. Tengo que cuidar, en lugar de mi marido, ya muerto, de mi madre, mi hija y otros familiares. Dependen por completo de mí. ¿Entendéis que he de solventar un montón de cosas antes? Os ruego que le comunicuéis a vuestro señor que primero debería concederle a mi hijo, que aún es muy joven, unas vacaciones. Enviádmelo a casa. Y entonces, cuando hayamos arreglado todo aquí, iremos encantados.

Para reforzar mis pretextos quise entregarles para su señor algunos de mis más bonitos escritos. Les rogué que tomaran asiento en el cenador y me esperaran un momento. Céline, que hablaba algo de inglés, les llevó a los heraldos sidra de manzana fría y cebollitas en vinagre como refrigerio y estuvo charlando con ellos. Yo corrí arriba para hablar con Tomás.

—¿Has oído eso? Quieren que vaya a Inglaterra, pero no lo haré. ¡Tienen que devolverme a Jean! —le solté sin resuello, mientras buscaba en un arcón libros que fueran dignos de ser regalados al ladrón de la Corona inglesa.

—Lo he oído todo por la ventana —dijo Tomás—Te has comportado de forma muy diplomática. Ningún dominico lo hubiera sabido hacer mejor. Toma, coge este, la iluminación me ha quedado especialmente bien. Y ese sobre el arte de gobernar le interesará. También le regalaría el nuevo libro de poemas y el libro sobre la paz.

—¿Y el libro sobre el rey Carlos V?

—Mejor no, no olvides que fue un enemigo de Inglaterra. Aunque por otra parte quizá vea qué bien sabes escribir sobre los reyes. Así quizá desee que escribas un libro parecido sobre él y para atraerte a su Corte te concederá el ruego de enviar primero a tu hijo a casa.

Así es como se envió precisamente a Inglaterra el *Libro sobre los hechos y las buenas costumbres del sabio rey Carlos V*. Bueno, cualquier tonto reconocería que estaba muy edulcorado. Lo escribí justo así para honrar al rey, más que para describir

a sus sucesores cómo debe ser un buen gobierno. Envolví los libros en seda azul y los até con un cordel plateado. Yo misma le entregué el paquete al heraldo rubio.

—Aquí tenéis, sed tan amables de entregarle estas indignas cositas a vuestro señor y rey. Decidle cuán encantada estoy con su oferta y os agradezco, nobles caballeros, que os hayáis tomado la molestia de haberme visitado en mi insignificante morada. ¿Cuánto tiempo os quedaréis aún en París?

—Aún tres días, noble dama. Entregaremos con gusto vuestros presentes y estoy seguro de que nuestro clemente señor se alegrará por ellos.

Nos despedimos con una ostentación de las formas más corteses. En la puerta, el pecoso se giró y dirigiéndose a mí me dijo:

—*If you want to write a letter to your son, just send it to us in the Palei de Toirnelle!*

¡Realmente era muy atento por su parte, era un chico muy simpático! Escribí la carta escogiendo bien las palabras, que solo Jean pudiera leer entre líneas, y no la lacré, pues sabía que la abrirían de todas formas antes de que llegara a las manos de mi Jean.

—¡Lo ves! —le dije a mi madre—. Todo irá bien. También me conocen en Inglaterra. Si no hubiera escrito y publicado, no podría hacer nada por Jean. Sin embargo, ahora sí que puedo.

—Si no hubieras escrito y publicado nada, ahora estarías casada y ni Jean ni tú os encontraríais en esta situación —me respondió mi madre. ¡Santa María Magdalena! El día en que mi madre se muestre dulce será el día en que tenga miedo por ella, pues entonces sabré que se está volviendo mayor.

Gracias a Dios que esta vez tenía razón: el rey inglés se dejó ablandar, o bien mi zalamería había tenido efecto, aunque lo más probable era que un Jean Castel fuese demasiado insignificante para utilizarlo como rehén y sacar provecho de ello. Pocas semanas después de mi conversación con los heraldos, Jean estaba de repente con mi madre y Héloïse en la cocina. Mi madre gritó como si hubiera visto a un fantasma y perdió el conocimiento. Céline entró corriendo y se ocupó de la abuela. Héloïse, siempre práctica, se percató enseguida del problema más urgente: Jean estaba muerto de hambre. En Inglaterra lo habían puesto en un barco y solo le pagaron el pasaje, nada más. Cuando llegó a Calais, sin un sol en el bolsillo y sin equipaje, se dirigió con inteligencia a un comerciante, que una semana después debía enviar mercancías a París. Jean le sirvió durante esos días como escribiente y durante el viaje como simple recadero. Tenía que ir corriendo para llevar las órdenes de una punta de la caravana a la otra. Por las noches ayudaba a montar las tiendas y por la mañana a desmontarlas. Ayudaba a los cocineros en la preparación de las comidas y limpiaba los platos. Por ello recibía los restos y un lugar para dormir entre los animales de tiro, donde se estaba más o menos caliente. Los arrieros se divertían de lo lindo viendo correr al estudiante de un lado a otro.

—¡Eh, tú! ¡Doctorcito! —le gritaban—. ¡Ve corriendo al tercer carromato de

delante y pregunta por qué sus bueyes se pedorrear de esa manera!

—¡Eh, doctorcito! ¡Allá atrás entre la hierba he perdido mi gorra, ve corriendo y búscamela!

De esta forma llegó mi hijo a París, teniendo que cruzar media ciudad para llegar finalmente a casa. Las suelas de sus zapatos estaban delgadas como el pergamino y llenas de agujeros. En realidad andaba sobre sus calcetines y estaba delgado como un bastón. Hambriento, engulló todo cuanto Héloise le iba poniendo delante. Nosotras las mujeres caímos todas juntas llorando sobre él y le abrazamos y besamos. Eso para él ya fue demasiado. Se nos quitó de encima impaciente y pidió más de comer, como un muchacho de verdad.

—No zampes de esa manera —le dijo mi madre cuando volvió en sí—. Después lo vomitarás todo.

Zampó y bebió como un animal medio muerto de hambre. Más tarde empezó a contar un poco.

—Sabíamos que habían apresado a Ricardo y dónde. Salisbury y otros fieles se encontraron en Windsor e intentaron un golpe de mano para recuperar la Corona. Como más tarde oí, fueron traicionados. Los ricos comerciantes y los usureros judíos se pusieron del lado de Bolingbroke.

No había duda de que bajo el voluble y ostentoso reino de Ricardo fueron los que más sufrieron. Jean cogió un platillo con nueces y empezó a romper una tras otra, martilleándolas con la enorme empuñadura de plata de su daga. A menudo interrumpía su narración para ponerse algo en la boca. Había vivido malos tiempos y en ese momento no podía parar de comer.

—Después no sé lo que ocurrió. A Thomas y a mí nos ordenaron permanecer en la finca de Salisbury. Éramos demasiado jóvenes para luchar —su rostro delataba lo que pensaba sobre ello—. Finalmente una noche llegaron unos caballeros del nuevo rey y les explicaron a los criados de mi señor que la finca había sido incautada. Ya que habíamos contado con algo parecido, las ventanas y las puertas estaban bloqueadas con muebles y tableros. Se produjo una pequeña lucha. Muchos murieron. ¡Delante de mis narices le cortaron la cabeza a un viejo lacayo!

Con sangre fría tomó un sorbo del vino aguado.

—A otro, que se escondía tras una puerta, le abrieron todo el pecho con un hacha. Al fin se abalanzaron hacia la casa, mataron a la mayoría del servicio y a Thomas y a mí nos hicieron prisioneros. Cuando nos llevaron a rastras de allí vimos cómo gente del pueblo saqueaba la propiedad. ¡Su señor acababa de ser destituido y ya tenían prisa por robar en su casa e incendiarlo todo! Y, además, con toda seguridad que era un buen señor. Nunca le oí dirigirse furioso a un subordinado ni ser injusto. Así es la gente: antes reverencias y besapiés y después...

«Ahora has aprendido lo que hay que opinar de las reverencias y de los besapiés, hijo mío», pensé yo. Una lección importante.

—Anyway, Thomas les explicó a nuestros secuestradores quién era yo. Entonces

me llevaron a Londres, donde debía ofrecerle compañía a la pequeña reina. Nunca he sabido qué fue de mi amigo. ¡Isabella es increíblemente infeliz, *maman!* No paraba de llorar durante todo el tiempo y de decir que se la llevaran de allí cuanto antes. El nuevo rey la quiere casar con su hijo, pero a ella no le gusta. Es demasiado joven para entender todo lo que depende de ello. Bolingbroke es más duro de lo que lo era Ricardo. Me temo que habrá guerra de nuevo, más feroz que la anterior.

Todas las cosas terribles que había visto las relató con una voz plana e indiferente. Solo la primera noche lloró en la cama, la única vez. Le cogí de la mano y le prometí que no delataría su flaqueza.

Ya no quedaba nada infantil en él. Jean se había vuelto adulto definitiva y terriblemente rápido. ¿Qué podía hacer con él ahora? Era demasiado mayor para ingresar en el seminario. Y rechazó la posibilidad de que Tomás le enseñara.

—¿Aún anda por aquí? —fue lo único que preguntó.

Procuré buscarle un sitio en la Sorbona, pero, con mi contencioso, me fastidió tanto a mí misma como a él. Buscaría entonces un trabajo con un abogado o como secretario de un señor de alta alcurnia. Les preguntaría a Truphémus y a Gilles Malet, que los conocían a todos, y —aunque sin muchas esperanzas— al duque de Orléans. ¿Qué costaba además escribir cientos de solicitudes y peticiones?

Mientras tanto mi hijo se entretenía en sacar pecho por allí cabalgando sobre su rocín rojizo y divagaba sobre Inglaterra con los hijos de otras casas. Cuando no salía a cabalgar, les «daba clases» a los otros jóvenes de *jeu de paume*. Extendieron una cuerda sobre la pradera junto al río y se hicieron unos golpeadores de varitas de mimbre, con los que les daban a unas bolas hechas de harapos. En teoría había un reglamento fijo, pero yo solo vi narices sangrando.

—¿Qué estás guisando hoy? —le preguntaba a Héloïse—. La carne de ayer estaba demasiado hecha y la verdura demasiado salada. ¿No podrías hacer un pudín de Yorkshire?

O nos reprendía por nuestra vestimenta:

—¡No, esas mangas tan largas están pasadas de moda, *maman!* La vestimenta inglesa es más moderna y digna. Aquí es todo tan recargado.

Los libros ya no le interesaban. Parecía haberse decidido a llevar la vida de un lord. Era realmente el momento de encontrarle una ocupación cuanto antes.

Volví a tener noticias de Jean de Montreuil, el profesor de Lille y defensor de aquella mamarrachada, *El libro de la rosa*. Manifestaba que era indigno para él dirigirse a una fémina y me llamaba «esa mujer, que se llama Cristina y que continuamente publica sus escritos». Bueno, Cristina es mi nombre, y no me llamo solo así porque me haga ilusión. También él hacía públicos sus escritos y procuraba que sus comentarios me llegaran. Gonthier Col y los demás profesores se reunían con él. Ya que habían rechazado a mi Jean, no tenía ningún motivo para dispensarles un buen trato.

Yo podía justificar mis argumentos con el libro que ellos no se habían atrevido a

tocar: la Biblia. Para ello saqué a colación a las mujeres más excepcionales de la Antigüedad. Contra eso realmente no podían decir nada y simplemente prosiguieron con las ofensas.

Por lo menos sí que tenía a un defensor: Jean Gerson, un destacado teólogo y canciller de la Universidad, que se opuso a sus profesores y la maquinaria de poder. Por decirlo de alguna manera, saltó a mi lado. ¡Oh! Si no hubiera estado bajo la protección del rey, seguro que no le hubiera hecho ninguna gracia. Era de un origen muy humilde y solo por ello sus colegas ya lo menospreciaban. Pero algo podía hacer aún para poner mi casa en orden.

—Céline —la llamé—. Vamos a pasear juntas. Tengo que hablar contigo.

Me siguió en silencio.

—Dime, Céline, ¿qué es lo que te pasa? —le pregunté cuando pasamos por la vereda bajo los sauces—. Durante todo el invierno apenas me has dirigido la palabra. ¿He hecho algo que te haya ofendido?

—Me sorprende que te hayas dado cuenta —me contestó amargamente.

—Me he dado cuenta y alguna vez he intentado iniciar una conversación, pero siempre me la has rechazado.

Arrancó una pequeña rama de un árbol y se ocupó en ir quitándole hoja tras hoja. La cogí de los hombros y la obligué a mirarme.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que pasa? —me gritó violentamente—. ¡Pues que no sé qué va a ser de mí, eso es lo que pasa! Por Jean se hace hasta lo imposible. Como es un chico, pudo ir a la escuela. Yo solo estoy aquí sentada, pelando guisantes con Marie, y pienso que un día seré como ella. ¡Y a ti te da completamente igual! Solo te preocupas por conseguirle un buen puesto a Jean —me reprochó amarga de repente.

—Pero Céline, no puedes creer de ninguna manera que yo te quiero menos por el hecho de que seas una chica. ¡Precisamente de mí no deberías pensar algo así!

—Sí —me dijo—, a otras mujeres sí que las defiendes, a Berthe la malvada o cualquier otra a la que no conoces. Pero ¿qué pasa conmigo?

Dejé caer los brazos horrorizada. ¿Tan abandonada la había tenido? Proseguimos el camino.

—Muchas veces he pensado acerca de lo que podíamos hacer contigo —le dije—. Pero ya lo sabes: hasta hace poco no teníamos ni dinero para un ajuar. Ahora es diferente. Hace semanas que te lo quería decir: he apartado una bonita suma para ti de la venta de las casas. Ahora te puedes casar. Si tienes en mente a algún joven, entonces dímelo. ¿O quieres que me ocupe yo de buscarte uno que te convenga?

—Ya he encontrado a uno —me contestó—. Jesús.

La miré estupefacta.

—¿Lo dices en serio? ¿Quiere decir que deseas ingresar en un convento?

—¡Sí, *maman!*

Y empezó a llorar. La rodeé con mi brazo.

—Pero querida, no llores. No tienes que renunciar a nada, la familia, un marido e hijos. Te puedo decir por propia experiencia que no necesariamente hay que temer al matrimonio. Nunca dejaría que te casaras contra tu voluntad. El amor...

Pero Céline se limitó a sacudir la cabeza.

—Para mí solo existe un amor, *maman*.

—¿Y no se trata solo de un capricho porque tienes miedo? ¿Es realmente, realmente tu deseo?

—Sí.

—Entonces no te lo impediré.

—Yo pensaba que me lo impedirías.

—¿Por qué te lo iba a impedir?

—Porque siempre has hablado con tanto desprecio de cómo las mujeres estaban encarceladas, ya fuera en el matrimonio o detrás de los muros de un convento. Pero es exactamente allí donde yo quiero estar. Me lo he pensado muy bien: aquí fuera nunca puedo hacer lo que deseo. Hay conventos con grandes bibliotecas, conventos en los que las mujeres estudian. En lugar de ello, pensé, tendría que casarme con cualquier joven estúpido y hacerme cargo de sus hijos, uno tras otro.

—A mí el matrimonio no me ha dañado, Céline, y estaría muy agradecida si hubiera durado más. Pero sé muy bien que el amor es poco frecuente en el matrimonio. Es un gran milagro. ¡Seguro que encontrarás un hombre para ti bueno de verdad, uno como tu padre, uno que te ofrezca amistad y que cuide de ti!

—No me quiero casar. Quiero estudiar. No intentes convencerme de lo contrario. En una ocasión pensé que estaba enamorada, pero se trató solo de una pequeña tontería, una embriaguez pasajera.

—¿De quién se trataba? —le pregunté curiosa, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Déjalo estar, *maman*, no fue nada. Y ahora sé exactamente lo que quiero: paz y formación en un buen convento.

De esta forma perdí a mi hija ante la Iglesia. Le encontré sitio en un convento de dominicas en Poissy, que era famoso por su erudición. El convento se quedó con su ajuar. Así procurábamos que fuera respetada y bien tratada por las demás hermanas.

—Mientras seas novicia siempre puedes cambiar de opinión —le dije como despedida.

—No creo que vaya a hacerlo —me contestó.

XVIII

En la tienda reinaba una penumbra soñolienta y sensual. Se llegaba a ella a través de las arcadas de la Place de Grève, subiendo unos cuantos escalones de piedra hasta dos bóvedas que se incrustaban la una en la otra. El suelo se hallaba cubierto de una piedra labrada clara, con una forma ligeramente acombada y grasienta de las batidas y desgastada por las muchas pisadas. Las paredes se habían pintado hasta el principio de la nervadura del techo con sangre de buey. Las dos gruesas columnas, que formaban una línea de separación entre ambas bóvedas, resplandecían de lapolislá zuli y oro.

Las estanterías cubrían todas las paredes laterales. En el suelo había cestas de mimbre trenzado, de las que ascendían exquisitos aromas: flor de lavanda, manzanilla, menta, acónito, madreselva, anís y rosas. Incluso vi una mezcla de flores de pradera secas para esparcir por el suelo y una cesta de luminosas caléndulas, que tienen poco aroma, pero dejan una piel fina. Su amarillo oscuro brillaba como la yema de un huevo.

La pared del fondo estaba decorada con una alfombra, que mostraba el juicio de Paris.

Indecisa, me deslizaba junto a las estanterías, miraba los crisoles y las botellas colocadas con esmero, pequeñas ánforas de arcilla cerradas con pergamino y cintas de cuero, botellas de cuero endurecido al fuego, elegantes jarrones de estaño esmaltado y plata vidriada, botellas y pequeños potes de cosméticos de vidrio verde y azul, en los que había encerradas diminutas burbujas de aire, un elemento congelado en movimiento.

Había aceites aromáticos y esencias, algunas mezclas con efectos completamente nuevos, algunos olores conocidos de jardines y praderas en verano, otros importados de tierras lejanas: esencia de jazmín y cardamomo, para hacérselo más llevadero al corazón, aceite de rosas para despertar los sentidos, salvia para la tranquilidad de ánimo y para el equilibrio de los jugos en el cuerpo, acónito, rosas y eneldo para desterrar los malos espíritus y conjurar los hechizos, hojas de peonía y semillas de hinojo para la mala respiración, lavanda para refrescar el aire y contra los parásitos del pulmón.

Y allí estaban alineados los pequeños sacos de lino con sus colores correspondientes y sus coloridos lazos como cierre. Allí se encontraban con seguridad todo tipo de polvos, para colorear y rejuvenecer el cabello gris, otros para bañar la piel y conferirle blancura y dejarla inmaculada. También se ofrecían bonitos espejos, peines tallados y agujas de marfil para el cabello, de cuerno y plata, jabones coloreados, jarras con leche de burra, tierra volcánica y polvos de talco perfumados. Los botes coloreados contenían carmín rojo. Cogí uno de la estantería y abrí el cierre,

con el fin de observar la pasta, divertida y algo perpleja. Hacía ya más de cuatro años que no utilizaba esas cosas.

Se trataba del comercio de un determinado perfumista de la Place de Grève, una tienda en la que, tal como me dijeron, muchas damas de la Corte encargaban o incluso iban ellas mismas a comprar para deleitarse con las bonitas e inusuales decoraciones. Mi visita se debía, sin embargo, a un consejo de Pierre.

El pequeño fue finalmente a verme. Oí cómo lo recibía abajo Héloïse y en voz alta lo abroncaba. Pasó un buen rato hasta que el aspecto exterior del pequeño cochino tuvo la aprobación de aquella. Cuando le oí subir a toda prisa la escalera de dos en dos, y con los zapatos bajo el brazo, tuve que evitar que se me escapara la risa.

—¡Madame Cristina! ¡Patrona!

Estaba en el umbral de la puerta de entrada al estudio y le lanzaba miradas desconfiadas a Tomás, que se encontraba frente a la ventana y ni se había dado cuenta de que había llegado alguien. Cuando Tomás pintaba se encontraba completamente ensimismado en su trabajo. No oía nada ni a nadie a su alrededor y yo debía hablarle con mucho cuidado y más de una vez para que lo percibiera.

Levanté la mirada del pergamino que justo en ese momento estaba pautando, un trabajo que no solía gustarme hacer.

—¿Qué ocurre, tunante? Entra.

Pero se quedó donde estaba como enraizado y tratando de llamar mi atención dibujando en el aire con ambos índices de las manos el contorno de un libro.

—Entra, Pierre. El hermano Tomás ya está enterado de todo. Puede oír todo lo que tengas que decir.

Sin embargo, a Philippe lo envié fuera.

—Philippe, ve a la cocina y pon a hervir una olla de tinta de espinos. Ya sabes cómo se hace. Y no vuelvas hasta que te llame.

Philippe se fue a desgana y observó a Pierre con curiosidad desde un lado. Este no se dignó ni ofrecerle una mirada al otro joven.

El pequeño ladrón entró de mala gana en nuestro estudio y ahora miraba también a Tomás desde arriba. Estaba trabajando en una miniatura, un retrato mío, con mi vestido azul y una cofia doble, blanca como la nieve, frente a mi atril e impartíéndole clase a mi hijo. Jean vestía de rojo, como equilibrando el profundo azul de mis vestidos. Sin embargo, por desgracia, Jean no se dejaba enseñar, sino que prefería vagabundear con amigos que no le aportaban nada. Como siempre, Tomás lo dibujaba todo con gran exactitud y colores bonitos y claros.

Pierre tenía un aspecto confuso, como si le hubieran dado un buen susto, y tenía un arañazo sanguinolento en la cara, que le iba de la mejilla derecha hasta el cuello.

—¿Qué es lo que has hecho? —le gruñó Tomás al joven.

—Está bien, Pierre. ¿Qué ha pasado?

Pierre abrió la boca:

—Creo que he hecho una tontería.

—Eso no sería nada nuevo —replicó Tomás, mientras abría varias bolsas de lino, descorchaba botellas y mezclaba con hojas de aciano, cardenillo, bermellón, algo de clara de huevo, solución de goma y cola de pergamino un marrón romo para los muebles del cuadro.

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¡Suéltalo de una vez! —le exigí.

—Yo... mmm..., bueno..., tengo el libro. Lo tenía casi... Intenté robarlo —terminó de forma lastimera.

Tomás daba vueltas enfadado a su mezcla.

—¡Idiota! ¡Y ahora el propietario ya se habrá enterado! ¡Tendrías que haber acudido a nosotros!

—¡Tomás!

Estaba sorprendida por cómo se lo había tomado.

—¡Pierre! Nunca te dije que lo debías robar. ¡No robarás, es uno de los diez mandamientos! ¡Avergüénzate! ¡Ahora mismo irás a la capilla de St-Denis y te confesarás!

—Pero si no he robado nada. Me descubrió antes.

—¡Empieza desde el principio!

—Bueno, como siempre, estuve preguntando un poco por allí por el libro y, después de que se lo quitaran al librero, por los clientes de este. Uno de mis compinches lo había visto, justamente la noche antes de que lo convirtieran en fiambre. Estaba en la puerta trasera de una cocina. En ocasiones allí te dan los restos.

—¿El cliente del librero iba a pedir restos?

—¡No, no! ¡Mi compinche estaba en la cocina, que está justo enfrente de la tienda, y allí es donde vio a ese tipo! El perfumista de la Place de Grève. ¡Vaya mala fama que tiene! Si uno quiere deshacerse de un rival o de un marido, solo necesita hacerle una visita. Te vende un agua que tiene y listo. Se dice que a algunos les procura un *rendez-vous* con el Amor y a otros con el Hombre de la Guadaña.

Nunca había oído hablar de algo así.

—¿Cómo? ¿Y alguien así se dedica a robar libros? Suena muy extraño. ¿Tomás?

La mirada de Tomás era oscura.

—Ya te he dicho que no se trata de un buen libro. Es un tratado sobre plantas medicinales. Y entre ellas hay algunas que pueden ayudar a sanar en cantidades pequeñas, pero que pueden matar si uno ingiere un poco más. Un libro peligroso en las manos equivocadas.

Vaya, vaya. Un libro de jardinería, ¿eso me habías dicho, verdad, monje?

—¿Y tú intentaste robárselo al perfumista? —me dirigí de nuevo al pequeño Pierre.

—Sí, patrona. No hubiera servido de nada si le hubiera preguntado todo amable sobre el libro a un tipo como él. Bueno, así que de noche me colé en la tienda por la letrina.

Me estremecí ante la idea.

—Llevaba una pequeña lámpara de aceite conmigo y estuve buscando un poco. Y lo encontré. Y lo estaba envolviendo en tela encerada cuando...

—Aun así fuiste muy cuidadoso —observó el hermano Tomás.

—... ¡de repente tenía al propietario frente a mí! ¡Juro que apareció de la nada! La tienda estaba vacía y de repente lo tenía frente a mí. ¡Debe de tratarse de un brujo! Querido Niño Jesús, pensaba que se me paraba el corazón. Y entonces corrí para salvar mi vida. ¡De qué manera me había mirado! ¡Sus ojos refulgían como brasas! ¡Tenía cuernos y, lo juro, cojeaba de una forma tan extraña! ¡Si me llega a coger seguro que me descuartiza entero y utiliza mi sangre para una misa negra o hace con mi piel bolsas para sus hierbas mágicas!

—Y entonces escapaste de nuevo a la calle por la letrina. ¿Y dónde dejaste el libro?

—Aún se encuentra en la tienda —dijo Pierre con la boca pequeña—. Se me cayó de las manos en cuanto lo vi a él tan de repente ante mí.

—No estés triste —consolé al pequeño—. En una situación así yo también lo hubiera dejado caer. En todo caso, has descubierto dónde estaba el libro. Eso ya es suficiente para que te merezcas una recompensa.

Le entregué lo que le había prometido de mi bolsa.

—¡Aquí tienes! Ahora debes prometerme que te mantendrás alejado de la Place de Grève. Lo mejor es que te olvides de todo y nos lo dejes a nosotros. En todo caso, no debes hablar de ello con nadie, ¿entendido?

—Sí, patrona —dijo, aliviado porque al fin y al cabo todo le había salido bien. Tampoco tenía muchas ganas de repetir la aventura. En la cocina olvidaría rápidamente el miedo pasado frente a una papilla de cereales y algo de tocino.

En el umbral se volvió otra vez a nosotros y nos dijo:

—¡Ten cuidado, patrona! Ese sujeto es un diablo. Terminará contigo como con un chinche sin pensárselo dos veces. ¿No prefieres que llame a todos mis compinches?

—De ningún modo. Ve a comer algo, Pierre, y no te preocupes más.

—Sus ojos refulgían como brasas.

Me reí un poco de la florida fantasía del pequeño.

—¿Y ahora? —le pregunté a Tomás.

Inalterable, había puesto un poco de color marrón en un trozo de *vellum* y lo miraba a la luz.

—¿Qué?

—¿No lo quieres conseguir? Parece que es el libro por el que has hecho un largo viaje desde Italia hasta París, ¿o no fue así? Y aunque no te siga interesando tan ardientemente, ¿no deberíamos procurar que una, como tú afirmas, obra tan peligrosa no quede en manos equivocadas?

—Si es que es verdad lo que ha oído el pequeño. Quizá se trata solo de palabrería, el mismo vil pecado que difamó de tal manera a tu vecina. Solo porque «se» diga que es así, el perfumista no tiene por qué ser un delincuente.

—Pero Pierre...

—Pierre ha entrado de manera furtiva en su negocio y él lo ha descubierto. Cualquiera lo hubiera mirado con malos ojos. Y ello de forma inesperada a la luz de una lámpara de aceite, es decir, un rostro iluminado desde abajo, naturalmente que tiene que ser una visión de espanto.

—Entonces no quieres hacer nada.

—Quizá vaya un día a verlo y le pregunte con amabilidad si me dejaría hojear el libro.

Se puso a pintar una silla alta tallada, en la que debía estar sentada yo.

—¿No deberías conseguirlo y llevarlo de nuevo a Italia?

—Si es el que estoy buscando podría copiarlo.

Pero Tomás dejó pasar los días y no volvió a hablar del tema. Yo no lo aguantaba más. Y así me encontré de nuevo en esa bóveda. La noche ya se encontraba bastante avanzada. El aire estaba cargado, pegajoso y caliente. Se estaba preparando una tormenta en la ciudad. A lo lejos se oía tronar. Los rayos iluminaban las nubes gris oscuro. Dudé incluso en salir de casa, pero me gustaba ese ambiente antes de una tormenta, la lenta construcción de un drama en el cielo.

El perfumista había despachado a sus aprendices, tal como había esperado, y atendía a la última cliente en la otra punta de la tienda. De vez en cuando me lanzaba miradas amables y de aliento o me daba a entender con un pequeño gesto que enseguida estaría conmigo.

Me puse unas gotas de un frasquito con un contenido dorado en los dedos. Quizá debería limitarme a comprar algo e irme rápidamente. ¿Qué me importaba a mí todo eso?

La clienta finalizó su compra. Me sonrió y saludó al pasar junto a mí. Se trataba de una dama que había visto en el séquito de la Visconti. Le devolví el saludo.

Me quedé sola con él. El perfumista vino a mi encuentro. Era un sujeto pequeño y rechoncho, calvo por completo, con el cogote seboso y el rostro un tanto enrojecido. Parecía simpático, extremadamente servil y de ninguna manera amenazador. Cuando estuvo junto a mí no era mucho más alto que yo.

—¡Ah! ¡Qué preciosidad! —me lisonjeó—. ¿Y queréis seguir rompiendo corazones cuando no confiáis en vuestros encantos naturales, sino que buscáis algo que os ayude un poco? ¡Pobres jóvenes! Honorable dama, tengo aquí una hierba maravillosa. Si os aplicáis una decocción de esta hierba sobre vuestro cabello pálido y rubio, ¡se convertirá en tan dorado y luminoso que los mismos ángeles os tendrán envidia! ¿O quizá deseáis un perfume seductor? ¿Jazmín? ¿Una mezcla secreta de cereza almizcleña con aceite de rosas para atraer a un amante?

Por un presentimiento, ese día había evitado ponerme el velo de viuda. Pensé que únicamente por esa razón me hablaba así.

—¿Carmín rojo? ¿Perlas trituradas sobre un unguento de grasa de oveja para que vuestra piel resplandezca?

Sacudí avergonzada la cabeza, bajé la mirada y pensé con energía qué era lo que podía comprar. Pero él me malinterpretó.

—¿Oh? Entiendo.

Bajó la voz y me cogió ligeramente del brazo para acompañarme a la parte trasera de la tienda.

—Habéis venido por una de mis recetas especiales. ¿Quién me ha recomendado a vos?

—El duque de Orléans —le solté de sorpresa. ¿Cómo había podido pensar eso?

Debió de ser la respuesta correcta, pues el perfumista rio apretando los labios. Y su hasta entonces jovial comportamiento adoptó de repente una nota malvada. Soltó mi brazo.

—Se trata de eso —rio por lo bajo—. Bueno, ¡es un buen cliente, el buen duque! Mi mejor cliente. En su puesto naturalmente cuenta con infinidad de molestos coetáneos cogidos al cuello, rivales, enemigos, cobardes y bocazas. ¡Pero qué manera de hablar la mía! Suelo ser la discreción personificada, hermosa dama, confiad en mí. Un secreto está bien guardado conmigo. Por algo mis servicios no son nada baratos.

Con la conversación me empezaban a recorrer los escalofríos, pero me mantuve firme y golpeé mi bolsa, que estaba a rebosar de monedas.

—¡Un agradable sonido! Pero sois demasiado tímida. ¿A quién deseáis alejar de vuestro círculo más cercano? ¿A vuestro marido, a vuestra suegra..., no? Dejad que lo adivine: ¿un antiguo amante que os está chantajeando y amenaza con delataros?

Afirmé con la cabeza. Me acarició los hombros. Solo con esfuerzo logré deshacerme de él, retrocediendo con brusquedad. No dejaba de ser increíble cómo en tan poco tiempo mi buena impresión inicial de ese hombre se había convertido en una aversión total. ¿Por qué solo ahora me daba cuenta de que el hombre iba envuelto en unos ridículos ropajes orientales de imitación que encajaban perfectamente con aquel turbante? Empecé a tener miedo de verdad y me hubiera ido con gusto, pero mis pies parecían haberse quedado pegados al suelo.

—¿Alardea de su conquista?

Afirmé de nuevo. Rio por lo bajo.

—Es una vergüenza —fanfarroneó— que un hombre que ha podido disfrutar de vuestro cuerpo hable de ello y lo refiera en público. ¡Qué desagradecido! Merecedor de un castigo. Tenéis toda la razón y voy a ayudaros.

Su mirada lasciva delataba que él mismo hubiera disfrutado gustosamente de ese placer enunciado. Temblé, pero lo tomó como una señal de rabia contra el amante imaginario.

—¡Bien! ¡Bien! Entonces busquemos algo adecuado para él. No hay nada más satisfactorio que una muerte pertinente: morir ahogado para el borracho, ventosidades mortales para el glotón, una lengua negra y tumefacta para el mentiroso, y en este caso...

Se agachó y buscó algo en un estante bajo la mesa. Cuando volvió a ponerse en

pie tenía un libro entre las manos, forrado de cuero negro de tafilete, con letras plateadas. No tuve tiempo de observar el volumen o reconocer el título, pues lo puso sobre la mesa y lo abrió para hojearlo.

—Cuando se trata de una rival, ya sabéis que existe una receta acreditada: se mezcla un determinado veneno con carmín y se lo hacéis llegar. Si se pinta los labios con ello, tarda una media hora en surtir efecto. En poco tiempo muere con todo tipo de calambres y echando espuma por la boca. Si besa a alguien, esta persona muere con ella. Existen múltiples posibilidades combinatorias. Y nadie os relacionará con ello. En vuestro caso, sería también bonito si se encontrara al soplón con la lengua tumefacta, como castigo por su indiscreción, pero esto ya lo hemos tenido. Creo que es conveniente cambiar. ¿La muerte tendría que sobrevenirle a través de su miembro masculino, quizá algo especialmente doloroso?

Sacudí la cabeza de asco por su evidente placer.

—Bueno, mi callada belleza, seguro que encontraremos algo. Este volumen, que acabo de adquirir, me ha rendido a mí y a mis clientes buenos servicios.

Siguió hojeando en el libro satánico.

—Esto también lo he probado con éxito, muy cerca de aquí, por cierto. Le suministráis al hombre del que os queréis librar ingentes cantidades de vino con un polvo. Después lo obligáis a que se marche. Cuando una o dos horas después se pone azul y se desploma desde la silla, vos no habréis estado ni siquiera cerca. La inocencia en persona.

Até cabos y lo miré horrorizada.

—Pero vos sois un asesino...

Entonces reconoció mi asco y mi repugnancia. Antes de que pudiera decir algo más o girarme y marcharme de allí, sus manos me cogieron las muñecas como unas tenazas de forja. Sus ojos se empuñecieron como hendiduras.

—¿Asesino? Vaya palabra más estúpida. Yo prefiero «auxiliador» o «liberador». ¡Pero entonces vos no queréis comprar ninguna de mis recetas! Simplemente era un pretexto para espiar en mi tienda, ¿no es cierto? —siseó—. Ahora ya recuerdo quién sois. La viuda Castel, la que ha ido metiendo su nariz por todo el barrio por Berthe la negra, ¿verdad?

—Sí —le contesté—. Cristina de Pizán es mi nombre y creo que acabo de descubrir cómo murió el pobre Massimo.

—Opio modificado y concentrado, extraído de la cosecha de la amapola. Cuando la víctima bebe con ganas y sin medida, es muy sencillo. Se le suministra el medio antes de una bacanal. En combinación con el vino, deja de respirar de repente y acaba sus días. No se hubiera sospechado nada extraño, si la miedosa de la prostituta no hubiera lanzado el cadáver a las aguas.

—Por ello os impondrán el suplicio de la rueda y os dejarán a merced de los cuervos —le dije con más convicción de la que yo misma experimentaba, pues por el momento parecía que era mi propia vida la que estaba a punto de finalizar.

Rio.

—No lo creo, viuda Castel. Más bien voy a probar una de mis más nuevas creaciones en vos. Tengo aquí un perfume de gran atractivo. Por desgracia enloquece. Sí, me gusta la idea. ¿No estáis continuamente berreando cosas incomprensibles sobre la igualdad de las mujeres? ¿No escribís libros? ¿No os inmiscuís en todo sin que os lo soliciten? ¿No rechazáis ofertas de matrimonio a vuestra edad? ¿No son estos los primeros síntomas de la locura? Aquí tenéis, querida...

Me dejó una muñeca suelta y con la mano buscó bajo la mesa, donde encontró una ampolla de color verde oscuro.

Ahora se le presentaba el problema de sacar de allí el contenido sin mancharse él mismo. No se lo puse fácil. Tiré con violencia y me sacudí, dándome un golpe contra la mesa. De repente me soltó, de manera que caí de espaldas sobre el suelo. Como una comadreja rodeó la mesa y se colocó sobre mí. Entonces descorchó la redoma.

—*Adieu*, fisgona —me dijo.

La redoma se inclinó.

En ese momento una mano la apartó de mí. La botellita se le fue de entre los dedos al perfumista y se estrelló contra una de las columnas de color lapislázuli. Se extendió un olor dulce y al mismo tiempo repugnante, una mezcla de flores de fresa y carne podrida.

Tomás luchaba con el perfumista. Me puse en pie y observé a ambos desesperada, pues buscaba alguna manera de ayudar al monje. De ellos no salía ni un ruido, aparte del respirar intenso y del susurro y crujido de las prendas. Una mesita con mercancías cayó con estrépito. Las cestas vertían en el suelo sus valiosos contenidos.

Me agencí una pesada tinaja de arcilla y esperé la oportunidad de rompérsela en la crisma a ese diablo. Pero no se presentó. De repente intentó alcanzar a Tomás en el rostro con la mano derecha. Este consiguió agarrársela y la envolvió con su puño. El perfumista soltó un grito débil y agudo y se desplomó sobre las baldosas. Allí dio un par de respingos y perdió el conocimiento. Tomás le observó con repulsión.

—Vaya criatura más repugnante —dijo, le abrió la mano hecha un puño al morir y entonces vi que el perfumista llevaba un anillo envenenado. La piedra preciosa, un ónix, había sido desplazada y debajo había salido a la luz una cavidad. Pero en lugar de envenenar con ello a Tomás, había probado en la lucha su propia receta. Allí donde el aguijón venenoso había penetrado en la palma de la mano, se había vuelto de color violeta oscuro.

Olía a quemado. Me di la vuelta y descubrí que en la lucha una de las lámparas de aceite había caído en una cesta. Las hierbas secas ardían. Ya empezaban a surgir las llamas.

—¡Fuego, Tomás, allí!

Miré si veía agua por allí, pero solo encontré aceites y esencias, que no harían más que avivar el fuego. Tomás intentó sofocarlo con un paño, pero también este prendió. Volcó el cesto e intentó apagar las llamas con los pies, pero las chispas

alcanzaron a través de la paja del suelo la siguiente cesta.

Desde la calle oímos unas voces:

—¡Fuego! ¡Está ardiendo la tienda del perfumista!

Tomás me cogió del brazo y me arrastró consigo.

—¡Es mejor que no nos vean por aquí!

—¡Pero el fuego!

—Ya lo han descubierto y otros se ocuparán de apagarlo, si Dios así lo quiere.

Hizo desaparecer el libro de encima de la mesa metiéndolo debajo de su hábito, me llevó hasta el tapiz del muro y lo levantó por una de las esquinas: en la pared había visible una abertura. Por allí es por donde había aparecido tan repentinamente.

—Ya me había imaginado que un sujeto como este quería moverse sin ser visto en público. Y después de lo que contó Pierre he estado investigando y di con esta salida.

Me llevó un par de escalones abajo, en plena oscuridad fría y húmeda. A nuestra espalda se cerró la entrada a la tienda. Una piedra encajó con otra, se engatilló una cerradura y se hizo el silencio. Fuimos palmeando en busca del camino por delante de nosotros, que seguramente debía conducir bajo las casas. Al fin vimos de nuevo la luz al llegar a un callejón paralelo abandonado y estrecho. Delgadas casuchas sin ventanas se recostaban las unas encima de las otras. Las grietas cruzaban las antiquísimas paredes y de los quicios colgaban puertas medio podridas. Las inmundicias se amontonaban en ese callejón fangoso. Nadie nos vio, y aunque así hubiera sido, nadie se hubiese fijado en nosotros.

Dando rodeos, llegamos de nuevo a la Place de Grève. De la tienda salían llamas. Nos alineamos con la cadena humana que sacaba cubos de agua del Sena. Nadie tenía tiempo para especular.

—Este es el castigo por el orgullo y la codicia —oí murmurar a un viejo. Entre el sudor, los otros estaban ocupados buscando a toda prisa cuantos cubos, jarras y cualquier contenedor de tipo similar pudieran abarcar para hacerlos llegar a la cadena. De vez en cuando se producían explosiones en el sótano y entonces las llamas se alzaban todavía más alto.

—¿Dónde está el patrón? —preguntó una voz.

Nadie lo había visto. No había manera de salvar la casa. Pronto ardieron el primer y el segundo piso y las llamas empezaron a verse en el tejado. Un rayo hizo emerger la escena con una luz chillona y blanca. Se acercaba la tormenta.

—¡Cielo bendito, envíanos lluvia!

Muchos de nosotros rezábamos ahora en voz alta. Los hombres de la seguridad de la urbe rompían con cabos y alabardas el tejado para evitar que el fuego se extendiera a las casas vecinas. Un fuego como aquel había convertido muy a menudo en cenizas barrios enteros.

Entonces comenzaron a caer las primeras gotas gruesas. Alguien empezó a cantarle una canción de alabanza a Dios y todos lo siguieron. Cantábamos e íbamos pasando los recipientes de agua, mientras nos acompañaban los rayos y el estampido

de los truenos. Finalmente dio inicio una lluvia regular y abundante y las llamas se apagaron.

Ya tarde en la noche, Tomás y yo volvimos a casa, agotados y llenos de hollín. Héloise, Céline, Jean y tía Marie estaban en la calle y conversaban agitados con los vecinos. Todos los alrededores olían a flores y ceniza. Céline vino a nuestro encuentro.

—Así que estabais allí —nos dijo—. La abuela también, pero no os vio. ¿Se ha encontrado al dueño?

—Ardió junto con la tienda —dijo Tomás con una voz áspera.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Tuvo un ataque y arrastró consigo la luz? ¿Fue asaltado? —quiso saber Marie, que nos había seguido a la cocina.

Héloise nos puso agua caliente en una palangana con paños secos y jabonera y nos lavamos la cara y las manos.

—¡Cielo bendito! ¡Si se hubiera extendido el fuego! ¡Tengo que tomarme un trago!

—¡Agua! —grazné.

Héloise nos trajo una jarra de vino aguado y dos copas de estaño al estudio. Me dolía la garganta del humo. Bebí demasiado rápido y tuve que toser. Tomás sacó el libro y lo lanzó sobre la mesa.

—¿Este es el libro que estabas buscando?

—Sí —dijo—. Este es.

El título estaba grabado en letras de plata. Plata reducida a polvo con mercurio y miel, y para la encuadernación, clara de huevo y cola de la piel de ternero, pensé automáticamente, y limpié con la manga el metal empañado. La plata se empaña con más facilidad que el oro y el estaño, pero su brillo no lo iguala ninguna otra mezcla. Una curiosidad era la encuadernación negra, violeta y negro de hollín fijados con vinagre y grasa; nunca había visto una igual, pero entendí su significado cuando leí el título: *El jardín de Azrael - sobre los venenos*.

—¿No me habías dicho que se trataba de un libro sobre plantas medicinales?

—Plantas que lo curan todo de forma ciertamente definitiva —contestó Tomás obstinado—. Un libro que mejor no se hubiera escrito. Pero ahora ya ha visto la luz del mundo.

Abrí el libro. Estaba escrito por completo a la manera de la *Historia natural* de Plinio, un largo recuento de todas las cosas que el autor en pocas ocasiones había experimentado él mismo, sino que había oído en cualquier otro sitio o se había limitado a copiar. Todos sus libros los había redactado sobre esa base, no eran originales, pero sí útiles: sobre piedras, animales, geografía, astronomía, biología, farmacología, medicina y arte. Resultaba obvio que este pertenecía a la serie de plantas medicinales, solo que únicamente tocaba aquellas que pueden matar. Con la pedantería típica de Plinio, contenía todo aquello de lo que se pudiera informar sobre venenos vegetales o minerales, de los verdaderos y de los legendarios, de recetas y

combinaciones, hasta del más pequeño síntoma que una persona sufre después de ingerir el susodicho medio, una coloración determinada de la piel y de las uñas de las manos, la expulsión de líquidos corporales, el colapso de los órganos internos, y en muy pocas ocasiones los antídotos. Una contabilidad de la muerte.

—¿Crees que de verdad fue Plinio quien escribió esto? —le pregunté. La hechura era la suya, pero el tema me parecía absurdo. El autor era una persona de honor y en sus otros libros había despreciado todo aquello que según sus creencias no podía aprobar.

—Creo que es más bien la obra de alguien que se ha escondido tras este gran nombre, eso me temo. ¡No tienes más que ver las ilustraciones! —dijo Tomás.

Tan adverso como podía ser el contenido del texto, las iluminaciones eran por su parte encantadoras. Cada página se hallaba cubierta con dibujos de plantas y sus partes: raíces marrones bulbosas, deshilachadas o de formas humanas, tuberosas, redondas o alargadas; hojas lanceoladas, cordiformes y ensiformes, ovales, verde oscuro, verde claro, rojizas, plumadas, dentadas y nervudas; bulbos abombados, peludos, graneados y picosos; flores tiernas, carnosas, diminutas y también espléndidamente enormes; apetitosos frutos, como unos brillantes racimos de unas diminutas cerezas de color rojo muy oscuro, pequeñas manzanas silvestres y judías, bayas de los colores más peregrinos escondidas entre la hierba, amarillo napolitano o azul cerúleo; semillas negruzcas, nueces. Vi setas negras y de color de fuego con escamas como espuma de mar y cuellos de encaje y mucho más. Por todas estas plantas se deslizaban luminosas serpientes de colores, salamandras silbantes de manchas amarillas, ranas venenosas mirando fijamente con sus ojos áureos, escarabajos brillantes abriendo sus alas, escorpiones polimorfos mostrando elegantes su aguijón, arañas e insectos listos para picar medio escondidos entre el verde; y todo parecía tan real que mi mano se hizo a un lado. Había escenas del taller de un mezclador de venenos y alquimista, y de médicos extranjeros con sombreros puntiagudos; había ilustraciones de sepulcros, de la muerte en forma de un ángel negro aterrador, que en sus fuertes brazos se llevaba a un niño; de esqueletos bailando y finalmente de la muerte en el trono del mundo, que nos saluda como un soberano benévolo. Todas estas ilustraciones eran magistrales y de un efecto tan seductor, de un colorido tan refinado, que apenas podía apartar la mirada de ellas. Nunca había visto un libro ni tampoco unas ilustraciones de tanta calidad.

Tomás besó la cruz de madera que llevaba al cuello cogida de una cadena.

—¡Es algo demoníaco, el Señor me libre de esta tentación! —exclamó vehemente.

Estaba horrorizada.

—¡Tomás! Tú no te lo quieres llevar de vuelta a Italia. Tú lo quieres destruir —lo acusé.

Cogí el libro para protegerlo de él.

—¡Es una obra de arte! ¡Única! ¡No debes destruirla!

—Ves —me dijo Tomás triste—. También te ha seducido a ti. Como en su momento me sedujo a mí.

—¿De qué estás hablando? Sí, versa sobre venenos y naturalmente que puede ser utilizado de manera equivocada, pero muchas de estas seguro que son plantas medicinales si se utilizan de forma adecuada. ¿No tenían los grandes médicos griegos una única palabra para «medicina» y «veneno»?

—No te engañes a ti misma, Cristina. Aquí no se trata de plantas medicinales o bonitas ilustraciones, tampoco de ciencia. Aquí se trata únicamente de la muerte. Son indicaciones infernales para llevar a cabo delitos terribles.

—En las manos adecuadas también hay indicaciones para reconocer estos delitos, incluso antídotos.

—Estos objetos tienen la tendencia de ir a parar a las manos equivocadas. Fíjate solo en todo lo que ha provocado aquí en París: cuatro asesinatos y únicamente se trata de aquellos de los que tenemos noticia. ¿Cuántos no se han descubierto y se han considerado muertes naturales? ¿Y quién sabe en cuántas ocasiones Luis de Orléans habrá hecho uso de él? Es una obra abyecta y debería ser quemada.

—No es malo el objeto en sí, sino lo que se hace con él. Estas cosas existen sin más sobre la faz de la tierra y está bien que se tengan remedios a mano —dijo para defender la obra y busqué argumentos para sostener mi defensa.

Tomás recorría intranquilo la habitación. De repente se detuvo y golpeó con el puño en una de las mesas, de forma que un tintero dio un salto.

—¡Así que quieres negar el objeto de esta obra, su maldad profunda, la perversidad de su existencia! Es la cara más terrible de Satán la que estás viendo aquí: ¡un fruto tornasolado del que emana un olor apestoso! ¡Oh, Satán no es siempre reconocible por su apariencia: espantoso, repugnante, oscuro y nauseabundo! No, también puede aparecerse en la forma más agradable de todas: rico, amable, elegante, seductor. ¡Aquí lo tienes, Cristina! Fíjate con atención. ¡Es la pezuña del cabrón la que se asoma bajo ese bonito vestido!

Yo no veía ninguna pezuña y apreté el libro contra mi pecho perseverante.

—Si las plantas que se describen en este libro son demoníacas, ¿por qué permite Dios su existencia sobre la tierra?

—Dios lo creó todo, también los peligros y las cosas venenosas, para que recordemos que fuimos expulsados del paraíso por nuestra propia culpa. Y él nos ordenó no acercarnos a ellos. Asimismo permitió la existencia del peligroso enemigo para ponernos a prueba: nos tienta haciéndonos ver que estas cosas nos benefician. Deberíamos evitar la tentación y procurar que otros no caigan en ella. Pero estate tranquila. Yo tampoco quiero destruirlo. No me está permitido.

Pensé con tristeza que pronto nos abandonaría.

—Debo devolverlo. A pesar de todo, no quiero —dijo Tomás—. ¡Aún no! Y me alegré.

Cogió ese objeto delicioso de unas manos que se lo entregaron a disgusto, lo

envolvió en un paño y lo puso en su bolsa.

—¿Sabes lo que me enfada sobremanera? —le dije yo pasado un rato—. Tal como parece ahora, fue Berthe la que envenenó a su marido. Ella sabía que iría a visitar a su querida y que allí solía beber. Así que solo tuvo que ponerle el veneno en el vino e iniciar una pelea. Al final solo tenía que esperar que le diera el ataque en la casa de la otra mujer. Muy bien planeado. ¡Y yo hice todo lo posible para que ella saliera bien de todo ello!

—Ya escuché toda la conversación. Estaba escondido tras la alfombra. Pero creo que no debes culparte de nada. Siempre te fijas en lo mejor de las mujeres, aunque haga tiempo que no se lo merezcan. No te hagas ningún reproche por ello. Ya se encargará Dios de impartirle el castigo que merezca.

XIX

Me hallaba sentada con Héloise a la sombra de la entrada. Ella remendaba un par de vestidos. Yo había bajado porque después de horas de escritura ininterrumpida me había dado un calambre. Estaba sentada en un banquillo y movía mis hombros en círculo. Aquí el fresco era agradable. En verano el estudio resultaba insoportablemente caluroso y la cocina un infierno. Berthe la negra se había juntado con nosotras sin preguntar, ya que aguardaba un palanquín, para —tal como nos informó— negociar sobre una entrega de lana de Flandes para sus «mejores» clientes, entre los cuales estaba claro que nosotros todavía no nos encontrábamos.

«Mejor harías en callar», pensaba yo furiosa. ¡Lo que sé ahora sobre ti! Sé que lo hiciste tú y lo puedo probar. Tengo el libro y junto con mi declaración te mandaré a la horca. En todo caso no estaba completamente segura de que fuera a denunciarla. La idea me era desagradable. Pero solo el hecho de que se librara de su castigo me sacaba de quicio. Del castigo de Dios no había rastro por ningún lado. Embargaba y chantajeaba a la pobre gente de nuestro barrio y permanecía cómodamente sentada sobre su saco de oro. Se podría pensar que Berthe podía permitirse un par de cosas bonitas para ella misma, pero no. Incluso para eso era demasiado tacaña.

—¡Hombres! —dijo justamente con menosprecio—. Una se puede arreglar muy bien sin ellos. Por supuesto que mi Aldo es un tesoro, pero el resto...

—¿Ah sí? ¿Y no se ocupó tu marido bien de ti?

Estiraba impaciente de su falda sólida pero barata.

—¡Ah, bah! ¡Ese! ¡Ese se llevaba nuestro dinero a la casa de la puta! Toda la ciudad lo sabe ahora y todos se ríen a mis espaldas. Pero incluso eso se lo hubiera perdonado, si no hubiera tratado tan mal a mi Aldo.

Se interrumpió. Aldo había salido de la tienda al callejón para respirar un poco de aire fresco. Berthe le conminó con un gesto de la mano a que entrara dentro.

—No estés ahí con la boca abierta. ¡En la tienda hay suficiente trabajo! ¿Ya has tamizado la harina como te he dicho? ¡Pobre de ti como me encuentre un solo gusano dentro!

La boca de Aldo se convirtió en una raya y el joven desapareció de nuevo.

Berthe lo observó irse con cierta ternura.

—Es tan trabajador y obediente, mi Aldolino.

Héloise y yo nos miramos. Me alcanzó un par de calcetines zurcidos y los doblé. La ropa por remendar estaba amontonada sobre el banco y en un cesto yo ponía las piezas limpias y remendadas.

—¿Echas de menos a tu Elías? —le pregunté a Héloise. Elías estaba acompañando a una caravana de mercaderes a Venecia.

—No. En realidad no demasiado —me contestó.

—¿No te gustaba tanto? Tenía la impresión de que os entendéis bien cuando está aquí.

—Sí, cuando está aquí —me respondió, tranquila, y se inclinó sobre la prenda para arrancar un hilo con los dientes—. Pero él está más a menudo fuera que aquí, y cuando vuelve a mí, no deja de ser un extraño. Y en cuanto me acostumbro a él, entonces se vuelve a ir. De los veinte años que llevamos casados, quizá ha pasado junto a mí en total dos. Y además he pasado tanto miedo por él, que al final me he vuelto insensible. Me gusta cuando está aquí, pero sin él también tengo mi vida.

—¿Y si tuviera una ocupación en la ciudad?

—Antes siempre le rogaba que se buscara un trabajo aquí, pero no quería. Tiene la sangre demasiado caliente, ¿entiendes? No se puede quedar. Y así me las he arreglado sin él. Ahora es demasiado tarde para cambiar cualquier cosa.

Berthe se subió al palanquín que había estado esperando.

—Hay gente que se enamora de los tipos más imposibles, lansquenets^[2], monjes y tipos así —disparó en nuestra dirección. No le hicimos ni caso.

—¿Tú crees que los hombres pueden arreglárselas sin las mujeres, si no contamos una cosa, ya me entiendes?

Héloise rio.

—¿Quién dice tales tonterías?

—Tomás de Aquino —le respondí.

—¿De verdad? Nunca había oído hablar de él.

—Fue un gran sabio de la Iglesia.

Héloise no estaba impresionada.

—Bueno, entonces... Pero no hay que ser ningún sabio para reconocer cómo es en realidad: toma, por ejemplo, a mi Elías. Cuando vuelve del campo, donde solo ha estado entre hombres, está sucio y apesta. Sus ropas se encuentran en un estado lamentable. Antes dejará que el mundo vea su culo desnudo, que remendar algo. Pasa meses sin comer nada decente. Su lenguaje está completamente asalvado y se comporta como un cerdo. Y como él, todos. Los dejas solos en compañía de hombres y enseguida vuelven al estado salvaje.

—¿Y qué pasa con los monjes? —le pregunté. Sabía que a Héloise le gustaba Tomás.

—Bueno, los monjes. Siempre hay uno u otro que está bien. Pero son muy particulares. Y la sociedad tiene que costearlos, pues no hacen nada útil.

Héloise había terminado con la siguiente pieza y cogió otra de la cesta. Todo parecía tan sencillo con ella. Introdujo una mano en una media en busca de agujeros y desgarros.

—¡Realmente me gustaría que cuando Jean fuera a jugar con la pelota no se pusiera sus mejores camisas y medias! ¿No tiene nada mejor que hacer que engalanarse y jugar a ser el inglés frente a sus amigos?

—Por desgracia no —dije yo—. Es difícil en estos tiempos encontrar un buen

puesto para alguien como él, y eso a pesar de que estuvo en el extranjero. Pero dime, Héloise, este Tomás de Aquino también dijo que las mujeres no pueden hacer absolutamente nada sin un hombre. ¿Tú qué opinas de eso?

Resopló con desprecio mientras buscaba entre los hilos el color adecuado.

—¡Ese Tomás de Aquino disfrutó en el monasterio de demasiado vino! Las mujeres se las arreglan mucho mejor sin los hombres. ¿No lo puedes apreciar en nuestra casa? Nos vestimos decentemente, comemos de forma saludable, nunca nos olvidamos del buen comportamiento. ¡E incluso tú ganas tu propio dinero! Se podría decir que aquí nos las arreglamos muy bien sin ellos.

Yo opinaba de forma diferente, pero no quise decir nada. Me había encontrado tan bien con él... Lo que echaba de menos era ese ser uno solo, esa profunda seguridad de no estar nunca sola, y no solo corporal, sino también anímicamente.

«Con ese podrías estar así de nuevo», me susurró un diablillo, uno que últimamente se colocaba con frecuencia en mi hombro, muy cerca de mi oreja izquierda.

«Algo así no se puede repetir», le respondía con determinación. Pero el diablillo reía: «¿Y cómo lo puedes saber?».

Ya había descansado lo suficiente y regresé a mi estudio para seguir trabajando en mi proyecto. La querrela provocada por mí a raíz del desgraciado *El libro de la rosa* había alcanzado un nuevo punto álgido. Jean Gerson, mi defensor, había publicado su propio tratado sobre el tema. También había dado unos cuantos sermones desde el púlpito, en los que hablaba más de una actitud sexual equivocada que de las maldades generalizadas en contra del sexo femenino. No dejaba de ser un hombre de la Iglesia. ¿Qué podía una esperar? En todo caso, parece ser que gritó desde el púlpito: «¡Al fuego, buena gente, al fuego con ella!», refiriéndose a esa estúpida novela.

Como era de esperar, los profesores volvieron a cargar contra mí y con todos los medios a su alcance, ya que no podían tocar a Gerson. Se me acusó de las cosas más graciosas: una acusación por difamación y discurso vacío, una por usurpación de funciones públicas, ya que aportaban el testimonio de una mujer que decía que le había perjudicado por un consejo jurídico que le di. Monsieur Truphémus me informó al respecto.

Un libro muy valioso fue robado de la Biblioteca Real y apareció en el negocio de un librero, quien aseguraba que se lo había vendido yo. Gilles Malet confiscó el libro y se rio del asunto.

No, no dejé que me desmoralizaran, aunque la Corte se hubiera vuelto a olvidar de mí. Ya no llegaban invitaciones de la Visconti, ni una palabra en semanas. ¿Quizá no le había gustado mi informe sobre la boda? Aunque yo le había hecho reír durante el viaje y durante los fastos me había sentado muy cerca de ella. Desde que volví vivía exactamente igual que antes de mi partida. ¿Había sido demasiado vehemente? ¿Demasiado escandalosa? ¿Me había descartado por deferencia a los señores de la Sorbona?

—¡Mira todas estas malvadas cartas! —le dije a Tomás una tarde—. Todos los estudiantes se ensañan conmigo. Estoy harta de esta eterna lucha.

—Entonces no deberías haberla iniciado —me contestó, pero al mismo tiempo me sonrió—. Bueno, quizá deberías seguir luchando. Por algo tienes razón, ¿o no?

—¡Claro que sí!

—Encuentro divertido todo este intercambio epistolar. ¿Por qué no lo reúnes todo y se lo envías a la reina? ¡Ruégale actuar como jueza en el pleito sobre *El libro de la rosa*!.

Mi pasión se había avivado de nuevo.

—Sí, Tomás. Vamos a hacerlo. Tendrás que pintarme las ilustraciones, miniaturas como solo tú sabes hacer: ¡dibuja a Sara, Rebeca, Esther y Judith, todas las mujeres intachables de la Biblia, reinas, poetisas e inventoras de la Antigüedad como Safo y Minerva!

—¡Y naturalmente a nuestra reina actual como la mayor entre estas honorables mujeres! —apuntó con astucia Tomás. Reí de nuevo contenta y plena de confianza.

Tomás se superó a sí mismo. Encuadernamos *Cartas de la querrela del libro de la rosa* con los mejores pergaminos, ese pergamino virgen de Senlis. Yo escribí con la pluma de mi desgraciado amigo, el cisne, con tinta de oro sobre púrpura.

Monsieur Deschamps, el poeta de la Corte, fue tan amable que se hizo cargo de entregarle el volumen a la reina. Yo había experimentado que estas cosas funcionaban cuando una las dejaba en manos de mayordomos u otro tipo de servicio.

«A la excelente, excelsa y muy temida duquesa, madame Isabel de Baviera, por la gracia de Dios reina de Francia...».

Por fin la suerte me volvió a sonreír: no tuve que esperar mucho. El pleito de la Rosa se había convertido claramente en un tema de moda, así que oímos que el duque de Orléans había preparado una fiesta de las rosas para la reina. Para ese día señalado se cultivaban diez mil rosas en los campos y los jardines en las afueras de la ciudad y se plantaría un sinfín de rosales en macetas para adornar el palacio St-Pôl e invadirlo con su fragancia.

Deschamps me advirtió:

—Sería mejor que te mandaras hacer un vestido para la ocasión.

—Pero si no he recibido ninguna invitación —le dije sorprendida.

—¡Recibirás una! Puedes estar segura. Eres tú la que lo ha empezado todo.

Así que volví a la modista de St-Merri. Marie y Céline me acompañaron. Era una de las últimas ocasiones en las que podía tener a mi hija tan cerca de mí. A principios de julio ingresaría en el convento de Poissy.

—¿No te gustaría también a ti un bonito vestido? —le dije en broma—. Puedes tener todo cuanto gustes. Por fin disponemos de dinero para estas cosas.

—No, madre, no tendría ningún sentido.

—Por una vez podrías tener también tu diversión.

Ya sonreía como una monja: indulgente.

—Ya no es importante para mí. Ya no me podrás apartar con una pieza de seda o una cadena reluciente de aquello que me he propuesto. Créeme, tal como están las cosas en Francia y en el mundo es para mí la única posibilidad.

—No hables con tal santidad sobre ello —gruñó Marie—. Incluso llegarás a sentirlo.

Le dio un codazo a Céline. Esta rio y se desembarazó de ella. De camino compramos dulces a un vendedor ambulante, nos comimos las golosinas y hablamos. Fue casi como en los viejos tiempos.

La modista pálida y rubia nos recibió de forma extraordinariamente solícita.

—Buenos días, señoras, buenos días, madame de Pizán. No sabéis lo que os agradezco vuestras recomendaciones. Ahora tengo tantas clientas, que me puedo permitir el lujo de rechazar aquellas que me desagradan. Si me encargan algo sin gusto, entonces simplemente me niego. ¿No es delicioso?

Estaba más que feliz al poder confeccionarme un vestido para la fiesta real, un vestido de color rojo rosáceo, con bordados verdes y las piedras preciosas artesanales que los vidrieros de París saben hacer tan bien y, porque siempre lo había deseado, una capa de la mejor seda blanca.

—Una locura de dispendio —dije cuando salimos de nuevo a la calle—. ¿Y qué pasa si finalmente no me invitan?

—Entonces me lo regalas a mí —dijo Marie—. Con ese vestido me fiarán en cualquier taberna.

Mi madre nos vino al encuentro toda alterada.

—¡Ha venido un mensajero de la reina y me ha entregado esto para ti!

Sostenía triunfante un pergamino enrollado sobre la cabeza. El lacre estaba roto.

—Entonces ya lo sabes —le dije.

—¡Una invitación para la fiesta de las rosas! ¡Qué excitante! Es casi como en los tiempos de tu padre.

El gran día llegó. Un palanquín vino en mi búsqueda. Gilles Malet y Eustache Deschamps me esperaban en la entrada y me acompañaron. Vaya sensación el no ser intimidada e ir dando bandazos de un lado a otro sola, sino escoltada por dos señores del Estado a derecha e izquierda. En ese momento me acordé de ese día en el palacio St-Pôl, cuando había acechado, o mejor dicho, había intentado acechar al rey entre un ejército de solicitantes, con el fin de que me ayudara en mi precaria situación. Jugaron un juego cruel y burlón conmigo. Y ahora el mayor poeta de Francia y el bibliotecario real me introducían en la Corte con todos los honores. Hubo personas que se levantaron de sus sillas y me aplaudieron. Los que estaban de pie me hicieron una reverencia. Se lanzaron rosas hasta que empecé a verter las primeras lágrimas.

Sin duda alguna me sentía feliz, pero había un rastro de amargura en mí del que

no me había podido desprender. ¿Dónde se encontraba toda esta gente cuando estaba tan desesperada, tan necesitada de ayuda y débil? Siempre se jalea a aquellos que ya no lo necesitan, se alimenta a los satisfechos, apenas se alaba el trabajo, sino el brillo. ¿Por qué ahora? Era la misma que antes, no había conseguido nada, solo no caer en la contradicción. Sonreí y saludé. No podía olvidar las humillaciones. Cuando era más joven le sonreía a la Fortuna despreocupada y pensaba que era mi amiga. Ahora la temía.

—Alegraos y aprovechad vuestra hora —me susurró Deschamps—. A mí ya no me vitorean como antes. Sostienen que como ya soy mayor he perdido mi fuego. Son desagradecidos y olvidadizos.

Pero sonrió presumido a la multitud.

Estaban todos allí, toda la sociedad alegre y cortesana. Solo echaba de menos a mi señora, Valentina Visconti.

—¿Dónde está? —le pregunté a Deschamps—. No la veo.

—¿La Visconti? ¿No lo sabíais? Los seguidores de la reina han conseguido finalmente que el marido de la duquesa, Luis de Orléans, la destierre a una pequeña finca fuera de París, donde se morirá de aburrimiento. No se le pudo probar nada en lo que se refiere al rey, pero tenía que marcharse.

—¿Y cómo pudo permitirlo su marido?

Deschamps hacía en ese preciso instante una reverencia ampulosa y Malet me susurró a la oreja:

—Se dice que Luis de Orléans es el amante de la reina.

Y efectivamente, allí se encontraban ambos, a la cabeza de la sala sobre un podio decorado para la fiesta, como hombre y mujer. El rey a esas alturas ya pocas veces estaba en sus trece. Lo habían encerrado en el sombrío y recargado Palais des Tournelles, donde en los pasillos y en el laberinto del jardín perseguía sus extravagantes ocurrencias. La reina se negaba a estar cerca de él y le había regalado una «pequeña reina», la hija de un tratante de caballos, que se le parecía.

Habíamos llegado frente al pedestal. Hice una reverencia. Isabel de Baviera fue desde el principio impopular entre el pueblo, en primer lugar porque no sabía recibir los presentes con gracia y porque era tiesa y poco elegante, demasiado virtuosa en su vestido alemán. Después ya se la odiaba por sus amantes y su avidez despilfarradora.

Ahora que podía verle el rostro, contemplé a una mujer desengañada y solitaria. Había tenido que vivir en el extranjero, donde nadie la quería. Y el único que la amaba se había vuelto loco y ya no la reconocía.

Isabel me saludó con cordialidad y me dispensó los mayores honores. De su bolsa extrajo el pequeño libro de color púrpura sobre el pleito de la Rosa que le había hecho llegar. Me rogó que subiera al pedestal junto a ella para leer. Mi garganta se secó por momentos. Malet sonrió satisfecho y me dio un pequeño empujón hacia la escalera.

Subí y me quedé un escalón por debajo de la reina. Primero leí de la *Epístola al*

Dios del Amor.

—Más alto, más alto —gritaba la gente.

Enrojecí como un ganso tonto, aspiré profundamente aire y le conferí a mi voz el volumen y la confianza en mí misma que no sentía. Tenía las manos húmedas.

Poco a poco fui envalentonándome, incluso empecé a divertirme, leyendo los pasajes más estúpidos y groseros de las cartas de mis contrincantes y las mejores de mis respuestas. Noté cómo el público me seguía y reía, cómo las damas se indignaban y los caballeros se avergonzaban y finalicé con mi mensaje a los nobles, que debían ser el modelo de conducta:

*Es un defecto tan lamentable
que al hombre que aprecio, no se lo consiento.
Todo corazón noble debe guardarse de ello,
porque no puede causarle más que daño,
deshonor, villanía y desprecio.*

Con ello me refería a la pérdida de la caballeridad y lo que eso significaba para los débiles, sobre todo para las mujeres. El privilegio comporta responsabilidades, pensaba yo, y muchas veces veía cómo se abusaba de ello. Apenas me lo podía creer, solo cuando me aplaudían y vitoreaban decididos, cuando el duque de Orléans saltó de uno de los lados de la reina e informó:

—¡Fundemos aquí y ahora mismo la Orden de la Rosa! ¡Todos los caballeros deben jurar proteger la honra de las mujeres y defender las costumbres que nos ha descrito la señora Cristina!

¡Justamente el duque de Orléans, que no abandonaba ningún lecho si no lo echaban a puñaladas! Apenas ninguno de los señores presentes era un gran ejemplo de castidad, pero una debía tomar lo que le ofrecían y alabé al duque por su iniciativa. E hice bien, pues en pocos momentos los criados llevaron todo lo necesario: mesitas para escribir, el mejor *vellum*, ya cortado y pautado, tinta de púrpura (*purpurissimum* y resina blanca con miel y orina, analicé acertadamente), cera para lacre, cintas de seda e incluso un sello con el motivo de una rosa. Todos estaban convencidos de la idea. A nadie le molestó que todos los objetos que tan bien encajaban pertenecieran a la desterrada Valentina Visconti. Se redactó con mi ayuda un documento:

*A Buen Amor juro y prometo,
y a la flor llamada Rosa,
a la valerosa diosa Lealtad,
que nos trae esta noticia,
salvaguardar la fama de cada dama,
protegerla en cualquier circunstancia,
y no difamar jamás a una mujer.
Y con este fin, tomo el Orden de la Rosa.*

Ningún hombre de los presentes se atrevió a no firmar. Se formó un tumulto en el pupitre, todo el mundo quería estampar su firma, una corriente de buenas intenciones, como si en ese reino nunca se hubiera dicho una palabra fea contra las mujeres. Y la reina me nombró festivamente guardiana del Orden de la Rosa.

Fue todo muy bonito y agradable y quizá ayudaría un poco. Ya que si personas tan poderosas se involucraban por lo menos en la forma, tal vez eso mitigase un poco los humos de los malvados profesores. Incluso aunque entre la Corona y la Universidad no hubiera una amistad muy estrecha, tenían que tener cuidado de no ofenderla.

Para esta gente rica y despreocupada fue todo como un juego. El resto de la noche transcurrió como todas aquellas noches: un banquete, juegos pastoriles, la gallina ciega y de nuevo una buena comilona, después baile para todo aquel que aún pudiera moverse. Yo me hallaba sentada con Malet y Deschamps en una oscura esquina y me escondía tras ambos.

—¿Qué es lo que miras tan dubitativa? Deberías estar muy contenta contigo misma.

—Estoy contenta de que el duque y la reina se hayan implicado. Hace tiempo que he perdido las ganas de luchar con estos estúpidos y por su causa hace semanas que no utilizo un buen pergamino.

—Este ya no es mi mundo —gruñó el viejo Deschamps tras su copa de vino—. En mis tiempos se encontraban muy placenteras las diferencias entre los hombrecitos y las mujercitas y nadie veía motivo para la batalla mundial entre los sexos que ahora amenaza con estallar. ¿Por qué tiene que ser uno mejor que el otro? Ya veo venir cómo la humanidad se extinguirá, porque nadie querrá ceder y no se podrá convivir así. ¿Qué pasa entonces con la deliciosa ilusión por el amor, el estremecimiento, el deseo, el anhelo y la satisfacción, que es como ahogarse en la dicha?

Estuvimos callados un buen rato.

Yo no había empezado esa guerra.

Para coronar mi triunfo me ofrecieron una habitación para esa noche en el castillo. El duque de Orléans en persona me llevó hasta allí, como un típico padre de familia. Tuve que reírme. Para despedirse se inclinó sobre mí. Vi su bello y oscuro rostro y pensé que quería besarme. Pero me susurró:

—¡Bueno, querida Cristina! No les daremos ninguna oportunidad a estos chismosos.

Lo hizo como si no fuera con él, como si yo así lo hubiera querido. Y entonces prosiguió en voz alta:

—¡Lo habéis conseguido, viuda Castel! Habéis conseguido vuestro objetivo, ¿no es verdad? Habéis conseguido hacer enfadar en muy poco tiempo a los doctores de la Sorbona y convertiros en su enemiga. Pero la reina se ha interpuesto para defenderos. ¡Ha sido realmente muy entretenido! ¡Que lo siga siendo!

Río con malicia.

—Por cierto, enviadme mañana al mocoso de vuestro hijo. Le daremos un puesto de secretario real.

Antes de que se lo pudiera agradecer ya había desaparecido. Oí sus risas en el pasillo antes de que cerrara la puerta de mi habitación. ¡«Mi» habitación! Era diminuta y estaba amueblada con una mesita dorada, con una jarra de agua y una jofaina y una cama con un dosel recargado. Me descalcé para alivio de mis pies doloridos, me quité el vestido y utilicé el *vase de nuit*, para lo que había estado esperando con ansiedad. Me dejé puesta la ropa interior y me introduje en las sábanas de seda frías y blancas como la nieve.

XX

—Que no se te suba a la cabeza —dijo mi madre—. Un día se enamoran de la caballerosidad y al día siguiente ya lo han olvidado todo.

—¡Ay, madre, por lo menos no me fastidies la dicha!

—Solo te quiero evitar decepciones.

Después me dejó perpleja al acariciarme la mejilla.

En lo que se refería a mis objetivos, ya sabía que solo había ganado una batalla. Pero a pesar de todo me alegraba de ello. La noticia corrió por toda la ciudad. En el mercado de aves me llamaban «Cristina de las Rosas». Me miraban cuando iba a comprar con Héloise. Algunos me elogiaban abiertamente por lo que había hecho, otros decían con maldad a mis espaldas que estaba loca. Y todos ellos habían oído hablar de mis tesis y demandas.

—¿Quiere eso decir que ya no le puedo dar un cachete a mi parienta cuando me ponga de los nervios? —me preguntó el vendedor de aves.

—Se trata de que nadie debería sostener sin más que todas las mujeres son malas por principio.

Sobre el comportamiento con las mujeres malas no se dijo nada. Pero toda persona debería ser tratada con respeto, ya fuera hombre o mujer.

—No lo entiendo. ¿Le puedo pegar o no?

—Pienso, viejo amigo, que te llevarás mejor con ella si la tratas bien y con justicia.

Bramó.

—¿Y si me trata mal ella a mí?

—Entonces es que te lo habrás merecido —le soltó la pastelera desde el otro lado. Pero se rio, pues todos sabíamos que el vendedor de aves no se atrevía a tocarle el pelo a su mujer. Solo en público se hacía el peligroso.

—Desearía poder leer tus cosas, Cristina —suspiró la vendedora de pasteles—. ¡Toma, coge un pastel de grosella! ¡Es fresco de esta mañana! ¡Te lo regalo! En ocasiones sería bonito si pudiera contestarles a determinados tipos que me vienen con tonterías. Un libro así, me imagino yo, sería como un cartel que llevas de frente.

La miré sorprendida. ¡Un cartel! Un libro que incluyera todos esos taimados argumentos contra las mujeres con las respuestas adecuadas y pruebas que demostraran lo contrario. No era una mala idea. Lentamente mordí el dulce pastel de grosellas para deleitarme con el crujido y cómo se desmigaba la tierna capa de masa entre mis dientes. Y entonces las grosellas calientes tocaron mi lengua con un aguijonazo intenso de la acidez de la fruta, que hizo que se me hiciera la boca agua.

—¡Mmm! —exclamé. El jugo de las grosellas corrió por mi barbilla.

Una tropa de estudiantes ya mayores desfilaba por el Cour Notre-Dame. Con

altivez apartaban de su camino a cualquiera que fuese demasiado lento para ellos.

Entonces me descubrieron.

—¡Oh! —dijo mi amiga. Héloise quiso llevarse me tirándome de la manga. Pero tenía el mismo derecho a estar allí que esos groseros. Me quedé donde estaba, observando las mercancías expuestas y haciendo como si los estudiantes fueran aire. Los profesores debían de estar furiosos conmigo. Eran malos perdedores y haberlo hecho frente a una mujer les tenía que pesar en el estómago. Ya me habían denunciado por más de una cosa.

—¡Ah! La petulante viuda Castel —me saludó uno de los jóvenes.

Se quedaron cerca de mí y empezaron a hablar entre ellos a voz en grito.

—¿Pensáis que esta escritorzuela es una de esas doncellas ajadas a las que les falta un hombre en la cama? —preguntó uno de ellos—. A uno le tendría que dar lástima para acceder a ello.

—¿Y si nos ofrecemos a ella? —apuntó otro—. Ya está un poco pasada, pero quién no quiere hacer el bien.

—No os esforcéis —dijo un tercero—. En lo que se refiere a eso, ya está bien servida y un lujurioso fraile se ocupa de satisfacerla.

—¡Después se puede confesar con él!

Y rieron estrepitosamente sus propias bromas.

Me había puesto pálida. Héloise puso una mano sobre mi hombro.

—No les contentes. Quien se defiende se acusa a sí mismo.

—¡Jovencitos! Comprad mis pasteles —dijo mi amiga—. ¡Aún debéis de comer mucho antes de que vuestra salchichita satisfaga a una mujer!

Los presentes rompieron en carcajadas y esos groseros ahuecaron el ala.

—No necesitas ningún libro para defenderte —le dije entre risas.

—Bueno, con estos mocosos termino yo rápida. Pero sería importante para todas aquellas mujeres que saben leer el contar con algo así para reforzar la confianza en sí mismas. Con el tiempo una piensa que las mujeres son inferiores cuando no se oye ni lee otra cosa. De ese modo pensaba yo hasta que te encontré a ti. Una solo agradece los palos y piensa que son justos —insistió—. ¡Escribe un libro así! ¡Ayudaría a muchas!

—Me lo pensaré —le prometí.

Los profesores no pudieron acusarme por el momento de nada. Pasaron unas semanas de una tranquilidad sospechosa. Y entonces, un caluroso día de julio, encontraron la forma de cargar contra mí.

En nuestro estudio el aire no corría y me había atado unos trapos alrededor de las palmas y las muñecas para no humedecer el pergamino. Tomás y Philippe trabajaban junto a la ventana. El monje sostenía varios de los dibujos de su aprendiz a contraluz.

No podía retirar mi mirada de su perfil dorado.

—Lo único que te ha interesado de esta manzana ha sido si yo me enteraría si te la comías. Tienes que observar con más atención —le explicaba Tomás.

—¡Pero yo no me la quería comer, de verdad, maestro! La he observado atentamente —se defendía Philippe.

Tomás me había comentado en privado que el joven tenía mucho talento, que podría llegar a ser tan bueno como él, incluso mejor, siempre que superara su pereza.

—Es una manzana.

—¿Es «una» manzana o es «esta» manzana?

Sobre la mesa había una manzana verde, con franjas rojas y algunos agujeros de gusanos, y una hoja seca que aún pendía del tallo.

—Esta o aquella, es lo mismo. Vos mismo habéis dicho, maestro, que en vuestras miniaturas no representáis una manzana en concreto, sino la idea, la manzana sin más, la manzana en general.

—Muy bien dicho. Pero de lo que se trata, Philippe, es de reproducir un objeto lo más fielmente posible. Una manzana dibujada es representativa de una idea o toda una cadena de pensamientos. Pongamos que quieres representar el pecado original y coges la manzana como símbolo de la tentación: entonces tiene que ser tan auténtica que uno quisiera comérsela. La tentación tiene que notarse enseguida, primero el color y el aroma que te seducen, después la dureza externa de la piel, el ilusionante crujido, la piel que se rompe cuando hincas los dientes, después la aspereza dura y esponjosa de la blanca carne, el jugo que salpica, la acidez en la lengua, el dulzor en el paladar, todo eso tienes que pintar.

Philippe lo escuchaba atentamente con la boca abierta. ¿Cómo se pueden pintar el aroma y el dulzor?, parecía estar preguntándose.

—Y para poder representar todo esto, antes tienes que haberla observado atentamente. Has de tener presentes todos los matices de esta y de otras manzanas. Y aquellos que después observen tu dibujo verán y paladearán espiritualmente aquellas manzanas que antes ya han degustado. Si, por ejemplo, quieres expresar cómo la belleza terrenal ya lleva en sí su propia destrucción, entonces dibuja un agujero de gusano en una magnífica y apetitosa manzana, o una costra, un punto tocado, muy pequeño. Ya que si pintas toda la manzana podrida, entonces será una muestra de la muerte. Y asqueará al observador. Y eso no lo quieres: quieres un fruto apetitoso que solo tiene un pequeño fallo. Es al mismo tiempo fascinante y por otro lado una indicación de la caída de todas las cosas terrenales. Ve y pinta manzanas hasta que las conozcas todas. ¡Y entonces pinta «la» manzana!

Philippe afirmó con la cabeza, un poco desalentado. Tenía aspecto de tener hambre. Tomás le revolvió su cabello de color pardo como el de un ratón.

—Por mí te puedes comer esa manzana y buscarte otra de la cocina para tu trabajo. Uno dibuja mal si el estómago le cruje. Además debes conocer el sabor y el aroma. ¡Así que cómetela con entendimiento y con todos los sentidos! ¡Dios te ha

concedido gran cantidad de talento, joven! Tengo todas las esperanzas puestas en ti.

La mirada de Philippe hacia Tomás rozaba la santa veneración. Entonces se dirigió a la manzana del modo que tenía planeado desde el principio: le dio un buen bocado y se fue brincando escaleras abajo en busca de un nuevo fruto para pintar.

Tomás se apartó el cabello de los ojos. Reí, sacudí la cabeza y volví a enfrascarme en mi propio trabajo.

No se oía nada más que el rasgar del grafito sobre el papel, un sonido suave comparado con el que hacía sobre el pergamino. Sí, lo confieso, para los borradores y las notas nos hemos pasado al papel, porque es mucho más barato. Me gusta cada vez más, en la medida en que los fabricantes experimentan en él con colores y filamentos. Pero mi clientela prefiere el pergamino.

Sonreí para mis adentros, me limpié las manos y quise volver al trabajo, cuando se produjo un griterío en la calle. Marie apareció en el umbral de la puerta.

—¡Rápido, Cristina! Suerte que esta vez estás en casa. Se acercan los alguaciles. ¡Vienen hacia aquí!

Tenía malas experiencias con este tipo de visitas. Sin mirar a Tomás dejé mi pluma y salí corriendo escaleras abajo hacia la entrada.

Era Grégoire con otros tres alguaciles. Tras ellos marchaban varios profesores y, como un pastor tras su rebaño, dándose aires de importancia y todo serio, el doctor Gonthier Col en persona. Me situé justo en la entrada. Mi madre y Marie se colocaron tras de mí en silencio y con los brazos cruzados. Por el rabillo del ojo vi cómo Jean desaparecía por la cocina.

Los vecinos salieron de sus casas para cotillear.

—¿Bien, Grégoire? ¿Qué ocurre? —le pregunté al servidor de la justicia más adelantado. A los señores de la Universidad no me digné ni mirarlos.

A Grégoire lo habían puesto en un compromiso. Se había presentado voluntario para dirigir el comando, tal como me dijo más tarde, con el fin de evitar lo peor. Su querida le había anunciado de lo contrario pocas alegrías en el futuro.

—Yo... mmm, bueno, eso... —empezó.

Gonthier Col se abrió paso hacia delante.

—Nos han informado de que alojáis en vuestra casa a un fraile, uno de esos franciscanos, que trabaja sin permiso como preceptor. Ya le advertimos una vez: ¡dentro de los muros de la ciudad de París a los franciscanos y a los dominicos no les está permitida la enseñanza!

—¡Será detenido, cubierto de hulla y de plumas y expulsado fuera de los muros de la ciudad bajo el escarnio y la vergüenza de los ciudadanos! —dijo uno de los acompañantes de Col.

—¿Tenéis pruebas de ello o se trata de nuevo de habladurías? —pregunté yo

venenosamente. Me vino a la cabeza una terrible sospecha y me giré. Jean se encontraba junto a la puerta de la cocina con los hombros caídos y las mejillas rojas—. ¿Tú has dicho algo por ahí? —le interpele.

—Pero solo se lo he contado a mi mejor amigo —me murmuró—. ¡Y él me juró que no se lo diría a nadie!

—¡Todavía no he terminado contigo, chaval!

Me volví hacia los alguaciles y crucé los dedos a mis espaldas.

—¡Calumnias! Juro, sobre la Biblia si así lo deseáis, que el hermano Tomás trabaja para mí como ilustrador de libros y nada más. Dibuja para la reina, para el duque de Orléans y para el duque de Berry. Realmente no tiene tiempo para enseñarles patrañas a mis hijos.

—¡Mentís! —dijo Col—. ¡Miente tan fácilmente como todas las mujeres! El fraile le imparte lecciones a su hija Céline, y no solo eso: ¡fornica con la madre y con la hija!

—Ya es suficiente —gritó Grégoire, alterado—. ¡Cuidad vuestra lengua, doctor Col, si no, os volveréis a encontrar en la picota!

Algo así no era posible. Los miembros de la Universidad eran desgraciadamente casi como sacrosantos.

Sin embargo, Col empalideció.

—¡Realizad vuestro cometido, muchachos! Aquí está la orden judicial: ¡apresad al frailucho!

De esta forma intentó colarse en casa frente a nuestras narices. Los alguaciles le siguieron los pasos. Se produjo un corto rifirrafe, en el transcurso del cual Marie vertió su sidra sobre la cabeza del doctor. Este le respondió con una bofetada y ella le soltó una patada en la espinilla.

Pero, como es lógico, no teníamos ninguna posibilidad. Nuestros contrincantes irrumpieron a toda prisa en la casa. Un par de vecinos especialmente curiosos intentaron sumarse al grupo, pero mi madre los retuvo con la escoba como arma.

Los profesores y los alguaciles se introdujeron en todas las habitaciones y subieron las escaleras. Cayeron al suelo muebles y objetos. «¿Por qué estos tipos tienen que armar siempre tanto desorden? —pensé yo de forma inapropiada—, ¿por qué siempre el mayor ruido posible?». Tomás no estaba en su escritorio. Los eché a todos fuera.

—¡Fuera de aquí! ¡No me ensuciaréis el buen pergamino y los libros! Ya veis que no está aquí. ¡Fuera, os digo! ¿O pensáis que se ha escondido en una ratonera?

Conseguí ponerle la zancadilla al profesor Col, que figaba todo curioso en mi atril. Cayó al suelo en una ola de seda negra y soltando un «¡urf!» indigno.

—¡Allí! ¡Allí está! —gritó uno que estaba mirando hacia el jardín por una aspillera de la torre.

Descendieron con estrépito la escalera de caracol y fueron tras él. Tomás se había escondido en la bodega y ahora corría como un conejo por nuestras coles. Uno de los

alguaciles consiguió agarrarlo y le retorció el brazo por detrás de la espalda. Un segundo se acercó y estaban a punto de inmovilizarlo. ¿Qué podía pasarle si yo había jurado que era inocente? ¿Qué castigo se podía aplicar por enseñarle filosofía a una niña?

De repente una cosa pequeña, como un perro de color pardo, se coló entre las piernas de los hombres. Era el aprendiz Philippe, que se enfrentó a ellos, los mordió y arañó. Ante la sorpresa, los alguaciles soltaron a Tomás. Este recogió su hábito, abrió la puertecita del jardín y corrió con sus piernas bien formadas y desnudas por la orilla del Sena abajo. Todos —mi madre, Marie, Philippe (con la nariz sangrando) y yo misma— le seguimos, al tiempo que intentábamos todo cuanto estaba en nuestras manos para frustrar la persecución.

Tomás encontró en ese preciso instante a un pescador en la orilla que metía su barca en el agua y empujó al asustado hombre con un «¡Dios me perdone!», se subió a la barca y remó como un poseso en dirección a Notre-Dame.

Gonthier Col lanzó de rabia su gorra de doctor al suelo.

—*Sotii!* —abroncó a los alguaciles—. ¡Idiotas! *Cretini!*

Y a mí me dijo:

—¡Os arrepentiréis de ello, madame! Habéis dado cobijo a un delincuente y apoyado una fuga, entorpecido la acción de la autoridad...

—¡No exagere vuesa merced, doctor Gonthier! Solo he intentado ayudar. Con buenas intenciones, pero desgraciadamente sin éxito. ¿No decís tan a menudo cuán débiles y torpes son las mujeres?

—Oh sí, madame ha intentado coger al malhechor con sus propias manos, una vez se ha enterado de qué es lo que estaba pasando en su casa a sus espaldas —corroboró Grégoire. Solo hubiera estado bien que hubiera tenido una buena barba, así hubiéramos visto cómo las comisuras de sus labios se contraían de dolor—. ¿Nos avisaréis enseguida en cuanto veáis a ese fraile, verdad?

—Por supuesto —le contesté.

Se fueron. Al salir, el decente monsieur Col le propinó tal golpe en el pecho al pequeño Philippe que le hizo caer al suelo.

—¡Fuera de mi camino, inútil!

Ayudé a Philippe a levantarse y le limpié la sangre de la nariz.

—¡Bien hecho!

Cuando ya se habían ido, me llamó Héloise a la cocina. Estaba, lo que era extraño, frente al fuego y sudaba.

—¿Qué haces ahí, Héloise? ¡Apártate del fuego si tienes calor!

—¿Ya se han ido?

—Sí, ya se han ido todos.

Héloise se hizo a un lado.

Sobre las brasas de la chimenea estaba el lomo de un libro y los restos de las páginas que habían sobrevivido a las llamas, restos ondulados y supurantes, agujeros,

jirones. Solo se reconocían los fantasmas de esas hermosas ilustraciones, allí y allá un resto de verde de malaquita o bermellón, una línea dorada que se ondulaba, se rompía y se volvía negra.

Automáticamente alargué la mano y la retiré. No había nada que salvar. Interrogativa miré a nuestra criada.

—¡Llegó corriendo y lo lanzó a las brasas! ¡Tuve que jurar, antes no se iba, que ardería y que nadie lo encontraría! ¡Que era un libro malo y terrible y que te dañaría, Cristina! ¿He hecho algo mal?

Miré por encima de las hojas reducidas a cenizas y aún pude reconocer el título: negro sobre negro. ¡Me producía tal dolor ver arder un libro, además uno tan hermoso, sentía tan gran pena por esas preciosas iluminaciones!

—No, no has hecho nada malo. Está bien así —tranquilité a Héloïse.

Volví a nuestro estudio.

Siempre me había preguntado cómo sería cuando él se fuera. Algún día tenía que pasar. ¡Pero tan de repente! No había contado con eso. Me vino la imagen de Tomás corriendo entre las coles y tuve que reír. Después lloré un poco.

Los días pasaron. No tuvimos noticias de él. Mi madre encontró adecuado no volver a mencionarlo. Acudí a una reunión de la Orden de la Rosa y recibí cuatrocientos táleros del duque de Berry. Gilles Malet también se encontraba allí.

—Gilles, por desgracia me he quedado sin ilustrador.

—He oído hablar de ello.

—Tendremos que volver a trabajar con un taller.

—Es una pena. El hombre era extraordinario. Pero hay otros buenos ilustradores. Envíame los manuscritos de nuevo con los espacios libres y yo me encargaré de ello.

—El hermano Tomás ha dejado un aprendiz, el pequeño Philippe. Tiene doce años, pero Tomás dijo que posee un gran talento. ¿Sabéis dónde lo podríamos colocar?

—Preguntaré por ahí.

Estuvimos conversando sobre las novedades en el mundo: alguien había inventado un reloj mecánico que podía despertar a las personas a la hora que hubieran determinado antes. Los más interesados eran sobre todo los monjes, que se debían levantar antes de que rompiera el alba. El duque de Burgund estaba preparando muy seriamente su Cruzada contra los turcos, que amenazaban Hungría. Burgund, Berry y Orléans, habían obligado a dimitir al papa Benedicto y le habían enviado una delegación, pero parece ser que este quemó un puente para que no pudieran alcanzarlo. Como castigo fue encerrado en su palacio. En Venecia se había fabricado un cañón enorme, que era capaz de pulverizar toda la ciudad. El tirano de Milán, Bernabò Visconti, había sido envenenado por orden de su sobrino. Y este sobrino, Gian Galeazzo de Pavía, había amenazado a Francia con una guerra si seguían tratando tan mal a su hija, Valentina Visconti.

—No hay derecho cómo han tratado a la pobre Valentina Visconti. ¿Adónde

vamos a llegar —dijo Gilles rayando en la indignación— si por una mujer estalla la guerra y miles sufren sus consecuencias?

—Pero, mi querido Gilles —lo apacigué—, algo así ya ha ocurrido antes. Piensa solo en la bella Helena y la caída de Troya. Seguro que ella no quiso esa guerra, sino hacer algo por su marido y por su suegro, y para ellos fue solo el pretexto para hacer algo que igualmente deseaban.

(Antes hubiera añadido que por naturaleza las mujeres son más tiernas, pero entonces intervino el diablillo que me cantaba burlón en mi oreja «¡Ber-the! ¡Ber-the!» y lo dejé estar).

—Tienes razón. Seguro que Galeazzo no atacará Francia, solo quiere dejar claro que no le parece bien que Orléans se quede con un trozo de Italia.

Gilles le encontró un puesto a Philippe. Jean estrenó su cargo como secretario real y llegaba a casa de noche. Advertí cuánto había madurado. A pesar de que estaba cansado, una vez finalizaba su trabajo, se tomaba el tiempo necesario antes de dormir para impartir clases a su hermana. Tenía mala conciencia.

—No quería perjudicar al monje —me dijo—. De veras que solo se lo conté a un amigo. Y se lo conté porque habló desfavorablemente de la capacidad de aprender de las chicas... y de alguna manera se me escapó. No podía saber que ese mono se iría corriendo de inmediato a contárselo al profesor. ¡Ya no es mi amigo!

¡Ese era mi Jean! Así que solo había cedido con las clases de Céline. Le perdoné. Pero ¿dónde estaba Tomás? Lo buscaba con la mirada cuando iba por las calles de París. Lo busqué en las iglesias y en las capillas. Cada hábito marrón hacía que mi corazón latiera, pero siempre eran rostros extraños los que lo portaban, rostros que me observaban disconformes bajo esa capucha de santidad.

¿De verdad eso era todo? ¿Ni una palabra, ni una señal de vida, nada de nada? En ocasiones estaba furiosa por su causa. ¿Me había olvidado tan rápidamente? Debía de saber que me preocupaba por lo que le había pasado. Observé largo tiempo su mesa de trabajo junto a la ventana, que no se había tocado, como si hubiera salido un momento. Sobre ella estaban las plumas de corneja cortadas y los pinceles, poco a poco se secaba la tinta en las botellitas de plata, una página empezada se mantenía limpia y plana con unos pesos. No se veía ninguna ilustración, solo el esbozo de una inicial, líneas y el marco para una miniatura, que había que realizar. Quedaba un cuaderno, donde anotaba recetas y sus experimentos con ellas. Bajo la mesa, pegada a la pared, estaba su bolsa de cuero, donde se encontraba todo lo que tenía en el mundo. Se fue corriendo solo con su hábito y el par de sandalias.

«Jesús también poseía solo un par de sandalias», oí cómo me decía en mi interior, con esa risa tan característica en su voz.

Mi madre subía de vez en cuando y me llevaba un vaso de leche o un trozo de pastel recién hecho, una excusa para observarme mientras escribía. No me dijo ni una palabra sobre la mesa sin recoger.

—Ahora tienes que trabajar sola. Era algo de esperar.

Entonces, un día entró a todo prisa Pierre con el rostro muy serio.

Miró sobre sus hombros como un conspirador, se acercó a mi pupitre y me susurró:

—Me ha dicho que vayas este mediodía a la Sainte-Chapelle.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Pues él! —dijo señalando con el pulgar la mesa de Tomás.

—Ah, él —dije riendo—. Gracias, Pierre, tus noticias son bienvenidas. Aquí tienes una pieza de plata.

La hizo desaparecer como por arte de magia.

—¿Hace falta que te acompañe? —me preguntó.

—¿Para qué?

—¡Para espiar!

Tuve que reír de nuevo.

—No, gracias, no hará falta. ¡Pero agradezco la oferta!

—Como quieras, patrona.

Y desapareció.

De repente todo se me hizo más llevadero. Mientras entonaba una canción, cogí el libro de recetas y lo puse en la bolsa, envolví las mejores plumas en un trozo de seda, cerré el tintero y miré en torno a la habitación. ¿Qué más le podía hacer ilusión? Un puñado de monedas de oro... Un libro mío: *El libro de las tres virtudes*. Estaba convencida de que se trataba de una despedida.

Era mejor no llevar la bolsa a la vista, así que la puse en una cesta de mimbre y la cubrí con un trapo. Loca de alegría y expectante bajé saltando las escaleras. Me parecía que con mi cesta de mimbre era como santa Isabel con el pan y las rosas.

Cuando llegué a la Île de la Cité, los puestos del mercado se estaban vaciando y se llenaban las cocinas. Tomás había escogido bien la hora de la cita. Llegando del calor y de la intensa luz de la calle, al entrar era como si me hubiera cegado el artístico crepúsculo de la capilla. Permanecí un rato en la entrada hasta que mis ojos se acostumbraron al cambio.

Siempre he pensado que la Sainte-Chapelle es la más bonita de las iglesias y catedrales de París. Gris y sólida por fuera, con una tracería bonita pero severa, por dentro es como si se convirtiera al instante de un coloso en una tierna mujer. Aquí los contrafuertes eran gráciles. Arriba, mirando al cielo, prácticamente solo hay ventanales y la obra se diluye en colores y luces vibrantes. Nunca he notado la promesa del Cielo tanto como en este lugar.

Estaba sola.

La piedra cuchicheaba. Aparté mi vista de la cúpula. Una figura desapareció en el confesonario. ¿Podía ser él? Una mano me hizo señas tras el pesado cortinaje de color rojo oscuro. Fui hasta allí, entré en el confesonario desde el otro lado y me recliné frente a la rejilla.

—¡Cristina!

—¡Tomás!

Colocó su mano contra la rejilla. Yo coloqué la mía y noté el calor de su palma. ¡La rejilla era solo de mimbre, tan delgada, tan delgada! Tras un buen rato, retiramos al mismo tiempo nuestras manos.

—Tengo aquí tu bolsa, con todo lo que te pertenece y algo de dinero para el camino —le susurré. Apenas podía hablar—. ¿Tienes que marcharte, verdad?

—Sí —me dijo—. Tanto por ti como por mí. Pero antes quería contarte mi historia hasta el final. Siempre quisiste saber la verdad. Eres tan curiosa como solo lo puede ser una mujer.

Reí un poco bajo las lágrimas.

—Cuenta, embustero, teje una nueva red.

—Siempre te he contado la verdad, más o menos. Algunas veces tal como a mí me hubiera gustado que hubiera sido, otras tal como se me ocurría. ¿Qué puedo decir?

—Cuéntame lo que quieras, Tomás. Me lo creeré todo.

Calló un rato. Oía las velas de cera y de sebo, el incienso y la vieja madera.

—Bien —empezó—. Ya te conté cómo había llegado al monasterio. Ese libro, *El jardín de Azrael*, se ha convertido en mi destino y en el del monasterio, a pesar de que al principio pareció algo sin importancia. Lo encontré en el comercio de un vendedor de curiosidades de Túnez. Se trataba de una copia en latín del siglo XI, con iluminaciones de esa época. Fueron las ilustraciones las que me fascinaron. El vendedor me lo dejó muy barato, porque a los árabes les está prohibida la reproducción de seres vivos y por eso no se lo podía vender a ningún paisano. Si lo hubiera descubierto un sabio árabe, quizá lo hubiera traducido a su lengua, pues allí se interesan mucho por la medicina y la farmacología. En lugar de ello, yo lo adquirí para mi profesor Severinus, al que quería dar una alegría con esas ilustraciones.

»Sin embargo, Severinus estaba horrorizado por su contenido. Pero, como yo, tampoco él podía apartar la vista de las iluminaciones. Nos lo llevamos al monasterio de Milán. Mientras tanto me había convertido gracias a la práctica y muchos fallos en un ilustrador bastante decente. No, no quiero confundir con una falsa modestia. Me había convertido en uno de los mejores ilustradores del norte de Italia. El duque Bernabò, que a menudo hacía sus encargos en nuestro taller, vio las ilustraciones que yo había pintado y pidió que fuera a verlo. Para impresionarlo, le llevé algunos de nuestros libros más bonitos, aquellos en los que yo había trabajado, pero por algún motivo desgraciadamente también aquella obra. Al abad le pareció bien. Él buscaba la fama y el reconocimiento de nuestro monasterio. ¡Ojalá nunca hubiera abandonado el monasterio! Si Dios lo hubiera querido, me hubieran roto todos los dedos antes de enviarme allí.

Hizo una larga pausa. La puerta de entrada de la iglesia se abrió y se volvió a cerrar.

—¿Te trataron mal? —le pregunté.

—¡Al contrario! Ese es el problema. El duque se percató de mi destreza y quiso tenerme para él solo. Para conseguirlo, y también porque le hacían ilusión ese tipo de juegos, me acostumbró a la buena vida. Una y otra vez retrasó mi vuelta al monasterio. Me facilitaron mi propio espacio de trabajo y ayudantes, tantos como quisiera. Disponía de mi propio cuarto y todos los lujos: sábanas de seda, un baño propio, perfumes, ropajes espléndidos, bonitos y muy cómodos. Empecé a menospreciar a los monjes por su burda forma de vida, tal como ya lo había hecho antes.

»Poco a poco fue corrompiéndome, y yo me dejé. Me volví un vanidoso. Y lo que es peor, el duque me enviaba mujeres y yo rompí mi juramento cientos de veces. En sus brazos creí ver un destello del Cielo y solo me estaba convirtiendo de persona en animal. ¿Cómo podía saber que su ternura y arte eran puramente profesionales? ¡Eran prostitutas, Cristina! Eran tan descaradas. Y yo disfruté de cada momento.

»Hasta que poco a poco fui reconociendo en sus ojos la dureza, la codicia, el desdén. E incluso las mujeres de la Corte, que no vendían sus cuerpos, eran duras y frías como las piedras preciosas que se ponían por encima. Poco a poco fui reconociendo la naturaleza de mi duque. ¡Es un hombre terrible, un diablo con forma humana! Un día me agradeció de paso que le hubiera llevado ese libro. Ya le había sido de mucha utilidad. Y se rio de mi horror. Ya tenía claro que se lo quedaría y que lo utilizaría de la peor de las maneras.

»Entonces tomé una determinación. Le agradecí su generosidad, pero debía volver al monasterio. Y le rogué que me dejara copiar el libro, para que también dispusiéramos de un ejemplar. Tuvo la merced de concederme ese deseo.

»Me propuse en mi celo trabajar en la copia hasta bien entrada la noche. Entonces le prendí fuego y esperé a que se convirtiera en cenizas. ¿Te puedes imaginar lo que me dolió ver crepitar esas maravillosas ilustraciones, arder, lanzar bufidos y convertirse en ceniza? Transcurre una eternidad hasta que el pergamino se quema, ¿lo sabías? Las ilustraciones aún eran reconocibles, hasta que se fueron dorando página por página, ennegreciendo pálidamente y al fin se consumieron. El hedor se esparció por todo el castillo y acudió la guardia de noche. Hice como si me hubiera dormido en el atril. Pensaba que así saldría de esa. Pero, cuando Bernabò se enteró al día siguiente, se puso hecho una furia.

»En un primer y terrible ataque de ira, un poco más y me ensarta con sus propias manos. Me amenazó con arrasar mi convento por mi acción. Nos encontrábamos en el patio de su castillo. Me desnudó y mandó azotar. Pero con eso no tuvo suficiente. De la rabia le arrancó el látigo a uno de los suyos y quiso azotarme él mismo. Entonces vio un lunar en mi pecho. Dejó caer el látigo y me preguntó muy bajo: “¿Quién era tu madre, muchacho?”.

»Le dije que no la había conocido. Y que fue vendida por los mismos piratas que me habían criado. Así terminaron mis penalidades. Bernabò me hizo encerrar en una escondida mazmorra y parecía que querían dejarme allí para siempre.

Tomás rio con amargura.

—Les rogué a los guardias que me consiguieran carboncillos y decoré todas las paredes. Realizaba artísticos dibujos en la arena y cada noche me castigaba por mis pecados borrándolos con los pies.

—Pero te dejó libre.

—Durante mucho tiempo no supe nada acerca de cómo les iba a mis hermanos, y tenía unos terribles remordimientos de conciencia. Un día me sacaron fuera con ayuda de una cuerda. Me lavaron, me vistieron con un nuevo hábito marrón y me llevaron ante su presencia.

»“¡Monjecito!”, me dijo, “parece ser que eres uno de mis bastardos. No es que ello me obligue a nada, pero no quiero que mueras bajo mi techo. Por eso he estado buscado una solución y la he encontrado: uno de mis agentes ha sido informado de que en París aún existe una copia de *El jardín de Azrael*. Te envió allí, y si me encuentras el libro y me lo traes lo olvidaré todo. Pero no te pienses que podrás escabullirte o simplemente desaparecer. En ese caso, monje mío, quemaré tu monasterio y colgaré a cada uno de tus hermanos de un olivo”.

»Me lanzó una bolsa de oro para costear el viaje y conseguirle el libro. No toqué ni una de sus sucias monedas, sino que me gané yo mismo el pan y los demás gastos. Me trasladaba hacia mi objetivo final como un cobarde que se esconde detrás de cada árbol y mira antes de dar dos pasos seguidos. Durante mucho tiempo ni me molesté en buscarlo, pero finalmente me ha encontrado. ¡Y entonces, Cristina, tuve que decidirme por poner en las manos de alguien como Bernabò un artefacto como ese o no hacerlo y ser así el causante de la muerte de mis hermanos!

Oía cómo respiraba con dificultad.

—Ya has visto cuál ha sido mi decisión. ¡Oh Dios! ¡Vaya elección me has hecho tomar! ¡He condenado a mis hermanos y a todo el monasterio!

Miré en la penumbra, a través de la rejilla, con el fin de ver su rostro.

—Pero Tomás, ¿aún no lo sabes? Tu padre, Bernabò, está muerto.

Alzó su rostro. Vi a través de la rejilla cómo ese óvalo pálido se alzaba y caían sus rizos oscuros, contornos y sombras únicamente. Hubiera reconocido su rostro incluso en la oscuridad completa.

—¿Bernabò de Milán está muerto? ¿Estás segura, completamente segura?

—Sí, hace poco se comentaba en la Corte. Su propio sobrino lo destituyó y le envenenó en la cárcel.

Se oyó un único llanto. Los dedos agarraron rápidamente la cruz.

—¿Es realmente la verdad?

—Gilles Malet y Eustache Deschamps me lo contaron, y ambos suelen estar muy bien informados.

Tras la rejilla se oyó una respiración muy fuerte, como la de alguien que se ahoga.

—¡Alabados sean todos los santos! ¿Envenenado? ¡Qué final más adecuado! ¡Bernabò está muerto!

—Puedes volver a casa, Tomás.

—No me quiero ir lejos de ti.

Lo dijo en un tono muy bajo, casi imperceptible para mí.

En mi cabeza otra Cristina aportaba todos los argumentos que podrían hacer que se quedara. «Yo tampoco quiero que te vayas de mí. ¿Por qué no olvidamos nuestras vidas anteriores y empezamos una nueva juntos? ¿No sentimos lo mismo el uno por el otro? Étienne no me envidiaría esta felicidad. Y es falso que los hombres y las mujeres renuncien al amor terrenal en nombre de su amor a Dios. ¡Solo un joven envidioso lo quiso así! ¡No Dios, Tomás!». Pero callé, mientras Tomás intentaba calmarse.

—Ya puedo volver a casa. Y así lo haré. Solo que no sabía adónde, pero después de esta tranquilizadora noticia... ¡Gracias, Cristina!

Tartamudeó y volvió a callar durante un rato. El murmullo de piedra de la catedral fue interrumpido por el vuelo de una paloma que se había extraviado bajo la cúpula. Volaba de un anaquel al otro, todos demasiado estrechos para que se pudiera quedar, me imaginé yo, desubicada, privada de su elemento, el aire, a la búsqueda, pero sin un concepto claro de su determinación, de la salida, del exterior, lejos de allí. También se hubiera querido ir, aunque le hubieran puesto cada día comida y agua. Formaba parte de su naturaleza el ser libre.

—Te tengo que decir aún algo más, antes de que nos separemos —prosiguió en voz baja Tomás—. ¡Aquí soy yo el que debe confesarse, Cristina! Sé que estás por encima de cualquier censura. Pero deberías saber que cuando nos encontramos por primera vez tenía una visión de la mujer despreciativa. ¿Y cómo iba a tener otra? Quizá pienses que lo digo como disculpa. De pequeño solo conocía a las prostitutas que subían a bordo de nuestro barco, en el monasterio a ninguna mujer, y lo que había vivido hizo que creyera en los juicios equivocados de los padres de la Iglesia, que me habían dado a leer. Con Bernabò de nuevo tuve trato con las peores prostitutas. Nunca he conocido a una mujer como tú. Por eso he pensado y hablado mal sobre el género femenino. Perdóname.

—Hace tiempo que te perdoné —le susurré.

—Espera, no me perdones tan fácilmente, aún no lo sabes todo. Concretamente de ti me he enamorado. ¡No estaba preparado para alguien como tú! No fue culpa tuya, no es que tú me sedujeras, sino que primero te observaba con sorpresa, después con interés y finalmente con anhelo, con avidez, sí, con una necesidad indecorosa. Como un adicto observaba cada uno de tus movimientos, buscando tus debilidades con el fin de salvarme de ti, y al mismo tiempo me he menospreciado por ello. Me gustaba tanto cuando te equivocabas. Sí, fui a tu casa para encontrar la prueba de que eras como aquellas sobre las que me habían advertido. ¿Lo entiendes? Quería que fueses mala. Me lo hubiera simplificado todo. No sabes cómo me avergüenzo. Tú confiaste en mí y me ofreciste tu amistad. No tienes debilidades.

¿Estaba llorando en la celda oscura e insegura del confesonario, protegido tan

solo por una cortina polvorienta y por esa rejilla de mimbre medio podrida y fina como una telaraña, que podría haber roto con mi propia mano? ¿Podía igualmente yo admitir, siendo sincera, que también yo albergaba unos sentimientos poco amistosos hacia él? ¿Si lo hacía, no quebraría de un golpe toda su idílica visión sobre las virtudes de las mujeres? Me tentaba disfrutar de mi victoria y extender el manto del silencio sobre mis propias debilidades. Pero él lloraba y yo le quería demasiado.

—Tomás, no llores y no te culpabilices más de lo necesario. Por desgracia, tampoco soy tan intachable como me quieres describir. Yo también he desarrollado unos sentimientos por ti que van más allá de la amistad.

Y recordé diferentes momentos de proximidad, aún más deliciosos por su imposibilidad.

Unas alas de color azul grisáceo levantaron el polvo. La paloma aleteó sobre nuestras cabezas y se posó sobre la silla del confesonario. Empezó a arrullar.

Tomás se mantuvo en silencio un rato. ¿Estaba decepcionado conmigo?

—Te agradezco estas palabras. Siempre pensaré en ellas. Pero ahora debo marcharme, lo más lejos posible de ti, tú inteligente, tú perfecta, tú tan hermosa de espíritu como de apariencia. ¡Debo abrir un océano entre nosotros y rezar! ¡Rezar! ¿No sabes que he desperdiciado cinco años de mi vida? ¡Cinco años de perjurios frente a Dios, cinco años de pecados! ¿Qué pasaría si muriera mañana? ¿Puedes imaginarte lo que sentía cada vez que pintaba una escena del fuego eterno? Tengo tanto miedo, un miedo cerval de mis propias criaturas. Es lo que más deseo en el mundo, pero no me puedo quedar, Cristina. ¡No soy ningún Abelardo, Cristina!

Las patas de la paloma rascaron la madera sobre nuestras cabezas. No encontraba la tranquilidad; aleteó y se elevó volando hacia el altar. Los sacerdotes se pondrían furiosos cuando encontraran las defecaciones de la paloma encima de sus santos. Pero ¿no dice la Biblia que Dios cuida del gorrión en el tejado y que lo contempla como su criatura?

—Tomás, no creo que debas temer mucho. Nuestra inclinación no puede haber sido inspirada por el diablo. Seguro que volverán a admitirte. Y yo, yo le seré fiel a mi marido hasta la muerte. Hice un juramento. Quizá demasiado apresurado, pero mantengo mi palabra.

Saqué su bolsa de la cesta y se la dejé delante de la silla del confesonario.

—Te deseo que encuentres el perdón —le dije—. No temas nada. No puedo creer de ninguna manera que Dios encuentre el amor reprochable o tenga necesidad de envidiar a los mortales. La capacidad de amar es lo mejor que nos ha concedido a las personas.

—Y a ti te deseo éxito. Eso me lo debes a mí. Me he esforzado tanto para hacer las más bonitas iluminaciones para ti.

—Has iluminado mi mundo, Tomás —le contesté.

Volvió a poner la palma de su mano sobre la rejilla. La cortina fue corrida a un lado y se oyó cómo entrechocaba contra la madera. De repente la celda frente a mí se

encontraba vacía.

Tras un rato, me levanté y me sacudí el polvo de las rodillas. Me arreglé y salí a la luz del sol. La paloma me siguió y alcanzó la libertad. Mientras paseaba por la orilla del Sena en dirección a casa me acordé del deseo de mi amiga la pastelera.

«¿Por qué no construir una ciudad? —pensé—, una ciudad solo para mujeres, rodeada de muros de buenos argumentos, a la que pudieran retirarse para protegerse de tan raídas impugnaciones y deslealtades. Existen mujeres tan valientes e inteligentes. Sobre ellas escribiré historias. Estas historias serán las casas de esta ciudad», y ya tenía en mente las primeras líneas:

Salgamos sin tardanza hacia el Campo de las Letras. Es allí, en aquel país rico y fértil, donde será fundada la Ciudad de las Damas, allí donde se hallan mansos ríos y vergeles cargados de fruta, donde la tierra produce buenas y abundantes cosas.

Epílogo

Quisiera aportar unos cuantos hechos para los interesados en la historia: Cristina de Pizán nació en Venecia en 1365. Carlos V de Francia llamó a su padre para que le sirviera como astrólogo de la Corte y médico de cámara. En contra del deseo de su madre, Cristina fue instruida por su padre y llevó en general una vida acomodada, hasta la muerte de este en 1385 y la de su marido Étienne Castel en 1389.

Desde ese momento, Cristina se hizo cargo de la familia: su madre, sus tres hijos y una pariente falta de recursos. Comenzaron tiempos muy difíciles para ella, ya que entonces la jurisprudencia era poco fiable y el aparato de funcionarios corrupto. Fue agredida, robada, explotada y temporalmente hubo de dar tumbos por cinco juzgados diferentes de París, donde en la mayoría de los casos ella misma ejerció la defensa.

De ahí la especial atención que prestó siempre al triste destino de las viudas, que sin el apoyo masculino se veían expuestas a múltiples deslealtades, tal como denunciaba siempre. Cristina empezó a ganar dinero como copista, ilustró y escribió poemas, así como tratados sobre temas de actualidad y sobre aquellos considerados impropios para las mujeres, como la política.

El entonces muy popular *El libro de la rosa*, de Jean de Meung, supuso en su vulgar menosprecio de la mujer un bandazo fatal del amor cortés de los caballeros hacia una nueva relación con el amor y la sexualidad, que hizo que a la postre la mujer viera rebajada su condición a botín y fuente de recreo para el guerrero (en tiempos posteriores, el hombre trabajador). Meung construyó su obra a partir de una anterior, de alrededor de 1245. Se trató del punto álgido de la literatura amorosa francesa, que se fundaba en el elemento de la ternura y de la protección de los débiles. El perfeccionamiento del amante a través del servicio a la mujer tenía más importancia que la consumación del amor.

Por el contrario, Meung escribió unas pautas para la seducción. El objetivo consistía en la consumación de los deseos masculinos para satisfacer el deseo momentáneo. Con el fin de justificarlo, describió a sus víctimas, las mujeres, conforme a una naturaleza estúpida y aviesa. La época caballeresca llegaba a su fin.

Cristina reconoció este desarrollo y luchó contra él con los medios y argumentos de su tiempo. Incluso se anotó algún triunfo. Fue la creadora de la *querelle des femmes*, la lucha de las mujeres, que duró más de trescientos años.

Considero excesivo designarla como la primera feminista porque la mentalidad de la época estaba muy alejada de ese camino: nunca cuestionó la legitimidad de la subordinación de la mujer al hombre, pero sí exigía un buen trato hacia la misma. Para ella la mayor virtud femenina era la paciencia.

Cristina de Pizán es una de las primeras «autoras de *best sellers*» que conocemos, la primera mujer que consiguió vivir de la escritura. Algunos críticos (varones)

quisieron minimizar más tarde su éxito de forma miserable, describiéndola como una especie de «emborradora de cuartillas». Hoy podemos sonreírnos ante esta consideración, pero en esa época era terriblemente seria. En el transcurso de la *querelle*, a las mujeres incluso se les negó la humanidad.

Hoy en día, por suerte, mucho de lo que fomentaron Cristina de Pizán y, tras ella, el moderno feminismo se da por supuesto. Sin embargo, algunos de los prejuicios machistas más estúpidos siguen por desgracia vigentes, incluso entre las mujeres.

Me he tomado ciertas libertades a la hora de describir al personaje, pues en los tratados científicos que he leído de ella me parece inaccesible, algo pusilánime y de moral algo estricta. No podía ser así: seguro que a quien se involucró con tanta vehemencia no debía faltarle temperamento y quien sobrevivió a esos tiempos no debía carecer de humor y valentía a la hora de vivir.

Los hechos históricos que describo tuvieron lugar en un plazo de tiempo mucho más largo, más o menos entre 1394 y 1404. El hermano Tomás no existió, tampoco Berthe, pero sí casi todos los demás personajes. El lector puede conocer más de su vida en la excelente biografía *Christine de Pizán* de Régine Pernoud.

Ha pasado mucho tiempo, pero sin una Cristina de Pizán muchas cosas no hubieran tenido lugar o, por lo menos, se hubieran retrasado. No debería caer en el olvido. *Vive Christine!*

Notas

[1] Eustace Deschamps (1346-1406), poeta francés. (*N. de la T.*) <<

[2] Nombre con el que se conocía a una clase de soldados de infantería. (*N. de la T.*)

<<